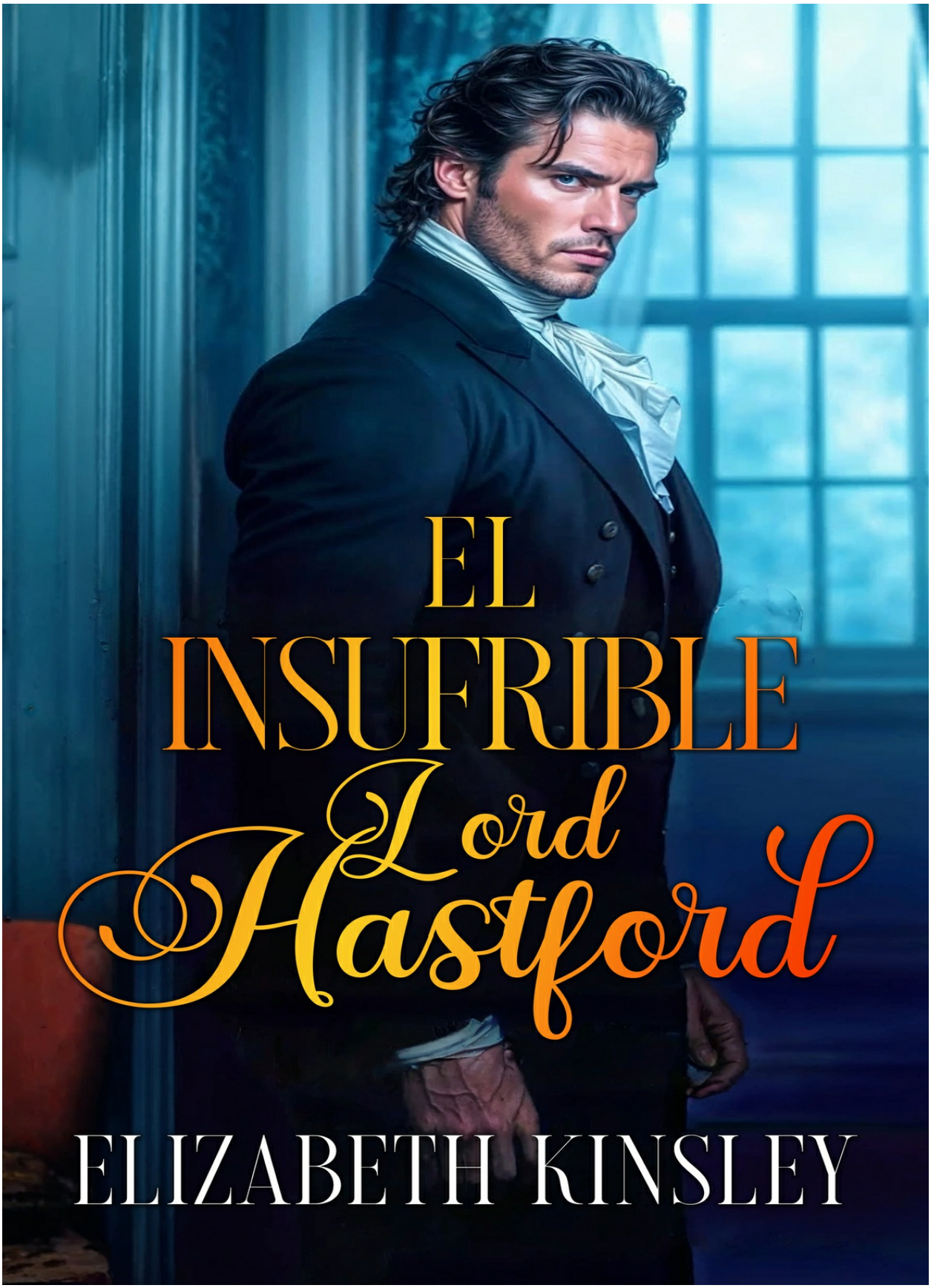

EL
INSUFRIBLE
Lord
Hastford
ELIZABETH KINSLEY


EL
INSUFRIBLE
Lord
Hastford
ELIZABETH KINSLEY

EL INSUFRIBLE Lord Hastford

ELIZABET KINSLEY



Copyright 2025 de Elizabeth Kinsley

-Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Solo deseaba una vida tranquila, no una mujer que se entrometiera en su vida para ponerla patas arriba.

Creía que tras sobrevivir a la guerra lo peor había pasado. Pero no contaba con que un día apareciera en su puerta la señorita Cranley. Una mujer mucho más molesta que sus lesiones permanentes o su mayordomo impertinente.

Susan Cranley no puede creer que Lord Hastford sea tan insufrible. ¿Cómo se atreve a tratarla de semejante manera? Después de dejar su modesta casa de campo y de viajar a Londres para enfrentarse a él, ahora dice que debe cumplir todas sus órdenes como si fuera una niña.

Es cierto que es su pupila, pero, ¿cómo pretende casarla con el primer petimetre que encuentre para así librarse de ella? Lord Hastford está a punto de descubrir lo peligroso que puede ser tener como enemiga a la señorita Cranley.

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Notas

Capítulo 1



El conde vio de inmediato los bultos negros a un lado de la entrada de su casa, aunque no pudo distinguir lo que eran a través de la ventanilla del carruaje empañada por la lluvia. Con un suspiro, se recostó contra los asientos de cuero para esperar a Chapman, quien, a juzgar por el estrépito que se oía de fondo, estaba rebuscando un

paraguas en el pescante[1].

No era propio de Chapman no estar preparado, pero la noche estaba despejada y con una temperatura agradable cuando salieron para una velada en la ciudad. Durante la noche se habían detenido a

cenar en Watier's[2], a lanzar los dados en Brooks's[3] y a jugar unas

manos de whist en White's[4]. Luego, resistiéndose obstinadamente a la orden de regresar a casa, Chapman se resguardó en el interior del carruaje hasta el siguiente mediodía, esperando a que su amo saliera de la casa del Cisne. Dorian tomó nota mental de recompensarle con una gratificación, y a la dama el Cisne le pagaría con aquel brazalete de diamantes que tanto había admirado. Ambos le habían servido bien la noche anterior, y los Sebrington siempre pagaban sus deudas.

Bostezando contra su guante blanco, se inclinó hacia delante y volvió a mirar a través del cristal la amplia escalinata de mármol que conducía a la puerta principal. Allí pudo ver que se trataba de tres bultos negros colocados en la escalera, si no le fallaba la vista.

¿Cómo llegó Pearson a permitir que haya unos bultos en el umbral de la puerta? Incluso en una tormenta, en Berkeley Square apenas se permitía que las hojas arrastradas por el viento mancillaran sus prístinas aceras. A la primera señal de hojas en el suelo, los criados salían en tropel para quitarlas. Hasta los charcos se evaporaban más deprisa en Berkeley Square que en vecindarios menos distinguidos, y de todas las imponentes mansiones de allí, ninguna era menos propensa a verse decorada por antiestéticas manchas que la suya. El viejo conde, que en paz

descanse, había sido exigente en eso hasta la exageración, y en sus treinta y tres años, Dorian Clayton nunca había detectado ni una mota de polvo en los pulidos muebles de la casa Sebrington, por lo que unos bultos negros, a la vista de todo el mundo, eran impensables.

El conde, al oír bajar a Chapman del pescante, se encajó el sombrero, y mientras recogía su bastón de cuerno blanco, la puerta se abrió, dejando pasar una gélida ráfaga de viento, y un enorme paraguas negro apareció justo delante de él.

—Más arriba, por favor, —dijo, golpeando el paraguas con el bastón.

Chapman no era un hombre alto, y desde su posición en la acera no podía subirlo más. El conde dobló su largo cuerpo y maniobró con desacostumbrada gracilidad para salir del carruaje.

—Cuidado con los pies, milord, —le aconsejó Chapman justo cuando las pulidas botas Hessian de Dorian se sumergían en la cuneta encharcada.

—Gracias, Chapman. —La capa del conde ondeó al viento, atenuando su siempre tranquila voz. —Ahora cogeré el paraguas.

—Oh, no, milord. No sería apropiado.

Sus sirvientes tenían un sentido muy fino de lo que correspondía a un conde, aunque no fuera práctico y, desde luego, algunas batallas no valía la pena librarlas bajo la lluvia. Dorian subió las escaleras, con Chapman a la zaga, con las varillas del paraguas dándole en la frente.

El cochero cegado por una curva de tela negra de la capa del conde, apenas pudo vislumbrar los tres bultos negros mientras pasaba junto a ellos para llegar a la puerta, que se abrió frente a él.

—Requeriré el carruaje a las nueve de esta noche, Chapman, —dijo el conde, pasando su sombrero y su bastón al mayordomo que le esperaba en la puerta.

—Sí, milord, —reconoció el cochero con una reverencia. Aún estaba inclinado cuando un fuerte y repentino golpe en el hombro le hizo perder el equilibrio. Derrapó sobre sus nalgas por las húmedas escaleras de mármol hasta la acera, mientras el paraguas salía despedido en dirección contraria. Mientras se ponía a gatas para levantarse, Chapman vio una forma negra lanzarse al interior de la casa, que bien podría haber sido un pequeño oso al ataque. Tras la fiera, la puerta se cerró de golpe y oyó un fuerte chillido.

Dorian estaba desabrochándose el gabán cuando una furiosa algarabía estalló detrás de él.

—¡Oh, no!

—¡Quítame las manos de encima!

—¡Au!

—¡Apártate de mi camino, inútil!

Pivotando sobre sus talones, el conde vio a su mayordomo forcejeando con una masa de tela

oscura mojada. Pearson se revolvía como un púgil, bailando un frenético fandango con algo parecido a un saco lleno de gatos furiosos. Una cabeza emergió del saco, casi invisible bajo un sombrero empapado de agua, y Dorian supuso que se trataba de un niño pequeño. Observó con cierta diversión cómo el chico acertaba varias patadas fuertes en las espinillas de Pearson.

—¡Fuera! —gritó el mayordomo. —Deja de darme patadas, pequeña bestia. ¡Para!

—Suéltame, burro. ¡He dicho que me sueltes!

—¡Ahh! —grito el mayordomo.

—Eso será suficiente. —El conde habló tan bajo que era increíble que los dos combatientes le oyeran, pero se desenredaron y se quedaron jadeando, mirándose desafiantemente.

Pearson se estaba frotando la palma de la mano, justo encima del pulgar. —Ella me ha mordido, —gimoteó.

—¿Ella? —Dorian examinó a la criatura de capa negra más detenidamente. No había forma de distinguirla bajo toda esa lana húmeda. Un sombrero le ocultaba el pelo y la frente, pero dos ojos oscuros le miraban por encima de un obstinado mentón triangular. Cuando su boca, muy ancha, se abrió, el conde agitó un dedo enguantado hacía la criatura.

—Me ocuparé de ti más tarde, —dijo significativamente, y la ancha boca se cerró de golpe. —Pearson, hay lo que me parece equipaje en el umbral de la puerta, y supongo que pertenece a esta persona. ¿Cuánto tiempo lleva ahí y por qué no lo han retirado?

—No ha querido retirarse, milord.

El conde suspiró. —¿No puede arreglárselas para deshacerse de una niña pequeña y dos maletas?

—No sin una orden directa, milord. —Las largas y flacas piernas del mayordomo se estiraron, rígidas como postes de una valla, hasta quedar apenas un poco por encima del alto hombre al que servía. Pearson saboreaba esa media pulgada y nunca dejaba de explotarla. —Las situaciones inusuales siempre requieren de una decisión por parte del señor. Ésa fue la instrucción que me dio el viejo conde cuando llegué aquí hace treinta y ocho años, pero, por supuesto, el viejo conde solía estar disponible cuando se requería una decisión. No era su costumbre ausentarse durante toda la noche.

Dorian vio por el rabillo del ojo que la boca de la muchacha se abría de nuevo, pero no para hablar. Estaba claramente horrorizada, no sabía si por la insolencia del mayordomo o por sus propias andanzas nocturnas. —Por lo visto, Pearson, mi padre no se atrevía a confiar en usted para tomar una decisión inteligente por sí mismo, ni siquiera en asuntos triviales como éste. En el futuro, espero más de usted. Por ahora, puede quitarme el abrigo.

El conde se sintió como si hubiera trazado una línea, a través del vestíbulo a cuadros blancos y negros, con un sable. En estos días, casi toda la emoción de su vida era ocasionada por estas insignificantes disputas con su personal.

El personal de su padre, se recordó a sí mismo mientras Pearson se movía deliberadamente para recuperar el bastón y el sombrero del suelo. Dorian se desabrochó los últimos botones y extendió los brazos, expectante. Reconocer el sesgado desafío del mayordomo sería concederle una pequeña victoria.

—Me temo, milord, —dijo Pearson mientras levantaba el gabán de los anchos hombros del conde, —que su ayuda de cámara encontrará en esta capa manchas de sangre de mi herida.

Dorian habría jurado que Pearson no tenía ni una gota de sangre. —Branson elogiará sin duda su gallardía en el cumplimiento del deber, —dijo ácidamente.

—¿Qué debo hacer con ella, milord? —El conde recorrió con la mirada la pequeña figura, que ahora temblaba con furia apenas contenida, soltando agua y empapándolo todo como una fuente sobre el suelo de mármol pulido. —Ah, sí. Sin duda hay que hacer algo con ella. ¿Ha averiguado el propósito de su intromisión?

—¿Averiguado el propósito de su intromisión? —La muchacha le miró asombrada.

—¡Qué brillante! —Cuando Dorian levantó una ceja, ella bajó la mirada. El acento de la chica era sorprendentemente culto, aunque todo lo demás en ella era directamente callejero. De esa calle a la que volvería, a pesar de la lluvia, en cuanto determinara si el mayordomo merecía el placer de desalojarla él mismo. Aunque con ayuda, por supuesto.

El conde gimió, preguntándose por qué se molestaba en volver a esta cueva de hielo. En cuanto entraba por la puerta, invariablemente sentía un frío hasta los huesos. —Usted primero, Pearson. Explíquese. ¿Qué ha estado ocurriendo aquí?

—En cuanto a eso, milord, sólo puedo decirle que esta criatura apareció en la puerta principal a las siete menos cuatro y exigió hablar con usted. Como comprenderá, no tomé el recado yo mismo, ya que mis obligaciones comienzan precisamente a las ocho. El lacayo le indicó que se presentara en la entrada del personal y ella le indicó que se fuera a la perdición. Tras esto, el lacayo interrumpió mi desayuno para preguntarme dónde se encuentra esa perdición.

—¿No me estará diciendo que ese montón ha estado dispuesto en mi puerta desde las siete de esta mañana?

—Así es, milord. Por supuesto, a las ocho me hice cargo de la situación, pero el montón se negó a quitarse de en medio. En su ausencia sólo pude suponer que no desearía una escena pública, así que la dejé en paz.

—¿Una pedigüeña en mi puerta toda la mañana no es una escena pública? Pearson, nunca dejas de sorprenderme.

—Fue lo que ella dijo, milord. Amenazó con gritar por Berkeley Square para que todos la oyeran si alguien le ponía una mano encima.

—Ah, chantaje. —Los ojos de Dorian se entrecerraron. —¿Y exactamente qué historia se perdieron de oír nuestros vecinos, gracias a su discreción?

Pearson estiró su alto y anguloso cuerpo hasta nuevas alturas. —La moza declaró, milord, que se encuentra en una situación desesperada y que usted es el responsable. —Los labios finos y grisáceos se ensancharon en una sonrisa burlona.

El conde sospechaba desde hacía tiempo que Pearson, a punto de cumplir los sesenta, se acercaba a ellos virgen. Dorian lanzó una mirada al mechón desaliñado y de ojos de fuego de una chica delgaducha de la que se suponía que había tenido un hijo y se preguntó si alguien, incluso un viejo palo seco como Pearson, podía imaginársela atractiva. La rubia alta y de piernas largas que había dejado atrás hacía sólo una hora era lo mejor que el dinero podía comprar. —En ese caso, —dijo suavemente, —debo hablar con ella, pero no inmediatamente. Adecéntala, Pearson, está poniéndolo todo pringado de agua, y preséntamela en media hora. En la biblioteca servirá.

—¡Ahora! —Exigió la muchacha dando un pisotón al suelo. — Quiero verle ahora.

Dorian levantó la vista, sorprendido. Mocosa estúpida. ¿No se había dado cuenta de que acababa de ganar? —¿Cómo dice? — inquirió con frialdad.

—¿No ha oído a ese viejo chivo? Llevo cinco horas esperándole. ¡Cinco horas!

—Entonces unos minutos más no serán ninguna dificultad. Vaya con Pearson y compórtese, porque si no lo hace, le echaré personalmente por esa puerta. Y si se acurruca para esperarme, permanecerá sólo el tiempo necesario para convocar a la guardia. Y sin discusiones, mocosa, pues otra palabra le enviará de vuelta a las calles.

Sin volver a mirarla, Dorian subió la amplia escalera. Si los ojos pudieran disparar agujas, pensó con una sonrisa interior, su espalda sería un alfiletero. Y si alguna vez dos réprobos de baja cuna se merecieron el uno al otro, fueron su mayordomo y aquella pequeña extorsionadora. ¿Podría estar realmente hinchada de niños bajo su raída y voluminosa capa? Demasiado joven, en realidad, pero en las calles se empezaba joven. Si se mostraba debidamente humilde durante su entrevista, tal vez él la atendiera. Después de todo, ella le había hecho a Pearson lo que él había deseado hacer desde que tenía cinco años.

Alice había permanecido en silencio durante la mayor parte del procedimiento, con una autodisciplina antinatural. Después de veinte horas hacinada en un mal ventilado carruaje del correo, donde le estornudaron dos niños maleducados, había alcanzado su meta, y eso sólo para enfrentarse a un burro de grupa rígida con un intelecto a la altura de su naturaleza. Y el conde era mensurablemente peor, un témpano sobre dos patas, dictando su destino como si fuera un insecto medianamente interesante que hubiera entrado en su casa para resguardarse de la lluvia.

No podía creer con qué facilidad la había controlado. No levantó la voz y apenas movió un músculo. Era alto, sí, pero comparado con ella, la mayoría de los hombres lo eran, y aunque pudiera masticar al aún más alto Pearson en pedacitos y escupirlo, Alice estaba segura de que el conde podría deshacerse de ella aún más fácilmente. Era por su confianza en sí mismo, decidió, estudiando la ancha espalda y las largas piernas mientras el conde desaparecía por la escalera arqueada. Uno nunca debe subestimar la seguridad en uno mismo. Era su propio oficio, y lo

respetaba cuando lo veía.

El mayordomo avanzó por el pasillo, dejándole a ella la tarea de seguirle, y con un estremecimiento, obedeció. La energía que le quedaba debía atesorarla para ese glaciar de conde, y no despilfarrarla en un larguirucho sin valor. La condujo a una estrecha escalera y, a través de unas puertas batientes, a una gran cocina, perfumada con el aroma del pan horneado. Alice se detuvo en la puerta, fría, mojada y repentinamente hambrienta. La manzana que se comió para el desayuno le parecía un vago recuerdo.

Una mujer bajita y rellena, toda rollos y bultos bajo su vestido gris de cuello alto y su delantal blanco, miraba a la intrusa con ojos hostiles desde una silla de madera. Debía ser el ama de llaves, a juzgar por un gran llavero donde debería haber estado su cintura, aunque no parecía capaz de subir una escalera al segundo piso sin que dos hombres le ayudaran empujándola.

—¿Qué hace esta pordiosera en mi cocina? —resolló la mujer. Unos dedos grasientos, regordetes como salchichas, cogieron un bollo lleno de grosellas de la bandeja de la mesa y lo agitaron en el aire. Una criada diminuta se acercó corriendo con un platito de mantequilla fresca, y Alice observó con envidia cómo el ama de llaves untaba el bollo y engullía un enorme bocado. Las migas se posaron en su barbilla como copos de nieve. —Sácala de aquí, — murmuró entre mascada y mascada. —Esa cosa está goteando en mi suelo.

—Milord desea hablar con ella, Dios sabe por qué, —dijo Pearson con el ceño fruncido. —Debe estar seca y presentable en… —sacó su reloj y lo estudió, —…veintiséis minutos.

—Hazlo en otro sitio, entonces, —refunfuñó el ama de llaves. —Johnson, llévala a las caballerizas.

Un lacayo con manchas de acné saltó de su posición encorvada en la mesa de caballetes. —Sí-í, señora Pearson.

Alice se rio por lo bajo. ¿Ese mayordomo esquelético estaba casado con el pudin de sebo? Menuda pareja.

—Milord fue muy preciso con la hora, —objetó Pearson, deslizando su reloj en un bolsillo del chaleco. —Dejaré este asunto en tus manos, Clenna, y la recogeré en veinticuatro minutos. Johnson, encontrará el equipaje en la puerta principal. Tráelo y luego seca el pasillo. Tammy, quítate el dedo de la boca y sé útil. Lleva a esta criatura a la despensa, sécala y selecciona algo de su equipaje que sea apropiado para una entrevista con milord. —Con un resoplido se marchó, seguido rápidamente por el nervioso muchacho.

—Vaya, vaya, —dijo Alice. —Qué bienvenida tan encantadora. —Se volvió hacia la criada, que la miraba boquiabierta. —¿Dónde, por favor, está la despensa?

—Estás muy equivocada si piensas que voy a ayudarte, muchachita, —espetó el ama de llaves. Una grosella salió volando de su boca y rebotó por la mesa.

La despensa era estrecha y oscura. Alice se desnudó hasta quedar

con la chemise[5] mojada, y aceptó, con auténtica gratitud, un puñado de paños de cocina para secarse. La tímida sonrisa de la criada fue el primer indicio de vida humana que había encontrado en este mausoleo.

—Le traeré algo que ponerse, milady, —se ofreció la muchacha, haciendo una reverencia. Estuvo fuera mucho tiempo, y Alice se quedó casi desnuda en la despensa, examinando tarros y paquetes en los estantes, buscando algo comestible. Estaba observando un saco de arroz cuando regresó la criada, tendiéndole un vestido desaliñado de color indeterminado que Alice no reconoció como uno de los suyos.

—Lo siento, milady, pero sus maletas están empapadas y no hay nada que pueda ponerse. Este es mi vestido de los domingos. Es viejo y no muy bonito, pero está seco.

—¿Por qué… Tammy?, ¿es ese su nombre?

La chica, muy delgada, con el pelo castaño alborotado y la cara llena de pecas parecía absurdamente joven. —Sí, señorita, si le place.

Alice sabía lo fácil que era pisotear a las mujeres pequeñas y se le encogió el corazón. —Tammy es un nombre encantador, tiene mucho carácter. Estoy muy agradecida por el préstamo de su vestido, pero no debe llamarme así, me refiero a llamarme milady.

—Pero es usted una dama, milady. Me di cuenta de un vistazo.

—¿De verdad? ¿Con la vieja capa de mi padre y el sombrero del mozo de cuadra?

—Está en los ojos, —aseguró Tammy sabiamente. —He estado al servicio toda mi vida, y en casas mejores que ésta. Sé cuándo estoy viendo 'nobleza'. No como los esnobs prepotentes que dirigen este lugar.

—Bueno, técnicamente supongo que está en lo cierto, porque mi padre era un baronet, pero a él no le importaba nada de eso y a mí tampoco. Además, en este momento apenas estoy en condiciones de mantenerme a mí misma. Esta chemise está terriblemente mojada. ¿Qué le parece? ¿Debería dejármela?

Rara vez se le consultaba su opinión, y menos en esta casa, pero Tammy se lo pensó bastante, pues era incluso más pequeña que la dama de pelo oscuro, y su vestido le quedaría muy ajustado si se lo cerraba del todo.

—Quítesela, —decidió, ayudando a una Alice desnuda a meterse en el rasposo material. Apenas cerraba, al quedarle pequeño por poco. —Oh, esto no servirá, —se lamentó.

—Claro que servirá. —Alice le acarició la mano. —Además, no tenemos elección, ¿verdad?, a menos que me envuelva en una sábana como un senador romano.

La experiencia de la doncella no abarcaba la moda senatorial, pero sabía que no debía poner las manos en una de las sábanas de la señora Pearson. —No hay elección, milady. Y tiene que ponerse mis zapatos, no he encontrado otros y, aunque no sean gran cosa, puede llevárselos.

—No me pida que le quite los zapatos de los pies, Tammy. Ya me siento bastante mal ensuciando sus mejores galas de domingo, y se lo compensaré en cuanto pueda.

—Oh, no, milady. Esto es lo más interesante que ha ocurrido en esta casa desde que llegué. Milord no es tan malo, pero no se queda mucho por aquí. No puedo culparlo, el cocinero es una buena persona, aunque hable francés la mayor parte del tiempo, y la criada de arriba es simpática, pero también es nueva. También lo es Johnson, que es mi pretendiente, pero le tiene demasiado miedo a Pearson como para pedirle nada a él. El resto de ellos debe ser sobornados si quiere que realicen algo fuera de sus funciones, pero lo que necesite, dígamelo y me ocuparé de ello.

—Eres muy amable, Tammy. Gracias.

La criada hizo una reverencia cuando Alice pasó junto a ella hacia la luminosa cocina, parpadeando por la repentina luz. Un hombre rotundo con entradas y un bigote fino como un lápiz estaba inclinado sobre el horno, sacando una bandeja de cruasanes. Debía ser el chef y, según el informe de Tammy, un buen tipo. Alice le dirigió una sonrisa radiante cuando él levantó la vista hacia ella.

— Mais oui, parece muy mejorada, cherie. Encantado. —Dejó la bandeja caliente, se limpió las manos en un delantal harinoso y le devolvió la sonrisa. —Me retiré cuando usted apareció, como debe hacer un caballero cuando una dama se encuentra deshabille, pero cuando el pan estuvo listo, no había nadie para sacarlo del horno. — Lanzó una mirada al ama de llaves, que estaba repanchingada en la silla con las manos regordetas entrelazadas sobre el vientre, roncando ásperamente.

—Los panecillos huelen de maravilla, —le dijo Alice, que tenía la boca echa agua. —¿Puede decirme qué hora es? —Señaló un reloj en la pared opuesta, lo suficientemente lejos como para distinguir la hora.

—Debe esperar diez minutos, cherie. Milord siempre es muy puntual. ¿Tiempo suficiente, n'est-ce pas, para una taza de té y un croissant?

Alice se dejó caer en la mesa de caballetes mientras Tammy preparaba una taza de té con leche y miel. Le pusieron un plato con dos cruasanes hojaldrados, junto con el platito de mantequilla y un cuchillo.

—¡Cielos! —Alice ya se había comido el segundo cruasán antes de poder hablar sin tener la boca demasiado llena. —Esto es, sin duda, lo mejor que he probado nunca.

El francés se inclinó, pavoneándose con el típico encanto masculino galo. —¿Hay algo tan magnífico, —dijo, —como la unión del hambre y el dulce?

Alice se rio. —Me avergüenza comer con tanta avidez, cuando estos panecillos deberían

saborearse, pero no puedo evitarlo. Gracias.

— De rien. Soy Renard Dupont, encantado de estar a su servicio.

—Alice Cranley, aún más encantada de disfrutar de sus cruasanes. Dígame, ¿están casados? ¿El ama de llaves y el mayordomo?

—¿La cerda y el palo? Ay, no, pero da que pensar, ¿verdad? Son hermano y hermana, engendrados juntos, sans doute en un pantano.

—¿Gemelos? —Alice casi se estrangula con un bocado de panecillo.

—La naturaleza está llena de maravillas, —observó Renard con un guiño.

Alice soltó una risita. Qué hombre tan encantador, totalmente fuera de lugar en este nido de víboras. Justo entonces entró deslizándose el lagarto, estudiando su reloj.

—Buena suerte, cherie, —susurró Renard, dirigiendo discretamente su atención a una olla burbujeante en el fogón.

Alice se metió en la boca el último trozo de cruasán y se puso en pie de un salto, buscando en el suelo sus botas empapadas. Habían empezado a endurecerse y le hacían daño en los pies cuando se las puso.

—Milord la verá ahora, —entonó el mayordomo con solemnidad papal. Las botas empapadas hicieron un ruido espantoso mientras Alice seguía a Pearson por el largo pasillo de mármol, con Johnson justo detrás de ella secando el suelo con paños. La pequeña y lúgubre procesión llegó hasta la puerta de la biblioteca y se detuvo allí mientras Pearson sacaba su reloj. Con la aguda concentración de un percusionista y la mano preparada para golpear al compás, contó los segundos.

—Rayos, —dijo Alice, impresionada por la insondable estulticia del hombre. Agachándose bajo el brazo levantado del mayordomo, giró el pomo y abrió la puerta.

Capítulo 2

Cuando el conde abrió la puerta de su suite, seguía pensando en la extraña criatura que había dejado goteando en el vestíbulo. Incluso empapada, crepitaba como un fuego ardiente. Sin duda, ésa era la razón por la que ella le intrigaba, siempre le había atraído el fuego.

Una voz ronca reclamó su atención. —¿Cree que ya me tiene, eh?

Dorian soltó una risita mientras cruzaba la habitación y echaba un vistazo al tablero de

ajedrez.

La posición no había cambiado desde su última jugada dos días antes. —En absoluto. Puede escapar, como bien sabe.

—Dijo la sartén al cazo, —Branson se desplomó en la silla, con sus pobladas cejas fruncidas, —pero esta vez no me apetecen las brasas, milord. Encontraré una forma de reagruparme, y entonces su rey será mío.

—Sólo en tus sueños, Branson. ¿Te apetece hacer de ayuda de cámara unos minutos, o llamo a un lacayo?

—¿Queda alguno ahí abajo? Pensé que habían llegado los bárbaros y habían acabado con todo.

—Oh, oyó esa pequeña refriega, ¿verdad?

Branson le lanzó una mirada despectiva. —Se oyó desde Cheapside hasta Chelsea. He mandado organizarle un baño.

Dorian se desabrochó el corbatón y lo arrojó sobre el tocador, echándose un vistazo en el espejo. El crecimiento nocturno de la barba, de color castaño claro como el resto de su pelo, le daba un aspecto algo desaliñado. —El baño tendrá que esperar, pero me vendría bien un afeitado.

—¿Esperar a qué? —Al no obtener respuesta, Branson echó una última mirada cariñosa al tablero de ajedrez y fue a buscar una jarra de agua humeante. Cuando regresó, el conde tenía la mirada perdida en su imagen en el espejo. Acostumbrado desde hacía tiempo a su estado de ánimo, Branson empujó una silla hasta su espalda, reunió toallas y jabón y acarició la maquinilla de afeitar. — Bueno, entonces, ¿lo hizo?

Dorian se sentó en la silla y se apoyó en la almohada que Branson le colocó en la nuca. —¿Que si hice qué? —La punta de la navaja le rozó la punta de la nariz. Se mantuvo muy quieto.

—Guarde sus tácticas evasivas para el tablero de ajedrez, —le aconsejó agradablemente el ayuda de cámara, —donde realmente podrían impresionarme.

—Vivo para el día en que pueda impresionarte, Branson.

—En ese caso, milord, vivirá hasta una edad muy avanzada. — Dejando la navaja a un lado, Branson colocó una toalla sobre los hombros del conde y le envolvió la cara con otra toalla empapada en agua caliente. Trabajó eficientemente, dejando una pequeña sección con los dedos para permitir el paso del aire. —Supongo que Pearson se llevó la peor parte de la trifulca. Oí todo lo que dijo, y a la chica también, pero cuando habla todo suave y educado, no puedo distinguirle. Ahora tendrá que repetirlo para mis oídos.

—Mmmm.

—Puede explicarlo más tarde, cuando haya terminado. —Su mano apretó la toalla contra la

boca del conde. —Así que ha comprometido a una niña, ¿eh?

—¡Mmmmm!

—Ya decía yo que no. Confiaba en que ese mayordomo con cerebro de pulga se equivocaba. ¿Cuándo va a dejar de doblegarse ante sus propios sirvientes, milord?

Dorian arrancó la toalla. —Cuando le despida, Branson. — Balbuceó cuando un puñado de espuma le sorprendió con la boca abierta.

—¿Despedirme? —Branson se rio. —Sólo en sus sueños, milord.

Agarrando la toalla del suelo, Dorian se limpió el jabón de Marseilla de la lengua. —Te encanta esto, ¿verdad? Jugar al inquisidor español con una navaja en mi garganta. No me extraña que no puedas ganar al ajedrez, es un juego demasiado limpio para ti. —Bajó la cabeza, mientras Branson le enjabonaba la cara y empezaba a afeitarle con pasadas largas y delicadas.

Nigel Branson era astuto, más que su tocayo: lo bastante inteligente para dirigir un gobierno, lo bastante sabio para abandonar un monasterio y, para gran fortuna del conde, amigo y colega desde los tiempos de Cambridge. También un ayuda de cámara excepcional cuando se lo proponía. El hombre no estaba más destinado a ser sirviente de lo que lo estaba el conde de Sebrington, y cómo había llegado a colocar paños en la cara y lustrar botas era un enigma. Ciertamente fue por elección, porque Branson nunca hacía nada que no quisiera. Hablaba siete idiomas, leía y citaba poesía en todos ellos y era el luchador más hábil con la pistola, los puños, la espada o el ingenio que Dorian había visto jamás. También esculpía corbatines almidonados hasta convertirlos en pequeñas obras de arte. Casi lo único que no podía hacer mejor que su maestro era jugar al ajedrez. Dorian le había enseñado el juego durante su propia larga convalecencia de las torturas de una prisión francesa, y estaba seguro de que en pocos meses Branson le ganaría regularmente con humillante facilidad.

Robusto y gruesamente musculoso, de pelo gris y ojos azul pálido, Branson tenía probablemente cincuenta años. Había pasado su juventud en la India, nunca se había casado y se negaba a hablar de su familia. Todos muertos, insistía. De rango noble, sospechaba Dorian, aunque hacía tiempo que había renunciado a husmear en la vida personal del hombre. Entrometerse era un privilegio que Branson se reservaba para sí mismo. Cacareaba sobre su jefe como una gallina, le regañaba por ser un “pomposo Sebrington con aires de grandeza” y, entre unas cosas y otras, era un compañero inestimable.

Su valor fue grande en los primeros años, pero incalculable cuando Dorian se largó a la Francia de Napoleón para infiltrarse en la sociedad y espiar para el Ministerio de Asuntos Exteriores. Había sido un plan descabellado, pero tan audaz que funcionó durante casi cinco años. Tras meses de andar sobre arenas movedizas, el joven vizconde fue aceptado como lo que pretendía ser: un rico y truhan conocedor de la buena vida que sabiamente optó por volver a casa. Su madre, Marie du Pres Clayton, condesa Sebrington, había dejado a su marido inglés y regresado a Francia, así que ¿por qué no también su hijo?

Dorian no recordaba a su madre, que desapareció cuando él era un niño pequeño y murió poco después, pero fue recibido con los brazos abiertos por su empobrecida familia. Al menos su

dinero fue bien recibido, y gastó a manos llenas para establecerse en la corte del emperador. Lo que descubría, normalmente en brazos de esposas cotillas, lo transmitía a través de Branson y su red de contactos al Ministerio de Asuntos Exteriores. Había poco de valor, pensaba a menudo: rumores y especulaciones, todo muy generalizado.

Quizá todo fuera una gran pérdida de tiempo. Inevitablemente, le acabaron pillando, pero los franceses nunca llegaron a atrapar a Branson, que apareció como segundo oficial en el barco que transportaba a Dorian a través del canal cuando fue liberado de la cárcel.

El conde seguía sin entender por qué el verdadero héroe de su empresa insistía en seguir siendo ayuda de cámara. —Me iré cuando me apetezca, —decía siempre Branson, y nunca se iba. Y por ello, Dorian daba gracias a Dios todos los días.

Otra toalla caliente le golpeó la cara mientras Branson le frotaba los restos de bigotes y jabón. —¿Un cambio de ropa, milord?

Dorian sacudió la cabeza. —No hay tiempo. Tengo un pequeño problema del que ocuparme... diez minutos como mucho... y luego estaré listo para un largo baño caliente y algo de comer. Ocúpate de ello, ¿quieres?

—¿Mandará a paseo a esa muchacha?

—Naturalmente.

—Me pregunto por qué está aquí. Teniendo en cuenta que no se acostó con ella, claro. Una pequeña fiera, ¿eh?

—¿Cómo sabes que es pequeña?

—Salí y miré, por supuesto. ¿Aceptará un consejo?

—¿Puedo evitar que me des uno?

—No camine por la cuerda floja, milord, ni conmigo ni con ella. Por ese motivo, perderá al ajedrez uno de estos días. Jugar según las reglas funciona con unos y no con otros.

—¿Por qué no con ella? Es una chica de la calle. No tengo intención de pagarle.

—Bueno, me he dado cuenta de que sigue en esta casa, — señaló Branson. —No sería así, si no tuviera algún presentimiento sobre ella.

—Lo tengo, y me dice que me deshaga de ella con toda la rapidez posible. ¿Y qué dice tu instinto? —Para su propia sorpresa, el conde estaba ansioso por una respuesta.

—Dice que le prepare un baño y mantenga la boca cerrada.

Dorian se rio. —Cualquier mujer que pegue a Pearson y cierre la boca de mi ayuda de cámara vale al menos diez minutos de mi tiempo. Estaremos en la biblioteca, si no le importa pelearse con el mayordomo por un sitio junto al ojo de la cerradura.

—No me interesa estar en el mismo lugar con ese asno. ¿Quiere que le prepare otro corbatón? —Dorian miró su reflejo. Tenía un aspecto un poco raro, con un abrigo de cola de golondrina y chaleco de brocado sobre un cuello de camisa abierto. —No importa, ella no notará la diferencia. Y mientras estoy fuera, Branson, mire el tablero de ajedrez por si se le ocurre algún movimiento interesante.



El conde se alegró al descubrir un fuego calentando la biblioteca y una jarra de jerez sobre el escritorio. Se sirvió una copa llena y se acomodó en la silla acolchada de respaldo alto. A estas alturas la muchacha ya debía de estar debidamente acobardada, sus sirvientes podían intimidar hasta a la realeza, y esta entrevista sería breve, aunque no debería haberla permitido nunca. ¿De qué instinto hablaba exactamente Branson?

Precisamente a la media hora, la puerta se abrió de golpe y la muchacha entró como un disparo de ballesta mientras maldecía. Dorian observó con cierto asombro cómo su pie salía disparado hacia detrás, en una maniobra digna de una gimnasta de Astley, para patear la puerta directamente a la cara de Pearson. Le dio justo en el pico al viejo buitre, pensó el conde con placer.

Se levantó mientras ella se acercaba al escritorio y procedía a mirarle de arriba abajo, de la cabeza a los pies. Como Wellesley evaluando al enemigo, pensó, reprimiendo una sonrisa. La miró fríamente, permitiendo la atrevida inspección mientras realizaba lo propio con ella. Ahora podía ver claramente que, en efecto, era una mujer, una mujer muy pequeña, con un vestido casero aún más pequeño que ella. La falda grisácea se detenía en algún punto por encima de sus recortados tobillos, y el ajustado corpiño revelaba que no era pequeña por todas partes. Su rostro era triangular, todo ojos por encima de unos pómulos altos e inclinados y una nariz respingona e inclinada. Sus ojos marrón café, salpicados de oro, estaban enmarcados por largas pestañas negras. El pelo oscuro, enmarañado por el agua de lluvia, se enroscaba alrededor de sus orejas y cuello. No parecía para nada embarazada.

La barbilla de la chica se levantó al terminar su evaluación, y Dorian tuvo la clara sensación de que no estaba impresionada.

—Bueno, querida, —dijo en su tono más escalofriante, —¿qué tiene que decir en su favor?

—Yo... a... ah... ¡achús!

Le pasó un pañuelo de lino monogramado e hizo un gesto de dolor cuando ella lo puso en uso.

—¿Quiere sentarse? —preguntó cortésmente, señalando una silla con respaldo de ala inclinada en la esquina del enorme escritorio.

—Prefiero estar de pie. ¡Achús!

—Bueno, podemos hacerlo así si insiste, pero no puedo sentarme hasta que usted lo haga.

Modales, entiende, ¿no? —O eso esperaba, porque necesitaba mucho sentarse. Le dolía la espalda, como siempre que llovía, lanzando agujas ardientes a sus piernas y acalambrándole los músculos.

Rayos, pensó Alice —Siéntese si quiere. Por mi parte preferiría que lo hiciera al ser demasiado alto para mi tranquilidad actual, que no es mucha en este momento, pero yo en esa enorme silla soy propensa a desaparecer por completo, por lo que prefiero permanecer de pie, para así poder mirarle a los ojos cuando usted esté sentado.

El conde se sentó con cautela en su silla y se acomodó, divertido a pesar de su fastidio por esta brizna de niña con la extorsión en mente. Nunca la había visto antes, y mucho menos había engendrado un bastardo con ella, pero los pares con conciencias culpables a veces pagaban en casos como éste para evitar el escándalo. Tenía curiosidad por ver cómo se desenvolvía ella.

—¿Se imaginó que, si me ignoraba, me iría sin más? —le preguntó. —¿Pensó en quedarse el dinero para usted?

—Sospecho que poco menos que un regimiento haría que se fuera, —respondió él afablemente. —Ahora dígame, ¿de qué dinero está hablando? ¿Y quién es usted? —Ella plantó las manos sobre el escritorio y se inclinó, el agua goteando de su pelo rizado sobre el desparrame de papeles.

—Soy Alice Cranley, por supuesto.

—Ya veo. —Nunca había oído ese nombre y debió de notárselo en la cara, porque ella se incorporó y le miró con suspicacia.

—Alice Cranley, —repitió lentamente, como si él no hablara inglés.

Él negó con la cabeza. —Lo siento, señorita Cranley. ¿Es posible que usted... em, haya acampado en la puerta equivocada esta mañana?

—No, no es posible. Esta es la dirección correcta, y usted es el conde de Sebrington. Lo sé porque es usted exactamente igual que su padre, y además, reconozco esto. —Cogió un jarrón de la esquina del escritorio. —Mi padre adquirió esto para el difunto conde, es de la dinastía Ming. Yo también lo recuerdo. —Señaló un dibujo de Da Vinci enmarcado en la pared. —Oh, sí que estoy en el lugar correcto, y no tenía intención de acampar en su puerta, pero cuando llamé como una persona civilizada ese miserable mayordomo me negó la entrada, e incluso cuando empezó a llover no me dejó entrar. ¿Qué otra opción tenía? Supuse que tropezaría conmigo al salir, pero realmente no estaba en casa, ¿verdad? Pensé que mentía sobre eso.

—Lo habría hecho, si hubiera estado aquí. —El conde manoseó un abrecartas pensativamente durante un momento antes de tirarlo a un lado. Sus ojos, normalmente de un azul tranquilo e impasible, se volvieron fríos. —Y ahora, señorita Cranley, pongamos fin a este drama para que pueda almorzar. Usted... —La miró directamente y la contempló fascinado.

Lo que había sido una húmeda y peluda mata de tirabuzones alrededor de su cabeza estaba empezando a... bueno... crecer. Casi podía ver cómo su pelo se expandía, como un globo, a

medida que se secaba. Aún más asombroso, oyó el sonido definitivo de una risita cuando ella se dio cuenta de lo que él estaba mirando boquiabierto.

—Horrible, ¿verdad? —dijo Alice alegremente. —Lo había olvidado. Mejor no pensar en ello, si quiere saber la verdad. Entre mi finca y esta mata de pelo lanoso, crecí escuchando balidos y baas de compañeros de juego que se creían listos. Aunque llegó un momento en que cambiaron de opinión.

—Les mordió, ¿verdad?

Ella sonrió. —¿Cómo al mayordomo? Se lo merecían y más. A por ellos con uñas y dientes, solía decir mi padre, pero mis uñas no sirven de nada porque las mantengo cortas. Mi especialidad son los dientes y una patada rápida donde más duele. Ese imbécil tuvo suerte de que mis pies se enredaran en la capa.

Dorian no quería oír más. Esta incendiaria no era de las calles, venía directamente del corral.

—Mi padre era igual de malo, —continuó. —Me llamaba su esponjosa oveja negra. El pelo parece lana de cordero cuando está corto, así que lo dejo crecer todo lo que puedo. Luego, por supuesto, parece...

—¿Un arbusto? —proporcionó el conde para ayudarla.

Alice sonrió, y él vio un pequeño hoyuelo en una mejilla. —Me temo que sí. Afortunadamente, ahora da igual mi aspecto, pero cuando era pequeña solía rezar para despertarme una mañana alta y elegante, con pelo largo y rubio y una nariz patricia, como la suya. Una que sirve para mirar hacia abajo cuando uno está molesto. Alto y de nariz larga es mucho mejor cuando uno desea dejar claro algo, ¿no cree?

Su nariz respingona estaba decididamente roja y el conde la vio desaparecer en su pañuelo para estornudar de nuevo. Para ser una pequeña bala de mente única y decidida, tenía una notable capacidad para la divagación. Para su propia sorpresa, se encontró sugiriendo una bandeja de té y galletas.

Ella retomó el rumbo inmediatamente. —No se le ocurra cambiar de tema, milord. Tenemos que arreglar esto para que pueda volver a casa. Tal y como están las cosas, perderé la diligencia nocturna a menos que coja un carruaje de alquiler hasta Lombard Street, y mi ropa está empapada gracias a su mayordomo. Tendré que comprarle el vestido a Tammy para poder llevar algo, y probablemente también una capa.

El conde, cansado y con un dolor considerable, perdió la poca fascinación que había conseguido despertarle aquella pequeña mujer. Necesitaba un baño caliente, y pronto. Era lo único que aliviaba los espasmos agonizantes, aparte del láudano, el cual no se atrevía a tomar a menudo, o el alcohol, que se cuidaba de dosificar en pequeñas dosis. ¿Qué había estado a punto de decir cuando se fijó en el pelo alborotado? —Tal vez si me explicara exactamente por qué está aquí y qué desea, podría arreglármelas para que se vaya. No veo el momento, —añadió con tranquilo desdén, —en que eso ocurra.

El temperamento de Alice, tan movedizo como su sonrisa, se encendió en un instante. —Soy yo, milord, quien lleva horas esperando bajo la lluvia torrencial a que usted se digne aparecer. —Cada declaración era puntuada con un golpe de puño sobre su escritorio. —Soy yo quien lleva casi un año esperando alguna palabra suya, algún acuse de recibo de mis cartas y la reanudación de la asignación que usted me ha retenido, ilegalmente, estoy segura, mientras mi casa se cae prácticamente a pedazos alrededor de mí y el personal no cobra. Soy yo quien quiere la explicación, milord, y además, yo… aa… ¡achús! —El resto se ahogó en su pañuelo mientras Alice se hundía en la silla para entregarse a un ataque de estornudos.

El conde miró cortésmente al techo, ordenando la información que ella le había contado. Dos palabras retuvieron su atención: letras y asignación. Era posible, remotamente posible, que ella tuviera una queja legítima contra él. Los asuntos de negocios llevaban un tiempo desordenados y él rara vez miraba la correspondencia. Templó la voz.

—Señorita Cranley, le aseguro que no sé nada de usted ni de ningún fondo que se le deba. ¿Tiene esto algo que ver con mi padre?

Unos ojos enrojecidos, acuosos por los estornudos, le miraron. Realmente parecía desaparecer en la enorme silla con respaldo de ala, y aunque él no podía verle los pies desde su posición detrás del escritorio, sospechaba que no llegaban al suelo.

—No sabe quién soy, ¿verdad? —Ella sacudió la cabeza con incredulidad. —Puedo entender cierta confusión cuando falleció el viejo conde, y las cosas sin importancia, como yo, se pierden fácilmente en el barullo durante un tiempo, pero demonios, hombre, ¿ni siquiera lee su correspondencia? Envié al menos diez cartas directamente aquí, y caras, además, porque no dispongo de buen papel como usted.

—Mi secretario se encarga de la correspondencia, —dijo Dorian un poco a la defensiva.

—Bueno, naturalmente pensé en eso. Temía que me hubiera dejado al fondo de algún montón, así que las últimas cartas estaban marcadas como “Personal”. Las dos últimas “Personal”, “Confidencial” y “Urgente”. Seguramente algo así debía llegar a sus manos.

—Sí, Greens me pasaría esa correspondencia, y sin duda lo hizo, pero eso no significa que yo la leyera. —De hecho, aseguraba que no lo haría. Los pocos amigos que le habían importado estaban todos muertos, excepto Neil, el otro Neil, que habría hecho mejor en morir como los demás. No, no había amigos de los que quisiera saber nada, ya no. Había cerrado esa puerta, por fin, y abierto otra que sólo admitía tener conocidos.

La chica estaba de nuevo en pie. —En ese caso, milord, permítame presentarme una vez más. Soy Alice Agnes Cranley, y tengo la increíble desgracia de ser su pupila.

Parpadeó. —Eso es imposible.

—Impensable, intolerable y ciertamente innecesario, pero, desgraciadamente, muy cierto. —Alice le observó atentamente. El conde parecía tan seguro de sí mismo como un gato en un árbol, pero ella sabía que no lo era. Llevaba la actitud distante como una capa, pero se le escapaba de vez en cuando... no se notaba hasta que volvía a recogerla a su alrededor. Realmente no parecía

tener idea alguna del tema, y por muy culpable que fuera, también era perdonable. Al menos no la había engañado voluntariamente. Podía ser terriblemente negligente, un típico aristócrata desaliñado sin más preocupaciones que su peinado, su ropa y dónde pasar la noche, pero empezaba a parecer que podrían arreglar este asunto con unas cuantas explicaciones. Entonces él le devolvería la pensión y ella podría volver a su casa, donde estar bajo tutela sólo significaba la molestia de cobrar los giros bancarios trimestrales. Alice se arrellanó en el borde de la silla, con las manos cruzadas primorosamente sobre el regazo, dándole la oportunidad de disculparse.

—Si está diciendo la verdad... —empezó él, agitando la mano perezosamente en su dirección cuando ella gruñó, —y naturalmente debo verificar la situación por mí mismo, entonces tengo que informarle de que no es en absoluto propio de la pupila de un conde viajar en un carruaje del correo, y menos sola como presupongo, a menos que lleves una doncella guardada en ese equipaje de mala reputación. Por no hablar de exhibirse durante horas en una puerta de Berkeley Square para que todo el mundo la vea.

Ella estaba de nuevo en pie, inclinada sobre su escritorio y prácticamente nariz con nariz con él.

—¿Exhibirme? Vaya por Dios, sapo presumido, engreído y odioso. Yo nunca...

—Pero lo hizo, —le informó cortante, —y ahora está enferma, Dios sabe qué será de tu reputación si alguien la reconoce, y ésta no es precisamente una forma óptima de comenzar una relación que ninguno de los dos desea. Por el momento, tranquilícese, jovencita. Vuelva a sentarse y permanezca en silencio el tiempo suficiente para que yo termine de hablar.

—Siéntese, —repitió con voz tranquila, como siempre, pero afilada. Ella se sentó. Él sacó su reloj y lo abrió.

—Es, quizá, un poco tarde para mandar llamar a Ryan Lane. Él era el abogado de mi padre, aunque se jubiló el año pasado, y sin duda estará familiarizado con esta... ah... desagradable situación. De hecho, hay varias personas a las que me gustaría consultar, así que pasarán uno o dos días antes de que esté preparado para informarle de mi decisión.

—Pero...

Levantó un dedo de advertencia y Alice cerró la boca. Cuando un leve rugido salió de su garganta, él sacudió la cabeza. —No tolero las rabietas, señorita Cranley. De nadie. Cuando termine, puede hablar. —Satisfecho por todo excepto por la mirada de puro odio en sus ojos, Dorian se frotó la frente y trató de recuperar sus pensamientos. Las agujas de su espalda se clavaron en su cuello, provocándole el inevitable e incapacitante dolor de cabeza que le solía afectar. Incluso las preguntas que quería hacer parecían menos importantes que aliviar el dolor. Había esperado un año, eso dijo, y ahora parecía que tendría que esperar un poco más, aunque estaba seguro de que a ella no le iba a gustar.

—No hay nada más que hacer hasta que haya verificado su historia. En cualquier caso, debe descansar por ahora, así que le acomodaremos con un poco de sopa caliente y una gran provisión de pañuelos mientras comienzo las averiguaciones necesarias. —

Empezó a levantarse y se lo pensó mejor. —¿Quiere dar un tirón de la cuerda de la campana?

Sorprendida, Alice se levantó de un salto para hacer lo que le pedía, y antes de que pudiera volver a sentarse, Pearson estaba en la habitación, haciendo una untuosa reverencia. ¡El viejo chivo había estado escuchando tras la puerta! Ella giró sobre sí misma y le enseñó los dientes.

El conde dio rápidas órdenes, mientras Pearson se indignaba más con cada una.

—¿Aquí? —protestó. —¿En esta casa? ¿Cómo puede permitir que se quede? El viejo conde nunca permitiría tal cosa.

—El viejo conde, por si no se ha dado cuenta este último año, está muerto, y lo que pueda o no pueda permitir ya no viene al caso. Ponga a la señorita Cranley en la habitación marfil y encuentre a alguien que actúe como su doncella.

—Quiero a Tammy.

El conde la fulminó con la mirada por interrumpir. —Tammy, entonces. Un fuego y un baño caliente, almuerzo, y cualquier otra cosa que ella pida mientras…

—Libros.

—Libros pues. Y que no salga de la habitación, bajo ningún concepto, hasta que yo lo diga. —Se dirigió a Pearson, pero la orden iba claramente dirigida a ella. Alice estaba demasiado ocupada estornudando como para discutir.

—Sí, milord. Pero si puedo decir...

—No puede.

Con un bufido, el mayordomo dio media vuelta y salió. La puerta se estrelló tras él.

—Debería despedir a ese hombre, —dijo Alice con franqueza. —Es una vergüenza para su profesión.

—No se despide a los criados de la familia sin una causa seria, —le dijo el conde pacientemente. —Pearson sirvió a mi padre durante casi cuarenta años.

—Y lo sigue haciendo, me parece. Esa actitud no sería tolerada en nadie de mi personal, se lo aseguro.

—Agradezca, entonces, que yo sea algo más sufrido. Puede que eso me permita tolerarle a usted.

El hoyuelo apareció en su mejilla. —Espero, mi lord conde, poner eso a prueba.

Estuvo a punto de sonreír, y por ese breve instante a Alice casi le cayó bien, pero sus ojos se nublaron como una tormenta que barre un lago. —Hará mejor, muchacha, simplemente obedeciéndome. Si es, de hecho, mi pupila legal… no gruña porque no le crea, entonces lo que

yo decida será sin duda lo mejor para usted. Los Clayton siempre cumplen con sus obligaciones.

—¿Como lo ha hecho hasta ahora? —inquirió ella con dulzura.

—Todo esto ha sido una completa, e inoportuna, sorpresa, señorita Cranley. Es posible que mi descuido de unas responsabilidades desconocidas le haya causado ciertas dificultades y precipitado este comportamiento escandaloso, y retomaremos este asunto más adelante, cuando haya comprobado los hechos, —señaló él, con el rostro sombrío.

—Por todos los diablos, hable en inglés, ¿quiere? No se está dirigiendo aquí al Parlamento. El hecho es que usted no hizo lo que debía hacer y yo hice lo que tenía que hacer. Eso es lo esencial.

—También abordaremos, —continuó imperturbable, —el asunto de su lenguaje poco delicado. —Se oyó un ligero golpe en la puerta. —Será alguien que le lleve arriba. Vaya, muchacha, y descanse bien. Mañana o pasado, dependiendo de cómo se sienta, llegaremos a una resolución adecuada de lo que debe hacerse con usted. —El fuego de sus ojos calentaba la habitación, pero los hombros de la mujer estaban caídos, y él podía notar que estaba muy cansada y que no se sentía nada bien. Tal vez el médico debería venir a echar un vistazo, pues no sería de recibo que su “nueva” pupila cayera muerta en la casa Sebrington. Sólo Pearson se alegraría de ello.

Alice hizo una reverencia casi tan insolente como una de las reverencias del mayordomo.

—Buen día, milord, —dijo, dirigiéndose a la puerta. —Espero que se encuentre mejor la próxima vez que nos veamos. —Lo miró por encima del hombro. —¿Le duele mucho la espalda?

—¡No me duele nada! —espetó.

Ella se encogió de hombros.

—Si usted lo dice. —Su mano estaba en el pestillo cuando él volvió a hablar.

—¿Cuántos años tiene?

Alice se giró completamente. —¿Cuántos años cree?

Dorian la miró con suspicacia. —Catorce, quizá quince. Parece más joven que eso, excepto por... —sonrojado, hizo un gesto vago en dirección a su pecho.

Qué sorpresa, el hombre podía avergonzarse. Alice hurgó en esa grieta de su armadura con regocijo.

—Hágase montar unas gafas, milord. Dentro de unas semanas, tendré veinticuatro. —Saboreó su boca caída y su expresión atónita durante un delicioso momento antes de volver a su cara seria.

—Rayos, —murmuró el conde.

Capítulo 3



Dorian se metió en el agua humeante con un leve murmullo de placer. La bañera de cobre hecha a mano medía dos metros de largo y medio metro de profundidad, lo que le permitía estirarse de cuerpo entero con el cuello apoyado en una almohada. Tenía un pitorro para vaciar el agua fría, y los lacayos aparecían a intervalos regulares para añadir agua caliente a la bañera. A veces se quedaba una hora o más, y salía con la piel arrugada como una pasa, pero con los músculos relajados y relativamente sin dolor.

Branson le tendió un vaso de clarete. —Vi a la muchacha bajar por el pasillo hace unos minutos. ¿Quién es?

—¿La red de sirvientes te ha fallado? —Dorian rechazó el vino con un gesto de la mano. —Pensé que ya tendrías toda la información. Pearson tenía señales en la mejilla de presionar la oreja contra la puerta.

—Sabe que no me hablan, muchacho. Hay dos bandos en esta casa, ellos y nosotros, y nos superan en número. Sólo los nuevos me tratan como algo mejor que basura.

Dorian frunció el ceño. —Dice que debería despedirle...

—¿A Pearson? Debería colgarlo de sus…

—¿Del cuello? A menudo lo deseo. Pues no es una niña pequeña, tiene veinticuatro años, aunque es una cosita diminuta, pero tiene una lengua como una sierra y unos modales pésimos.

Como si hubiera sido criada en un corral. Es mi pupila, Branson. ¿Te lo puedes creer? Una herencia tardía del viejo conde.

—¿Qué hace ella aquí, milord? ¿No tiene marido?

—No debe de tener, —dijo Dorian reflexivamente. —Y ese es el problema, claro, como siempre tan clarividente, Branson. Mañana me informaré y me ocuparé de ello.

—Publique un anuncio en el Times: pequeña mujer con lengua como sierra de arco, criada en un corral, requiere esposo. Gran dote. Supongo que alguno escribirá.

—Si es necesario lo haré. Maldita sea, Branson, ¿qué he hecho para merecer esto?

—Últimamente nada, milord. No ha hecho gran cosa últimamente, por lo que sé.

—Sabe, creo que ya he tenido suficientes sermones por hoy. ¿Por qué no te vas de aquí? Haz que Renard suba algo de comer, y vuelva para vestirme a las ocho.

—¿Va de nuevo a los clubes? —El desdén en la voz de Branson era casi ofensivo, pero Dorian estaba demasiado cansado para fingir fastidio. —Voy a hacer una visita a mi tía. Ocúpate de que le envíen un mensaje de que voy para allá, ¿quieres? Puede que Alison tenga algunas sugerencias para eliminar esta plaga de mi casa, por lo demás, tendré una tarde tranquila.

—Tarde aburrida, si me lo pregunta.

—No se lo he preguntado. Y créame, aburrida es exactamente lo que necesito para el futuro inmediato, incluso tal vez para el resto de mi vida. Para el caso, no puedo reanudar una carrera en el espionaje, Branson, me atraparon, ¿o lo había olvidado?

—Pero no le mataron. —Branson arrojó una pastilla de jabón a la bañera. —Salió bastante sano, teniendo en cuenta lo que le hicieron. Jamás habría pensado que se marchitaría tan rápido como el viejo conde.

Dorian había escuchado este discurso, o uno muy parecido, demasiadas veces como para sentirse ofendido. A decir verdad, hacía falta mucho para conmoverle estos días. Más que una diatriba familiar de un hombre que se había instalado lealmente con él en una rutina pasiva que no le convenía en absoluto. Probablemente Branson preferiría el calabozo a este mausoleo de casa, pero él era un luchador nato y Dorian era un aristócrata inglés acartonado hasta la médula, y su rebelión había terminado. Con su padre muerto no había nadie contra quien rebelarse, y su utilidad también había terminado, porque los franceses le habían descubierto. Incluso había tenido el deseo de comprar una comisión, como habían hecho todos sus amigos. Pero era demasiado tarde para él, y demasiado tarde para Rodger Mosley y Justin Blackmoor y Robert Wright. Todos sus amigos, todos los Merrie Men de Neil se habían ido, excepto el propio Neil, que ya no estaba bien.

Sólo Dorian Clayton, vástago de la Casa de Sebrington, seguía entero. Su padre habría chantajeado a la Oficina de Guerra para evitar que comprara una comisión, y la presión en casa era implacable. Sus disputas fueron subiendo de tono, hasta que apenas podían verse sin tener un feo enfrentamiento entre ambos. Tras una batalla especialmente encarnizada, Dorian se dirigió furioso a Whitehall y ofreció sus servicios al Ministerio de Asuntos Exteriores. Una semana después, con las maldiciones de su padre aún resonando en sus oídos, estaba de camino a Francia. Su madre tenía familia influyente allí, y él la utilizó como cuña para entrar en la corte del nuevo Imperio. Incluso ahora le parecía una traición a la madre que nunca había conocido. No tenía ni idea de si ella estaría orgullosa de él o avergonzada. No podía adivinar dónde habrían estado sus lealtades, salvo que no residían con su hijo ni con su marido. Y ahora que lo había hecho y con la perspectiva del tiempo, estaba bastante seguro de que había traicionado a sus padres al espiar, a todos sus amigos al no luchar, y a sí mismo al no saber nunca realmente qué hacer.

Al menos había aprendido la lección, por las malas, en Francia. Dorian Clayton, conde de Sebrington, tenía unos deberes y un modo de vida trazados por generaciones de hombres como su padre. Su camino estaba predestinado y pretendía seguirlo tenazmente. Si Alice Cranley era una obligación legítima, él se ocuparía de ella de la manera adecuada. Dentro de un año o dos, cuando se sintiera con fuerzas para ello, buscaría una esposa en el Marriage Mart y engendraría un heredero que llevara el apellido. Antes de eso, se pondría manos a la obra y pondría en orden

sus asuntos comerciales. Branson tenía razón en una cosa, no había hecho casi nada útil desde que regresó a casa hacía un año.

Estos últimos meses había flotado entre los clubes y su amante, donde había pasado gran parte de la noche anterior y la mayor parte de esa mañana, donde siguió el rígido programa de ejercicios prescrito para su espalda. Eso, al menos, estaba dando resultados. Estaba notablemente mejor y podía pasar días enteros sin el dolor debilitante.

En conjunto, su vida estaba casi en orden, salvo por la molesta intrusión de Alice Cranley. Con la cooperación de Alison y una cuantiosa dote, pronto sería responsabilidad de algún otro hombre desafortunado. En realidad, la vida era bastante sencilla si seguías las reglas y no te emocionabas demasiado. En ese sentido, su padre lo había sabido mejor que nadie. Había al menos diez retratos del viejo conde en casa de los Sebrington, cada uno más imponente que el anterior y cada uno de ellos más parecido al hombre severo al que su hijo no había conseguido complacer. Lo haría mejor a partir de ahora.

Dorian abrió los ojos y vio a Branson vaciando el agua fría de la bañera. Dos teteras de agua humeante se vertían sobre él, chamuscándole la piel, pero sintiéndolo de maravilla en la espalda. —¿Aún no te has ido? —murmuró, frotándose el jabón con desgana por el pecho y los hombros, disfrutando de la sensación del agua caliente y la espuma burbujeante.

El puro placer físico, sin sentido, tangible y sensual, sería lo último a lo que renunciaría. Incluso Albert Clayton debió de conocer la pasión en su juventud, cuando se casó con la extravagante Marie du Pres. No fue hasta que ella huyó cuando él se consumió con su colección de arte. A Dorian le gustaba el arte, y casi le apasionaban los libros, pero nunca viviría una vida célibe como su padre había hecho durante treinta años. Alguna parte recóndita heredada de su madre siempre le atraería hacia el rico chocolate, el embriagador perfume de las flores y las rubias elegantes de piernas largas y brazos abiertos. En su justa medida, la pasión no era algo malo siempre que no se le fuera de las manos. Ya había avanzado hasta el punto en que nada se le escapaba del control, excepto quizá este último pequeño problema, y eso lo tendría controlado en uno o dos días.

El conde miró a su alrededor y encontró la habitación vacía. Sin embargo, el vaso de clarete estaba allí, sobre una mesita que habían puesto a su alcance. Lo cogió y se lo bebió entero, sintiendo un impulso loco e inexplicable, surgido de la nada, de pasar las manos por la mata de pelo de aquella chica infernal sólo para ver qué se sentía.

Al fondo del pasillo, en la suite Ivory, Alice apoyó la barbilla contra las rodillas en la estrecha bañera y se echó agua tibia sobre los hombros enjabonados. Tenía un pañuelo húmedo cerca de la mano y lo cogió apenas a tiempo de atrapar otro brote de estornudos.

Los resfriados eran muy poco dignos, sobre todo ahora que ella necesitaba, por encima de todas las cosas, cierta apariencia de dignidad. No había absolutamente nada digno en sonarse la

nariz. Con todas las dificultades que había superado, ¿quién habría imaginado que se encontraría peleando contra un mayordomo imbécil y una nariz que moqueaba?

Y, por supuesto, Dorian Clayton. Siéntese, cállese, compórtese, haría bien en obedecerme, muchacha. Señor, había estado a un pelo de lanzarse sobre ese escritorio y sacarle el palo. Esos iconos aristocráticos debían estar estampados como monedas, porque desde luego no eran de carne y hueso.

Bueno, era culpa suya. Debería haber cedido a la noblesse oblige. A los hombres les gustaba ser fuertes y dominantes, y ella debería habérselo permitido, pero el conde parecía saber exactamente qué nervios retorcer. Si ella hubiera estado enferma y le hubiera dado pena, una indigente pidiendo un favor, probablemente él habría agitado la mano en señal de bendición, habría hecho los arreglos pertinentes y la habría dejado marchar. Una simplemente tenía que encontrar la tecla de un hombre así y tocarla hasta que bailara a su son.

La próxima vez lo haría mejor. Después de todo, se sentía realmente mal y un poco consumida por la autocompasión. No era fácil fingir debilidad cuando uno realmente se sentía débil.

Ella, simplemente, no sabía cómo manejarlo todavía. No, probablemente lo sabía, pero algo en él lo hacía terriblemente difícil. Su seguridad en sí mismo la irritaba. Su negativa a dejarse pisotear la hacía querer morderle de la rabia. Alice se palpó la frente y, para su consternación, descubrió que estaba muy caliente. Maldita sea. No era de extrañar que hablara así, como si realmente entendiera a ese hombre.

No debía empezar a pensar en él como un hombre. Él era un nombre en unos papeles. Un obstáculo a superar, una montaña, o más bien una cordillera, y a las cordilleras sólo se las puede escalar o bordear, pero no se las puede atravesar. La próxima vez buscaría un camino y lo seguiría, en lugar de intentar cavar un túnel con su lengua reconocidamente afilada.

Al otro lado de la habitación, Tammy se sentó pacientemente en el borde de la cama, esperando instrucciones. El agua se estaba enfriando y Alice se puso en pie. —¿Podrías pasarme una toalla, por favor? —preguntó.

Tammy se apresuró a ayudarla a secarse, la acomodó en la enorme cama con dosel contra un montón de almohadas y colocó una bandeja sobre su regazo. —Sólo unos bocadillos y leche, milady. Milord Clayton ya se había ido, y el resto de los que trabajan en la cocina son del antiguo personal. Hacen más o menos lo que les place.

—¿En serio? —eso intrigó a Alice. —El conde no me parece un hombre que tolere la desobediencia.

—Lo sé, pero lo hace todo el tiempo. Supongo que lo ignora. Son como soldados atrincherados, milady, difíciles de sacar, y milord no parece querer luchar contra ellos.

Aquella era la primera buena noticia que Alice había oído en mucho tiempo. Quizá él tampoco quisiera luchar contra ella, si era lo bastante testaruda. ¿Y qué táctica debería tomar contra esta cordillera? ¿Atrincherarse? ¿Perforar? ¿Subir por encima? ¿Darle la vuelta? Su táctica cambiaba cada vez que lo pensaba.

Tammy soltó una risita. —Es muy guapo, ¿verdad? —Enterró la cara sonrojada en la toalla.

Alice la miró sorprendida. —En realidad, no lo había pensado, pero supongo que lo es. —Y así era, reflexionó mientras Tammy supervisaba la retirada de la bañera y apagaba todas las luces excepto la que estaba cerca de su cama. Guapo, de un modo austero, no se había fijado realmente en su aspecto, pero ahora podía imaginárselo con bastante claridad: hombros anchos, bien musculados bajo su traje de etiqueta, una mandíbula perfilada, una larga nariz aristocrática y unas cejas que eran la única parte de su cara que mostraba alguna expresión. Ellas, recordó, expresaban desdén con toda claridad. Su cabello, de un castaño pálido, casi plateado, era espeso y estaba bien peinado. Nada fuera de lugar, incluso después de una noche y casi todo el día en la ciudad. Era una escultura perfecta, salvo por el dolor de sus ojos.

Eso demostraba que tenía una debilidad. Tenía dolores, y ella reconoció los síntomas porque su padre había sufrido con su espalda durante muchos años. No era una debilidad que ella explotaría, ni una que le deseara a él, pero era tranquilizador saber que el conde no estaba hecho con acero toledano.

Alice dejó la bandeja en el suelo, sin tocar, y dejó que la lámpara se apagara sola. A ella también le dolió y se hizo un ovillo con un pañuelo limpio en la mano, preparada para la incómoda noche que le esperaba.

Capítulo 4



Lady Alison Blackmoor contempló con interés la espalda erguida de su sobrino mientras él miraba por el ventanal hacia el jardín negro de hollín. Tenía las manos metidas de forma poco elegante en los bolsillos y se balanceaba sobre los talones como un marinero capeando el temporal. Alison sorbió su té, contenta por la visita.

Dorian pasaba a menudo por allí pero nunca se quedaba mucho tiempo. No se podía esperar que un hombre de treinta y tres años hiciera compañía a su tía viuda, pero echaba de menos los viejos tiempos en que ella era su refugio de la casa Sebrington y de la rígida disciplina impuesta por su padre. Él se sorprendería al saber que ella aún guardaba flores frescas en la habitación de él habitación, los Clayton no son sentimentales.

Ahora sólo estaban ellos dos, con su marido muerto en Egipto, su hijo en Vimeiro y su hermano Albert, un hombre sin ninguna debilidad perceptible, traicionado repentinamente por su propio corazón. Parecía que había estado de luto desde siempre. Siempre se preocupaba por Dorian, cinco años en Francia y no había recibido ni una palabra de él hasta que lo llevaron a su casa en una camilla, había estado a punto de perderle a él también.

Dieciocho meses de privaciones y torturas le habían dejado demacrado y febril. Los médicos no podían hacer nada por el insoportable dolor de espalda excepto darle láudano, y ella había puesto fin a eso, cuando él estaba tan constantemente atontado que apenas sabía quién era. Sólo cuando su mente estaba clara, le pidió decidir por sí mismo si soportar el dolor o vivir en un crepúsculo de estupor drogado. Ella se quedó con él día y noche mientras luchaba por librarse de los opiáceos, y luego le dejó solo para que tomara su decisión.

Con la tenacidad que un Sebrington aportaba a cualquier empresa, Dorian empezó a hacer ejercicio. Primero en la cama, luego en una silla y finalmente de pie, estiró los músculos y se fortaleció levantando pesas. Cuando pudo andar, caminó durante horas: subiendo y bajando las escaleras, dando vueltas por Berkeley y luego por Hyde Park hasta que pudo trazar sus senderos hasta en sueños. Siete meses después era capaz de montar a caballo, y recientemente había empezado a practicar boxeo en Gentleman Jackson's. Alison se preocupó por eso, pero después de un ojo morado parecía que se defendía bien. Le dijo que ahora estaba perfectamente sano, que se sentía bien, y la verdad es que no había nada en su aspecto que lo desmintiera.

Era, a la manera patricia de los hombres Sebrington, excesivamente guapo, sin ningún atisbo del vivo color de ojos de su madre en sus fríos ojos azul-grisáceos y su cabello castaño claro. Marie había atraído todas las miradas cuando entraba en una habitación, pero a menos que Dorian encontrara un retrato suyo en Francia, probablemente no tenía ni idea de lo hermosa que ella que había sido. Albert había encargado varios retratos de su esposa, pero los destruyó todos cuando ella le abandonó.

En todos los sentidos, Dorian era hijo de Albert, salvo por sus labios gruesos, casi sensuales, y el raro destello de humor en sus ojos entrecerrados. Incluso su amante estaba esculpida en hielo: alta, elegante, reservada, con unos modales exquisitos que adornarían cualquier salón de la alta sociedad si se le permitiera entrar en ellos. Alison revolvió más azúcar en su té. Fuera lo que fuera lo que preocupaba a Dorian, esperaba que no tuviera nada que ver con el Cisne, pues ese era el mote que la joven tenía. Un joven viril requería una amante, y Evangeline era perfecta para él. Sus ambiciones no incluían el matrimonio, no al menos con un conde que necesitara un heredero, pues era incapaz de concebir y no lo ocultaba. Alison, que siempre se enteraba de todo, sabía que el Cisne era tan honorable como hermosa, y aprobaba el gusto de su sobrino.

Cuando llegara el momento, empujaría a Dorian hacia el altar, pero por ahora el matrimonio estaba lejos de su mente. Apenas estaba empezando a rehacer su vida y, excepto por la recuperación de su salud, no lo estaba haciendo muy bien, pero ningún hombre Sebrington lo hizo nunca.

Estaban tan cuidadosamente medidos, sólo un macho por generación durante los últimos doscientos años, un heredero para ser criado hacia su destino. Demasiado pocos para conseguir algún equilibrio, aves raras enjauladas antes de que pudieran salir volando y hacer algo inapropiado para la especie. Su padre era tan rígidamente aristocrático que, incluso ahora cuando ella lo recordaba inadvertidamente, parecía un búho disecado.

Su hermano Albert había sido hecho con el mismo molde, cualquier arista áspera había sido suavizada antes de que dejara los pantalones cortos. Para cuando ella nació, él ya gobernaba la guardería con una voluntad imperiosa. La única forma de sobrevivir en aquella familia era

conformarse, y Alison creció hasta convertirse en una mujer Sebrington modelo, haciendo todo lo que se esperaba de ella para que su padre no recordara que existía. Eso, había descubierto, nunca era agradable.

Sólo en sus matrimonios los hermanos habían demostrado ser excepcionales. Albert, para asombro de todos, se había casado por amor. El arte era su preocupación desde la infancia, y había estado en París aumentando su colección cuando conoció a la exuberante Marie du Pres. Eran marido y mujer cuando la trajo a casa en Inglaterra, y el viejo conde nunca perdonó a su hijo por diluir la línea Sebrington con sangre extranjera. Sangre noble, porque su padre era marqués, pero sangre francesa, al fin y al cabo.

A Alison nunca le había gustado mucho su estirado hermano, pero con Marie era una persona totalmente distinta. Adoraban a Dorian, un discreto bebé de nueve meses, y cuando eran capaces de separarse de su hijo, la joven pareja brillaba por los salones de baile de Londres. Todo el mundo les envidiaba hasta la noche en que Marie hizo las maletas y huyó. Se rumoreaba que se había ido con un profesor de música italiano, pero nunca se confirmó. Por aquel entonces, Dorian tenía dos años.

El conde insistió en que Albert se divorciara inmediatamente de su esposa, y cuando él se negó, se rompieron los últimos tenues lazos entre los dos hombres y nunca volvieron a hablarse. Tres años más tarde, llegó la noticia, por la hermana de Marie, de que había muerto de cólera.

Alison estaba segura de que su padre había destruido el matrimonio de Albert, con las sutiles y crueles maneras que tenía de imponer su voluntad. El hombre podía desgastarte poco a poco, imperceptiblemente, como el agua que gotea sobre una roca. Había atraído a Albert hacia una carrera en la política y le había enviado al extranjero en misiones diplomáticas mientras le prometía cuidar de su mujer y de su hijo. Como un jardinero que recorta y poda, el viejo conde cortó los nuevos brotes de Albert y plantó a la vivaz Marie en un suelo infértil, exiliándola a una pequeña casa de campo en Yorkshire. No es de extrañar que su amor no pudiera sobrevivir, aunque nunca murió del todo en Albert. Le carcomió el resto de su vida, sin dejarle nada a su hijo excepto la compulsión de borrar cualquier rastro de Marie en la personalidad del niño. Albert nunca fue cruel como lo había sido su padre, pero disciplinó a Dorian con la misma mano de hierro hasta que reprodujo una imagen de sí mismo. La breve perturbación que Marie había suscitado en la fría corriente de los Sebringtons desapareció como si nunca hubiera existido.

El propio matrimonio concertado de Alison prosperó. Colin Blackmoor, barón de Salisburg, era rico, influyente y un modelo de la aristocracia. Justo el tipo de marido que su padre elegiría para ella, excepto que Colin también era dulce, generoso, cariñoso y sabio. Fueron felices durante veintidós años, hasta que él compró una comisión en las primeras etapas de la guerra y fue uno de los primeros en morir.

Alison apenas podía soportar a su hermano tras la marcha de Marie, pero nunca perdió el contacto con su hijo, y cuando Dorian tenía diecisiete años hizo algo que ninguna mujer se atrevía a hacer en la familia Sebrington, se entrometió. Alison aún creía que lo mejor que había logrado, aparte de dar a luz a Justin, era conseguir que Dorian se uniera a su hijo en Cambridge. Los hombres Clayton siempre iban a Oxford, así que la ruptura con la tradición equivalía a una revolución, pero Albert cedió, se desgastó, en realidad, porque ella empezó su campaña muy

pronto, mientras Justin armaba escándalos en Harrow y Dorian surcaba sus libros obedientemente en Eton. No sólo los Sebrington podían ser implacables.

En Cambridge, en compañía de Justin y su pandilla de amigos semisalvajes, Dorian aprendió a divertirse. Para ese entonces era una alegría, como su enérgica madre, y Alison, después de haber visto lo que podía llegar a ser, se sintió tanto más triste al verle revertir más tarde al arquetipo clásico de los Sebrington. Una punzada de culpabilidad le pinchó.

Últimamente, ella estaba un poco mejor, pero rara vez salía y, aunque mantenía algunas amistades, la mayor parte de sus entretenimientos se limitaban a pequeñas reuniones para tomar el té en ese mismo salón del piso de arriba donde ahora Dorian rumiaba algo frente a la ventana.

Fuera lo que fuese lo que le preocupaba, haría falta una palanca para sonsacarle la información.

Los hombres Sebrington nunca reconocían los problemas, ellos los hacían desaparecer.

—El té ya está frío, —indico ella, rompiendo el largo silencio. — ¿Quieres un poco de brandy?

Sobresaltado, Dorian sacó las manos de los bolsillos y se dio la vuelta. —Perdóneme. ¿Estuve ausente mucho tiempo?

—Bastante tiempo. De hecho, ya han pasado casi diez minutos de tu habitual y obligatoria visita para ver cómo le va a tu querida tía. El brandy está en ese aparador de caoba, creo. ¿Has comido? — En la bandeja del té hay sándwiches y rebanadas de pastel de semillas de amapola, tu dulce favorito.

—Voy de camino a Watier's, —dijo Dorian rápidamente. Él siempre venía equipado con otro compromiso en otro lugar. — Tomaré algo allí. —Mirando por el armario, encontró una botella de brandy añejo.

—Sírveme un poco, ¿quieres?

El conde levantó la vista, sorprendido. —¿Bebiendo a escondidas, tía?

—Es por el aire frio de afuera. Hace un tiempo asqueroso, ¿no crees? —Él le lanzó una mirada suspicaz. Culpable, podría haberlo jurado.

—¿Salió?

—Brevemente. —Le pasó una copa y levantó la suya en un brindis.

—Salud.

—Sí, desde luego. También nos vendría bien un poco de alegría en esta sala.

—Si se imagina que he venido a escuchar un sermón, tía, corte por lo sano. El cupo de hoy ya está cubierto. —Dorian retomó su posición cerca de la ventana, con la cabeza inclinada mientras

contemplaba la alfombra de Aubusson estampada.

—¿Pasa algo, querido? —preguntó suavemente Lady Blackmoor.

—Por supuesto que no. Todo sigue igual.

—Ah, es una lástima, esperaba que algo hubiera cambiado.

Se encogió de hombros. —Bueno, algo ha cambiado, pero no es nada importante como se puede imaginar, sino un pequeño asunto que requiere de su consejo.

—¿Mi consejo? Creía que Dorian Clayton nunca pide un consejo. Se trate de lo que se trate, ya habrás tomado una decisión.

—No se precipite, tía. La horrible verdad es que ésta puede ser una de esas cosas para las que no existe una solución aceptable.

—Pero una de las posibles soluciones requiere mi ayuda, sospecho. Si te ayuda a decidirte, dime de qué se trata.

Jugó con la punta de la bota en la alfombra, trazando un borde de hiedra retorcida en el colorido dibujo primaveral. —El caso es que, —murmuró, —parece que he recibido una herencia. —Su pie descubrió una margarita y marcó sus pétalos.

Vaya, iba a necesitar esforzarse. —Déjame adivinar. ¿Una herencia? ¿Acciones en la bolsa?

—Una muchacha.

—¿Una muchacha? —La baronesa se tragó su brandy de un trago.

—Querido, tendrás que darme más detalles si quieres mi ayuda. ¿Cómo puedes haber heredado una muchacha?

—No estoy del todo seguro de haberlo hecho. —Dorian dejó su vaso en el aparador y apoyó las manos en el alféizar de la ventana. —Es lo que ella dice, pero no puedo estar seguro hasta que lo compruebe. tía, ¿ha oído alguna vez que mi padre tuviera una pupila?

—¿Albert? Tonterías. El árbol genealógico es de memorización obligatoria para todos los Sebringtons, como un catecismo. Cada hoja y ramita está contada, y sabes muy bien que Albert nunca...

—¿Tendría un bastardo? Sí, ya lo sé, pero al parecer asumió una especie de obligación, y esa obligación se me presentó esta mañana. Su nombre es Alice Cranley.

—¿Cranley? Déjame pensar. Sé que he oído ese nombre, pero no puedo recordar... ah, ¿puede ser que esté relacionada con tu abuelo?

—Lo dudo. Por lo que dijo, la tutela se remonta a la relación de mi padre con su padre. Maldita sea, he olvidado su nombre de pila, o más bien no estoy seguro de que alguna vez me lo

dijera, pero era coleccionista de arte, o proveedor, algo por el estilo.

Alison dejó caer su vaso vacío sobre la mesa con un ruido seco. —Por supuesto, Edmond Cranley. Un hombrecillo de aspecto gracioso con gafas de montura. Acudía a menudo a visitar a tu padre.

—Eso suena bastante bien, —murmuró el conde.

—Vaya, me había olvidado por completo de Edmond Cranley, era un amor, aunque parecía un poco descerebrado, pero oh, qué cosas tan maravillosas traía. De Grecia y Albania, India, Egipto. Incluso de China. Cada año más o menos aparecía con un cargamento de cajas y Albert entraba en paroxismos de éxtasis.

—¿Paroxismos? ¿Padre?

—¿No te acuerdas? Supongo que nunca te dejó acercarte a sus cosas. Esa colección era su orgullo y su alegría, y tú siempre fuiste parco en lo relacionado con el arte. El dulce y enigmático Edmond Cranley, pero está muerto, si mal no recuerdo. Albert se puso muy triste cuando recibió la noticia, “mi fuente se ha secado”, fue como lo dijo. No recuerdo que comprara mucho después de eso. Había tantas falsificaciones en el mercado, decía, y Cranley era el único en el que confiaba. Pero, ¿qué tiene esto que ver con una muchacha?

—Entre viaje y viaje, el señor Cranley tuvo una hija y, en algún momento, mi padre aceptó su tutela, o al menos aceptó pagarle una pensión. No puedo estar seguro de nada hasta que consulte al abogado, pero ella parecía muy segura de lo que decía. No se habría sentado en mi puerta toda la mañana si no hubiera algo de verdad en su historia, ¿no es así?

—Cielos, Dorian. Esto realmente te ha descolocado.

—No, ciertamente no lo ha hecho. ¿Cuándo ha sabido usted de algo que me haya descolocado? Pero es una sorpresa, y no una grata, para ser exactos. Lo que me ha contado confirma muchas cosas, y mañana sabré aún más. Entonces decidiré qué hacer.

—¿Dónde está ahora?

—¿Alice? Dormida, espero. —Dorian se dirigió al armario y rellenó su vaso. —Está resfriada.

—¿De estar sentada bajo la lluvia toda la mañana? —Alison creyó detectar un rubor en sus mejillas. —Sabes, —musitó, —si se corre la voz de que una mujer se ha pasado toda la mañana junto a tu puerta y ha acabado durmiendo en tu casa...

—Oh. No, rotundamente y sin ninguna duda, no.

—¿Es demasiado joven?

—Sí… no.

—Ah. —Alison sonrió. —¿Qué edad tiene esta chica que ahora duerme en tu casa?

—Ella… pues...

—¿Qué?

—¡Veinticuatro! —gritó, —pero parece de unos doce. Maldita sea, parece una niña, o al menos lo parecía cuando estaba envuelta bajo esa capa. Nadie podría adivinar su verdadera edad.

—¿Los criados?

—No se atreverían, —dijo el conde maliciosamente.

—Los criados siempre cotillean, —le recordó Alison. —Una chica de veinticuatro años... una mujer... está durmiendo en tu casa.

Ha estado, por lo que deduzco a través de lo poco que me estás contando, en la puerta de tu casa a la vista de todo el mundo durante varias horas. —El conde se dirigió a la bandeja del té y se comió un bocadillo en dos bocados.

—Mis sirvientes no cotillean, Lady Blackmoor. No podrían ni aunque quisieran, porque dudo que uno solo de ellos tenga amigos. La cosa en el umbral parecía un bulto negro, y más tarde pareció un niño. Si alguien se fijó en ella, con toda esa lluvia, pensaré en una historia, pero no me comprometeré a casarme con ese diablillo y será mejor que esté preparada para corroborar cualquier cosa que diga.

—Corroboraré cualquier historia que decidas contar, —dijo Alison pacíficamente. —¿Por qué no te sientas, Dorian, y tratas de ser coherente? Si me interrogan, no deseo cometer ningún error.

—Sí, mis disculpas. —Se sentó frente a ella y volvió a levantarse inmediatamente, paseándose por la habitación con algo que Alison habría descrito como nervios en cualquiera que no fuera un Sebrington. —Empezaré por el principio, pero no me interrumpa o perderé el hilo.

—Sí, milord, —aceptó ella con una sonrisa sarcástica. —Y no seas insolente.

—Llegué a casa hacia el mediodía y estaba lloviendo.

—¿Mediodía? —Alison no pudo resistirse a preguntar.

Dorian se dio la vuelta. —¡Sí! Ya sabe que tengo una amante y que suelo pasar tiempo con ella.

—No hace falta que me des detalles, —sentenció. —A menos que quieras comentarme sobre los gustos del Cisne en…

—Tía, otra más y le retorceré el cuello, y créame, he querido retorcerle el cuello a alguien durante las últimas horas, así que está advertida.

Alison se rio cuando pasó un dedo tembloroso bajo su cuello almidonado. —Estaba lloviendo… —le recordó.

—Demonios, Pearson dejó a esa muchacha ahí fuera durante cinco horas. Ahora cállese y escuche, por favor. Cuando llegué a casa, ella se abrió paso hasta la casa y…

—¿Se abrió paso?

—¡Tía!

—Mi querido muchacho, traes la bandeja llena de tentempiés y te los llevas antes de que nadie se lleve un bocado a la boca. Ve más despacio y cuéntamelo todo, en detalle.

—Ella mordió a Pearson.

—Ah, entonces ya me cae bien. A ver, ese esperpento de mayordomo no la dejó entrar, por lo que esperó a que llegaras a casa, y en cuanto se abrió la puerta se metió dentro y se llevó un trozo de Pearson por el camino. ¿Lo he entendido bien?

—En pocas palabras, —dijo Dorian con admiración.

—Empiezo a hacerme una idea. La escuchaste y te la llevaste a la cama, castamente, por supuesto, y ahora no sabes qué hacer con ella.

—Eso lo resume todo. Ha estado viviendo en una granja en alguna parte, recibiendo una paga por llevar el lugar, y cuando dejó de recibirla vino a Londres por su cuenta para ver por qué. Mañana pienso visitar a Ryan Lane, él sabrá de qué va todo esto. Debe haber un contrato escrito en alguna parte.

—¿Por qué no la trajiste aquí, Dorian? ¿Inmediatamente, antes de que pudiera haber algún escándalo?

—Debería haberlo hecho, —confesó, —pero estaba enferma. Y no estaba seguro de que usted la aceptaría. Además, el daño ya estaba hecho, estuvo en la puerta durante horas. No creo que nadie pudiera darse cuenta de que era una mujer, y mis criados son más endogámicos que la realeza, por lo que no creo que hablen.

Alison era menos optimista, pero lo dejó estar. —Alice Cranley, veinticuatro años, vivía en una granja y ahora está bajo tu tutela.

Entonces… ¿qué harás con ella?

—Dios sabe. —El conde se pasó los dedos por el pelo. —Ella quiere que la envíe de vuelta, con la asignación.

—Bueno, eso es bastante sencillo. Sé que puedes permitirte lo que ella pida, y obviamente quieres librarte de ella. Págale y envíala de vuelta, punto final.

El conde de Sebrington tenía un mechón de pelo, normalmente domado por su ayuda de cámara, pero ahora destacaba prominentemente. —Sabía que tendría la respuesta, tía. Ve, le dije que no era importante. Supongo que las cosas se liaron por culpa de ese latrocinante gerente de

negocios que contraté cuando Lane se jubiló.

—Eso es lo que pasa por emplear a un pariente del señor Pearson, —dijo Alison secamente. —Deberías despedir a ese idiota.

—Eso es lo que piensa Alice. Dijo que era una desgracia para su profesión.

—Y así es, mi amor. ¿Qué aspecto tiene?

—¿Alice? Es bajita. —El conde agitó la mano a la altura de la cintura. —Ojos grandes, marrones como el café. Boca grande, también. Con un hoyuelo, por aquí. —Se hundió un dedo en la mejilla izquierda. —Delgada, casi toda ella. —Sus manos formaron el gesto masculino universal para una mujer bien formada. —Pelo rizado, castaño oscuro y hasta aquí. —El conde indicó un círculo lo bastante amplio como para abarcar un globo aerostático. —Y jura como un marinero.

—¿En serio? Por ejemplo…

—Burro y cosas así.

—Dorian, ningún marinero en su sano juicio diría nada parecido. ¿Qué más?

—Demonios, tía, Usó un lenguaje indecoroso, algo como rayos. Ninguna mujer en su sano juicio dice rayos.

—Qué mojigato eres, muchacho. La única diferencia entre Alice Cranley y el resto de nosotras es que ella te lo dice a ti. Cosa que no debe hacer, por supuesto, —añadió apresuradamente Alison cuando él la fulminó con la mirada.

—Me ha llamado sapo, —dijo hoscamente.

La baronesa se tragó una carcajada. —Vaya por Dios, —hizo una pausa al atragantarse.

—Para ser precisos, un sapo odioso, —se tuvo que morder la lengua para no continuar al ver la cara de su tía.

—Bueno, debes admitir que suena bien, y supongo que ella sólo intentaba irritarte. Ten en cuenta que la dejaste fuera bajo la lluvia durante horas mientras retozabas con el Cisne. Yo te habría llamado cosas peores en esas circunstancias. En cualquier caso, pronto volverá a marcharse. Determinarás si le debes una paga y la cantidad, y luego la enviarás de vuelta por donde vino, y todo arreglado y listo. Como has dicho, la decisión ya está tomada.

—Usted ha decidido eso, yo dije que no sabía qué hacer.

—Tonterías, tú ya has decidido un plan, siempre y cuando yo coopere, y no tienes por qué mostrarte sorprendido, sobrino. Sé exactamente cómo funciona tu mente. Recuerda, crecí con tu padre y te pareces demasiado a él. Entonces, ¿cómo encajo en todo esto?

—Cada vez estoy más convencido de que usted y ese pequeño demonio infernal acabarán

siendo uña y carne. ¿Cómo ha llegado a ser tan exasperante, tía?

—Me alejé de la familia Sebrington, Dorian, —dijo ella suavemente. —Me enamoré y crie a un niño. Un buen chico, y un buen hombre. Tú eras un chiquillo con cara de póquer, cariño, pero creciste y te convertiste en un buen hombre también, y a pesar de todo lo que te reprocho, también confío en tu juicio. Así que dime, ¿qué tienes pensado para Alice Cranley?

El conde tragó saliva, intentando deshacerse del nudo del tamaño de un melón que tenía en la garganta. No estaba acostumbrado a los elogios, al menos a ninguno que le importara oír. Su padre se había enfrentado a todos los fracasos, por leves que fueran, con un castigo o una gélida reprimenda que era peor que un manotazo, mientras que los éxitos pasaban desapercibidos, se esperaba que un Sebrington sobresaliera. Por alguna razón, oír a su tía llamarle buen hombre le produjo una obstrucción en la garganta que no quiso desalojar. Aplacándola, murmuró: —Pensaba buscarle un marido.

—Oh. —Alison examinó sus largas uñas cuidadas. —¿Alguien en particular?

—Alguien ciego, sordo e infinitamente paciente, —replicó el conde. —En serio, tía, esa especie de medusa tiene una lengua tan afilada como sus dientes y menos refinamiento que una lechera. No me atrevería a pedirle que la aceptara en casa sin verla usted misma.

Y ahora, por fin, llegamos al meollo, pensó Alison mientras el conde se sentaba de nuevo a la mesa del té.

—Necesita un tutor, —dijo rotundamente, —alguien que se haga cargo de ella y la ponga en orden. Ciertamente no puede administrar una finca sola, y a cualquier chica que tomase una diligencia común hasta Londres sin escolta, se plantase en la puerta de un conde bajo la lluvia y luego mordiese a un mayordomo, le vendrían bien algunos ajustes para enderezarla. No estoy seguro de que eso tenga sentido, pero ya me entiende, puede haber esperanza para ella, tía. Es una criatura astuta, y una cosita encantadora cuando no está gruñendo, maldiciendo y estornudando. Me parece que usted debería juzgar si ella es salvable.

—Y si decido que lo es, supongo que te refieres a que haga su debut, incluso a la avanzada edad de veinticuatro años. ¿Quieres que le traiga a algún viejo ciego y sordo?

—Es una posibilidad remota, pero sí, aunque no tiene buen aspecto. Bueno, si que tiene una buena figura y unos ojos bonitos y una sonrisa bastante bonita, pero mi propio gusto se inclina por las altas y rubias, así que quizá haya cosas que se me escapen.

No se te escapa nada, pensó Alison. Simplemente no sabes lo que estás mirando. Nunca en su vida había deseado tanto conocer a alguien como a Alice Cranley. Sin atraerle, la chica había encendido un fuego en Dorian Clayton, y por primera vez desde que recibió la noticia de la muerte de Justin, sintió un auténtico escalofrío de emoción. Aunque no era bueno hacérselo saber a Dorian. Los hombres Clayton rehuían la emoción como de la peste.

—¿Cuándo puedo conocerla? —preguntó con calma, partiendo un trozo de pastel de semillas de amapola y llevándoselo a la boca.

El conde se relajó visiblemente. —Mañana no, porque tengo que ver al abogado, y como le he dicho, está resfriada. Quizá el miércoles, pero le avisaré antes. Si su petición no es legítima, naturalmente la mandaré a paseo, y si se amotina en mi casa, haré lo mismo. Por lo demás, le agradecería que le echara un vistazo y me dijera lo que piensa. Supongo que tardaremos varias semanas, si no más, en ponerla a punto. El pelo es abominable, no tiene vestuario, y sólo el cielo sabe si sabe bailar o servir té.

—Bueno, estoy segura de que se le puede enseñar a bailar y a servir el té, —dijo Alison mordazmente. —Tráela, Dorian. Quiero conocerla, no importa lo que te diga el abogado, y no aceptaré excusas. Si no quieres tener nada que ver con ella, tal vez la tutele yo misma. Siempre quise tener a una hija.

—Sí, pero no como ésta, —advirtió el conde. —No le haré ninguna promesa, tía. Si realmente era la pupila de mi padre, ahora es mía, y debo hacer lo correcto por ella.

—Porque los Clayton siempre cumplen con sus obligaciones.

Ya había oído más de una vez. —Exactamente, pero me alegro de que estés conmigo, eres la mejor de todas las tías.

—Y la única que tienes, bribón, pero no puedes engañarme. Bájate un poquito a la tierra por una vez y admítelo, esto podría ser divertido.

—Resérvate tu juicio, —dijo con un característico levantamiento de cejas, —hasta que hayas conocido a Alice Cranley.

Con una rápida caricia en la mejilla, el conde se marchó a Watier’s, dejando a su tía meditando sobre la maravilla que acababa de presenciar. Permaneció sentada largo rato, devorando distraídamente los pasteles de semillas de amapola hasta que el plato quedó vacío, sopesando sus impresiones. Era cierto que estaba ansiosa por conocer a la muchacha, pero le intrigaba aún más el Dorian Clayton que había reaparecido de repente. Volvía a ser el chico de Cambridge, que bajaba a Londres con Justin entre trimestre y trimestre.

Un Dorian Clayton que se encorvaba y enrojecía de vergüenza, y con un toque de orgullo cuando se describían sus crímenes particulares.

A pesar de todas sus renuncias, el conde estaba fascinado por Alice Cranley. Consternado, ciertamente, pero fascinado al fin y al cabo. Siempre se mostraba puntilloso con las responsabilidades familiares, pero si Albert había pensado que su propia obligación para con la muchacha podía satisfacerse con una asignación regular, eso debería ser suficiente. Estaba claro que Dorian quería tenerla cerca y buscaba una excusa para hacerlo. No es que él fuera consciente de ello, y por supuesto, ella no tenía intención de hacérselo ver. Fuera lo que fuera lo que Alice Cranley había demostrado ser, en la mente de Alison había asumido la forma de una palanca muy grande.

Mordiéndose el labio, la baronesa se dirigió a su escritorio y sacó una gavilla de papel de carta. Para mañana por la tarde tendría la mayor parte de la información que necesitaba para su campaña, y antes de que Alice pusiera un pie en Grosvenor, estarían en marcha los preparativos

para su vestuario, un maestro de baile, un peluquero... oh sí, esto será divertido.

Capítulo 5



El comedor del Watier’s rebosaba de clientes cuando Dorian llegó, por lo que decidió que la cena podía esperar hasta que la multitud disminuyera. Explorando los salones, encontró dos sillas recientemente abandonadas frente a un fuego ardiente, cogió una gavilla de periódicos del estante y seleccionó uno al azar. Los demás los esparció sobre una de las sillas para disuadir a la compañía. Estirando sus largas piernas sobre el reposapiés, sostuvo el periódico por debajo de la altura de los ojos y clavó la mirada melancólica en el fuego.

Siempre se ponía cerca del fuego. Una vez estuvo a punto de vender su alma por estar caliente, aunque sólo fuera durante una hora. Fue en el calabozo cerca de Rouen que casi muere congelado, el frío amargo era más infernal que ninguna otra tortura que le pudieron hacer.

Éstas se interrumpieron tras los primeros días porque valía más si pedían un rescate por él que por la información que tenía, pero a los tres meses de su cautiverio había sido sometido a otra brutal tortura. Durante la cual le dijeron, que nadie lo quería de vuelta. Ni el gobierno ni la familia estaban dispuestos a pagar apenas treinta mil libras por el heredero de los Sebrington. ¿A nadie le importaría lo suficiente como para pagar?

Apenas sintió el dolor. ¿Qué era un desgarro comparado con la agonía de lo que acababa de saber? Entumecido por la conmoción, consiguió mantener su historia esa vez y todas las siguientes. ¿Por qué la familia o el gobierno pagarían un socorro para rescatar a un traidor? Todo el mundo a ambos lados del canal sabía que era un frívolo. Su propio padre le despreciaba como a un ser inútil, y nadie se sorprendió cuando huyó del tiránico conde de Sebrington. Su madre había hecho lo mismo treinta años antes. Era medio francés, después de todo, y le gustaba la buena vida. ¿Dónde mejor para encontrarla que en París?

El ciclo se hizo casi regular: tres meses solo en una celda negra, fría y húmeda, unas horas de interrogatorio y de vuelta al agujero, normalmente inconsciente. Finalmente, aceptó que estaba allí para morir.

Llevaba encarcelado más de un año cuando, sin explicación alguna, fue llevado en un vagón hasta Calais y arrojado a un barco que enarbolaba una bandera neutral y llevaba dirección a Dover. Alguien le dijo que su padre había muerto y que ya era conde de Sebrington.

Dorian se dio cuenta de que tenía los puños apretados sobre el papel y se obligó a relajarse. Incluso ahora no podía aceptar que su padre le hubiera dejado pudrirse en una prisión francesa, negándose a pagar lo que era, teniendo en cuenta la fortuna familiar, un mísero rescate. ¿Podía el viejo conde odiarle tanto como para ceder el título a un afeminado primo tercero que probablemente no daría lugar a la siguiente generación de Sebringtons?

Apartó sus pensamientos de lo que no merecía la pena pensar.

Nada le daba más frío que pensar en su padre.

Qué amor había sido su tía Alison y qué prodigiosamente perspicaz. Se había precipitado allí, confiando en ella antes de que se le calmaran los nervios, pues sin duda, Alice Cranley le ponía nervioso. Era algo tan nuevo en su vida que no se había dado cuenta, pero su tía detectó las señales de inmediato.

Alice Cranley era una molestia menor, como una mosca doméstica en una habitación cerrada. Más bien como una avispa, se corrigió, recordando cómo se había peleado con Pearson en el vestíbulo. Peleó sucio el pequeño demonio, y la parte de él que siempre se mostraba recelosa guardó esa información. La sola presencia de ella en su casa le proporcionaba un arma poderosa, aunque no pensó ni por un momento que fuera a utilizarla. Ninguna mujer le había cogido una antipatía tan inmediata, y la cordera antes se fugaría con una de sus vacas que verse arrastrada con su tutor hasta el altar. Por otro lado, ella no dudaría en propiciarle un escándalo para salirse con la suya, así que mañana, después de reunirse con el abogado del viejo conde, haría la ronda por sus clubes. Los rumores podrían sofocarse si se descubrían lo bastante pronto, o al menos podrían desviarse.

Un ayudante se puso a su lado, limpiando los ceniceros de la mesa y apilando vasos vacíos en una bandeja. Dorian levantó la vista. —Un madeira, Thomas, —dijo. —No, pensándolo mejor, que sea brandy. Y no me importaría un buen puro.

—De la reserva privada, milord. Me ocuparé de ello. —Cuando Thomas empezó a retirar los periódicos, el conde le hizo un gesto para que se retirara.

—Muy bien, milord. Un poco de privacidad.

Watier's era su club favorito, ideal para un político indeciso que

no estaba dispuesto a alinearse con los tories[6] en White's o con los

whigs[7] en Brooks's. Todo el mundo acudía a Watier's, por la comida y el discreto servicio. Su padre le había destinado a la política, le gustara o no, y afortunadamente así fue. La mayoría de sus coetáneos esperaban que retomara su carrera donde la había dejado el viejo conde, pero por ahora jugaba sus cartas muy de cerca. Tan cerca, de hecho, que ni él mismo las había mirado. ¿Y si se hacía pasar por un Whig? Se rio suavemente. Albert Clayton provocaría un terremoto revolcándose en su tumba.

La tentación infantil de rebelarse era casi irresistible, pero aplastó ese impulso tan deliberadamente como evitaba estar bajo los anchos faldones de su padre. La política iba a ser el trabajo de su vida, y quería creer en las causas que apoyaba. Ahora sólo tenía que averiguar cuáles eran. Uno casi podía envidiar la existencia sin complicaciones de una granjera como Alice Cranley.

Aunque complicaría su propia existencia mantenerla en Londres. La mayor parte de la carga recaería sobre Alison, pero de él se esperaría que la acompañara de vez en cuando, para

proporcionarle el caché necesario. No podía dejar de ser una vergüenza, prácticamente apestaba a granja. Pero él era un viejo conocedor de la hipocresía, y acompañar a una lechera era poco desafío para un hombre que había seducido a la mujer de Junot delante de sus narices para averiguar cuándo planeaba el General partir hacia Madrid. Sí, podía llevarlo a cabo, pero estaba harto de fingir interés en conversaciones aburridas y de ponerse a encantar a gente que detestaba. Mal estado de ánimo, reflexionó sombríamente, para un hombre que entra en política.

Thomas estaba de vuelta con una botella, una copa, un cenicero limpio y una selección de puros. Tras servir dos dedos de brandy, se retiró en silencio.

Dorian decidió que pasaría más tiempo con su tía Alison. Se parecía tanto a su hijo, con la sonrisa fácil y astuta de Justin y los ojos de color azul cielo. Alta, esbelta, todavía encantadora a sus cincuenta y pocos años... seis centímetros más alta que su marido, recordó de repente, aunque eso nunca pareció preocuparles.

También recordó cuando Justin abandonó sus planes de irse a vivir solo e invitó a Dorian a quedarse con él bajo la atenta mirada de su madre. El conde no pudo encontrar objeción alguna a que su propia hermana ejerciera de carabina y se rindió a regañadientes.

El ojo vigilante de su tía parpadeaba cuando era necesario y nunca se chivaba cuando los chicos, uno o los dos, se quedaban fuera toda la noche.

Recordando de pronto las cartas sin abrir metidas en un cajón de su escritorio, se preguntó si entre las marcadas como "Personal" habría alguna del vizconde Stockton. Seguramente no, Neil nunca dejaría que nadie le viera ahora, cualquier gesto sería tomado como lástima. Dorian había superado la pérdida de sus amigos íntimos aislando los recuerdos, y sin duda Neil estaría haciendo lo mismo. Probablemente sería un error volverse a encontrar.

Alison era otro asunto. Ella necesitaba salir más a menudo, y él se encargaría de que lo hiciera. Si era necesario, utilizaría a Alice para arrancarla de aquel salón.

Al oír voces detrás de él, levantó rápidamente el periódico. Lo último que quería era compañía, pero, para su alivio, los hombres se acomodaron al otro lado de la habitación.

—¿Cómo está, Sebrington? —le llegó la profunda voz de Ivor Malory por encima de su hombro izquierdo. Dorian miró con desagrado al marqués de Blackstone.

El título le quedaba perfecto. Blackstone era alto y sólido como un obelisco, con ojos sarcásticos y cabello espeso más negro que el hollín. —Esa es la página de damas, viejo amigo, —señaló. —Quién llevó qué a dónde y con quién.

Dorian centró sus ojos en un párrafo y se enteró de que Lady Wilberstoke se encontraba en condición de buenaventura. Asqueado, hizo una bola con las hojas y las arrojó al fuego. —Váyase, Ivor. Esta noche estoy de mal humor, y no creo que quiera inmiscuirse conmigo.

—Probablemente no, —concedió suavemente el marqués mientras retiraba los papeles de la otra silla y se sentaba. —Buenos puros, no me importaría fumarme uno. —Cogió uno de ellos y le mordió el extremo.

Thomas acudió de inmediato para darle fuego. —¿Otra copa, milord?

—Gracias, Thomas. —Expulsando un chorro de humo, Blackstone miró de reojo al ceñudo conde. —¿Cómo es que está merodeando en un rincón absorbiendo los últimos cotilleos con tanta fascinación? Tengo entendido que cortó relaciones con Marston esta tarde.

—No corté, —gruñó Dorian irritado. —No le vi, y tampoco quiero verle a usted.

—Entonces no debería exhibirse en un lugar público. Especialmente esta noche.

Dorian sintió que la sangre se le iba a los pies. Dios mío, ¿ya se había corrido la voz? ¿Alguien había visto a Alice en su puerta? Volvió a llenar su copa con manos temblorosas y se bebió el brandy de un solo trago. —Supongo que mi nombre aparecerá en la edición de mañana del Times —dijo con una ligereza que no sentía. —¿Está aquí para ser el primero en felicitarme?

Malory le dirigió una mirada curiosa. —Vaya, ¿tienen la noticia tan pronto? Acabamos de llegar de la casa Carlton.

Carlton... ¿También Prinny[8]? No hay manera de engañar a ese viejo chismoso con una historia confusa, calculó Dorian furiosamente mientras alcanzaba un puro. Thomas había vuelto con una copa para el marqués, y se quedó rondando cerca mientras el conde se peleaba con el envoltorio del puro y le mordía casi una pulgada entera del extremo, haciendo imposible fumarse eso. Arrojando los restos al fuego, lo hizo mejor con el segundo puro mientras Thomas se mantenía impasible, esperando para darle fuego. Sin atreverse a mirar a Malory, aspiró una fuerte calada y la soltó lentamente. Los anillos de humo flotaron perezosamente hacia el alto techo.

Blackstone cruzó los brazos sobre el pecho, mirando a su pupilo con interés. Sebrington era profundo, tan parecido a su padre en algunos aspectos que era fácil olvidar lo diferentes que eran en realidad. Ambos tercos como mulas, por supuesto, pero Dorian poseía un sentido del humor tristemente poco desarrollado y más flexibilidad mental que el viejo conde. Preveía grandes cosas para él, cuando canalizara sus energías y levantara el ánimo. Demasiado a menudo, como ahora, se ensimismaba en silencio incluso en compañía. —Vuelva a la tierra, Sebrington —le instó. —¿Cómo es que lo sabe?

Dorian sonrió enigmáticamente, reprimiendo sin piedad el momento de pánico. —¿Y usted?

—Estaba allí cuando se anunció, pero de eso no hace ni una hora y fuimos los primeros en irnos. Las paredes tienen oídos, ¿eh? Debería haber sabido que un maestro espía estaría al tanto de todos los trucos. Supongo que no le gustará mucho la idea, pero una vez que supere la vergüenza y las paparruchas, será para bien.

—¿Usted cree? —La voz de Dorian era cuidadosamente evasiva.

—Bueno, doloroso a corto plazo, por supuesto, pero puede llevarlo a cabo sin hacer el ridículo. No hay muchos que puedan, dadas las circunstancias. Y está convencido de que es necesario.

Era consciente del sudor frío que le corría por la nuca. —¿No hay escapatoria?

—Podría negarse, pero Prinny quiere esto. Por el bien de su carrera, será mejor que acepte. Intentaré mantener la ceremonia al mínimo, pero ya conoce al viejo rancio, quiere una gran exhibición. Como mucho podemos hacerlo en la Cámara de los Lores, pero no creo que lo convenzamos de renunciar al banquete de celebración.

—¿En los Lores? Nadie se casa en la Cámara de los Lores. — Dorian se incorporó. —¿Quién sabe de esto, Ivor?

—Todos los que estábamos reunidos esta mañana y cualquiera al que se lo haya contado.

—Maldita sea, ¿por qué se lo querría decir a alguien?

Blackstone examinó al conde a través de su monóculo, con las cejas arqueadas por la diversión. —Perdóneme, pero empiezo a sospechar que usted y yo no estamos tratando el mismo tema.

Dorian sintió un soplo de esperanza. —Quizá no, —disimuló, apagando el puro. —Entonces, dígame qué ocurrió en la residencia Carlton. Si Prinny está implicado, no puede ser bueno.

El marqués le dirigió una sonrisa socarrona. —De hecho, Sebrington, usted está destinado a una medalla, una condecoración por su servicio al país y todas esas cosas. Prinny aún no ha pensado qué título ofrecerle. Tiene a algunas personas buscando baronías desaparecidas, pero yo no daría nada por hecho. Aun así, la medalla es casi segura, con toda la parafernalia que la acompaña. No es su estilo, lo sé, pero ahí está.

Dorian se hundió en su silla y dejó que las implicaciones le calaran hondo, pero ninguna de ellas era buena. Gimió. —¿Por qué yo?

—No voy a adularle con un montón de tonterías. El hecho es que Prinny quiere asociarse con el esfuerzo bélico. No importa que a todos nos gustaría verle en el frente, y para darse crédito él estaría allí si alguien le dejara ir. Pero tal y como están las cosas, simplemente se está revolcando en deudas, aproximadamente medio millón de libras según los últimos cálculos, y anda escarbando en el Parlamento para financiar sus proyectos de construcción. ¿Ha estado en Carlton últimamente? No creo, le revolvería el estómago, por no hablar de lo que pasa en Brighton.

—Usted, amigo mío, debería tener mejores compañías.

—Desde luego, —Blackstone hizo una mueca, —pero es probable que Prinny sea regente antes de que acabe el año, y yo, por mi parte, tengo la intención de vigilar sus idas y venidas, aunque eso suponga pasar una noche aburrida escuchando los elogios que de usted dice un tonto gordo que pretende usarle en su propio beneficio. Wellesley está prácticamente rogando por caballos y artillería, mientras Prinny compra cortinas y pagodas.

—Debería haber desbaratado este plan antes de que se afianzara, Malory. Maldita sea, no seré parte de ello.

—Ah, pero lo será, —dijo tranquilamente el marqués. — Aceptará la medalla, soportará las ínfulas, y si puede, se sonrojará humildemente, pronunciará un breve discurso elogiando a quien

se nos ocurra y se dedicará firmemente al bien público.

—Creo que no.

Ivor le miró a través de unos ojos que denotaban impaciencia. —Piénselo de nuevo, Sebrington. Ya es hora de que se fije en un proyecto que le interese, y podemos utilizar esta inoportuna aclamación para llamar la atención sobre ese proyecto y hacia usted. —Sonrió como un santurrón. —Le guste o no, me he encargado de guiar su carrera. ¿Alguna objeción?

—Para empezar, detesto las medallas. —Dorian se recostó en su silla. —Entonces, ¿cree que necesito un proyecto?

—Por su propio bien. —La mirada de Ivor era seria. —Piénselo un poco y apoyaré lo que decida. Aunque sospecho que querrá sacarme el corazón por decirlo, los considerables talentos de su padre se desperdiciaron en gran medida porque nunca transigía, ni siquiera en los asuntos más triviales, y ese es un error que no deseo verle repetir. Si Prinny quiere un circo, déselo. Nunca olvida un agravio, puede preguntarle a Brummell.

El conde se inclinó hacia delante, con las manos sobre las rodillas, mirando sombríamente al fuego. —¿Puede darme algo de tiempo para pensarlo?

El marqués reflexionó brevemente. —Digamos que ahora mismo está alterado por la idea. Podríamos alegar su salud, pero las cosas se pondrían muy sensibleras si usted es un héroe que sufre, pero no lo es, ¿verdad?

—No desde hace varios meses, pero esto es un dolor de cabeza bastante exasperante, además han surgido algunos asuntos familiares que supongo que me ocuparán durante, —la imagen de una Cranley desaliñada, resoplando y con la nariz roja cruzó por su mente, —al menos un mes. —De repente se sintió mucho mejor. Una vez que Alice fuera presentada a la alta sociedad bajo su protección, nadie querría darle una medalla.

—Demasiado tiempo, —protestó Malory. Poniéndose en pie, Dorian clavó en su decidido mentor una mirada glacial.

—Un mes, —reiteró. —Si no, se lo echaré en cara a Prinny. Ocúpese de ello, Ivor, y después soy suyo. Ahora mismo voy a cenar, solo, espero que no se ofenda.

El marqués se levantó con indolente gracia. —No tengo hambre de todos modos. Prinny sirvió los siete platos habituales. Encontraré la forma de convencerle, pero manténgase fuera de su vista si puede. —Sonrió. —La verdad es que nunca pensé que cedería ni un ápice en esto.

Tampoco lo habría hecho, convino Dorian para sí mismo, salvo que se sintió visiblemente aliviado al encontrar una medalla alrededor de su cuello en lugar de un grillete atado alrededor de su pierna con Alice Cranley. Era, a su modo de ver, un indulto.

Malory le estrechó la mano con auténtica simpatía. —Disfrute de su cena, y por cierto, le recomiendo el cordero.

No podía imaginar por qué Dorian le lanzó una mirada fulminante antes de salir de la habitación.

Capítulo 6



Susan sobrellevó mal los dos días de reclusión en su habitación. Aburridísima, con sólo su criada por compañía y nada decente que leer, finalmente convenció a Tammy para que asaltara la biblioteca del conde. La criada estuvo fuera mucho tiempo, y Alice empezaba a arrepentirse de su ardid cuando Tammy entró apresurada a la habitación, con sus delgados brazos sosteniendo una pila de libros.

—Pearson casi me pilla, —jadeó. —Venía por el pasillo justo cuando llegué a las escaleras.

—¿Te vio? —preguntó Alice con preocupación.

—A mi creo que sí, pero no sé si vio los libros. Oh, milady, espero que estos sirvan, porque no creo que pueda volver allí otra vez. Si me echa...

—No hará eso, —garantizó Alice con firmeza, —y por supuesto que no volverás. En primer lugar, no debería habértelo pedido, y si alguien tiene que ser castigado, esa seré yo. No te preocupes, Tammy, puedo encargarme de Pearson.

—Sí, milady, —dijo ella en tono dudoso.

—Todo irá bien, te lo prometo. Ahora, veamos lo que me has traído.

Tammy extendió cautelosamente los libros sobre la cama, como si temiera que se deshicieran. —Sabe que no se leer, pero intenté elegir colores agradables y dibujos bonitos.

—No pueden ser peores que el serrín que Pearson seleccionó para mi formación, —dijo Alice con disgusto.

Cuando el conde le dijo que le proporcionara libros, el mayordomo le había servido dos colecciones de sermones áridos y algo en un idioma que parecía ser alemán. Decidió darse por satisfecha con lo que la criada hubiera elegido.

Las cubiertas eran de cuero trabajado a mano en ricos colores verde, burdeos y marrón, y las páginas estaban ribeteadas en oro. Libros valiosos, observó Alice con ojo de entendida.

—Estaban todos juntos, —dijo Tammy, sonrojándose de orgullo, —en un estuche cerrado.

Como bien debían estar, pensó Alice. —¿Cómo llegaste a ellos, Tammy?

—Tengo mis trucos, —dijo la chica con suficiencia. —Le quité las llaves a la señora Pearson. Después de comer duerme como una muerta durante dos horas. Luego toma el té y duerme un poco más.

—¿Nunca hace su trabajo?

—¿Por qué iba a hacerlo? Ella nos tiene a nosotros para hacer el trabajo. Por la mañana da órdenes, comprueba la plata, cosas así. El resto del tiempo ella come y duerme principalmente. Y es mejor así, milady, ninguno de nosotros quiere despertarla.

—Me imagino que no. —Alice tamborileó en la barbilla pensativamente con la yema de los dedos. Eso significaba que las llaves de la casa, incluso las de los armarios cerrados, eran accesibles.

Los libros serían inútiles para leer, lo sabía sin abrirlos, pero los abrió de todos modos, aunque sólo fuera para elogiar a Tammy por su elección. Eran excesivamente hermosos. Alguien había manipulado los libros, las páginas habían tenido antaño bordes más anchos y habían formado un solo libro, pero las habían cortado, ribeteado con oro, dividido y encuadernado en un juego. —Oh, Tammy, son preciosos, —exclamó.

—Le gustarán, ¿verdad?

—Sí, me gustarán. Gracias por traérmelos, pero quiero asegurarme de que nadie sepa nunca que han desaparecido de la biblioteca, y más aún si están guardados en un lugar especial, deberían volver a colocarse pronto.

Tammy se puso blanca y Alice se apresuró a tranquilizarla. — No debes preocuparte, yo misma me ocuparé de ello.

—¡Pero no puede salir de esta habitación! Oh, milady, Pearson nos dijo a todos que no la dejáramos salir pasara lo que pasara. Milord así lo ordenó.

—Bueno, lo que milord no sepa no le hará daño. No está mucho en casa, ¿verdad?

—Eh... no, no está, pero Pearson nunca sale de esta casa.

—Pearson, según tengo entendido, tiene un horario muy regular. ¿Y los demás, Tammy? Si un lacayo o una criada me viera por el pasillo, ¿me delatarían?

Tammy se retorció la falda con ambas manos. —No lo sé, — dijo insegura. —Algunas lo contarían, para conseguir favores, pero la mayoría sólo intenta hacer su trabajo y no estorbar. Se arriesgaría mucho si saliera de esta habitación, milady. Además, le tienen encerrada.

Vaya, eso ya lo sabía, y la cerradura no se podía forzar, porque ella ya lo había intentado. —Pero tú puedes entrar y salir, Tammy. Tienes una llave.

—Por eso me echarán la culpa si le pillan, —dijo la criada con miedo en la voz.

—No queremos eso. Juntemos nuestras mentes y pensemos en algo. ¿No te gustaría engañar a Pearson?

—Bueno, sí, me gustaría, —declaró Tammy. —Pero no quiero que me echen y me dejen sin una referencia, no tengo a nadie a quien acudir, milady.

—Desde luego que sí. Tengo una granja encantadora en Kent, y puedes tener un lugar conmigo si alguna vez lo necesitas.

La sonrisa de Tammy podría haber encendido una lámpara de araña, pero entonces se oscureció y sus labios se descolgaron con desdicha. —Gracias, milady, —murmuró. —Nadie me dijo nunca que podría tener un lugar a donde ir sin yo llamar a muchas puertas, pero aquí es donde quiero quedarme por un tiempo. Johnson no es gran cosa, y necesita algo de espabilo, pero creo que tal vez sea el indicado.

—Oh, Tammy. —Alice dejó el libro en el suelo para abrazar cariñosamente a la chica. —Johnson también puede tener un lugar conmigo si las cosas se ponen feas aquí, pero mientras tanto no haré nada que te cause problemas. Por otra parte, creo que entre las dos podemos idear un plan para burlar a Pearson. No es muy listo, ¿verdad?

—¿No lo es? —jadeó Tammy, asombrada. —Pero es grande, y es un hombre.

—Grande, estúpido y no muy hombre. No dejes que te intimide, Tammy.

—¿Intimidar?

Alice sonrió. —Asustarte. Los hombres tienen todas las ventajas si se lo permites, pero están tan acostumbrados a mandar que es bastante fácil sortearlos simplemente utilizando tu ingenio. Eres pequeña y mujer, así que no esperan nada de ti. E incluso si te pillan, la mayoría de ellos no admitirán que una mujer diminuta haya conseguido ser más astuta que ellos. Usa lo que tienes, Tammy. Deslízate entre ellos como un cuchillo, entre las grietas.

—Entiendo lo que quiere decir. —Tammy se puso casi tan henchida como amplia era su

sonrisa. —¿Cuál es su plan, milady? — preguntó atrevidamente.

—¡Bien! —Alice empezó a pasearse por la habitación. —Pienso mejor cuando estoy en movimiento, —explicó. —Tampoco todas mis ideas son buenas, así que hablaré, y dime si mis ideas te parecen bien o mal y si se te ocurre algo.

En toda su vida, Tammy nunca había oído a nadie decirle que diera su opinión. Sabía que no era muy brillante ni siquiera comparada con Pearson, pero sí conocía esta casa. Con poco más en qué ocupar su mente mientras fregaba suelos y enceraba barandillas, se mantuvo al tanto de las idas y venidas. Estaba que no cabía en si de emoción. —¿Qué es lo que quiere hacer, milady?

—De momento, necesito la libertad de esta casa. Entrar y salir de la biblioteca, y de cualquier otra habitación que esté cerrada.

—La casa estaba prácticamente cerrada desde que murió el viejo conde. Yo no estaba aquí entonces, milady, pero casi todo el piso de arriba está cubierto con sábanas porque milord nunca trae compañía. Abajo, se utiliza la biblioteca y el comedor, a veces la salita, y poco más.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí, Tammy?

—Veamos... unos diez meses, calculo. Milord estaba enfermo cuando llegué. Se mantuvo en sus habitaciones durante mucho tiempo. Luego se paseaba mucho por la casa, pero no nos decía nada al resto de nosotros. Ahora casi nunca viene. Está en el gobierno, creo. El señor Greens es su secretario y le lleva sus cosas de negocios, y el señor Branson es su ayuda de cámara. —Tammy se sonrojó. —Es simpático, me llama señorita Tammy. Me cae bien.

Alice sabía que no era cosa de cotillear con los criados, pero ¿de qué otra forma podría averiguar lo que necesitaba saber? —¿Y qué hay del conde? —aventuró despreocupada. —¿Le cae bien?

Tammy se encogió de hombros. —¿Qué tiene que ver él con gente como yo? No creo ni que sepa mi nombre. Yo sólo sé que paga salarios justos y que nunca levanta la voz. Conozco a la mayoría del personal, milady, pero tendrá que descubrir a milord por sí misma.

Alice asintió, con los ojos pensativos. —Sí, sin duda tendré que hacerlo, pero por ahora, lo que nos preocupa son las formas de evitarle. Dime lo que sepas de su horario, cuándo suele salir y volver. ¿Adónde va el señor Branson cuando el conde no está en casa? Y respecto a los gemelos malvados, cuéntame todo lo que puedas recordar.

Cuando Tammy terminó, Alice tenía una idea bastante aproximada de cómo funcionaba este destartalado hogar. Era algo así como un hotel, con el conde como huésped ocasional y Pearson dirigiendo todo y a todos, salvo a Branson, según un horario calibrado al último segundo. Con algo de sincronización y un juego de llaves, ella podía deambular sin ser detectada entre las diez de la noche y la hora que el conde decidiera regresar. Eso había sido al mediodía el día que lo conoció y justo antes del amanecer las dos mañanas siguientes.

—Tammy, ¿hay alguna forma de que puedas conseguirme las llaves del ama de llaves esta noche y devolvérselas antes de que sepa que han desaparecido?

—buueeno. A ella le gusta tomar un jerez por la tarde. Podría quitárselas, pero devolvérselas será otro tema.

—No tengo intención de escaparme con las joyas de la familia, así que, por favor, no pienses que estás traicionando a nadie al confiar en mí, —le aseguró Alice. —La verdad es que puede que necesite escapar de aquí. También quiero devolver estos maravillosos libros y quizá encontrar otros para más adelante. —Algo que no estuviera escrito en latín, cualquier cosa en inglés pero que no fuera un sermón. —Ahora déjame oír un buen estornudo.

—¿Un estornudo, milady?

—Vamos, Tammy. Llevas dos días escuchándome estornudar. Prueba uno.

—¡Achuus!

—No, no, cariño. Aspira aire unas cuantas veces primero. Así. A... a… ¡Achuuus! Y luego resopla y límpiate bajo la nariz. —Alice hizo una demostración, y no era una actuación, ya que cogió su pañuelo y estornudó enérgicamente.

Con un poco de práctica, Tammy se hizo bastante buena estornudando. —¿Para qué es esto, milady?

—Esta noche quiero que informes a Pearson de que no te encuentras bien. Estornúdale en la cara unas cuantas veces. Trabaja en ello, Tammy. Hazlo lo mejor que puedas. Dale tu llave de mi habitación, por si estás demasiado enferma para servirme el desayuno mañana por la mañana, y así te librarás, porque si me pilla merodeando por la casa, sabrá que no fuiste tú quien me dejó salir. Después intenta coger las llaves del ama de llaves y traérmelas. Luego las dejaré en algún sitio para que las encuentren. Estarás a salvo, pase lo que pase.

—Oh, milady, no sé...

—El hecho es que puede que no salga. Pero me encargaré de que las llaves vuelvan sanas y salvas, y mañana tendrás una recuperación milagrosa y pedirás tu llave de vuelta a Pearson y le dirás que fue el polvo lo que te hizo estornudar.

—No hay polvo en esta casa, milady. Confíe en mí para eso.

Alice suspiró.

—Pensaré en algo. —Se veía claro que Tammy quería formar parte de esta aventura, si es que la había.

—Lea los libros y duerma una buena siesta, milady. Cuando todos estén en la cama, volveré con las llaves y cualquier otra cosa que haya averiguado.

Alice cruzó para estrecharle la mano. —Camaradas entonces, capitana Tammy. Nosotras contra Pearson. Diles que estoy demasiado enferma para cenar y que probablemente dormiré toda la noche.

—Sí, y deslizaré algunos panecillos en mi bolsillo cuando traiga las llaves. —Con un saludo, Tammy salió al vestíbulo y Alice oyó girar la cerradura.



Cerca de medianoche Tammy apareció con las llaves y una encantadora cesta de carne asada fría, rebanadas de sabroso queso sobre pan fresco y tartas de frambuesa, cortesía de Renard Dupont. Todo el mundo estaba en la cama, le comunicó, excepto Branson, que nadie sabía dónde estaba. El conde había salido vestido de noche y Tammy le oyó decir a Pearson que nadie le esperara despierto. No había moros en la costa.

Alice mandó a Tammy a la cama, picoteó la cena y se preguntó si realmente le apetecía explorar. Era casi más divertido planear que hacer, y más con la cabeza palpitándole, las mejillas acaloradas y el frío que se le había instalado en el pecho. Era más que probable que despertara a la casa con sus estornudos, pero después de todo, quizá no hubiera otra oportunidad y necesitaba devolver los libros.

Vela en mano, se deslizó escaleras abajo hasta la biblioteca, encontró la vitrina con facilidad y alineó los libros en su sitio. El enorme reloj de pie marcaba poco más de medianoche y Alice lo estudió pensativamente, el brillo de una idea iluminando sus ojos. Abriendo la carcasa, movió con cuidado la gran aguja un minuto más

allá de la hora. Ajustó de forma similar el reloj de ormolu[9] de la repisa de la chimenea. Tardaría un rato, pero si reajustaba todos los relojes de la casa, Pearson llegaría tarde a todo. Sólo un minuto, pero le volvería loco, como la famosa tortura china del agua. Soltó una risita malévola.

El escritorio del conde le llamaba como una sirena, y Alice no pudo resistirse. Abrió los cajones de aspecto impresionante, la mayoría llenos con papeles apilados, todos, salvo el cajón central que tenía bolígrafos, tinta, puros, un montón de tarjetas de visita, pero todo en su sitio, no había desorden por ninguna parte. Era suficiente para hacerla enfermar, sus propios cajones en casa rebosaban de cosas que nunca utilizaba y no se atrevía a tirar. El cajón inferior, más grande que los demás, parecía estar atascado, y cuando lo abrió de un tirón, Alice lo encontró repleto de cartas sin abrir. Rebuscando en el montón, reconoció su propia letra en varios sobres.

Era cierto, el conde realmente no abría su correo personal. Un sobre cerrado, ribeteado en negro, le llamó la atención y lo sacó con curiosidad. Estaba franqueado por el marqués de Havisham. Su corazón dio un vuelco, la finca de los Havisham lindaba con la suya. ¿Qué tenía que ver el conde de Sebrington con aquella familia?

Lo palpó con cuidado. Fino. Sin fecha en el sobre. Aterrorizada por lo que pudiera contener, lo deslizó hasta el fondo del montón y cerró el cajón. Tal vez no significara nada. Los marqueses y condes probablemente se escribían entre ellos como algo normal. En cualquier caso, ella no debía husmear en la correspondencia privada.

Si hubiera estado sola en la habitación, quizá se hubiera llevado la carta, pero el espíritu de su padre estaba por todas partes en esta casa. Le hablaba desde los cuadros y grabados de las

paredes, desde el jarrón Ming que estaba sobre el escritorio y, sobre todo, desde la colección de frascos de perfume de la época romana primitiva agrupados en una estantería cerca de su codo. Si levantaba sus elegantes tapones, fragancias de siglos pasados perfumarían la habitación.

Su padre estaba más presente en esta habitación que en su propia casa. Tras la muerte de su esposa, pasaba casi todo su tiempo en el extranjero, buscando precisamente objetos de valor para coleccionistas como el conde de Sebrington. Ella le veía en contadas ocasiones, durante unos meses cada dos o tres años. Cuando Edmond Cranley llegaba a Inglaterra pasando por Dover, se detenía primero en su casa, permitiéndose el privilegio de poseer durante un breve tiempo las maravillas que traía para aquellos lo suficientemente ricos como para permitírselas. Luego se marchaba para entregarlas y organizar otra expedición.

Alice le echaba de menos cuando no estaba y disfrutaba con él cuando volvía a casa, pero comprendía que su padre sólo era feliz persiguiendo su arte. Y a su manera se ocupó de ella, poniéndola al cuidado de Joyce Lindstrom, pero Joyce murió, trágicamente, cuando Alice tenía diecisiete años, y él regresó de la India cuando recibió la noticia. Para entonces su hija llevaba más de un año sola, y se sentía perfectamente capaz de llevar la casa y la granja sin ayuda. Unos meses más tarde, su padre partió hacia China y ella no volvió a verle. Fue enterrado en algún lugar cerca de Shanghai.

Ahora, en esta casa, parecía vivo de nuevo. Cogió su vela y deambuló de habitación en habitación, utilizando las llaves para abrir puertas cerradas, deteniéndose sólo para reajustar los relojes y saborear los retazos de la vida de su padre esparcidos por todas partes. El conde de Sebrington había sido su principal mecenas, y allá donde ella miraba había pruebas de su colaboración. Un pequeño toro esculpido cretense por aquí, una estatua alta de una diosa de anatolia con muchos pechos por allá. Aunque su padre prefería las antigüedades, también había pinturas, de Rafael, Tiziano, Fra Angelico. Algunas los recordaba, otras nunca las había visto. Curiosamente, había lugares vacíos: huecos donde habría estado una estatua o un jarrón, marcas en la pared donde antes colgaba un marco. En esta casa fastidiosamente ordenada, era fácil darse cuenta de que las piezas habían desaparecido. Vendidas, tal vez. Se preguntó brevemente si el nuevo conde tenía problemas financieros o simplemente no le gustaba el arte.

¿Y dónde estaba “la bailarina”? Por los oscuros pasillos, en el inquietante silencio de la enorme y fría mansión, Alice fue de habitación en habitación buscándola. “La bailarina” era la más rara, la más valiosa de todas las cosas que su padre había traído a casa para el conde. Etrusca, supuso, aunque la pieza desafiaba las categorías y las épocas. Tallada en jade pálido y translúcido, era delicada como el guiño de una luciérnaga y tan grácil que uno esperaba que saltara por los aires con sólo mirarla. Alice nunca se había prendado de nada como de “la bailarina”, y su padre había querido regalársela, pero no pudo rechazar el precio ofrecido por Albert Clayton, la enorme comisión aseguraría el futuro de Alice.

Con renovada determinación, examinó todas las habitaciones. A estas alturas, la búsqueda se había convertido en una peregrinación, y la condujo, inevitablemente, a la puerta de la suite de Dorian Clayton. Se asomó por el ojo de la cerradura.

Había una luz en el interior, pero lo único que pudo ver fue la silueta de una gran cama con dosel. El conde no estaba en casa, y probablemente sus habitaciones estuvieran iluminadas para

su regreso. ¿Por qué detenerse ahora? Jugueteando con las llaves, probó varias, pero ninguna encajaba en la cerradura. Frustrada, movió el pestillo y, de repente, la puerta cedió a su deseo.

—Ah, su majestad, —dijo una voz profunda y retumbante.

Capítulo 7



Un hombre fornido y musculoso se levantó de su silla. —Pase, —la invitó con una amplia sonrisa.

—Yo... quién... oh, usted debe ser el señor Branson.

—El mismo, —reconoció con una reverencia cortés. —Si busca a milord…

—Oh, no, en absoluto. —Alice colocó la vela sobre un pulido estante. —Se supone que no debo estar aquí. ¿Por qué me ha llamado su majestad?

—¿No es usted la reina de los visigodos?

Se rio entre dientes. —Más bien la comediante por la puerta grande. ¿Sólo oyó hablar de ello o fue testigo real de mi humillación?

—¿Humillación? Querida, estuvo magnífica. Por fin, el poderoso Pearson fue vencido, nunca pensé que viviría para verlo.

—Tonterías. Pearson es un hombre tonto y estúpido, no es ningún desafío. Tammy me ha dicho que luce un enorme vendaje, como si lo hubiera atacado una jauría de lobos, —su hoyuelo se marcó, —pero ni siquiera le hice sangre.

—Menos mal, pues debe tener vinagre en sus venas, o ácido. ¿Puedo persuadirla para que me haga compañía un rato?

—El conde...

—No volverá hasta dentro de unas horas. Está perfectamente a salvo.

Alice ladeó la cabeza. —¿Siempre se sienta a esperarle toda la noche, señor Branson?

—A él no, a esto. —Señaló el tablero de ajedrez y ella se acercó para echarle un vistazo.

—Está en problemas, —dijo al cabo de un minuto y cogió una silla.

—Por favor.

Con un suspiro, se sentó y plantó los codos sobre la mesa. — Me iré corriendo si él vuelve, señor Branson.

—Branson, por favor. —Se acomodó frente a ella. —Es evidente que sabe jugar.

—Mi institutriz me enseñó, pero tristemente, he perdido práctica, deme un momento. — Branson se sentó, observándola con interés. Incluso envuelta en un camisón de franela demasiado provocativo y una voluminosa bata, le recordaba a los colibríes brillantes e iridiscentes que le encantó observar en la India. Posados en el aire, con las alas batiendo tan deprisa que no parecían moverse en absoluto, los diminutos pájaros eran pura energía. También lo era ella, con los dedos de los pies desnudos enroscándose en la alfombra mientras estudiaba atentamente el tablero de ajedrez.

—Todas las jugadas obvias te matarán, —decidió. —Veo al menos tres trampas tentadoras, — le miró con aprobación, —pero has sido demasiado listo para tropezar en ellas.

Él agitó la mano con negligencia. —Sé lo suficiente para las jugadas fáciles, pero lo que no encuentro es una salida con honor. El hecho es que no he realizado ningún movimiento en estos últimos cuatro días. Lo mejor que veo es un empate, que es lo máximo que he conseguido contra milord.

—¿Renunciarías al empate por una oportunidad de ganar?

—Al instante.

—Entonces alfil a dama cuatro. Querrá proteger su caballo y podría verse atraído a moverlo, eso, si es corto de vista, porque si es realmente bueno, soltará el caballo y contraatacará con su torre... aquí, así. ¿Me estás siguiendo?

Por una vez, la concentración de Branson no estaba en la partida. —Aceptaré la jugada que me diga y partiré de ahí, pero si funciona no podré regodearme, pues usted lo hizo todo.

Alice asintió apreciativamente. —Deberías ganar, aunque sólo sea por haber sobrevivido tanto tiempo. El conde a estas alturas probablemente ya se habrá olvidado.

—Ni hablar. —Branson levantó su alfil con una floritura y lo plantó en la casilla negra. — Dorian Clayton nunca olvida nada, pero le ganaré tarde o temprano porque el ajedrez es un ejercicio para él y una pasión para mí. No me importaría recibir una lección o dos, si tiene tiempo. ¿Quizá mañana?

—Esperaba haberme ido mañana, pero supongo que es poco probable, el conde no me ha dicho una palabra en dos días. Me tiene encerrada en mi habitación.

Branson le sonrió, —ya veo.

Acariciando el rey blanco, Alice examinó la intrincada talla. Jade blanco, combinado con ónice negro, ese juego de ajedrez valía una fortuna. Sostuvo la pieza a la luz. —No soporto estar enjaulada. Lo que me recuerda que tengo que devolver las llaves antes de que se pierdan,

pertenecen al ama de llaves.

Branson extendió una mano callosa. —¿Me permite? Me encargaré de ponerlas donde nadie sepa que fueron robadas.

—Oh, ¿de verdad lo harías? —Alice sacó el llavero de su bolsillo. —No volveré a cogerlas. Sólo quería salir un rato de esa habitación y encontrar algo decente para leer. Luego me distraje y olvidé coger algún libro. Seguramente te estarás preguntando por qué estoy aquí, en las habitaciones del conde.

—Se me pasó por la cabeza. —Branson se guardó las llaves en el bolsillo y se acercó a una mesita con decantadores y copas de cristal. —¿Prefiere jerez o brandy?

Alice soltó una risita. —En realidad nunca he probado el brandy. —Se rodeó la cintura con los brazos, flexionando los dedos de manos y pies y elevando los hombros. —¿Es esto correcto, Branson? ¿Beber brandy en la suite de milord?

—¿A solas conmigo? —dijo curvando sus pobladas cejas. — Ojalá fuera así, pero me temo que nuestra cita no es más que compartir una copa entre una joven encantadora y un hombre lo bastante mayor para ser su padre.

Le tendió un vaso y ella lo alzó en un brindis. —Con un amigo, espero, —dijo ella, bebiéndose el vaso de un solo y dramático trago del que se arrepintió rápidamente. El calor le sentó de maravilla recorriendo su dolorida garganta, pero le provocó un ataque de tos que le dejó la voz más ronca que antes. —Gracias, dijo con un hilo de voz.

Branson vació su propio vaso, con más facilidad que ella, y volvió a llenar los dos. —Pero beba despacio, señorita Cranley. El brandy será bueno para ese resfriado y le ayudará a dormir. Ahora dígame, ¿qué la llevó a la boca del lobo?

—Buscaba una estatua, de unos veinte centímetros de alto, de jade verde, tallada como una bailarina. No pude encontrarla por ninguna parte, y ésta era la última habitación donde podría estar. No me habría sorprendido encontrarla aquí. Si fuera mía, tendría a “la bailarina” en un lugar especial de mi propia habitación donde pudiera contemplarla.

Branson frunció el ceño. —No he visto nada parecido en la casa, y conozco bien la colección.

—El antiguo conde la compró hará unos diez años. Mi padre a menudo trabajaba por encargo para él, y recuerdo cuando trajo a “la bailarina” a casa. Siempre nos quedábamos con las mejores cosas durante un tiempo. Esperaba verla una vez más, pero quizá la hayan vendido.

—Dorian no toca nada de lo que perteneció a su padre, —dijo Branson frunciendo el ceño. —Quizá el viejo conde se deshizo de ella mientras estábamos en Francia. ¿Quiere que lo averigüe?

—No importa. Sólo estaba aburrida y sentía curiosidad. —Alice tomó un sorbo largo y lento de brandy. —Esto está muy bueno, — dijo. Se siente caliente al bajar y sabe rico, señor Branson

—Branson.

—Branson, no te pareces mucho a un ayuda de cámara.

Se incorporó, fingiendo sentirse insultado. —¿Y qué parezco, señorita Cranley?

Ella se mordió la punta de una uña, pensativamente. —Como un soldado, uno que querría a mi lado en una guerra.

—No me importaría eso como epitafio, milady. La verdad es que he sido ayuda de cámara de milord más de quince años, además de otras cosas. He estado a su lado en uno o dos combates también, y yo podría decir de él lo mismo que usted dijo de mí.

—¿De verdad? Me lo imagino más a gusto en un salón de baile.

—Así es. En salones de baile y otros lugares a los que a mí no me gustaría ir, a mí deme una carga de caballería. Estuve en la India en los primeros tiempos, con Arthur Wellesley que ahora es comandante en jefe, y él también es bueno en los salones de baile.

Bailará mejor que Boney[10] uno de estos días, pero parte de la guerra se desarrolla en lugares que uno no esperaría, señorita Cranley. Su señoría podría hablarle de eso.

—No creo que lo haga. No sé por qué he venido aquí, esto es de lo más embarazoso. —Alice empezaba a sentirse un poco mareada. Le costó un gran esfuerzo recordar dónde había estado el rey blanco y volver a colocarlo en su sitio. —Este es un hogar muy extraño, Branson. Me tiene desconcertada.

—No puedo imaginar que nada la inquiete, señorita Cranley. — El conde habló desde la puerta, que había abierto silenciosamente tras oír voces en el interior.

Alice se puso en pie en un santiamén, pero Branson sólo se recostó en su silla con una amplia sonrisa arrugando sus mejillas.

—Estás a...aquí, —dijo con voz estridente del susto. —Maldita sea.

—Cuide su lenguaje, querida. Sí, estoy aquí, pero ésta es, después de todo, mi habitación. ¿Me atrevo a preguntar...?

—¿Qué estoy haciendo aquí? —Su fría insolencia fue aupada por el brandy que calentaba sus entrañas y desencadenó un pequeño ciclón. —Sí, puede atreverse a preguntar. No debería estar aquí, me equivoqué al venir. Le pido disculpas. —La reverencia de Alice fue ladeada y su pie se enganchó en el dobladillo de la bata, dejando al descubierto un hombro pálido. Fuertemente sonrojada, se cerró la bata hasta el cuello.

El conde entró en la habitación, lanzando una mirada mordaz a su ayuda de cámara.

Branson se encogió de hombros. —Hablábamos de arte, —dijo suavemente, —estatuas y todo eso. Ha vuelto usted hoy pronto.

—No debería estar aquí, —volvió a murmurar Alice. —No, no debería.

Ella se dio cuenta de que el conde no parecía enfadado, sino más bien divertido o resignado, y también muy cansado. Líneas de dolor surcaban su frente, y ella comprendió por qué había llegado a casa tan pronto. Él se inclinó suavemente y ladeó la cabeza, evaluando su aspecto con una ceja levantada.

Parecía una niña pillada con la mano en la caja de galletas, pensó. ¿Cómo podía tener veinticuatro años aquella muchacha de ojos grandes y pelo salvaje?

—¡Cómo se atreve a encerrarme! —arremetió ella. —No soporto que me encierren.

—¿Encerrarla? Yo no… ah, Pearson. Bueno, le pido disculpas por eso, señorita Cranley. Nunca quise que la encerraran, y no ocurrirá en el futuro, pero tampoco me gusta que se pasee por aquí en mitad de la noche, y muy particularmente por mi habitación.

—No debería estar aquí, —dijo ella por tercera vez, —ya lo sé. Sólo fui a buscar algo para leer.

—Tiene usted mal sentido de la orientación, jovencita. La biblioteca está en el primer piso.

Un pequeño pie descalzo dio un pisotón ineficaz sobre la alfombra. —¡Bueno, eso ya lo sé!

—¿No le proporcionaron libros? Di, o eso recuerdo, instrucciones a tal efecto.

—¡Sermones! —Alice escupió la palabra con desagrado. —Dos libros de sermones, tan aburridos que pondrían a dormir a los Apóstoles. Y yo no sé alemán.

—Yo tampoco, —reconoció el conde. —Deja de reírte, Branson. Ya hablaré con usted más tarde. ¿Sermones alemanes?

—Sermones en inglés, y algo más en alemán. ¡O a saber lo que era! Fui a la biblioteca, y cuando volví arriba vi una luz aquí, y…

—Yo la invité a entrar, —dijo Branson.

—Sí, ya imagino, Branson, pero si estaba encerrada, ¿cómo salió?

Alice le fulminó con la mirada. —¡No hable de mí como si no estuviera aquí! Pregúnteme cómo salí.

—La verdad, preferiría no saberlo, —dijo secamente el conde. —Por el momento, sólo quiero que se vaya de aquí.

Cogió su vaso y lo vació. —Muy bien, milord, pero me prometió que podríamos hablar, y ahora es tan buen momento como cualquier otro.

—Mañana, —dijo él, moviendo sus labios para formar una leve sonrisa, tenía muchas ganas de reír viendo como la cordera, ligeramente achispada, se tambaleaba un poco. —Mi secretario tiene asuntos que me ocuparán toda la mañana, pero le veré en la biblioteca a la una. A partir de ahora, su puerta permanecerá sin cerrar, pero quédese en su habitación a menos que yo, o

Branson, le digamos que es seguro salir. Créame, señorita Cranley, esto es por su propio bien. No quiero que nadie fuera de esta casa sepa que usted está aquí.

Alice se mordió el labio. —¿Me verá mañana? ¿Lo promete?

—Lo prometo. Ahora váyase a la cama, muchacha, y dulces sueños. —Le dio la espalda, despidiéndola.

Dirigiendo una mirada de "cómo lo aguantas" a Branson, que le devolvió una sonrisa con empatía, Alice huyó.

—No digas nada, Branson, —murmuró Sebrington cuando se cerró la puerta. —Olvidaremos que estuvo aquí.

Branson, reconociendo los signos de un insoportable dolor de espalda, ayudó al conde a desvestirse en silencio. Luego sirvió una copa llena de brandy y se la entregó. —¿Un baño caliente, milord? No será ninguna molestia.

—Gracias, pero no. Intentaré dormir un poco. Por cierto, necesito salir de Londres por un tiempo.

—No antes de que hable con la señorita Cranley.

—No, no antes. De hecho, no puedo irme hasta el jueves. —Se frotó los ojos. —Primero tengo que presentarle esa muchacha infernal a mi tía Alison y rezar para que me la quite de en medio.

—No es una chiquilla, —insistió el ayuda de cámara. —Échale un nuevo vistazo, milord. Te sorprenderá.

—No ha hecho otra cosa desde que llegó, —confesó el conde, dando un sorbo al brandy. Odiaba necesitar el alivio que le proporcionaba. El líquido ambarino captó la cálida luz de la habitación, y lo estudió como si algo pudiera aparecer allí. —Mi tía Alison dice que aceptará la ficha, pero no puedo estar seguro de nada hasta que se hayan reunido. Si las cosas salen bien, me gustaría irme el jueves por la mañana temprano. Prepáreme ropa para el campo, suficiente para una semana, pero que sea sencilla. Me llevo el carruaje ligero.

—¿Me lo vas a decir?

—¿El qué? A dónde voy. Claro que sí, la señorita Cranley ha estado viviendo en una granja de Kent, dependiendo de una asignación que mi padre le pagaba. Algo salió mal, y Greens lo está investigando, tendré más respuestas por la mañana, pero quiero inspeccionar el lugar para ver cuánto daño ha causado esta confusión. Y como he dicho, Londres es demasiado caluroso para mí en este momento, y para colmo Prinny tiene el capricho de honrar a un héroe y parece que he captado su atención. Ojos que no ven, corazón que no siente, o eso espero. Con suerte, me olvidará en una semana o dos y se aferrará a algún otro pobre diablo.

—Se te está complicando todo, milord. ¿Desde cuándo Prinny puede llevarte a la clandestinidad?

—Desde que quiere colgarme una medalla al cuello. Y Branson, si el Príncipe se sale con la suya, me encargaré de que estés en la plataforma a mi lado.

—¿Cuándo dices que nos vamos? —preguntó Branson riendo.

—Yo me voy el jueves, tú te quedas aquí.

—Siempre he querido visitar una granja. Nunca he visto una, y tú tampoco, supongo.

—No, pero una puesta en común de nuestra mutua ignorancia no ayudará en nada, y te quiero aquí, listo para llevar a la señorita Cranley, a caballito si hiciera falta, si mi tía Alison decide que es irredimible. —Gimió. —¿Te la imaginas bailando en casa de Almack?

Branson echó hacia atrás el cubrecama de la enorme cama y mulló las almohadas. —Yo le pediría el primer vals.

Cuando el conde dejó su copa sobre la mesa, su mirada se posó en el tablero de ajedrez. —¡Por Dios, Branson, realmente has hecho un movimiento! —Estudió la nueva posición, memorizándola al instante. —Hmmm. Interesante, no es tu estilo.

—De todo se aprende, —murmuró el ayuda de cámara. — ¿Quiere hacer una apuesta?

Dorian frunció el ceño. —¿Sobre este juego? Tus perspectivas no son buenas.

—Sobre el gran juego, sobre la cordera, por así decirlo. Tiene movimientos para los que no está preparado. Te apuesto un mono.

El conde le miró, perplejo. —¿Qué crees que hará? ¿Cuál es la apuesta?

—Ya lo sabrás, —dijo Branson misteriosamente, —cuando hayas perdido.

Dorian estiró su dolorido cuerpo bajo las sábanas con un gemido bajo. Podía elaborar una contrapartida con la misma facilidad en la cama, y se alegró de tener algo en lo que pensar, estaba claro que el sueño no llegaría rápidamente esta noche. Oyó que Branson se reía suavemente mientras se movía por la habitación apagando las luces, y el conde se sintió aliviado cuando la puerta se cerró por fin.

¿Había en Londres un grupo de sirvientes más insolente? ¿Qué decía sobre una apuesta, y cuando perdiera, qué de un mono? No tenía ni idea de lo que hablaba su amigo. Qué ojos tan enormes y reveladores tenía la muchacha, parecían mirar a través de él.

Capítulo 8

La reunión con su secretario le llevó casi toda la mañana, y cuando Greens se hubo ido el conde ignoró el almuerzo que le habían entregado en la biblioteca mientras revisaba los papeles. Todo estaba claro y era espantoso. Sin duda, Alice Cranley era su pupila, una responsabilidad descuidada durante mucho tiempo por su padre y a la que ahora debía poner remedio. Enterró la cara entre las manos. ¿Y si tía Alison se negaba a aceptarla? ¿Qué otras opciones tenía? Bajo ningún concepto la enviaría sin compañía de vuelta a la granja, pero tampoco podía retenerla en su propia casa. Se frotó la frente dolorida. ¿Héroe de guerra? Ni siquiera podía pensar qué hacer con una mujer pequeña pero problemática.

Pearson tenía los ojos más inquietos que de costumbre mientras recogía la bandeja. Algo en el reloj de ormolu parecía fascinarle, y no dejaba de mirar por encima del hombro al reloj de pie que había cerca de la puerta.

—¿Te preocupa algo? —inquirió Dorian con curiosidad.

—Los relojes, milord, se están adelantando un poco. Lo noté cuando le traje el almuerzo.

—Ambos marcan cuarenta y siete minutos pasada la hora.

—Efectivamente, milord, pero son exactamente las doce y cuarenta y seis. Cada uno lleva un minuto de adelanto.

—¿Juzga eso por el reloj que lleva en el bolsillo, Pearson, o por el que tiene en la cabeza?

Los finos labios del mayordomo se fruncieron. —Ambos son impecablemente precisos, milord. Haré reparar sus relojes.

—Si es necesario…, pero bien podría ser la lluvia. La humedad afecta incluso a los instrumentos más delicados, así que tal vez su propio reloj…

Pearson palideció, como si se hubiera impugnado el honor de su madre. —No puede ser.

—Un minuto apenas tiene importancia, —dijo suavemente el conde, —pero haga lo que sea necesario para tranquilizarse. Quisiera una copa de jerez y, por favor, informe a la señorita Cranley de que la espero aquí a la una en punto. Minuto arriba o abajo, por supuesto.

El mayordomo decantó el vino y colocó una copa llena, junto con la petaca ornamentada, sobre el escritorio.

—Por cierto, Pearson, se acabaron las puertas cerradas, —se acordó de decir Dorian. —La joven va a tener la libertad de ir donde quiera en esta casa y de hacer todo lo que en ella se le antoje. Déjenla en paz, a menos que intente marcharse, y sólo entonces, hagan lo que sea necesario para detenerla, sin llegar al caos. ¿Está claro?

—Muy claro, milord, aunque no me guste. Hay muchos objetos valiosos a la vista, pero si confía en que una extraña se mueva libremente por el lugar, ¿quién soy yo para negarlo?

—Eso mismo me pregunto yo.

El mayordomo se aclaró la garganta. —Su invitada será informada de que la espera, milord. ¿Tiene idea de cuánto tiempo vamos a tener el placer de su compañía?

—Sí, Pearson, la tengo. Por ahora, eso es todo.

Dorian acunó la copa de vino entre las palmas de las manos y se recostó para disfrutar de unos minutos de paz. Casi esperaba con impaciencia el encuentro con Alice Cranley, y la idea le hizo esbozar una sombría sonrisa. Había sentido lo mismo cuando un guardia abrió de golpe la puerta de su celda para otra sesión con el potro de tortura. Unos meses solo en un lugar frío y oscuro podían hacerle eso a un hombre.

Una vez sobre la pista, a Greens no le había resultado difícil rastrear los términos del contrato de Edmond Cranley con el viejo conde y determinar qué había salido mal. Salvo algunos detalles, Dorian tenía una idea bastante clara de las cosas, y ahora había que arreglarlas. ¿Era demasiado tarde para salvar a la hija de un padre negligente, y la pupila de un tutor indiferente? No se podía culpar a Alice Cranley, más o menos sola desde su infancia, de haberse convertido en una impetuosa sin modales, pero tenía buen fondo. Incluso los caballos de primera necesitaban cuidados, y era evidente que nadie había tenido el tiempo suficiente para acicalarla, pero ahora las cosas serían diferentes.

Comprobó su reloj, riendo entre dientes mientras lo deslizaba de nuevo en el bolsillo de su chaleco. ¿Qué reloj iba bien? se preguntó. Alice había estado ocupada anoche. Pearson era una presa fácil, pero la cordera había sabido cómo llegar hasta él, con una sutileza exquisita. Era algo para recordar.

A la una en punto, hora real, Alice llamó ligeramente a la puerta. Estaba decidida a que su entrada fuera un modelo de rectitud. Por una vez, no empezaría un encuentro con el conde en desventaja, y pasara lo que pasara se comportaría y demostraría que era una mujer adulta y sensata. Después de toda una mañana de práctica tenía varios discursos preparados, incluyendo una humilde y desesperada súplica, que sería su último recurso, y no perdería los nervios bajo ninguna circunstancia.

Se atrapan más moscas con miel que con hiel, decía siempre Joyce. Alice esperaba que los pomposos aristócratas fueran atrapados con la misma facilidad. Ella se mostraría digna, con el control de sí misma.

Su mejor reverencia, no ensayada durante años hasta la sesión de hoy frente al espejo, era casi impecable, pero tenía un aspecto espantoso. Los colores de sus tres vestidos se habían corrido juntos y nada estaba en condiciones de ponerse. Con la ayuda de Tammy había elegido la mezcla menos desagradable de marrón y verde, la que no se parecía tanto a heces de vaca, pero el corpiño encogido y el cuello alto estaban a punto de estrangularla. Aspiró hondo y volvió a llamar, esta vez con más fuerza.

Como seguía sin oír respuesta, apoyó la oreja en la puerta. El conde tenía una voz muy suave y su cabeza estaba bastante congestionada por lo que no era capaz de oír nada…

La puerta se abrió de golpe sin previo aviso. Sin el apoyo de la puerta, Alice se tambaleó contra un ancho pecho. Dos fuertes brazos la rodearon, sosteniéndola. —Rayos, —murmuró en un paño almidonado.

El conde la soltó inmediatamente y retrocedió unos discretos dos pasos, frotándose las manos contra los muslos. Sintió su pequeño cuerpo muy caliente, como una estufa encendida. —Señorita Cranley, —murmuró.

—Los condes no abren las puertas a la gente, —le informó ella cortante. —Se suponía que tenía que decir: Pase.

—Pase, —dijo él.

—Demasiado tarde, —gruñó ella, —ya estoy dentro.

—Así es. —Dorian la miró, preguntándose por qué estaba tan enfadada. Tenía los dientes apretados y los ojos le brillaban de furia. ¿Dónde había encontrado ese vestido de color tan asqueroso? Mientras pensaba eso, ella hizo una reverencia perfecta, con una gracia encantadora y él se inclinó en respuesta. —¿Quiere sentarse? ¿Puedo ofrecerle algo para tomar?

—No, gracias. —Con largas zancadas, Alice pasó junto a él y se acomodó en una silla. Dorian observó el vaivén de sus caderas, extrañamente provocativas bajo aquel harapo mal ajustado que llevaba. ¿Cómo había podido pensar en endilgarle esta criatura imposible a la pobre tía Alison? Ocupó su lugar detrás del escritorio y saboreó un largo trago de jerez, observando a Alice con ojos entrecerrados. —¿Se encuentra mejor? —preguntó cortésmente.

—¡No lo estoy! Estoy... —Pareció como si algo se apoderase de ella de repente. —Me encuentro mucho mejor, gracias, milord. Mi resfriado casi ha desaparecido, excepto por un poco de malestar en la garganta y la cabeza un poco embotada. Probablemente por eso no le oí decirme que entrara. Muy amable por preguntar.

La miró con suspicacia. —Así es. Me alegra oír que está mejor. ¿Ningún efecto adverso por merodear anoche?

—No estaba... —Alice se mordió el labio. —Ya me he disculpado por eso.

Hizo un gesto con la mano. —No pretendía insultarle, querida. Simplemente me preocupa su salud. Si prefiere que hablemos más tarde, cuando...

—¿Más tarde? Dios mío, no se le ocurra despacharme otra vez. Quise arreglar las cosas desde el principio, pero no quiso enfrentarme. ¿Tiene idea de lo que es estar encerrado, esperando a que caiga la guillotina?

Sabía exactamente lo que se sentía. —No hay guillotina, muchacha, y no tiene nada de qué preocuparse. Necesitaba tiempo para estudiar este asunto de la tutela, y usted necesitaba

descansar. Ayer consulté con el abogado de mi padre, Ryan Lane, y mi propio secretario ha hecho más averiguaciones. Si usted está preparada, podemos proceder.

—Adelante, entonces. —Ella forzó una sonrisa tensa. —Quiero decir… estoy a su disposición, milord.

Eso lo resumía todo. Se preguntó cómo reaccionaría ella cuando se diera cuenta de que no era la única que estaba ejerciendo autocontrol, lo que sí tenía claro es que, si no podía manejar a una lechera harapienta, quizá debería replantearse su futuro en la política.

—Antes de empezar, hay algunos asuntos que quizá me pueda aclarar, —dijo en un tono más adecuado para un discurso en la Cámara de los Lores que para lo que traían entre manos. —Aunque las estipulaciones legales relativas a su tutela están ciertamente en orden, aunque algunas de las disposiciones son un poco inusuales. En estos casos suele existir una relación de algún tipo, por distante que sea, o una amistad de larga duración. Algo, de hecho, que explique por qué mi padre aceptaría responsabilizarse de la hija de un hombre al que, por todo lo que puedo descubrir, apenas conocía.

—No existe ningún vínculo familiar, milord. La conexión es puramente un asunto de negocios. Su padre era, como usted sabe, un gran coleccionista de arte y antigüedades. A diferencia de muchos de esos coleccionistas, no era un hombre que apreciara el desorden, —señaló alrededor de la habitación. —Era muy exigente, escogiendo unas pocas piezas raras y dándole a cada una un lugar especial, aparte de las demás, para que pudiera ser apreciada.

—El arte era su pasión, —coincidió el conde. En realidad, la única vez que Albert Clayton mostraba emoción alguna era cuando llegaba algo nuevo.

—Durante muchos años mi padre recibió el encargo de buscar obras auténticas que creía que encajarían con el gusto del conde. Se veía obligado a viajar, a menudo durante años, y por esa razón llegó a un acuerdo con milord. Según tengo entendido, las comisiones de mi padre debían retenerse e invertirse de modo que siempre hubiera una fuente de ingresos para la granja. Las asignaciones se pagarían trimestralmente y yo podría solicitar fondos adicionales cuando la situación lo justificara. Así que ya ve, realmente es mi dinero, aunque ya no puede quedar mucho. Mi padre falleció en China hace algunos años.

—Mis condolencias, por supuesto, —murmuró el conde incómodo. —Me dijo que llegó a conocer a mi propio padre.

—Sí, dos veces. Vino a casa de paso cuando yo tenía nueve años, y años después, cuando tenía unos catorce. Mi padre era pequeño, como yo, y el conde se alzaba sobre los dos como un gran árbol. Me dio una palmadita en el hombro y me mandó a jugar, exactamente dijo “eres una buena chica, corre y ve a jugar”, me dijo las dos veces, lo que no me sentó nada bien cuando yo tenía catorce años y tenía más ganas de ser tratada como adulta que como niña. Más allá de esos encuentros, nunca hubo comunicación entre nosotros. No debe tomarse en serio esto de la tutela, milord, pues nadie lo ha hecho nunca. Es puramente un asunto legal relacionado con el dinero. —Ella se inclinó hacia delante y le fijó una mirada penetrante. —No es ningún tipo de autoridad sobre mí.

Dorian podía imaginárselo. Si el viejo conde hubiera ejercido su autoridad, esta potranca estaría escarmentada hasta la brida.

Alice estiró la espalda, cruzando las manos sobre el regazo. — Esto debería haberse resuelto ya, cuando uno llega a la mayoría de edad, estos arreglos cesan, ¿no es así?

—De hecho, generalmente lo hacen, —dijo el conde sin compromiso. —Ahora, supongo que siente curiosidad por lo que he descubierto. —Palmeó la pila de papeles que tenía delante. — Parte de ello le resultará muy interesante.

—Me interesa mucho saber por qué se detuvo el subsidio. —De pronto su frente se frunció. — Oh, vaya. ¿Supongo que no se habrá acabado ya? Sabe, ni siquiera me lo había planteado. Qué mal momento para que ocurra. En un estado normal de las cosas la granja es autosuficiente, pero este año todo salió mal de golpe. Ya sabe cómo es, primero el clima, que hizo todo lo que no debía hacer. Luego se incendiaron el granero y dos dependencias, y pasaron meses antes de que las vacas se calmaran lo suficiente como para empezar a producir algo que pudiéramos vender. Eran como niños asustados, pobrecitas, y tampoco tenían nada bueno para comer, debido a la sequía. Luego llovió a cántaros durante dos meses enteros, y hubo podredumbre del pie en todos los rebaños, por la hierba húmeda, supongo. La enfermedad de la podredumbre es muy complicada de tratar e imposible sin pastos secos. Tuvimos que vender algunas ovejas, pero los precios bajaron y…

—¡Señorita Cranley!

—¿He mencionado que el tejado empezó a tener goteras por cinco sitios distintos, y con toda la lluvia nunca pudimos arreglarlo bien...?

—¡Señorita Cranley! Ahórreme los detalles, por favor, entiendo perfectamente que ha soportado una racha de mala suerte.

—¡Mala suerte! Creo que fue una maldición. Y ahora el pozo también se ha secado.

—Si por el pozo se refiere a los fondos asegurados aquí para usted, está lejos de ser el caso. Cualesquiera que fueran sus otros defectos, mi padre valoraba el buen servicio y lo recompensaba, y aparentemente, valoraba mucho a su padre. También era un inversor con recursos, por lo que las generosas comisiones pagadas a lo largo de los años se han… —Dorian la miró fijamente, —… multiplicado como conejos. Usted es, señorita Cranley, una joven rica.

Sus ojos estaban abiertos de par en par y, cuando sus palabras calaron, una amplia sonrisa se dibujó en su cara. —¡Pero eso es maravilloso! Oh, no puedo decirle lo maravilloso que es eso. — Se abrazó a sí misma. —Esto marcará una gran diferencia para... para tanta gente.

Dorian sonrió con benevolencia. Le gustaba bastante hacerla feliz. Había visto atisbos de un malicioso sentido del humor, pero nunca una sonrisa verdaderamente feliz hasta ahora. Era como la luz del sol atravesando Saint Chappelle.

—Bueno, eso lo simplifica todo, ¿verdad? —exclamó. —Si me adelanta fondos para ponerlo todo en marcha, elaboraré un plan y le haré saber cuánto sacar cada trimestre. Oh, querido, estoy

siendo presuntuosa, no hay razón para que mantenga ninguna obligación, ya que nada de esto ha sido culpa suya. Soy extremadamente buena administrando con poco dinero, pero no tengo ni idea de qué hacer con mucho, así que tal vez me haga el favor de recomendarme a alguien que administre los fondos. Así podrá lavarse las manos de mí por completo.

—No haré tal cosa, por supuesto. —El conde cruzó los brazos sobre el pecho. —Tiene derecho a una rendición de cuentas completa y la recibirá, pero el control de su dinero permanece necesariamente en mis manos.

—Sus… ¿pero por qué? ¿Qué tiene que ver todo esto con usted?

—Aunque su dinero no se ha agotado, tampoco lo ha hecho la tutela, querida. De hecho, el conde de Sebrington ostenta esa responsabilidad a perpetuidad, o hasta que te cases. En ese momento, la disposición de sus fondos y bienes, y de usted misma, pasará a manos de su marido. Cuando se case, señorita Cranley, podrá lavarse las manos de mí, pero hasta entonces yo la controlo tan plenamente como lo hizo su padre.

—¡Pero él nunca me controló en absoluto!

—¿Por qué no me sorprende? —dijo Dorian suavemente.

—No se atreva a juzgarle, milord, —arremetió Alice. —Yo quería a mi padre y él me quería a mí, pero se habría sentido miserable jugando a ser un granjero. Mi madre murió cuando yo aún era muy pequeña, y he sido responsable de mí misma y de muchos otros en la finca durante años. Maldita sea, hasta hace poco, lo he hecho formidablemente bien. ¡No, no me mire así! Usted también lo perjuraría si un gran ave de rapiña bajara e intentara llevárselo.

—Le aseguro, señorita Cranley, que lo último que deseo en el mundo es llevármela. De hecho, creo que nuestros objetivos finales son los mismos, si se calma lo suficiente para escuchar.

—Sí... bueno, está bien. Hablo demasiado, ya lo sé. Y saco conclusiones precipitadas y pierdo los nervios. Pero usted lo hizo sonar como si todo fuera a ser manejado sin mí.

—Y así es, pero estaré encantado de entregar las riendas al hombre de su elección, siempre que se ajuste a las especificaciones adecuadas, tan pronto como usted lo presente y yo lo apruebe. — Casi podía ver el enfado acumulándose dentro de ella. Prácticamente estaba rebotando en la silla, y él admiró la disciplina que la mantenía, a duras penas, bajo control. La chica se había desbocado toda su vida, y las consecuencias no serían fáciles para su marido ni agradables para ella. Nunca había visto a nadie más necesitado de una mano firme y bien enguantada contra unos dientes afilados y una lengua más afilada aún. —¿Hay alguien, tal vez, por quien tenga usted interés? —inquirió con ecuanimidad.

Había alguien por quien ella sentía un gran deseo de separar su pomposa cabeza de su estirado cuello. —¿Y si lo hay? —espetó ella.

—Entonces haré que lo investiguen y, si es un pretendiente elegible, podrá solicitarme su mano que, le prometo, le concederé rápidamente.

—¿Investigado? ¿Quiere decir espiado? ¿Y qué se necesita para ser un pretendiente elegible? Rayos, qué frase tan ridícula.

—Intente no decir palabrotas, señorita Cranley. No le queda bien. Espero que un pretendiente elegible sea de buena cuna, sin escándalos graves en su pasado. No será ni un derrochador ni un cazafortunas. ¿Cumple su actual zagal estos requisitos?

Alice parecía muy descontenta.

—No los cumple, ¿verdad? —preguntó amablemente el conde.

—No hay nadie, —murmuró ella. —Todos los hombres de mi entorno están casados o se han ido, luchando en la guerra.

—Sí, comprendo perfectamente que no debe haber sido fácil para usted en una zona rural, con pocas familias donde elegir y tantos hijos en el ejército. Sin duda tendrá más suerte aquí en Londres.

—Pero yo no estoy...

—Oh, pero lo está, —dijo con firmeza. —He llegado a ciertas decisiones sobre lo que debe suceder a continuación, y ahora escuchará con atención y no me interrumpirá hasta que haya terminado. Es una desafortunada costumbre de usted, objetar primero y pensar después, así que intentaremos invertir ese procedimiento. Cuando haya tenido tiempo de considerar las ventajas de lo que estoy a punto de proponerle, estoy seguro de que estará de acuerdo en que es lo mejor y no permitirá que su aversión personal hacia mí le perjudique contra mi forma de proceder.

Por primera vez, el conde comprendió lo que significaba una mirada de basilisco. —Entonces le sugiero que se deje de palabrería diplomática y vaya al grano, —dijo ácidamente, —porque es probable que mi antipatía personal por usted estalle en cualquier momento.

—Muy bien, —murmuró él, pasándose un dedo por el cuello repentinamente apretado. ¿Palabrería diplomática? ¿Era vanidoso al creerse hábil en diplomacia? Se recompuso. —Para empezar, señorita Cranley, me gustaría explicarle por qué le han cortado abruptamente su asignación.

—Oh sí, hable de eso, —citó ella sarcásticamente. —Eso sí que ansío oírlo.

¿Sarcasmo de una granjera? Dorian volvió a recordarse que no debía subestimarla. —Fue culpa mía, —admitió, —pero en modo alguno intencionada. Cuando regresé de Francia hace un año, mi salud me prohibió ocuparme de mis asuntos durante varios meses. Siguiendo una recomendación en la que no debería haber confiado, contraté a un hombre de negocios y le di instrucciones para que continuara como lo había hecho su predecesor. Para abreviar una historia complicada, le diré que el hombre estaba sustrayendo fondos de varias cuentas. En su caso, se limitó a anotar un cambio de administradores de fincas y a girar la letra de cambio al nuevo nombre, para lo cual había obtenido documentos de identificación falsificados. Fue descubierto a los pocos meses manipulando una cuenta que yo supervisaba, y despedido. Mi nuevo secretario, Greens, es un hombre honesto, pero no tenía motivos para sospechar que hubiera algún problema

con el nombre al que se pagó su asignación. La cantidad era trivial, comparada con la mayoría de las transacciones, y se ha distribuido, fielmente, los últimos trimestres, siempre al nombre falso.

—¿Supongo que el sinvergüenza ya estará en la prisión de Newgate?

—Bastó con despedirlo sin darle referencias, —respondió fríamente el conde. —Estuvo empleado sólo tres meses e hizo pocos daños serios que pudiéramos rastrear. Por desgracia, Alice, su asignación quedó perdida por el camino.

Los ojos de Alice brillaron. —Así que incluso después de que le despidiera, el hombre ha estado cobrando las letras de cambio como si fuera una pensión o algo así.

—Posiblemente. Lo más probable es que el dinero esté en la cuenta sin reclamar. En cualquier caso, es mi responsabilidad. Le repondré el importe íntegro, más los intereses, y más cuando vea el efecto que esto puede haber tenido en su propiedad. Tenga la seguridad de que no sufrirá ninguna pérdida por mi negligencia.

Alice no parecía en absoluto preocupada por eso. —Me pone furiosa pensar en él regodeándose todo el camino hasta el banco. Le diré una cosa, podríamos tenderle una trampa. Pagar otro trimestre y luego agarrarle cuando aparezca para cobrar.

—Tal vez esté dispuesta a sentarse durante semanas en un establecimiento bancario a la espera de dar el zarpazo, pero la cantidad no merece la pena. Y no aprobaré fondos para contratar a un corredor, así que no intente buscar los tres pies al gato en este caso, querida.

¿Nada? Si el maldito extorsionador no se hubiera entrometido, habrían pasado años antes de que este conde de pacotilla supiera que ella existía. Alice no quería que metieran al sinvergüenza en la cárcel, quería sacarle los ojos. —Sí, milord, —dijo obedientemente, concediendo un punto que no podía ganar. Las grandes batallas estaban aún por llegar, y ella sabía que debía guardar su munición para después.

Capítulo 9

El conde arqueó una bien formada ceja, observándola con una sensación de presentimiento. La docilidad antinatural de Alice era un cambio agradable, pero ominoso, como la calma en el ojo de un huracán. —Cuando su leve indisposición haya pasado, —le dijo pacíficamente, —se trasladará a la casa de la ciudad de mi tía Alison. Ella ha accedido a supervisar la compra de un vestuario adecuado, la instrucción en modales y su introducción en sociedad.

Alice se puso en pie en un santiamén, balbuceando incoherentemente.

Él no le dio tiempo a encontrar palabras. —Siéntese, —dijo en voz muy suave, señalando con

un largo dedo la silla. Para su propia y evidente sorpresa, ella le hizo caso. Él continuó con una ligera curva de labios que pasaba por una sonrisa. —Lo crea o no, le gustará la baronesa Blackmoor. Es despierta en todos los aspectos, bondadosa hasta la exageración y sin duda, para su gran alivio, no se parece en nada a mí.

La mente de Alice trabajaba demasiado frenéticamente como para dar una respuesta a su leve sarcasmo. ¿Presentación en sociedad? Esto empeoraba por momentos.

—¿Tiene usted, por cierto, algún logro o habilidad? —Ella le miró sin comprender.

—Como bordar, —explicó él con cuidadosa paciencia, —cantar, tocar un instrumento como el arpa, el piano o la espineta. Quizá pintar.

Ella sacudió la cabeza con asombro. —Ninguna de esas, milord, —murmuró con desdén.

El conde suspiró. —No importa. Cuando esté casada y descubra las habilidades que le gustan a su esposo, seguro que desarrolla alguna. ¿Debo asumir también que no sabe bailar?

Sabía bailar, aunque hacía mucho tiempo que no lo hacía y desconocía los pasos más nuevos, pero la preocupación del conde por sus habilidades, o la falta de ellas, fraguó un plan que ella ya había empezado a probar con el conde, pues él supuso que ella había llegado a su puerta directamente de un carro de nabos. Si le daba a Lady Blackmoor la misma impresión en la entrevista de mañana, sin duda se subiría al próximo carro de nabos de vuelta a casa. Sí, una muestra sin censura de rústicos modales bien podría librarla de esos dos Sebrington bienhechores. Deliberadamente, se mordió una uña y la escupió en la alfombra. —Conozco algunos bailes campestres.

El conde sospechó que no eran los mismos esos bailes campestres que los preferidos en los salones de baile londinenses.

—Señorita Cranley, se ha desbocado demasiado tiempo, —le dijo amablemente. —No es culpa suya, así que no se ofenda, pero a partir de ahora hará exactamente lo que se le diga. Será vestida y adecentada como una joven adecuada, educada en los modales y el decoro, y cuando considere que está preparada, debutará en sociedad. Allí, realzada por su propia y considerable fortuna y la dote que pienso proporcionarle, atraerá una serie de ofertas adecuadas y hará su selección. Si es tan inteligente e ingeniosa como espero que sea, todo esto podrá lograrse dentro de una temporada. Si no, permanecerá bajo la supervisión de mi tía y la mía propia hasta la temporada pequeña. Su padre era un baronet, y la cuna de su madre intachable, sin duda podremos encontrar a un buen pretendiente que nos satisfaga a ambos.

Volvió a ponerse en pie de un salto, temblando de furia. — ¡Nunca debí haber venido aquí! —exclamó. —Si me hubiera quedado en Kent y hubiera seguido adelante sin el subsidio, nunca habría sabido de mi existencia, y si por mí fuera, ya puede olvidarse de que existo, quédese con el dinero. Volveré a casa de la mejor manera que pueda. Nosotros… yo lo haré sin usted, y todos contentos.

—No volverá a casa sin estar casada, querida, —dijo imperturbable, —y su marido determinará dónde va a vivir. Creo que será mejor que aprenda a serenarse, si no quiere

enfurecer a su futuro marido y, dios sabe que cosas le podría hacer.

—¿Qué cosas me podría hacer? —Los ojos de Alice se abrieron de par en par con incredulidad. —¿Me entregaría a un hombre que me pegara? ¿Cree que un marido tiene ese derecho? ¡Dios mío!

Dorian se revolvió inquieto en su silla.

—Yo no estoy de acuerdo con el castigo físico bajo ningún pretexto, pero no todos piensan del mismo modo. Y usted tendrá el marido que elija, señorita Cranley, siempre que cumpla las normas adecuadas. De lo contrario, permanecerá bajo mi control, y si continúa como ha empezado, podría cambiar mi opinión sobre los métodos para disciplinar a las mujeres recalcitrantes.

—¡Bruto insufrible! —Alice extendió los brazos y levantó la barbilla. —Aquí estoy, milord, dé su mejor golpe. Vamos, golpéeme.

El conde la miró pacientemente. —Siéntese y compórtese, muchacha, aún no he terminado con usted, —lo dijo con esa voz suave y autoritaria, la que aseguraba la atención, pero Alice estaba varias leguas más allá, cabalgando su propio temperamento.

—¿Piensa convertirme en una debutante acicalada y zalamera? —se mofó. —¿Espera que agite un abanico, o que puntee cuerdas de un arpa? ¿O mejor que juegue con pintura? Bueno, no pasaré por ningún aro para usted, ni bordaré ninguno. ¿Quiere vestirme como a una muñeca y darme cuerda como a una peonza? Entiéndalo bien, milord conde de Sebrington, no soy su juguete. No soy un gato mojado que encontró en la puerta de su casa cuando tenía ganas de adoptar una mascota.

—Controle su...

Ella voló hacia él, con las garras fuera.

—…temperamento, —terminó él, agarrándole las muñecas con facilidad. Los fríos ojos azules chocaron con los ojos de un ardiente marrón mientras Alice y Dorian se miraban fijamente durante un largo minuto.

Reprimiendo un impulso totalmente inapropiado de reír, el conde rompió el contacto y se sentó de nuevo en su silla. —Gata infernal, —dijo casi con afecto.

—¡Sapo!

—Mocosa indisciplinada.

—¡Sabelotodo santurrón!

—¿Ya estamos en paz? —inquirió agradablemente.

—Ni de lejos. —Alice plantó las manos sobre el escritorio y lo fulminó con la mirada. —Dijo

que podíamos hablar, pero hasta ahora ha sido usted quien ha hablado. Ahora es mi turno, y si no le gusta nada de lo que oye, estaremos en paz porque usted tampoco ha dicho una sola palabra que me haya gustado. Excepto la parte del dinero, y ya he decidido despedirme de él. No puede tenerme encerrada en una habitación para siempre, milord, y no querrá molestarse en perseguirme cuando salga. No soy nada para usted excepto un gran problema, y créame, no ha visto nada que se acerque al problema que puedo ser. De verdad, ¿qué sentido tiene todo esto? ¿Qué puede ganar asumiendo algo que ninguno de los dos quiere?

—¿Son preguntas retóricas, señorita Cranley?

—Oh, déjese de tonterías pomposas, le odio cuando habla así. Sólo míreme, ¿quiere? —incorporándose, Alice extendió los brazos y pivotó lentamente en círculo. —¿Le parece esto la debutante del año? ¿De verdad le importaría poner en juego su preciada reputación por lo que ve? Puede vestirme, pero no puede sacarme en público porque nunca estará seguro de lo que voy a decir o hacer, y cuanto más probable sea que se avergüence, más me picará decirlo o hacerlo.

—¿Me está amenazando, Señorita Cranley? Se lo advierto, desafíeme bajo su propia responsabilidad, yo nunca rechazo un desafío.

—No, milord, no estoy arrojándole ningún guante, simplemente estoy abandonando el campo de batalla. Me voy a mi casa, de donde pertenezco, y usted no puede detenerme. —Podía, y ambos lo sabían. La pregunta era, ¿lo haría? Dorian no dudó ni por un momento de que ella era capaz de humillarle, y comprendió por qué su padre la había dejado en Kent fuera de peligro. Lo que bien podía ser, se admitió a sí mismo, la razón por la que estaba tan decidido a enfrentarse a ella. Aun luchando contra el viejo conde, y aun eligiendo formas estúpidas y quijotescas de hacerlo. Espiando en la corte de Francia en plena guerra o presentando a Alice Cranley a la alta sociedad. Sin duda, espiar era más fácil.

—Alice... —la llamó en voz baja.

Ella levantó la cabeza. Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila, y su voz era diferente, seria.

—Si necesita desahogar su temperamento y, aparentemente no hay quien le pare, por favor, limite estos ataques a mi persona. Tía Alison está muy ansiosa por apadrinarle en sociedad. De hecho, cuando le hablé de usted, fue la primera vez que la vi realmente interesada en algo desde que Justin fue asesinado en Vimeiro. Era mi primo y gran amigo, y su único hijo. Usted será un consuelo para ella y apartará su mente de su dolor. Se lo ruego, reserve sus malas palabras y su comportamiento descontrolado sólo para mí.

Alice se sentó y apoyó la cabeza en la silla acolchada, mirando al techo. —Oh, es injusto, milord, —protestó en voz baja. —No debería jugar así con mi simpatía, cuando esto es realmente entre usted y yo. Y si le importara su tía, no le pediría que participara en esto, yo no puedo hacerle honor, ya lo sabe.

—¿Le apetece una copa de jerez, señorita Cranley? —Ella cerró los ojos. Sonaba casi amable.

—No, gracias.

—Tía Alison ha accedido a reunirse con usted. Es todo lo que le he pedido. Si ella decide no patrocinarle, entonces no forzaré la situación. Mañana estará en terreno neutral, exponga su caso como quiera, pero prométame que acatará su decisión y que cooperará si ella decide aceptarle.

—¿Por qué demonios debería prometerle nada? —se encolerizó ella.

Sus ojos se helaron. —Porque las alternativas le harían estremecer, muchacha. Bajo ninguna circunstancia permitiré que siga como hasta ahora, sin supervisión. Cuando esté instalada con mi tía, tengo la intención de inspeccionar su granja por mí mismo. Con suerte, me marcharé pasado mañana, para que pueda dejar de preocuparse por los problemas de allí. Me aseguraré de que se inicien las reparaciones necesarias y contrataré a un administrador local, si es que hay alguno. A partir de ahora, su granja será gestionada como yo considere oportuno, y usted se limitará en lo sucesivo a las actividades propias de su rango y sexo. En general, hará mejor en arriesgarse en Londres, donde podrá escapar de mí bajo la protección de un marido. Tiene pocas opciones, muchacha, aprovéchelas al máximo. Y por favor, no sea cruel con tía Alison.

Se puso de pie, erguida y pálida como una cala, con los ojos brillantes de lágrimas. —Nunca sería poco amable con alguien que es amable conmigo, —dijo simplemente. —Puedo controlarme, lo crea o no. Es cierto que tengo un temperamento fuerte, pero por regla general soy bastante civilizada. Si ha visto lo peor de mí, es porque tengo mucho miedo. ¿No comprende que estoy luchando por mi vida?

—Nunca le haría daño, Alice.

—Oh, sí, mi milord, lo haría y lo hará. Todo con maravillosas intenciones, un falso sentido del deber y la fría seguridad de que sabe lo que es mejor para mí.

Dorian apoyó los codos en el escritorio, entrelazando los dedos y estudiándolos con fingida atención. Por alguna razón, su acusación le caló hondo. —La mayoría de las jóvenes se desmayarían de placer ante lo que se te ha ofrecido, querida, —dijo. —Acaba de descubrir que es muy rica, que una dama, a la que llegará a amar, quiere acogerle en su casa. Bailará en los mejores salones de baile de Inglaterra, donde podrá elegir al hombre que quiera como marido, y podrá ir de compras hasta saciarse, a costa mía. Cualquier otra chica me lo agradecería.

—Sí, supongo que en eso tiene razón, —concedió Alice con amargura. —Ofrece todos los sueños que se supone que debe tener una chica, pero esos no son mis sueños, esa chica no soy yo. Tengo una vida propia y responsabilidades que no puedo abandonar por los placeres de un nuevo bonete y un vals con un desconocido. No debe intentar construirme un futuro, milord, porque ya tengo uno, un futuro basado en un pasado del que no me arrepiento. He sido feliz hasta que llegué aquí.

De repente, sintió mucho frío. —No deseo hacerla infeliz, señorita Cranley, pero quizá haya una forma de vida mejor para usted, una que no haya considerado.

—Hay mil vidas posibles para mí, Dorian Clayton, pero quiero vivir la que tengo. Si intenta cambiarla y hacerme cambiar, me destruirá.

Sus palabras parecieron resonar en la habitación mucho después de que ella se hubiera ido, y

Dorian vació la jarra de jerez en su copa. No quería destruirla ni herirla de ninguna manera. Ella era como una fuerza elemental, palpitante de vida. ¿Pero cómo podía estar mal enviarla con una fortuna y el hombre de su elección? Seguramente eso sería mejor que ordeñar vacas y arreglar tejados con goteras. Alice Cranley era una provinciana, y el mundo acababa de abrirse para ella. De un modo u otro, estaba decidido a verla volver pletórica al corral y cautivar a un marido con su maravillosa sonrisa.

Capítulo 10



Susan caminó descalza por su habitación, sofocando unas ganas irrefrenables de aullar como un animal acorralado. En unos días el

conde estaría de camino a Chippenham[11], y aunque lograra enviar un mensaje que llegara antes que él, o incluso si todo el mundo guardaba silencio y se comportaba a la perfección, aun así, él podría enterarse. Una palabra casual, un desliz, y se enteraría de su secreto.

Quizá era el momento de decirle la verdad y acabar con esto de una vez. Su situación apenas podía ser peor de lo que ya era, y él aún podría entrar en razón… y los cerdos podían volar. Él estaba demasiado seguro de saber qué era lo mejor en cada situación. Nunca dejaría que las cosas siguieran su curso, como lo habían hecho perfectamente bien durante años, sin su intervención. En el peor de los casos, y más le valía esperar lo peor de él, le destrozaría la vida y le diría de que era por su bien. Se sentó con las piernas cruzadas en la cama y la barbilla apoyada en las manos, considerando un plan de acción. No perdía nada con intentarlo, se dijo a sí misma con firmeza.

Ninguna carta enviada por los cauces regulares le ganaría la partida, y su personal necesitaba tiempo para poner las cosas en orden. Necesitaba un mensajero inmediatamente, pero ¿quién? Sólo tenía dinero suficiente para el billete de vuelta en el carro del correo, pero no para contratar a alguien, en el caso de que conociera a alguien a quien contratar. Alice se devanó los sesos tratando de pensar en algún conocido que tuviera en Londres, pero no se le ocurrió nadie.

Si tuviera dinero, podría conseguir un carruaje de alquiler a Lombard Street, que era el único lugar de Londres en el que había estado. Siempre había gente merodeando por la oficina de correos, y seguro que uno de ellos estaría dispuesto a ser contratado… pero también dispuesto a marcharse con el dinero y que nunca más se supiera de él, pensó con desdicha. Aun así, era una oportunidad, si tenía los fondos y si podía salir de la casa sin ser detectada, pero dadas las circunstancias, no era un buen plan.

Abatida, Alice examinó sus cortas uñas, y al hacerlo su mirada se posó en el pequeño anillo de rubí que había pertenecido a su madre. No valía gran cosa, salvo para ella, pero podría servir. No estaba nada segura de poder desprenderse de él, pero si le decía al mensajero que se lo trajera para canjearlo por efectivo... sí, eso podría funcionar. Seguro que el conde le daría el dinero para todas esas compras que le había prometido. Tal vez se lo diera hoy, si ella se lo pedía

amablemente. Entonces podría escaparse unas horas y... y esos cerdos voladores podrían aterrizar en la luna. No, él no la dejaría salir de esta casa. Era demasiado listo para eso. Tenía que escribir un mensaje, encontrar a alguien que se lo llevara, y no había tiempo que perder. Saltando de la cama, rebuscó en todos los cajones de su habitación y no encontró ni un trozo de papel. ¡Maldita sea! Tendría que volver a ver a su insufrible tutor para pedirle papel y pluma. Para su gran asombro, una pequeña y disoluta parte de ella esperaba con impaciencia el encuentro.

El conde ladró un molesto “adelante” al oír el golpe en la puerta y miró a su pupila con desagrado. Todos sus intentos de hacer algo de trabajo habían fracasado, Alice había danzado por sus pensamientos como chispas en una chimenea, y ahora aquí estaba ella en persona. Sus manos agarraban su falda con ambos puños y lucía una sonrisa sospechosamente amistosa. —No estoy de humor para más discusiones, —le dijo sin rodeos.

Los puños se apretaron con más fuerza y la sonrisa se hizo más evidentemente falsa. —Sólo pensé en intentar pillarle antes de que saliera a pasar el día fuera, —dijo ella sin mucho arte.

—¿Qué le hace pensar que voy a salir?

—Oh, debe tener muchas cosas que hacer, con el viaje dentro de poco y todo eso. Lugares a los que ir y gente que ver.

Sí que tenía intención de ver a su amante, pero eso era para mucho más tarde. ¿Qué pasaba por la cabecita rizada de Alice, y por qué estaba tan ansiosa por librarse de él? Seguramente no estaba planeando huir hacia su casa porque él mismo se dirigía hacia allí. Súbitamente intrigado, se reclinó en su silla. —¿Y por qué deseaba verme?

—Por todo en general. ¿Puedo sentarme?

Así que esto no iba a ser una batalla después de todo, pues a Alice le gustaba estar de pie en una pelea. —Por favor, hágalo, —dijo amistosamente. —¿Empezamos por todo en general?

Encaramada en el borde de la silla, parecía un gorrión en una habitación con un gato muy grande vigilante. —Deseo escribir algunas cartas a casa, milord, y esperaba que considerara la posibilidad de llevárselas con usted, —jugueteó con su falda, —pero no tengo papel.

—Ah. —Abrió un cajón y sacó una gavilla de papel de carta de lino fino con sobres a juego. —Estos llevan mi escudo, pero si eso le molesta uno de los criados puede traer algo más sencillo.

—No es necesario. También necesitaré una pluma y tinta.

Sacó ambos, notando que a ella le temblaban las manos al aceptarlos. Algo le preocupaba claramente, y debía ser serio. Brevemente, él se preguntó si ella podría confiar en él si se lo intentaba sonsacar, pero rápidamente decidió que no, él era el enemigo.

—¿Planea ir el jueves? —preguntó ella.

—Si todo va bien. —No podía salir de la ciudad si tía Alison se negaba a hacerse cargo de Alice, pero no vio razón alguna para decírselo. —Estaré encantado de entregar sus cartas,

señorita Cranley.

Ella se puso en pie, le miró sombríamente durante un momento y luego se dio la vuelta para marcharse. —Gracias, —dijo por encima del hombro.

Inexplicablemente reacio a verla marchar, se fijó de repente en sus pies descalzos. —¿Hay alguna razón, —inquirió con rigidez, —por la que rehúya del calzado?

Ella se giró.

—¿Quiere decir que por qué no llevo zapatos? ¿Por qué habla siempre como un sapo pomposo? Mis zapatos se mojaron, los dos pares que traje, y ahora me hacen daño.

—Podría enviar a alguien a reemplazarlos, —se ofreció, —si me trae un par de los suyos viejos para el tallaje. —No pudo resistirse. —Quizá Pearson pueda ir.

Para su asombro, Alice soltó una risita.

—¿Se imagina su cara? —Extendió el brazo como si colgara de sus dedos un par de zapatillas especialmente olorosas y recorrió la habitación imitando fielmente el rígido caminar de Pearson. —"El viejo conde nunca permitiría algo así", —resopló, arrojando las zapatillas imaginarias a la chimenea.

Qué muchacha más rara, pensó. Podía pasar de la rabia a una broma en un instante, había estado muy seria cuando entró en la habitación. Estaba tramando algo, de eso estaba seguro. Sin duda se largaría en cuanto él saliera de casa, sería demasiado arriesgado pasar la noche con Evangeline. Maldita fuera la pequeña diablilla por obligarle a hacer de perro guardián, y cómo es que había acabado siendo él quien llevara la correa.

—¿Le apetece cenar conmigo esta noche? —preguntó, sorprendido al oír esas palabras que parecían surgir sin su consentimiento. —Nos dará la oportunidad de conocernos mejor, —añadió incómodo.

Ella le miró desde debajo de unas espesas pestañas. —¿Una tregua, milord?

Él se encogió de hombros. —Las batallas son cosa suya, señorita Cranley. No tengo ningún deseo de reñir con usted.

—No, estoy segura de que no. Usted es como una gran roca que no deja de arrollar a todo el que se cruza en su camino, y no entiende por qué alguien querría empujarla. —Ella ladeó la cabeza. —Tal vez vaya a cenar con usted, si me apetece.

—Bien, esperaré con impaciencia que así sea. —Ella podría dejar escapar algo en la cena, si él jugaba bien sus cartas. Curiosamente, más bien esperaba que ella le acompañara por otras razones que no estaban demasiado claras. Al menos con Alice, las cosas nunca eran aburridas.

—No se moleste por los zapatos, —dijo ella, —a menos que le importe mucho que vaya descalza por la casa. Puedo ponerme los que tengo para la visita a Lady Blackmoor.

—Como quiera, —dijo él con indiferencia. —La cena será a las ocho, pero puede tener una bandeja en su habitación si prefiere no cenar con… ¿qué era exactamente, una gran roca?

Ella no sonrió. De hecho, estaba notablemente apagada mientras salía de la habitación sin su habitual brío. Dorian se quedó mirando la puerta cerrada durante largo rato, preguntándose qué le pasaba y, sobre todo, qué pretendía ella. Fuera lo que fuese, ella no podía meterse en problemas escribiendo cartas mientras él estuviera en la casa.

Alice subió las escaleras hasta su habitación, dejó el material de papelería sobre la cómoda y se dejó caer boca abajo sobre la cama. Maldito Dorian Clayton. Desconfiaba de ella, lo había visto en sus ojos, y a partir de ahora la vigilaría como un halcón. Bueno, no había remedio, tendría que encontrar un aliado aquí mismo en la casa, alguien en quien pudiera confiar, y las opciones eran bastante limitadas.

Estaba Tammy, pero era tan noble como bonachona y parecía adorar al despreciable conde. No estaba nada claro que estuviera dispuesta a escabullirse a sus espaldas, y si alguna vez él la interrogaba, lo confesaría todo sin dilación.

¿Quién podría ayudarla? Pearson estaba descartadísimo y Branson era demasiado leal.

¡Renard! No le había visto desde su primera visita a la cocina, pero quizá debería bajar y renovar la relación. No perdería nada, y si las cosas no parecían ir como debieran, le daría una oportunidad a Tammy. Primero, sin embargo, escribiría la carta y la tendría lista. Su abominable milord estaría observando para ver qué hacía ahora, y era mejor que se quedara un rato en su habitación para tranquilizar sus sospechas. Luego podría ir despreocupadamente a la cocina y prepararse una bandeja para su cena, porque prefería estar colgada de los dedos de los pies, que sentada frente a ese mojigato santurrón durante dos horas, ya que probablemente sólo quería comprobar sus modales en la mesa, o ver si ella tenía alguno en absoluto.

Cuando la carta estuvo lista, Alice la deslizó en su retícula junto con las pocas monedas que había estado atesorando para su regreso. Para variar, la suerte estaba con ella. Pasó junto a una criada que quitaba el polvo en el vestíbulo, pero la mujer no levantó la vista, y cuando llegó a la cocina, Renard estaba allí rellenando un par de capones. Con una rápida mirada a su alrededor para asegurarse de que estaban solos, esbozó su sonrisa más encantadora y entró. —¿Puedo mirar unos minutos? —preguntó alegremente, —Me encanta cocinar y siempre estoy buscando nuevas ideas.

—Oh, señorita, veo que se siente mejor. —La cara regordeta del francés con su fino bigote le sonrió. —Preparo algo especial para esta noche, para su cena con milord. —Ella se dejó caer en una silla junto a donde él estaba cortando zanahorias.

¿Te dijo que cenaría con él?

—Dijo que tal vez. Será agradable, je crois. Desde que me trajo aquí, rara vez tengo la oportunidad de mostrar mi habilidad porque rara vez invita a nadie a la casa. Ya he enviado a mi ayudante a por salmón fresco, y la salsa, —se besó los dedos, —la salsa es una delicia, le gustará mucho, y también el soufflé de queso, que se derretirá en su boca.

Alice empezaba a sospechar que se vería obligada a cenar con el conde, aunque sólo fuera por no decepcionar a aquel hombre regordete. —Suena todo delicioso, —dijo. —¿Puedo ayudar?

—Oh, no. Verá, no debería estar aquí en absoluto. El señor Pearson tiene muy claras nociones de lo que es apropiado para el cocinero, y que usted me ayude seguro que no entra en sus planes.

—El señor Pearson es un lagarto, —dijo ella rotundamente, —y si no le importa, me gustaría quedarme un rato. Me siento muy sola en mi habitación.

A él no le importó en absoluto, y charlaron intrascendentemente sobre los ingredientes para su salsa de ostras y castañas y los planes para un postre. Alice estaba disfrutando, observándole trabajar y esperando una oportunidad para sacar el tema de la entrega de su carta, pero una vez que empezó a hablar, Renard no cerró la boca ni un segundo. Finalmente, acabó un discurso sobre la cantidad adecuada de mantequilla para freír huevos.

—Renard, la verdad del asunto es que vine aquí porque necesito ayuda con algo muy importante, y tú eres la única persona en esta casa en la que pensé que podía confiar. Bueno, excepto Tammy, pero sé que tú puedes manejarlo mucho mejor que ella.

— Sans doute, —dijo complacido, mientras probaba un poco de la olla de sopa que hervía a fuego lento y le añadía una pizca de pimienta. —¿Huelo una pequeña conspiración, cherie?

—Una muy pequeña, que no hará ningún daño. Necesito hacer llegar una carta a mi casa inmediatamente y sin que el conde se entere. —Ya está, ya lo había dicho. Alice esperó sin aliento su respuesta, consciente de que estaba en un aprieto si decidía ir a Clayton con esto.

—¿ Une billet doux? —inquirió con una sonrisa cómplice.

Su francés era pobre, pero reconoció las palabras para carta de amor y el brillo de sus ojos. ¿Había algún francés que no adorara el romanticismo? —Así es, —aceptó ella con una sonrisa secreta. — Debo avisar de que el conde está de camino y asegurarme de que nada... bueno, ya me entiende. —Odiaba mentir, aunque últimamente lo hacía bastante, y sus mejillas se sonrojaron. —No me gustaría que hicieras esto si te preocupa de alguna manera.

—Pero no, ¿cómo iba a preocuparme? Ya ha dicho que esta carta no hará ningún daño, y el secreto es la mejor especia del nuevo amor, ¿eh?

—En este caso, —dijo ella secamente, —el ingrediente principal. Algún día el conde debe saberlo, pero no ahora. —Abrió su retícula y sacó el sobre, doblado por la mitad y ligeramente aplastado. —El nombre y la dirección de mi ama de llaves están escritos aquí, y ella se encargará de que llegue a las manos adecuadas. Debe llegar ir a Kent, a una granja entre Eastry y Deal. ¿Será capaz de encontrar a alguien que lo lleve tan lejos, y de inmediato? No puedo pagar mucho por adelantado. —Le tendió las monedas. —Esto a cuenta, y el resto, lo que cueste, en unos días. — Renard cogió el sobre, pero apartó el dinero. —Esta noche, después de que se sirva la cena, me reuniré con unos amigos en una taberna. Hay muchos emigrantes en Londres, la mayoría no tan afortunados como yo de tener una buena posición. Entre ellos habrá alguno contento de ganarse unos pequeños honorarios.

—¿Alguien con caballo? Y preferiblemente con uno rápido.

—Alguien con imaginación, cherie, y emprendedor. Eso es lo que se necesitó para escapar a Inglaterra. Déjeme esto a mí, porque no sé quién estará allí esta noche, ya más tarde, arreglaremos cuentas.

—¿Y cómo puedo pagárselo? —preguntó ella.

—Sonríe y sé feliz, petite. Qué triste parecías antes, cuando te trajeron a mi cocina como a una zarigüeya mojada.

—Ratón mojado, corrigió ella con una sonrisa.

—Ah, sí. A los roedores aquí no los distingo tan bien.

—Estoy segura de que el conde no permitiría una en su casa, —dijo ella riendo.

—Sólo a Pearson, —replicó Renard, y ambos rieron. —Esta noche disfrutará de mi cocina, y mañana tendré buenas noticias para usted, ¿sí?

—¿Por qué te quedas aquí? —preguntó Alice, mojando un dedo en la sopa y lamiéndolo con deleite. —Mmmm. Deberías compartir este talento con la realeza.

—Las cenas, las fiestas en casa... siempre invitados de los más altos rangos. Se supone que ya no hay rangos en Francia, pero ya sabe cómo es. Los viejos aristócratas se han ido o han sido afeitados por Madame Guillotine, pero los advenedizos se disputan la posición con igual avidez. Monsieur Clayton me ayudó a salir de Francia antes de ser capturado y me dio este puesto cuando regresó a casa, con un salario superior a mi valía porque ya no da fiestas. Por supuesto que no le dejaré, mientras él desee que me quede.

—¿Capturado? —De repente fue consciente de lo poco que sabía sobre el conde. —¿Por qué demonios estaba en París organizando cenas en plena guerra?

—Eso debe preguntárselo a él, cherie. Yo sólo soy el chef... bueno, el artífice de la comida... y a veces el cupido, ¿eh?

La puerta trasera se abrió de golpe y un joven ayudante de cocina entró dando tumbos, cargado con un fardo envuelto en papel extremadamente apestoso. Dejó caer su carga sobre el mostrador.

—Es una ballena, jefe, y todos los gatos de Lunnon están fuera ahora mismo queriendo un trozo de ella. Me han seguido hasta aquí.

Renard se llevó la mano a la frente. —Merde, muchacho tonto. ¡Qué me has traído! Pedí salmón fresco.

—No les quedaba, jefe. Me dio esto en su lugar. —El chef arrugó la nariz. —Supongo que lleva una semana en la tienda. Se lo darás de comer a los gatos, muy lejos de esta casa, mientras

decido qué preparar para el segundo plato.

—No comeré mucho, ¿sabe? —dijo Alice, tirando de su manga. —No con este resfriado.

Él le sonrió. —Imaginación y emprendimiento, —le recordó alegremente. —Sólo usted y yo sabremos lo creativo que puedo llegar a ser en caso de emergencia, n'est-ce pas.

—¿Me lo das? —susurró ella, con un brillo malvado en los ojos. —El pescado, quiero decir. Los gatos pueden tenerlo después, cuando termine con él.

Renard ladeó la cabeza. —¿Y qué hará con esta enorme bestia? —Medía casi un metro de largo. Le quitó el papel húmedo, lo enjuagó y lo envolvió en un gran paño de cocina.

—Imaginación y emprendimiento, —dijo, abrazando al pez entre sus brazos. Debía de pesar treinta libras y apestaba como... bueno, como un pez muerto hacía ya mucho tiempo. —Y ahora, hablando de un tema totalmente nuevo, ¿dónde puedo encontrar la habitación del señor Pearson?

Con un guiño conspirativo, Renard le dio las indicaciones precisas.

Capítulo 11

Susan se miró infeliz al espejo, haciendo muecas de dolor mientras Tammy se esforzaba por domar sus rizos rebeldes con un peine y un cepillo. —No sirve de nada, —dijo con un gemido. —¿Tienes una cofia que me puedas prestar?

—Nunca había peinado a una dama, —se disculpó la criada.

—Tu récord se mantiene, —le aseguró Alice con una sonrisa. — En el jardín de infancia, juro que algo voló y se instaló en mi cabeza, porque esto no puede ser pelo. Sin duda, tiene vida propia. ¿Seleccionamos uno de mis preciosos vestidos para esta auspiciosa ocasión, con medias botas de cuero para completar el conjunto?

Mientras Tammy le abrochaba los botones de su vestido verde turbio, Alice se preparó mentalmente para la lúgubre velada que le esperaba, la cena con un bloque de hielo. No tenía más remedio que aceptar, por el bien de Renard, pero ahora se enfrentaba a dos horas enteras con el glacial conde. ¿Cómo lo iba a soportar?

Al menos no tenía que causar una buena impresión. Dio un paso atrás para contemplar su vestido raído y encogido y su pelo despeinado en el espejo de cheval. En realidad, ella debería estar debajo de la mesa, y no comer en ella. La idea la asaltó de inmediato. ¿Por qué desperdiciar una oportunidad perfectamente buena de demostrar que no era apta para cenar en compañía? Si se lo comía todo con la misma cuchara y se hurgaba los dientes, para el segundo plato “su

odiosidad” se lo estaría pensando mejor. Un sonoro eructo, debidamente sincronizado, podría hacer magia.

Mucho antes del postre se daría cuenta de la imposibilidad de endilgarle un marido.

Se apartó del espejo, reprimiendo a la fuerza un pequeño e inoportuno impulso femenino antes de que tomara forma en su mente. No podía lucir bonita ni aunque quisiera, pero con un poco de disciplina mental podía hacer que no le importara. De la misma manera que había aplastado sin piedad sus sueños de cenas elegantes y veladas londinenses cuando tenía diecisiete años, aceptando que algunas cosas simplemente no estaban destinadas a ser.

Tammy la acompañó al salón, chillando de horror cuando vio que entraba sin llamar. El conde ya estaba allí, junto a la chimenea, con el codo apoyado en la repisa mientras sorbía vino de una delicada copa. Levantó ligeramente una ceja ante la grosera entrada de ella, dejó su copa y la agasajó con una reverencia formal.

Rayos, era guapo, pensó distraída. Ataviado con estilo, además, con los pantalones ceñidos a la piel moldeando unos muslos espléndidos y con un chaleco bordado en oro mate ajustado a la perfección sobre una camisa blanca de batista. Su levita negra de cola de golondrina parecía estar pintada sobre sus anchos hombros. Un alfiler de diamantes brillaba en su intrincado corbatón, y las puntas almidonadas de la camisa enmarcaban una barbilla que parecía más fuerte y más perfectamente cincelada de lo que ella recordaba.

Sabía reconocer un insulto cuando lo tenía delante. Despreciable pavo real. Él sabía muy bien que ella no tenía nada presentable que ponerse, y esta exhibición masculina había sido deliberadamente puesta en escena para avergonzarla. El conde y la lechera. Sus labios se apretaron. Esperaba que se acobardara, ¿verdad? Bueno, si vaca quería, vaca tendría. Haciendo una salerosa reverencia, marchó con brazos oscilantes por la habitación.

Un gesto de reproche frunció su frente, pero sonrió amablemente. —Estoy encantado de que me acompañe esta noche, —dijo con voz sedosa. —Parece que se encuentra mejor.

—Fuerte como las patas de un cerdo y hambrienta como un buey. ¿Qué tal un poco de ese vino?

—Ratafía para usted, —contraatacó suavemente, dirigiéndose a un aparador donde los decantadores de cristal brillaban a la luz de las velas.

Alice arrugó la nariz. —¿Ratafía? Suena horrible. ¿Qué es?

El conde levantó la jarra y escrutó el líquido granate. —En realidad, no tengo ni idea. Algún tipo de licor, supongo. Y, —añadió con severidad, —un refresco apropiado para damas.

—Bueno, eso me deja fuera entonces. —Uniéndose a él en el aparador, Alice examinó las jarras con interés. Levantó los tapones y los olió hasta que reconoció el brandy. —Tomaré un poco de esto. — Dorian le quitó el tapón de la mano y lo volvió a colocar con un tintineo. —No, no lo hará, —dijo con firmeza.

—Bueno, no voy a beber algo que es destilado de ratas. ¿Qué tal un poco de hidromiel?

El conde negó con la cabeza. —Imagino que no tenemos.

—¿No hay hidromiel? Entonces le enviaré un poco. Produzco el mejor de las tierras del sur, si me permite decirlo.

Le lanzó una mirada horrorizada. —¿Destila licores?

—Así es. Principalmente elaboro cerveza, para los trabajadores y algo para vender si la cosecha de cebada es buena, pero el hidromiel es mi proyecto especial, criamos abejas. Ya sabe, no es fácil conseguir vino y aguardiente desde la guerra, y hay demasiados recaudadores de impuestos y control a lo largo de la costa sureste para que el contrabando sea bueno. Pensé que le impresionaría, el hidromiel es una empresa rentable.

—Ya veo. —La mano de Dorian temblaba mientras llenaba una copa hasta la mitad con jerez. —Será mejor, señorita Cranley, que no hable de tales empresas cuando esté en sociedad. La producción de bebidas alcohólicas no es decorosa para una joven dama.

—¿No puedo contarlo como un logro?

—No, en absoluto. —La miró con suspicacia. Estaba verde y radiante como el campo, con esos enormes ojos marrones y su alegre sonrisa. Más bien parecía una Venus atrapamoscas. De nuevo la voz de la cautela le recordó que no debía subestimarla, aunque se preguntó por qué su cuello siempre punzaba de advertencia cuando no hacía falta. Alice Cranley era una hija de la naturaleza, pero no más peligrosa que las espinas de una rosa. Espinas en un cardo, se corrigió, pues no había nada ni remotamente parecido a una rosa en ella, salvo quizá su tez suave como un pétalo.

Alice engulló su jerez. —Si todo lo que hago no es apto para la conversación, ¿de qué demonios se supone que hablaré en una fiesta? —Se había servido otra copa llena antes de que a él se le ocurriera detenerla. —¿Por qué no hace una lista de temas adecuados?

—Quizá lo haga, —aceptó. —Después de esta velada, tendré una mejor idea de lo que está capacitada para hablar.

—¡Ah, esto va a ser una tutoría! Y yo que pensaba que cenar con usted sería una forma agradable de pasar la velada.

Lanzando una carcajada, acercó su copa a la de ella en un ligero brindis. —Envaine sus garras, señorita Cranley, y seamos amigos por esta noche. Nos guste o no, por el momento nuestros destinos están entrelazados.

¿Nuestros destinos están entrelazados? Este hombre seleccionaba sus palabras de algún libro de frases ñoñas, pensó ella con un gruñido interior. Ese tipo de encanto pulido podría funcionar con las damas londinenses, pero a ella le resultaba insoportablemente condescendiente.

—¿Quiere decir, milord, que estamos atrapados el uno con el otro para el futuro cercano y que

más vale que intentemos llevarnos bien? Muy bien entonces. Cooperaré dentro de lo razonable, pero tenga en cuenta que puede deshacerse de mí con un giro bancario, seguido de una rápida despedida.

Al conde le invadió un impulso casi irresistible de colocar aquel pequeño y compacto torso sobre su rodilla y decorar su trasero con unos cuantos golpes contundentes, pero en lugar de eso se bebió el vino con una rapidez desacostumbrada y la observó hacer lo mismo, y entonces vio una lengua rosada que se deslizó lascivamente para lamer alrededor de sus labios, y acto seguido, dejó su copa sin volver a rellenarla. La habitación se sentía más calurosa que hace un rato.

Golpeó la mano de Alice cuando ésta buscó la jarra. —No estropee su paladar, —advirtió. —Renard ha prometido salmón en hojaldre con una salsa que ha creado para realzar el sabor. Es mi favorito y siempre está en el menú para ocasiones especiales.

Alice se dio la vuelta para disimular su sonrisa, puesto que el pescado en cuestión estaba en ese momento en posición de firmes, esperando el regreso de Pearson a su habitación, el conde se sentiría decepcionado. Sin embargo, dejó el jerez en paz. Acostumbrada a los licores suaves, sabía cuál era su límite, pero no estaría de más que Sebrington pensara que había bebido mucho y se portara mal en consecuencia. Tres copas en la cena sería más o menos lo correcto.

Irracionalmente, se sintió entusiasmada, como si estuviera jugando una partida emocionante. Si las apuestas no fueran tan altas, habría disfrutado del desafío. El conde tenía todas las cartas, o eso creía, pero ella no era reacia a hacer trampas y tenía al menos una ventaja. Él no tenía ni idea de que ella sabía jugar a juegos de ingenio, pues presuponía que las mujeres desarrollaban logros en lugar de inteligencia. Por desgracia, su ventaja era un arma de doble filo. Ella tenía que convencerlo de que era lo suficientemente inteligente como para administrar una finca por su cuenta y al mismo tiempo persuadirlo de que no podía ser soltada en la sociedad cortés. Apta para llevar una granja, no apta para bailar en un salón de baile. —¡Estoy hambrienta! —declaró. —Vamos a llenar el buche.

El conde cerró los ojos. —Pearson nos informará cuando la cena esté lista, —dijo. —Por ahora, señorita Cranley, siéntese y cuénteme algo de usted. ¿Ha ido a la escuela?

Ella se puso a la defensiva. Una cosa era fingir ser estúpida y otra muy distinta que la tomaran por tal. —Sé leer y escribir, lo que usted sabría si abriera su correo. Se me dan bien las matemáticas, llevo libros de contabilidad precisos y he gestionado una granja estos últimos siete años. —Se sentó en una silla enjuta, plantó deliberadamente los pies muy separados y luego, como si se lo pensara dos veces, juntó las rodillas. La exhibición le valió el ligero fruncimiento de ceño al que se estaba acostumbrando, y exactamente el que buscaba para que pensara que al menos lo estaba intentando. —He vivido toda mi vida en Chippenham, — continuó, —y mi educación proviene de veinticuatro años en una granja que, gracias a mi padre, tiene una excelente biblioteca.

—¿Chippenham? —Eso había cautivado su imaginación. Ella sonrió ampliamente. —En realidad, Chippenham Downs, pero ya nadie lo llama así. Y no se atreva a decir ni una palabra.

—¿Yo? no, —dijo él, devolviéndole la sonrisa, —pero es un nombre bastante extraño.

—Tenemos una de las pocas extensiones boscosas de la zona, con bosquecillos dispersos e incluso un bosque respetable en los límites. Los primeros colonos talaron la mayoría de los árboles para despejar la tierra para la siembra y el pastoreo, y el primer barón se llamaba Chippenham. El apellido de la familia fue desapareciendo a medida que la propiedad cambiaba de manos, pero la finca conservó el título.

—Y allí cría ovejas, —observó con una ceja fruncida.

—En realidad, milord, no crío ovejas con fines lucrativos, aunque mantenemos varios rebaños como subproducto necesario de nuestro verdadero negocio. Se diría que criamos y adiestramos perros.

Pearson entró pomposamente en la sala. —La cena, —entonó, —está servida. —Paseando una mirada insolente sobre la acompañante del conde, el mayordomo levantó la nariz el centímetro de más que hacía patente su desaprobación. —¿Necesita milady unos minutos para cambiarse?

Milady estaba a segundos de plantarle cara cuando el conde sujetó su brazo. —Pearson, puedes informar a cocina de que estamos en camino.

—Lagarto, —murmuró Alice, y sintió que le apretaban el brazo con más fuerza, en un apretón fuerte y musculoso.

—Sólo es un criado, —le recordó Dorian mientras el mayordomo se pavoneaba saliendo de la habitación. —No deje que le moleste.

—No deje que le gobierne, —replicó ella.

—Nadie me gobierna, —dijo el conde con calma. —Y desde luego no tú, diablilla. ¿Vamos a disfrutar agradablemente del banquete que Renard nos ha preparado? —le dijo ofreciéndole el brazo para ir juntos.

A disfrutar agradablemente del banquete. ¡Santo cielo! ¿Y por qué le sorprendía que él empleara y defendiera a ese imbécil de mayordomo? Eran los dos de la misma clase, mojigatos y pomposos ambos, cada uno con un vocabulario que superaba a su ingenio. Si tuviera otro pescado pútrido a mano, Dorian Clayton dormiría con él esta noche.

El comedor era el lugar más deprimente que había visto nunca. Era largo y estrecho, con paneles de madera oscura a lo largo de ambas paredes y una mesa con capacidad para un Parlamento extendida como un gigantesco ataúd. En el extremo más alejado se habían colocado dos asientos, con un par de velas para iluminar el lugar. Un lacayo y dos criados, erguidos como carcasas disecadas, esperaban en almidonada librea junto al montaplatos.

El lugar del conde estaba, naturalmente, en la cabecera de la mesa, y el otro cubierto estaba dispuesto a su izquierda. Un sutil insulto, se dio cuenta ella, al igual que él por la tensión en su brazo al verlo. Un invitado de honor se sentaría a su derecha, pero él no puso ninguna objeción y Alice fingió no darse cuenta. Una granjera no entendería de protocolo. Liberándose de su agarre, se dirigió hacia su silla. —¡Caramba, qué despliegue! —exclamó. —Aquí se podría alimentar a un ejército.

El conde se acomodó con una mueca, siempre había odiado esta habitación. El otro extremo de la larga mesa estaba envuelto en la oscuridad, como siempre, pues su padre nunca desperdiciaba una vela y a él nunca se le había ocurrido contravenir la orden. Ahora parecía fúnebre, y especialmente con Alice aquí. Por lo menos, ella era una criatura de luz. El comedor debería estar iluminado para ella.

El lacayo se acercó al banquete y sacó una botella de Burdeos blanco recién abierta del cubo de plata. —Una bisque de gambas, con escarola y setas aparte para el primer plato, si cuenta con su aprobación, milord.

El conde asintió, probando el vino mientras los lacayos se acercaban con una sopa humeante en una sopera de porcelana china y el acompañamiento de ensalada en una fuente decorada con rábanos intrincadamente tallados y pimientos verdes cortados en rodajas.

Alice lo observó todo con asombro. Los sirvientes se movían como bailarines, coreografiados al compás de un minué de sopa de marisco y lechuga de lujo. Con cuidado, seleccionó una cuchara y un tenedor para carne del formidable surtido de cubiertos que tenía delante y se preparó para deleitarse.

—Puede que encuentre, —dijo el conde con suavidad, —que la cuchara más grande encima de su plato es la más adecuada para la sopa, y me permito sugerirle ese tenedor pequeño a su izquierda para la ensalada.

Alice pudo ver cómo le apuntaba mentalmente a clases de etiqueta culinaria para su futuro y obedeció sin decir palabra. La bisque de gambas estaba deliciosa, con un sabor más sutil que cualquier otra cosa que ella recordara haber comido jamás. Tan buena, de hecho, que se olvidó de darle la vuelta con la cuchara o de sorber al tomar un bocado, pero se atragantó con las siguientes palabras del conde.

—Mis disculpas, señorita Cranley, —dijo él amablemente. — Nunca pretendí que esto fuera un ejercicio de modales en la mesa, ni tampoco reprenderla por la falta de esos refinamientos que no puede haber aprendido en su desafortunado entorno anterior. Es mala educación por mi parte elegir este lugar para educarla cuando usted ha venido por placer. Disfrute de su cena, querida. Creo que me estaba diciendo que usted… em… ¿cría perros?

¿Desafortunado entorno anterior? Pensó mientras se imaginaba el cuenco de sopa vertido sobre el impecable peinado del conde, Alice sintió, no obstante, que se quedó desarmada por su disculpa. Sabía que era sincera, aunque expresada con floritura. Ensartando un champiñón con el tenedor correcto, masticó pensativamente. — Sí, criamos y adiestramos border collies. ¿Se lo cuento o los perros no son un tema apropiado para una conversación durante la cena?

—Ay, muchacha impertinente, por un momento pensé que había aceptado mi bandera blanca.

—Lo hice, —admitió, sonrojándose acaloradamente. —Travis es quien entrena a los perros. No habla mucho, pero a su manera dirige el lugar, junto con la señora Could, el ama de llaves, que también dirige el lugar. Últimamente soy más contable y árbitro que otra cosa. La señora Could es viuda, y está segura de que nunca volverá a amar, y Travis es el soltero más rudo que uno quisiera conocer. Se miran como dos ovejas enamoradas cuando creen que nadie les mira, y

se pelean como gatos salvajes el resto del tiempo.

—¿Y eso se relaciona con los perros...?

Alice no pudo resistirse a raspar su cuenco en busca de la última cucharada de sopa. Si hubiera habido pan en la mesa, habría tirado un trozo al cuenco y disfrutado de la reacción del conde.

—Travis llegó aquí hace cuatro años, —dijo ella, limpiándose enérgicamente los labios con una servilleta. —Llegó inválido a casa desde Portugal con el brazo izquierdo destrozado. También se quedó ciego de uno de sus ojos, y el lateral de su cara tiene muchas cicatrices. Eso le da un aspecto un poco malévolo, y tiene un temperamento que le acompaña. Travis era pastor en las Highlands hasta que se alistó en el ejército, pero cuando volvió a casa la granja en la que había trabajado estaba desierta. Sólo los perros seguían allí, cazando conejos para sobrevivir. Se trajo a dos de ellos al sur e iba camino de Kent sin ninguna oferta de trabajo cuando le acogí. Muy pronto Rita, la perra, tuvo seis cachorros. Travis hacía pequeños trabajos, pero odiaba limpiar establos y cosas por el estilo, así que tuve que comprar ovejas para mantenerlo contento. Cuando los cachorros fueron destetados, les enseñó con una paciencia envidiable, y luego los vendió a fincas vecinas con grandes rebaños y pastores ineficientes. Se han ido tantos jóvenes a luchar que todas las granjas están sufriendo falta de mano de obra. Al cabo de un tiempo se convirtió en un buen negocio: criar, adiestrar y vender los perros. Cuando otros hombres empezaron a deambular por allí, repatriados y en busca de trabajo, Travis también los adiestró. Educar perros y pastores se ha convertido en un negocio próspero, aunque prefiero mantener las ovejas al mínimo, son unos animales tontos.

Alice levantó la vista para ver al conde mirándola fijamente. — ¿Y bien? —dijo. —Hablo demasiado, ¿verdad? ¿Le aburro o le ofendo con todo este asunto de las ovejas y los perros?

—Sí y no, —respondió mientras su plato de sopa era sustituido por un plato con bordes dorados. Aceptó una loncha de pechuga de capón aderezada, rechazó las zanahorias con jengibre y se animó a una ración extra de guisantes tiernos.

Alice ignoró lo que le ponían en su propio plato. Había balbuceado como una idiota, de acuerdo con su plan, pero sentía un anhelo contrario de impresionarle. Si podía ganarse una mirada de respeto o una palabra de aprobación antes de que él la despachara a casa, tendría algo bueno que recordar de este desafortunado viaje a Londres. Más que nada, se preguntaba por qué su opinión le importaba.

El conde tomó un bocado del aderezo y estudió sus texturas y colores. —De hecho, habla usted demasiado, señorita Cranley, pero por alguna razón lo disfruto. Así que no, no me aburre. Hasta ahora sé que cría ovejas, elabora hidromiel y cerveza, adiestra perros y pastores, y que media en los conflictos entre el personal. ¿Qué más?

—Vacas, por supuesto, —dijo ella entre bocados de sabroso capón. Señor, ese Renard sabía cocinar, y a ella, a pesar de su diminuto tamaño, le encantaba la buena comida. —Vacas para la leche, la mantequilla y el queso. También tenemos cerdos, para el tocino y la carne y porque se alimentan del suero de leche y del suero de mantequilla. Donde hay vacas, hay que tener cerdos.

El conde observó sin placer cómo el lacayo rellenaba la copa de vino de Alice. Las cosas

estaban aún peor de lo que había esperado, aunque sentía un respeto a regañadientes por ella. Sin duda había una habilidad en todo este asunto de las vacas y el queso y los cerdos, y él apenas podía responsabilizarla de falta de refinamiento cuando tal había sido su vida, pero ¿cómo iba tía Alison a prepararla para los rigores de una temporada en Londres? Había pintado un cuadro sombrío cuando describió por primera vez a Alice a su tía, pero ni de lejos lo suficientemente sombrío. Incluso sus modales en la mesa eran horrendos.

Bueno, quizá no tan malos, pero inaceptables para cualquier mesa adecuada.

También había algo extraño en esos modales. En Francia había cenado a menudo con advenedizos, que invariablemente esperaban y observaban antes de seleccionar un tenedor o una cuchara. En todo caso, eran demasiado cuidadosos. Con Alice, era al revés.

Cuando estaba charlando en uno de sus monólogos, sus modales eran impecables y comía con delicadeza, aunque obviamente disfrutaba de su comida. Sólo cuando se paraba a pensar, o parecía hacerlo, seleccionaba el utensilio equivocado y masticaba ruidosamente. Una vez más sus sospechas se despertaron, y luego se desarmaron, cuando ella bebió un buen trago de vino y se metió un rábano grande, entero, en la boca. Suspiró.

—Los cerdos están infravalorados, —decía ella alegremente mientras hacía crujir el rábano. Creo que son los animales más inteligentes que tenemos, y eso incluye a buena parte de mi personal. Por lo demás, Chippenham funciona más o menos como un centro de empresas gestionado por los arrendatarios. Los granjeros de Kentish son las criaturas más testarudas que existen, pero he conseguido que coordinen sus esfuerzos. Por ejemplo, a Tom Arkon le encantan los árboles, así que tiene huertos de naranjas, melocotones y cerezas. La señora Peabloom cría hierbas y a veces hace de comadrona. Jeremiah Roostock tiene un rebaño de cabras y cultiva fresas. Algunos de los inquilinos curan pieles de oveja, otros hilan lana, otros la tejen y otros cultivan cebada, trigo y maíz. Tenemos un herrero, dos apicultores y un techador. Desde la guerra nos hemos vuelto autosuficientes, y para todo lo que producimos, hemos desarrollado un negocio para utilizarlo o un mercado para venderlo. No hay mucho dinero, pero todos salimos adelante.

—Quizá, —dijo el conde con cuidado, —con un administrador profesional a cargo, la finca obtendría beneficios.

Alice cogió su pata de capón y arrancó deliberadamente un enorme bocado. —No es probable, —dijo, masticando enérgicamente. —Un gerente de ciudad no duraría ni una semana con Travis y la señora Could. Habla de lo que no sabe, milord. Deme lecciones de etiqueta londinense si es necesario, pero no presuma de instruirme en cómo dirigir una pequeña finca agrícola.

—Dentro de unos días, —dijo el conde con calma, —juzgaré por mí mismo lo bien que lo ha hecho.

—¿Puede hacer eso, —protestó ella, —con una mente abierta? De hecho, ¿cómo puede usted juzgarlo? ¿Qué sabe usted de ovejas, cerdos y vacas?

—Más de lo que sabía hace una hora, muchacha. Y llegaré a Chippenham plenamente consciente de mi ignorancia y humildemente dispuesto a aprender. ¿Paz?

—Ojalá no hiciera eso. —Dejó caer el hueso sobre su plato y éste rebotó hasta el mantel.

El conde se limpió deliberadamente los dedos con la servilleta. —No sé de qué me está hablando, —dijo con indiferencia.

Ignorando la indirecta, Alice se frotó las manos grasientas en la falda. —Hablo, —dijo con malicia, —de la forma en que lanza algo diseñado para provocarme y luego se pone todo dulce cuando reacciono a ello.

—¿Lo hago? —Sonrió beatíficamente. —No era esa mi intención.

—Entonces, explíqueme ¿por qué quiero lanzarle un muslo de pollo a su cara de engreído? —Ella le clavó una mirada combativa. — Escuche esto, milord. Quiero irme a casa, pertenezco a ese lugar, y seguramente un conde tiene mejores cosas que hacer que jugar conmigo.

—Esto no es un juego, señorita Cranley, —dijo seriamente. — Estoy preocupado por su futuro.

—¿De veras? —Arrojando la servilleta sobre la mesa, se puso en pie de un salto. —Mi futuro iba por buen camino y mi vida iba bien hasta que usted intentó apoderarse de ella. Por favor, dígale a Renard que me encantó su postre, y perdóneme por no quedarme a disfrutarlo, pero ahora mismo, ¡creo que me estoy poniendo enferma!

Como gran salida no estaba mal, decidió el conde mientras se entretenía con su postre y reflexionaba sobre las incoherencias en el comportamiento de Alice. En París, habría estado seguro de que era una agente enemiga puesta ahí para engañarle y que se traicionara a sí mismo. Eso era a todas luces ridículo, y qué ridículo asustarse por una chiquilla cuando el propio Bonaparte nunca le había despertado la menor aprensión. Sonrió sin alegría. La chica era una granjera inocente y Bonaparte era incalculablemente peligroso, pero a ambos les vendría bien una lección de modales en la mesa.

Terminó su vaso de oporto en soledad. Una figura solitaria a la cabecera de una mesa larga y oscura en una habitación larga y oscura con una noche larga y oscura por delante. No se atrevía a salir de casa. No sabía qué haría la cordera si le daba la oportunidad, y se encontró esperando que Branson no tuviera planes propios. Tal vez su partida de ajedrez podría al fin resolverse.

Se le ocurrió que a Branson le interesarían las cosas que Alice había puesto en marcha en su granja. Reentrenar a los soldados inválidos era una idea condenadamente buena, que el gobierno debería llevar a cabo a mayor escala. Era algo en lo que pensar, pero pensar en soldados heridos le recordaba a Neil, y al final no sacó el tema cuando se acomodó frente al tablero de ajedrez.

Branson consiguió unas reñidas tablas y estaba ansioso por empezar otra partida, pero Dorian lo despachó. Inquieto e inexplicablemente irritable, leyó hasta bien entrada la noche y, cuando por fin se durmió, sus sueños resonaban con ladridos de perros y balidos de ovejas.

A la mañana siguiente, estaba de mal humor mientras esperaba en la biblioteca a que Alice Cranley se presentara.

Capítulo 12



Durante la noche Alice soñó con bailar por los salones de baile de Londres con botas cubiertas de estiércol. Se despertó con los ojos pesados y se remojó largo rato en su baño, esperando oír que el conde había cambiado de opinión tras su actuación en la cena. No hubo suerte, junto con una bandeja de desayuno, Tammy trajo la noticia de que debía presentarse en la biblioteca a las once.

Mientras se vestía, Alice se preguntó qué haría falta para desilusionarlo. Ese hombre era un muro de ladrillo, demasiado testarudo para echarse atrás ahora, aunque quisiera. Tal vez su aspecto de esta mañana pudiera lograrlo. No podía tener peor aspecto aunque lo hubiera intentado, con los ojos hinchados y la nariz rosada e inflamada por el resfriado. Una mirada y lady Alison estaría obligada a enviarla a casa, pues la baronesa no podía carecer de más sentido común que su obstinado sobrino. Una oveja muda tenía más sentido común que el conde de Sebrington.

El conde, que había estado mirando por la ventana, se dio la vuelta cuando su pupila apareció en la puerta de la biblioteca y sus cejas se juntaron en un ceño feroz. Maldita sea, ¡ese vestido era escandaloso! Feo como un demonio, y ceñido a su cuerpo. Apartando la mirada, recogió los papeles de su escritorio y los ordenó cuidadosamente en montones. —¿No tiene nada más que ponerse? —refunfuñó.

El hoyuelo de Alice brilló. —Nada, milord. Puede que este vestido nunca engalane las páginas del Repositorio de

Ackermann[12], pero le aseguro que la sarga verde vómito está de moda en Kent.

—¡Señorita Cranley!

Ella se quedó mirando un punto justo por encima de su hombro izquierdo. —¿Qué quiere que me ponga entonces? ¿Una manta de caballo? No puede desear que la aristocracia londinense me vea así.

—Ciertamente no deseo que le vean salir así de mi casa. Saldremos por la puerta trasera hacia las cuadras. —Cuando el conde le tendió el brazo, Alice lo ignoró y se alejó por el pasillo con su trasero bamboleándose provocativamente. La observó un momento, sintiendo calor de repente, y desvió la mirada al suelo de mármol pulido.

El carruaje cerrado era opresivo. Con las cortinas corridas no había nada que mirar, y Alice jugueteó con su retícula, robando miradas al rígido conde a través de sus pobladas pestañas. Le recordaba a una escoba de pie en un rincón: recto, silencioso, tan relajado como podían estarlo la madera y el brezo. Su calma monástica le crispaba los nervios. —¿Ninguna instrucción de última

hora, mi amo y señor? —preguntó ella, dispuesta a buscar pelea. Por alguna razón sólo se sentía cómoda cuando discutían. —Esperaba un sermón como mínimo.

—No me atrevería, —respondió él amablemente, —usted haría exactamente lo contrario para fastidiarme. Sólo espero que le ahorre a tía Alison su espantoso lenguaje y su mal genio.

—Le ahorraré ambas cosas, —le aseguró ella entre dientes. — ¿Estará usted allí todo el tiempo?

—Tranquila, muchacha. Me limitaré a entregarle y a quitarme de en medio. Tía Alison sacará sus propias conclusiones, pero que el cielo se apiade de usted si ella decide no aceptarle.

—¿Y eso qué significa? —dijo inclinándose hacia delante, Alice intentó captar su mirada. —¿Qué pasará conmigo si ella dice que no?

El conde evitó su mirada. —No será agradable, —le dijo a su regazo. —De un modo u otro, muchacha, te pondrán en vereda, así que recuérdalo cuando sientas la tentación de hacer una exhibición indecorosa.

—Puedo prometerle una cosa, —le dijo Alice con dulzura. —Si eso me alejara de usted, cacarearía como una gallina en los pasillos del Parlamento. Cueste lo que cueste, escaparé de su tumba de casa y de su condescendiente personal y de su aún más detestable persona. ¿Le complace, milord?

—¿Su inminente partida? Cada vez más. —Cruzando los brazos sobre el pecho, el conde se acomodó de nuevo en la banqueta de cuero. —Por ahora, señorita Cranley, tenga buenos pensamientos, como por ejemplo, que me voy de la ciudad y no tendrá que aguantarme durante al menos una semana. Además, mi tía le caerá bien, y si se abstiene de horrorizarla por su comportamiento, la tratará como trataría a su propia hija. Tía Alison es lo mejor de la familia Sebrington, y nada valoro más que su afecto.

Alice le miró con curiosidad. De vez en cuando decía algo… casi humano. Ella deseaba que no lo hiciera. La desequilibraba y le recordaba otras cosas de él que se esforzaba por ignorar. Por encima de todo, no podía permitirse que le gustara Dorian Clayton, ya era todo bastante difícil.

El carruaje se detuvo ante una casa adosada de ladrillo blanco de aspecto agradable en Grosvenor Square. El conde descendió y, cuando Alice hizo ademán de seguirle, él la agarró por la cintura y la levantó hasta la acera. Sobresaltada, le lanzó una mirada asesina. Maldita sea, era fuerte, y cuando la tocaba, le ocurrían cosquillas en partes extrañas de su cuerpo. Sentiría esas manos en su cintura durante una hora. Cuando él le ofreció su brazo, ella lo rechazó y subió las escaleras por delante de él.

Él la alcanzó con facilidad. —Sea buena, diablilla, —le advirtió. —Sé que puede hacerlo.

—Váyase a freír espárragos, —murmuró ella en voz baja.

La baronesa les saludó en el vestíbulo de mármol rosa. —¡Mi querida señorita Cranley! —dijo con una agradable voz de contralto, —estoy encantada de conocerla. —Alison Blackmoor era Sebrington, alta y esbelta, pero sus ojos eran de un azul profundo y rico, no del gris azulado helado y prohibitivo del conde. Iba bellamente vestida, con un camisón verde con encaje en el cuello alto y alrededor del dobladillo y las mangas. Su cabello, de un castaño claro tan pálido que era casi plateado, estaba peinado en un moño desenfadado.

Alice, desconcertada por el hecho de que esta gentil dama estuviera emparentada con el estirado Dorian Clayton, apenas se dio cuenta cuando el conde se despidió. Lady Blackmoor la condujo a un alegre salón, charlando intrascendentemente mientras se acomodaban en cómodos sillones cerca de una mesa baja. Momentos después, apareció una doncella con una enorme bandeja de té cargada de delicada vajilla, pequeños bocadillos y pastas. Para horror de Alice, la colocó sobre la mesa justo delante de ella.

—¿Quiere servir, querida? —preguntó la baronesa. —¿Y puedo llamarla Alice?

—Sí, por favor, hágalo, —murmuró ella, pensando rápidamente. La bandeja del té era, sospechaba, su primera prueba. ¿Debía aprobar o suspender? —¿Cómo debo llamarla, milady?

—¿Le parecería presuntuoso si le pidiera que me llamara tía Alison? Si no, Alison bastará, o incluso lady Alison si es necesario, pero si vamos a vivir juntas, preferiría que no fuéramos ceremoniosas. Eso se lo dejo a mi sobrino. Se le da muy bien. —Con la guardia baja, Alice esbozó una sonrisa con hoyuelo.

—¿A que sí? —Un rubor barrió sus mejillas. —Quiero decir...

—Di siempre lo que quieras decir, al menos a mí, Alice. No me ofenderé, y de hecho me sorprendería mucho que hubieras desarrollado afecto por mi sobrino. Conozco a Dorian desde que estaba en pañales y puede ser un auténtico grano en el culo.

Alice tragó saliva, forzando su atención a la bandeja incluso mientras trataba de imaginarse a Dorian Clayton en pañales. Seguramente el hombre ya había nacido viejo. Con los movimientos practicados que le había enseñado Joyce Lindstrom, vertió el té por el colador y añadió la leche y el azúcar cuando Lady Alison le asintió. Había querido derramar algo, pero estaba tan asombrada por la conversación que se olvidó de ser torpe.

—¿La he escandalizado? —preguntaba la Baronesa. —Espero que sí. Pensé que, si decía algo escandaloso, no dudaría en decirme lo que piensa.

—Nunca he sido precisamente tímida al respecto, —confesó Alice, —pero tengo instrucciones estrictas de cuidar mi lengua.

Alison sorbió su té con placer. —Ah, esto es perfecto, querida, justo como me gusta. Debe probar el pastel de semillas de amapola. Es el favorito de Dorian. —Alice miró insegura los esponjosos pastelitos. Las semillas de amapola parecían pequeños ojos negros, unos ojos acusadores y críticos. Rompió un trozo y lo sostuvo entre el pulgar y el índice, como si pensara si

morderlo o no. Finalmente, lo dejó de nuevo en el plato. —Dudo que me interese, milady. Al conde y a mí no parecen gustarnos muchas de las mismas cosas.

—Con la excepción de su tía. —Alice levantó la vista sorprendida.

—Porque, sí que le gusto, ¿verdad? —Alison levantó una ceja bien formada en un gesto que era puro Sebrington. —Le advierto, señorita Cranley, que seré excesivamente encantadora hasta que se deje convencer.

—Oh, vaya.

—Enloquecedor, ¿verdad? Los Sebrington hacemos eso, para salirnos con la nuestra. Poco a poco, te vamos desgastando hasta agotarte y que te rindas.

—El único Sebrington que conozco, —resopló Alice, —me agota como nadar contracorriente. Haga esto, no haga eso, siéntese, estese tranquila, sé lo que es mejor para usted. —Sus manos se cerraron en pequeños puños. —¿Quién se cree que es?

Alison se rio. —Cree que es su padre, más bien. A pesar de todo lo que yo amaba a Albert, uno como él era suficiente, y no me da ningún placer ver a Dorian intentar recrearlo. Albergo cierta esperanza de que no lo consiga. Por ahora, ¿hablamos de algo más agradable? ¿Me hablará de usted?

Alice dejó su taza de té. —Lady Alison, me lo está poniendo muy difícil. No quería caerle bien, y no quiero caerle bien. Es más, contaba con que me echara un vistazo y me despachara.

—¿Por ese lamentable vestido?

—Eso, y mi pelo y mis zapatos y esto. —Extendió sus pequeñas manos, mostrando las uñas cortas y las palmas callosas.

—En general, llevará guantes en público, Alice, pero las lociones y una buena manicura desharán el daño. En cuanto a su pelo…

—¡No se puede hacer nada al respecto!

—Su pelo es una masa exagerada de rizos a la que se le ha permitido campar a sus anchas por su cabeza, —insistió Alison con calma. —No puedo aprobar a su peluquero, querida.

—Yo soy mi peluquera, excepto donde no llego para cortármelo por detrás, que lo cortan mi ama de llaves, o Travis, dependiendo de quién esté cerca. Travis es el adiestrador de perros.

—Por lo que veo, no de caniches, pues generalmente se les recorta mejor el pelo.

Alice soltó una carcajada. Le resultaba imposible sobrepasar a esta mujer. —Oh, me rindo, —gorjeó. —Ya me ha agotado.

—Una Sebrington nunca falla, —dijo la baronesa con serenidad. —Así que ahora me contará todo sobre usted, en la más estricta confidencialidad, por supuesto, porque lo que Dorian no sabe

no puede hacernos daño.

Alice se relajó por primera vez desde que llegó a Londres. Durante la siguiente media hora, mientras describía su educación y sus habilidades, pues se negaba a llamarlas logros, su convicción de que Lady Alison era una amiga y una aliada siguió creciendo.

—Declaro, —dijo Alison cuando Alice terminó su recital, —que ha jugado perfectamente al desconcierto con mi sobrino. Él piensa que es una completa pueblerina, como bien sabe, —añadió con una sonrisa astuta. —Me estremezco al imaginar cómo se ha comportado con él.

—Despreciablemente, —reconoció Alice sin vergüenza. —Al principio pensé que le estaba forzando a enviarme a casa en el primer correo a Kent, pero ahora lo hago simplemente para molestarlo.

—Continúe haciéndolo con mi bendición, —dijo Alison complacida, —pero sólo en familia. —Se inclinó hacia delante, con sus ojos azules serios fijos en ella. —¿Me dirá, Alice, por qué está tan empeñada en volver a casa? ¿No puede tu hogar prescindir de usted durante un tiempo?

Alice se echó hacia atrás, mirando con desdicha al techo. — Supongo que sí, pero, ¿qué sentido tiene todo esto? Al final debo volver a casa, no puedo hacer otra cosa. Y le prometo que no permaneceré aquí el tiempo necesario para casarme, porque no tengo ningún deseo de hacerlo.

—Entonces no lo hará, por supuesto. No permitiré que Dorian le retenga más allá de unos meses, pero hasta que no se convenza de que ha dado a Londres una oportunidad justa, será imposible convencerle. A su manera, cree que le está haciendo un favor.

—Lo sé, —dijo Alice sombríamente, pero no lo hace por ser amable. Cree que es su deber ordenar mi vida.

—Y nada impulsa a Dorian más ferozmente que su sentido del deber. —Los labios de Alison se curvaron en una sonrisa socarrona. —Querida, debemos dejar que se salga con la suya, por un tiempo... siempre es una buena regla a tener en cuenta cuando se trata con hombres obstinados. Cuando su conciencia esté satisfecha, y su conquista londinense completa, volverá a casa si ese sigue siendo su deseo.

—Si hace falta una conquista para llevarme a casa, Londres estará a mis pies. —Con una risita, levantó un pie. —Aunque no con estos zapatos, por supuesto.

—Desde luego que no. —Lady Alison hizo la campanita. — Mañana tiene citas con la modista y con el maestro de baile, que le ocuparán la mayor parte del día. El pelo, siento decirlo, tendrá que esperar, pero me encargaré de encontrar algo para sus pies. No se puede dar una clase de baile con unas botas medio deshechas.

Alice la miró sin comprender. —¿Ha concertado una cita sin ni siquiera verme?

La baronesa se levantó y apoyó una mano de largos dedos en el hombro de Alice. —Haría cualquier cosa por Dorian, —dijo simplemente. —Y aunque nunca fui bendecida con una hija,

he anhelado apadrinar a una joven encantadora y compartir con ella las delicias de una temporada londinense.

—Pero, ¿y si fuera del todo imposible estar aceptable? —Alice levantó los ojos llorosos. —Quizá se lleve una desilusión conmigo.

—Querida, es exactamente lo que esperaba. Nos llevaremos muy bien. Por ahora, la señora Potter le mostrará la casa, y mientras está arriba, elije la habitación que te gustaría para ti. Dorian regresará en cualquier momento, y deseo hablar con él en privado. —Cuando Alice se tensó, la baronesa se apresuró a tranquilizarla. — Soy como una tumba, —prometió, —y más bien disfruto viendo a mi sobrino dar tumbos en la oscuridad.

Desconcertada y con un nudo en la garganta, Alice se levantó e hizo una elegante reverencia. —Gracias, tía Alison, —dijo suavemente. —Me gustará mucho vivir aquí con usted.

—No más que a mí, —le dijo Alison sintiendo el nudo en su propia garganta.



El conde echó una mirada al rostro pensativo de tía Alison y gimió. —¿Tan mal ha ido? —preguntó sombríamente. —No importa. No hace falta que me lo diga. —Metiéndose las manos en los bolsillos, cruzó la habitación a su posición favorita junto a la ventana y se quedó mirando el cielo gris. —No sé qué locura me llevó a creer que se podía hacer algo con ella, pero me rindo a su mayor sabiduría.

—¿Qué intentabas conseguir exactamente, Dorian? La chica no quiere formar parte de un debut en Londres, y si dudaste en presentarla a tu propia tía, ¿cómo se te ocurrió que sería buena idea presentarla a gente como Sally Jersey o la condesa Lieven?

Dorian se balanceó sobre sus talones. —Fue una idea tonta de principio a fin. No hablaremos más del tema.

—Como quieras, pero, ¿qué harás con la señorita Cranley ahora que has decidido que no la patrocinaré? —Ajeno a su leve sarcasmo, el conde negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. No puedo enviarla de vuelta a la granja, eso es seguro, y ya es demasiado mayor para meterla en una escuela.

—¿Newgate? —sugirió la baronesa. —¿El sanatorio de Bedlam?

Dorian frunció el ceño. —No me tiente. Lo mejor de esto es que pensé que se podría hacer algo por ella.

Alison se templó las manos. —¿Por qué razón? ¿Qué pudiste ver en ella que me perdí?

—¿Cuándo se ha perdido usted algo, tía? Es una chica brillante, mejor educada de lo que sospecharía, pero eso viene de tener un erudito por padre. Una pequeña insoportable, hasta que algo le hace gracia. Tiene un sentido del humor perverso, no se imagina las cosas que le ha hecho a Pearson.

—¿Te refieres al ya legendario mordisco?

—Eso fue sólo el principio. —Dorian volvió a la mesa y partió un trozo de pastel de semillas de amapola. —Hasta ahora sé lo del pez, los relojes y su ropa interior, y sólo Dios sabe qué más ha estado tramando.

—¿Su ropa interior?

El conde se sentó y miró a su tía con severidad. —No debería decirle esto, tía. No puede salir de esta habitación. No me pregunte cómo llegó a ellas, pero la muy traviesa vertió algo, diría que zumo de grosella, en una cuba con la colada de Pearson, y ahora su ropa interior, toda menos la que llevaba puesta, está manchada de un tono rosa peculiarmente violento. Esta mañana entró furioso en la biblioteca, sacudiéndome los calzones en la cara y exigiendo saber qué iba a hacer al respecto.

Cuando Alison estalló en carcajadas, el conde sonrió, se rio entre dientes y finalmente cedió. Pronto los dos estaban inclinados sobre la mesa del té, partidos de risa.

—Bueno, ¿y qué le dijiste? —preguntó Alison cuando pudo hablar.

Dorian apenas pudo contestar. —Le dije que el rosa le sentaba muy bien, y le aconsejé que lo llevara más a menudo.

—¡Sólo desearía haber estado allí para verlo! —Alison sacó un pañuelo de encaje y se secó los ojos llenos de lágrimas por la risa. —Pero no me digas que estás castigando a la muchacha por eso obligándola a permanecer en Londres, cosa que claramente no desea.

El conde se serenó de inmediato. —Desde luego que no. Puedo arbitrar si las cosas se descontrolan, pero Pearson está solo en esta guerra encubierta. Y pronto terminará, porque la muchacha debe ser sacada de mi casa antes de que nadie sepa que estuvo allí. Ya me he visto obligado a acallar algunos rumores. La señorita Cranley fue vista en la puerta, pero hasta ahora nadie sabe exactamente quién o qué había allí. —Jugueteó con una cuchara. —Demonios, las

cosas estaban casi en orden, y ahora esto, pero esto no es su problema, tía. Mañana voy a inspeccionar la granja y ver qué hay que hacer. Ella ha estado dirigiendo el lugar sin un gerente, así que contrataré a uno del vecindario, si es posible, o pondré a Greens en ello cuando regrese. Mientras tanto ella se quedará en Berkeley, bajo llave si es necesario, y mientras estoy fuera yo… bueno, ya se me ocurrirá algo que hacer con ella.

—Ah, me has dejado exhausta, —exclamó Alison. —La acogeré.

—¡No! —Exclamó prácticamente saltando de su silla, el conde se paseó por la habitación con las manos cogidas en la espalda. — Alice Cranley es mi responsabilidad.

—No, no lo es. —La Baronesa dobló su pañuelo en un pequeño cuadrado. —Es una mujer de considerable inteligencia y parece que se las ha arreglado muy bien sola. Pero ésa es la pena, Dorian. Está sola y quizá le vendría bien un amigo, uno que no la atropelle.

—Tía, créame, ese pequeño demonio necesita mano dura. Y no deseo apoderarme de ella. Estoy… ¡maldita sea, estoy intentando deshacerme de ella!

—Entonces envíala a casa.

—Imposible. Si no quiere hacerse cargo de ella… —Comenzó a decir Dorian.

—¿Exactamente cuándo he dicho yo eso? —preguntó Alison desconcertada.

El conde parpadeó. —¿Cuándo…? es decir… ¡la expresión de su cara era de que no la quiere!

—Pues la quiero, y muchísimo. Es una absoluta delicia. Un manojo de nervios, por supuesto, pero honorable hasta los huesos. Me dará un gran placer apadrinarla, Dorian, y creo que ella me favorecerá con su afecto. Espero de corazón que lo haga.

Él cerró los ojos. —¿Te ha conquistado?

—Sí que tiene su encanto, —reconoció Alison. —¿Por qué no la llamamos y le damos la noticia? Ya debe de estar subiéndose por las paredes.

Minutos después, Alice estaba de pie en la puerta, tras una hora de nerviosa espera mostrándose en su rostro pálido y sus labios apretados.

—Ha encontrado el favor de mi tía, —dijo el conde sin preámbulos. Cuando ella frunció el ceño, él se dio la vuelta, acercándose a la ventana. —Mientras se comporte bien, la baronesa ha accedido a apadrinarle.

Dos pares de ojos femeninos se fundieron en completa comprensión y dos pares de labios se curvaron. Alice hizo una profunda reverencia a la espalda ancha y rígida del conde. —Mi

gratitud no tiene límites, —susurró. —Me siento honrada y eternamente en deuda con usted.

Girándose, Dorian vio unas largas pestañas que se agitaban como alas de mariposa y lanzó una mirada al rostro impasible de su tía. —¿Ve lo que quiero decir, tía? Aún puede cambiar de opinión. No le obligaré a nada.

—¿Y cómo podría hacerlo? —Volviendo su atención hacia Alice, reprimió una carcajada cuando sus miradas volvieron a encontrarse.

Aquel hombre era imposible. —¿Ha encontrado una habitación que le convenga?

—La azul y crema, si le place. La que está llena de margaritas.

—La antigua habitación de Dorian. ¿No lo sabía?

Alison vio al conde sonrojarse al reconocer la que había elegido Alice. —Es perfecta, —estuvo de acuerdo.

Mordiéndose el labio, Alice entró del todo en el salón y se detuvo justo delante de la baronesa. Durante un largo momento la miró a los claros ojos azules, con lágrimas brotando de los suyos. — Gracias, tía Alison, —dijo, —por todo. Es usted muy amable. — Inclinándose, Alison la besó en la mejilla.

El conde las observó con los ojos entrecerrados, sintiéndose excluido.

—Haré que la envíen mañana, —dijo, como si consignara un paquete al correo. Greens se encargará de que tengas acceso a mi cuenta, Alison. No gaste ni un penique de su cuenta. Venga, Señorita Cranley, el carruaje está atrás, póngase la capa sobre la cabeza e intente ser invisible. Me recogerán por delante de la casa.

Alice hizo otra reverencia. —Si amo, —murmuró en voz baja antes de salir.

Alison, lo suficientemente cerca como para oírlo, rio suavemente. —¿Cuánto tiempo estarás fuera, Dorian?

—Una semana como mucho. No tema, volveré con tiempo de sobra para rescatarla.

—No te apresures por mí. Lo haremos bien sin ti, puede que mejor.

El conde besó su muñeca con deliberada galantería. —Es usted una dama valiente, y la mejor de las tías. Buena suerte.

—Tu confianza me abruma. Y, por cierto, Dorian, —se detuvo en la puerta, mirando hacia atrás por encima del hombros, —cuando vuelvas, prepárate para una sorpresa.

Capítulo 13

Dorian se quedó mirando fijamente la jarra de brandy y enterró la cara entre las manos. No había ninguna posibilidad de que se pusiera a beber, porque sólo podía arriesgarse a tomar un trago cuando no lo necesitaba. Además, la jarra estaba en el aparador, y ni siquiera por una copa que no necesitaba se acercaría a cogerla, como tampoco reavivaría el fuego, cosa que deseaba hacer con todas sus fuerzas, pues le dolía demasiado moverse.

Ésta era la primera noche realmente mala que había pasado en semanas, y sabía por experiencia que nada que no fueran opiáceos le ayudaría. Abandonando cualquier noción de sueño, había bajado a la biblioteca en pantalones y mangas de camisa, esperando que el trabajo le distrajera del dolor. Incluso había pensado en leer por fin las cartas de Alice, pero el cajón inferior estaba atascado y no pudo hacer suficiente fuerza para abrirlo, y menos mal, pues no estaba de humor para que le atacaran, ni siquiera por correspondencia.

Levantando la mirada hacia el reloj, que acababa de dar las once, gimió en voz alta. No dormiría esta noche y el viaje de mañana tendría que posponerse. No sería capaz de conducir ni aunque los demonios de su espalda dejaran de bailar claqué en ella. Bueno, un día más no cambiaría nada, y Alice estaría fuera de casa por la mañana, afortunadamente enviada para atormentar a la tía Alison.

Como si su breve alegría por haberse librado de la diablilla la hubiera convocado, Alice llamó ligeramente a la puerta y la abrió de golpe. —¿Hay alguien aquí? —llamó.

—No, —respondió el conde, haciendo un gesto de dolor cuando ella lo tomó por permiso para entrar.

—Qué suerte, —gorjeó ella, atravesando la habitación con una amplia sonrisa en la cara. La sonrisa se desvaneció cuando se acercó lo suficiente como para verle la cara en la tenue luz de la lámpara y el fuego mortecino. —Oh cielos, —dijo en voz baja, deteniéndose bruscamente.

¿De dónde había sacado ese color tan peculiar? se preguntó distraídamente. Parecía que todo lo que poseía era de un verde turbio, incluso su voluminoso camisón de franela y su bata igualmente repulsiva. —Debería estar en la cama, muchacha, —le informó secamente. —Mañana tiene un día muy ajetreado.

Por una vez, ella no se puso a la defensiva ante su tono condescendiente y se limitó a mirarle solemnemente, con la cabeza ladeada como un perro. Tenía un puñado de papel en la mano, que crujía al apretar sus dedos.

¿Qué haría falta para librarse de ella? se preguntó, sabiéndose físicamente incapaz de expulsar ni a una polilla. —Buenas noches, señorita Cranley, —dijo intentando despacharla de nuevo, paseando una larga mirada de desaprobación por su delgado torso cuando ella no se movió. Finalmente, cogió su pluma y añadió un garabato sin sentido a la lista de instrucciones que había estado preparando para Greens.

Después de lo que le pareció una eternidad, levantó la cabeza y la encontró encaramada al

borde del sillón orejero, mordiéndose el labio inferior y mirándole con la misma mirada intencionada y evaluadora.

—Tenía intención de dejarle esto, —dijo ella, levantando los papeles, —pero no estaba segura de cuál era el mejor lugar. Son cartas, para mi ama de llaves y Travis y un par más. ¿Se las puede llevar?

—Desde luego. Póngalas en esa mesa junto a la puerta a la que sale.

—Sí, —murmuró ella. —También, dibujé un mapa para usted, del vecindario. Las cosas se ponen complicadas una vez que se sale de la carretera principal.

Sólo podía imaginar en qué pozo tropezaría si seguía las indicaciones de Alice.

—Es un mapa real, hacia los Downs, —dijo ella. —De verdad, sin falsos desvíos.

El conde se rio de eso, arrepintiéndose al instante cuando unos tornillos parecían retorcerse en su espina dorsal.

—Gracias, —consiguió decir bruscamente. —Han surgido algunos asuntos y es probable que el viaje se posponga uno o dos días, pero eso no le afectará. Esté lista a las diez.

—Ya estoy lista, —dijo ella. —¿Quería decirme algo más? ¿Órdenes de última hora?

—Ni una, muchacha. Está a cargo de Lady Blackmoor a partir de este momento. Vete ya y déjame hacer algo de trabajo.

—Sí, milord. —Sumisa, se levantó y caminó hacia la puerta.

Su inusual silencio era inquietante. —¿Me haría un favor, —dijo impulsivamente, —y añadiría leña al fuego antes de irse? — Asintiendo, aún sin pronunciar palabra, Alice se arrodilló junto al hogar y con esmero hizo arder las brasas hasta convertirlas en una cálida hoguera. Su pequeño cuerpo, envuelto en franela y lana, parecía encalado de rojo dorado a la luz del fuego, y su pelo, como atrapado por las llamas, parecía arder. Como una vela, pensó, preguntándose qué estaría pasando por su retorcida mente.

Alice pensaba que debía salir de la habitación antes de hacer algo increíblemente estúpido y embarazoso. El conde preferiría zambullirse en un pozo lleno de serpientes antes que dejar que ella le tocara. Pero, Dios mío, ¡cómo debía de dolerle! Podía sentir su dolor en su propia espalda.

Pero no podía hacer nada, él nunca la escucharía. Se enfadaría si ella siquiera sacaba el tema, y lo último que necesitaba era más tensión. Además, a ella le convenía que él no pudiera viajar mañana, debería estar eufórica. El emisario de Renard dispondría de un día más para llegar a Chippenham, y su personal tendría más tiempo para prepararse para la invasión del conde.

No se atrevió a mirarle de nuevo mientras se marchaba. Con la mirada fija en la alfombra, Alice se acordó de dejar los sobres y el mapa en la mesa junto a la puerta y casi llegó al vestíbulo antes de darse la vuelta. El retraso en su partida era bienvenido, pero no de esta forma, no a

semejante precio. Llegó a la mitad de la sala y se detuvo. —Puedo ayudarle, —dijo.

El conde no pestañeó. —No sé a qué se refiere.

Alice se acercó a la silla y se sentó con las manos cruzadas sobre el regazo. —Quizá sea el dolor que le ha embotado la mente, —dijo con una pequeña sonrisa, —pero lo más probable es que sea usted un macho testarudo demasiado orgulloso como para aceptar ayuda.

—De vez en cuando tengo problemas con la espalda, — concedió él, —y desaparecerán a su debido tiempo. Le aseguro, señorita Cranley, que nada puede ayudar.

—Es su desafortunada costumbre, —se burló ella, —objetar primero y pensar después. ¿Intentamos invertir ese procedimiento? —Sus labios se curvaron. —¿Lo he entendido bien, milord?

No podía dejar de reconocer sus propias palabras rebuscadas y lanzadas a su cara con diabólica precisión. ¡Y él que pensaba que la muchacha nunca le escuchaba!

—¿Qué imagina que podría hacer, querida? —inquirió con curiosidad. Su tono era tan serio como la mirada que le clavaba.

—Mi padre sufrió con su espalda toda su vida. Se intentó todo para darle algún alivio, pero nada, salvo el láudano, que fue de verdadera ayuda hasta que regresó de China con Lo Ming. Era una mujer diminuta, más pequeña incluso que yo, que iba de camino a reunirse con su marido en América. Mi padre le pagó el pasaje si ella aceptaba pasar unos meses en los Downs instruyendo al Dr. Kinwiddy en sus técnicas. Ese viejo testarudo estaba demasiado aferrado a sus costumbres como para intentarlo siquiera, pero uno de los criados sí aprendió de ella, y yo también. Fue hace mucho tiempo y hace años que no practico, pero estoy casi segura de que recordaré lo suficiente como para que se sienta mejor. Probablemente lo suficientemente bien para que pueda irse mañana, si realmente lo desea.

—¿Tiene esto algo que ver con las agujas? —preguntó con suspicacia.

—No, pero veo que parece estar familiarizado con los métodos orientales.

—Sólo por los libros, —admitió. —Bueno, entonces… ¿qué fue lo que aprendió de esta mujer Lo Ming?

—Amma, —dijo ella. —Como todos los caracteres chinos, tiene muchas traducciones, pero una de ellas es la calma con la mano.

—Ah. Ahora lo entiendo. Pues sucede que Branson a menudo me da un buen masaje, pero le aseguro que eso no sería de ninguna ayuda esta noche.

—Esto es algo totalmente distinto, milord. No puedo explicarlo muy bien, porque Lo Ming hablaba poco inglés y nos concentramos en la práctica más que en la teoría. Amma deriva de la creencia de que algo como la energía, que ella la llamaba ch'i, fluye como una corriente a lo largo de los meridianos del cuerpo, pasando por unos pozos llamados tsubos. Hay cientos de

ellos, pero sólo conozco unos pocos. Son los lugares donde más fácilmente se puede entrar en contacto con el ch'i, y canalizar el flujo hasta que vuelva a correr libremente.

—¿Puedo preguntar cómo se consigue eso?

Alice extendió los pulgares. —Principalmente con éstos, se trazan los meridianos y se aplica presión a los tsubos.

—Muy interesante, —dijo secamente el conde, —pero bastante imposible. Ni siquiera debería estar en esta casa, y mucho menos en una habitación a solas conmigo. Mis "suevos" tendrán que encontrar sus propios canales, señorita Cranley. Y usted debe…

—Sabía que diría eso, por supuesto, —interrumpió ella. — Aunque no puedo responder por la falta de teoría, los resultados hablan por sí solos si usted los deja. En verdad, ¿qué tiene que perder, milord? Nadie sabe que estamos aquí. Podemos invitar al Señor Branson a observar, si necesita una carabina, e incluso puede que aprenda algunas cosas.

—Branson está fuera esta noche, —dijo el conde, —y un ayuda de cámara no es una carabina adecuada, en cualquier caso. Aprecio su preocupación, señorita Cranley, y su generosa oferta, aunque debo decir que me asombra. No hemos estado precisamente en los mejores términos. ¿Por qué querría siquiera ayudarme?

Alice suspiró. —Por la misma razón por la que liberaría a un lobo atrapado en una trampa si me dejara acercarme lo suficiente. Debería escuchar sus propios sermones, milord. Sobre probar cosas nuevas y no tener una mente cerrada.

Se rio entre dientes. Otra vez colgado de su propia soga. — Encuéntreme un hombre que practique estos misterios, señorita Cranley, y con gusto abriré mi mente, pero mientras tanto, lo mejor que puede hacer para ayudarme es quitarse de en medio como una buena chica. Le deseo unos sueños placenteros.

—No estoy aquí, —dijo ella con calma. —Ahora estoy soñando y usted también. Esto no es real. Mañana por la mañana no habrá sucedido, y nunca se hablará de ello, ni siquiera con la mirada.

El dolor debió de embotarle la mente de verdad, porque por un breve instante el conde quiso obedecer. Tenía la frente húmeda e hizo todo lo que pudo hacer para mantener una leve sonrisa en su rostro y un largo gemido enterrado en su garganta. Incluso habría tragado láudano si ella se lo hubiera ofrecido ahora mismo con una cuchara.

Alice procedía como si él ya hubiera aceptado. —Estírese aquí, sobre la alfombra, boca abajo. No demasiado cerca del fuego.

Por sí solas, sus piernas se movieron. Debo de estar loco, pensó. Sin quererlo, se levantó rígidamente de la silla. —¿Esto no requiere… eh… nada de quitarse la ropa?

Ella reprimió una sonrisa. —La técnica no utiliza aceite, por lo que la tela es necesaria para evitar la fricción. Mi padre prefería una larga franja de seda sobre la espalda desnuda.

—Yo prefiero una manta de caballo, —contraatacó él, incapaz de reprimir una sonrisa cuando ella señaló la alfombra con un dedo firme. —Oh, muy bien, señorita Cranley. Ya que estoy soñando, también puedo hacerlo en el suelo. —Estremeciéndose mientras los demonios bailaban arriba y abajo por su espina dorsal, bajó con cautela hasta la gruesa alfombra.

Alice se dio la vuelta con consideración para no herir su orgullo, y cuando estuvo acomodado se arrodilló a la altura de su cintura. — Estará más cómodo si cruza los brazos bajo la cabeza.

Él obedeció, y su camisa blanca de batista se estiró tensa sobre los fuertes músculos. Señor, qué hombre tan hermoso, pensó ella. Sus calzones de gamuza color corzo se ajustaban perfectamente de la cintura al tobillo, e incluso sus pies descalzos estaban perfectamente esculpidos. Alice tragó saliva con fuerza y contó hasta diez. Éste es mi padre, se dijo a sí misma, haciendo acopio de una disciplina mental que hoy parecía especialmente esquiva. Ésta es una criatura indefensa atrapada en una trampa, esto es un lobo, aunque esa imagen no era especialmente tranquilizadora.

—Por encima de todo, debe relajarse, —dijo ella, cambiando su voz al hipnotizante zumbido que siempre utilizaba Lo Ming. Ella hablaba, obviamente, un chino incomprensible para ella, pero su tono era convincente. Alice intentó igualarlo. —Concéntrese en la respiración, —murmuró. —Respire muy despacio, inhalando y exhalando. Sienta cómo se expanden sus pulmones y suelte el aire suavemente. Encuentre un ritmo que le resulte cómodo y manténgalo, porque necesito sentir ese ritmo. La presión se aplicará cuando espire, cuando su cuerpo esté más relajado. —Al cabo de unos instantes, colocó las manos sobre sus hombros y sintió en respuesta la tensión que había esperado en el primer contacto.

—Por ahora me limitaré a frotarle la espalda y los hombros, — le dijo. —A medida que toque cada lugar, sienta cómo se va relajando. Deje que su mente se expanda y no piense en nada más que en respirar. La tensión fluirá fuera de usted como un cálido arroyo.

Sus dedos empezaron a amasarle los hombros, moviéndose lentamente hacia el centro hasta masajearle la nuca con una presión firme y rítmica. Le hablaba constantemente, sintonizando con su respuesta. Estaba en demasiada tensión, decidió ella al cabo de un rato. Él era demasiado consciente de su presencia. Ella se acuclillo. —Milord, —le dijo, —eres como una roca. Podrías estar plantado en Stonehenge y nadie sospecharía que no has estado allí durante siglos.

—Esto no puede funcionar, —murmuró. —Lo estaba intentando, de verdad.

—Estaba analizando la situación, —corrigió ella. —Casi puedo oír los engranajes haciendo clic en su cabeza. Recuerde, no está aquí. No tiene nada que ver con esto, y yo no estoy aquí. Imagine que sueña que es una pluma. Déjese elevar hacia arriba y flote. Mis manos son las corrientes de una brisa. Flote y respire, nada más. Es usted uno con el viento.

Su voz era una suave brisa en su oído mientras sus dedos le acariciaban ligeramente los hombros, cuando subieron por la nuca, él flotó hacia arriba con la brisa y el viento le levantó el pelo, acariciándole el cuero cabelludo, sintiéndose increíblemente maravilloso. Después de un largo rato, se perdió en la suave voz y las suaves caricias, sólo vagamente consciente de las manos de ella hasta que se posaron... inconfundiblemente... en sus nalgas.

Se incorporó de golpe, dejándose caer con un gemido de dolor. —No seas bobo, —le reprendió ella, amasando aún su tenso trasero. —Sabe que no debe moverse bruscamente. Y recuerde que no estoy aquí.

—Pero sus m-manos, —se atragantó, —definitivamente están... ahí. Quédese por encima de la cintura, señorita Cranley. —Las manos se movieron más abajo, hasta la parte posterior de sus muslos, y sus palmas empujaron con fuerza contra los largos músculos. —No hay manos, —insistió ella, todavía en el tono constante y suave que no permitía ninguna objeción. —Sólo luz y calor. Siéntalo, ríndase a él y déjese llevar.

—No puedo, —gruñó él.

—Sólo luz y calor, —repitió ella. La espalda es yang, lleva la energía desde el corazón, hacia el resto del cuerpo, bajando por las piernas, y a través de los brazos, y subiendo hasta la cabeza. —Sus manos se movían con su voz, suave, lentamente. —Sólo hay tres centros que yo conozca que sean yang. Hay que llegar a todos ellos con la luz y el calor, nada más puede tocarlos.

Minutos después, cuando estuvo segura de que sus largas caricias le habían calmado hasta una aceptación de la situación, empezó a aplicar la presión constante con los pulgares: primero en los puntos bajos de los lados de sus nalgas, aguantando mientras contaba hasta quince, alerta a cualquier señal de dolor. Luego, con un movimiento suave de las manos contra su columna, se deslizó hasta el punto entre la espalda y los hombros y presionó con fuerza, contando de nuevo; el tercer punto estaba en la base del cráneo. Allí utilizó los dedos índice, repitiendo la serie completa tres veces.

La técnica solía ser energizante, y como lo que quería es que estuviera relajado, Alice siguió amasándole rítmicamente la espalda y los hombros durante varios minutos. Luego le masajeó el cuello y el cuero cabelludo durante mucho tiempo. Mucho más tiempo del estrictamente necesario, porque por su respiración constante, notó que se había quedado dormido.

De nuevo en cuclillas, le contempló a la luz parpadeante. Qué hermoso era, relajado por el sueño. Una vez más dejó que sus dedos se posaran en su pelo alborotado, de castaño claro casi dorado a la luz del fuego, y contempló sombríamente el apuesto perfil del hombre al que, a partir de ahora, le iba a resultar muy difícil despreciar.

¡Qué terrible error había sido esto! Había aliviado su dolor por un tiempo, pero las consecuencias para ella iban a ser desastrosas. Probablemente él podría viajar por la mañana, así que ella había sacrificado la ventaja de su retraso. Pero peor, mucho peor, era que no podría volver a mirarle sin rememorar esta noche.

Ella había mentido cuando le dijo que no habría un mañana. Nunca olvidaría la agonía en sus ojos, la reacia, pero casi desesperada cesión, la aceptación final, la dulce paz de su tranquilo sueño.

Alice se puso en pie y le miró fijamente. —¿Cómo te atreves a hacerme esto? —murmuró. El conde de Sebrington no había sido nada para ella, más bien un obstáculo, una gran roca ataviada con ropajes impecables, un enemigo al que le daba placer confundir. Y ahora el maldito tenía el descaro de convertirse en… un simple hombre, y un hombre muy guapo, irresistiblemente

masculino, vulnerable, valiente y de carne y hueso.

Con cuidado, añadió un leño al fuego y se arriesgó a echar una mirada más al largo cuerpo de él, extendido sobre la alfombra.

A diferencia de Dorian Clayton, ella no dormiría bien esta noche.

Capítulo 14



Dorian se puso en marcha al amanecer, escapando antes de que Alice se levantara y se moviera de su habitación. Dios mío, las cosas que le había hecho, o más bien las cosas que él le había dejado hacerle. Debía de estar loco. En realidad, ella había puesto sus manos justo en su… no, mejor no recordarlo. Como ella dijo, todo fue un sueño y nada de eso ocurrió. No importaba que el dolor debilitante casi hubiera desaparecido y que hubiera dormido mejor en el suelo de aquella biblioteca de lo que había dormido en semanas. Lo que ella “no hizo” funcionó muy bien, y él se lo habría agradecido si se hubiera atrevido a verla.

Siguió su intrincado mapa con recelo, marcando un ritmo lento en su carruaje y parando temprano en las mejores hospederías para darse largos baños relajantes y comer sencilla comida campestre. Era bueno estar fuera de la ciudad... lejos de Prinny y sus medallas, de Pearson y sus quejas, y de los gélidos pasillos de la casa Sebrington. Disfrutando de la desacostumbrada libertad, tardó tres tranquilos días en llegar a Chippenham y decidió en el último momento no quedarse allí. Era poco probable que los criados le recibieran con los brazos abiertos y se sentía incómodo ante la idea de mudarse a casa de Alice. En su lugar, se alojó en Eastry, en una

posada llamada The Laughing Pig[13].

Cuando apareció en la casa, Dorian tuvo la extraña sensación de que le estaban esperando. La mayor parte del personal hizo todo lo correcto mientras él realizaba su inspección, pero Travis no escatimó ninguna oportunidad para poner en su sitio al pelele londinense, que siempre dejaba al malhumorado escocés con la clara impresión de que había fallado algún tipo de prueba. El ama de llaves se mostró más cooperativa, respondiendo a sus preguntas, pero sin decir nada por voluntad propia. Los demás criados se mantenían al margen.

La propiedad, a pesar de la "maldición" de Alice, rezumaba buena gestión. Pudo ver el claro donde había estado el granero antes del incendio y el improvisado cobertizo para las vacas lecheras. Reclutado a regañadientes para guiarle por la finca, Travis refunfuñó que ya quedaba poco que ver, que la mayoría de las ovejas se habían vendido con pérdidas hacía meses por culpa de la podredumbre y de los pastos empapados por la lluvia, que ahora los perros y los pastores no tenían trabajo y, por tanto, la hierba fresca de primavera se estaba desperdiciando, y que había que reponer las ovejas, cosa que también habrían hecho si no se hubiera cortado la asignación.

Dorian aceptó la reprimenda con una punzada de culpabilidad. —Cuando encuentre un administrador que se haga cargo de la finca, —prometió, —volverán a tener ovejas.

Travis escupió un trozo de tabaco al suelo.

—¿Tiene conocimiento de un buen administrador? —insistió el conde. —Esperaba emplear a uno antes de irme.

—Sí, hay uno, —gruñó Travis, —la señorita Alice. Y le aseguro que no trabajaré para ningún otro.

Sabiamente, Dorian se retiró a la casa y limitó allí sus asuntos. La casa estaba limpia como una patena, aunque manchada de agua en algunos lugares por las goteras del tejado. Vio los contornos de los marcos, de donde se habían quitado algunos cuadros, y se fijó en que una agradable suite del segundo piso estaba completamente vacía, aunque con un aroma a aceite de limón, como si la hubieran fregado en los últimos días. Las marcas de los marcos indicaban que todos los cuadros de esa suite, y había habido muchos, estaban colgados a la altura de la cintura.

Las habitaciones estaban vacías porque no se necesitaban, le dijeron, y los muebles y los cuadros estaban guardados en el desván. Todas las preguntas se respondían con lógica, con palabras de pocas sílabas, pero Dorian no podía librarse de la sensación de que algo iba mal.

La casa del árbol captó su atención de inmediato. Era elaborada, encalada, y estaba entronizada en las extensas ramas de un enorme roble. Parecía que los niños podrían haber estado trepando por ella como monos horas antes de su llegada. La casa de la señorita Alice, la llamaban, y ella la conservaba por razones sentimentales.

Pasó dos días examinando los libros pulcramente inscritos y perfectamente conservados. Sólo faltaban los registros de la casa, y la señora Could no tenía ni idea de dónde podían estar. —Tal vez la señorita Alice se los llevó consigo a Londres, —le dijo

El conde tuvo que admitir que Alice Cranley era una maga en la gestión de una pequeña granja rural. Chippenham era el eje de medio condado y abastecía a decenas de prósperas industrias caseras. De la finca salía lana para los tejedores, arcilla para los alfareros, hidromiel y cerveza para las tabernas. La leche, los huevos, el cordero, el tocino y la miel se vendían en los mercados de Eastry. Las casas almacenaban cebada, e incluso había un pequeño lago repleto de peces. La lista de empresas era interminable, y todas con las que habló decían exactamente lo mismo: obra de la señorita Alice.

También estaba convencido de que ocultaban algo, aunque no podía imaginar qué. El vicario local, un hombre amable, con gafas y de evidente buen corazón, tomó el té con él una tarde y se deshizo en elogios hacia Alice Cranley, como si echara miel sobre un pastel. Fuera lo que fuera lo que estaba haciendo y ocultando, no era nada que la avergonzara a los ojos de estas personas claramente honestas y francas. Acostumbrado a los entresijos de la política y a los desprestigiados entresijos del espionaje, Dorian no pudo descifrar el enigma. Sólo podía intuir que había uno, aparte del misterio de cómo una diminuta criatura podía lograr tanto. Por no hablar del misterio de cómo ese mismo dechado de virtudes se transformó en una furia infernal en cuanto llegó a Londres.

Desconcertado y muy impresionado, el conde abandonó la finca para dirigirse a su siguiente e incómodo recado. La finca del marqués de Havisham lindaba con la de Alice, y la buena educación le obligaba a hacer una visita. Años atrás había pasado allí parte de un verano, cuando Robert le imploró que le acompañara en la obligada visita a casa. Después de tres miserables semanas en un hogar aún más prohibitivo que el suyo, Dorian apenas podía creer que el disoluto marqués y su agria esposa hubieran engendrado a Robert Wright. Sólo los legendarios ojos Havisham, inconfundibles por su asombroso verde, unían al hijo con el padre.

Robert fue el primero de sus amigos en morir, lo que ocurrió en Trafalgar. Su cuerpo fue tragado por el mar, y Dorian había enviado una carta formal de condolencia a sus padres. Nunca había abierto la nota de acuse de recibo, ni tenía ganas de volver a verlos.

La visita fue peor de lo que había imaginado. El marqués, con los dos pies vendados y en alto por un ataque de gota, estaba sin embargo borracho, al igual que su delgada y distraída esposa. La adusta pareja recibió a Dorian con torpeza, apenas parecieron reconocerle, y éste se marchó a los veinte minutos de llegar.

El breve encuentro con los Havisham suscitó un cúmulo de recuerdos dolorosos, y cuando resonaron en su espalda, el conde pasó varias noches en una pequeña posada cerca de Hawkhurst. Caminar parecía ayudarle, y recorrió la campiña acompañado por los fantasmas de sus amigos. Por primera vez en años, se obligó a pensar en Robert Wright, y en Rodger Mosley, y sobre todo en Justin Blackmoor. Con la mano unida a un bastón de espino negro, recorrió campos y colinas ardientes de tojo amarillo, empujándose hasta la extenuación, recordando cómo habían vivido pero abrumado por el dolor incalculable de su muerte.

Como si hubiera sido convocado inconscientemente a un encuentro largamente temido, había elegido instintivamente una ruta apartada que iba hacia Londres, una que le llevó cerca de Stockton Lodge. Se despertó el cuarto día en Hawkhurst sabiendo que había llegado el momento.

Armándose de valor, Dorian despachó a un mensajero con la noticia de que estaba de paso por la zona, preguntando si sería conveniente hacer una visita. Esperaba que Neil lo rechazara, una parte cobarde de él deseaba eso, y cuando llegó la respuesta estaba en la taberna, un poco atontado tras varias jarras de cerveza fuerte. Bebió otra antes de tener el valor suficiente y romper el sello.

El mensaje garabateado era puro Neil: Mueve tu feo culo de una puta vez hasta aquí.

Dorian respiró por lo que le pareció la primera vez en todo el día.

El viaje de dos horas se realizó por caminos excelentes, y con los caballos requiriendo poca guía, dejó que su mente retrocediera doce años, hasta el momento en que había sido enviado por sorpresa a Cambridge en compañía de su primo Justin. Había llegado a Trinity decidido a ocuparse de sus libros con diligencia y hacer que el viejo conde se sintiera orgulloso.

Entonces conoció a Neil.

O, mejor dicho, Justin conoció a Neil, pues ningún Sebrington se habría hecho amigo de un granuja como el vizconde Stockton. Neil había alquilado una casa adosada con Robert y Rodger,

e insistió en que Dorian y Justin se mudaran también. El menage a cinq, llamaba a su grupo de amigos. Todos los demás los llamaban los Merrie Men.

Neil no tardó en tomarle la medida a Clayton y se autoproclamó tutor de vicios. No se podía permitir que ningún universitario siguiera siendo tan terriblemente ingenuo como era Dorian, y él era el hombre adecuado para proporcionarle una educación que no tuviera nada que ver con los libros. En pocos días hizo aparecer a Branson de la nada, o eso pensó siempre Dorian, para sustituir a un ayuda de cámara que inexplicablemente había dimitido tras años de servicio. El deber expreso de Branson era asegurarse de que su nuevo empleador se espabilara. Entonces Neil le acosó para que saliera de casa, a la clase de lugares en los que nunca había estado, pero siempre se había preguntado por ellos. No pasó mucho tiempo antes de que el vástago de la casa de Sebrington supiera lo que se sentía al estar regiamente borracho y regiamente resacoso después. Aprendió a apostar y cuándo levantarse de la mesa. Finalmente y gloriosamente, perdió la virginidad.

Por primera vez en su vida, Dorian disfrutó. Los tres años de Cambridge pasaron antes de que se diera cuenta, y los Merrie Men estaban planeando un gran viaje mayúsculo cuando el Tratado de Amiens se vino abajo. Pronto Justin se marchó a los húsares, Rodger a la guardia de caballería, Robert a la marina de Su Majestad y Neil al antiguo regimiento de su padre, el 48º. Sólo Dorian, bajo estrictas órdenes de su padre, se quedó atrás, y nunca volvió a ver a sus amigos.

Consciente de que el corazón le latía con fuerza en el pecho, se desvió de la carretera principal en dirección a Stockton Lodge. Al final de un largo camino sombreado de tilos, la enorme mansión de Bathstone flotaba sobre un mar de flores. Llenas de color, brotaban de todos los lugares posibles, y el aire estaba embriagado de su perfume. Dorian se detuvo frente a una amplia escalera de mármol y un mozo de cuadra se apresuró a tomar las riendas. Ya no hay vuelta atrás, pensó con un escalofrío. El día era cálido y el sol radiante, pero él sentía mucho frío.

Una joven bonita y muy embarazada le esperaba bajo el dintel de la puerta. Hizo una tímida reverencia cuando él se acercó. — Usted debe de ser Dorian Clayton, —le dijo con una sonrisa encantadora. —Yo soy Clasissa Barnett y éste, —se palmeó su abultado vientre, —es el hijo o la hija de Neil. Estamos todos muy contentos de que haya venido a vernos.

Dorian sintió como si una bala de cañón se hubiera estrellado contra su propio estómago. Pero… Neil estaba… ¿cómo iba a….

Ella se puso a hablar de nuevo. —Mi marido ha estado asomado a la ventana esperándole. No había estado tan excitado desde que le di la noticia del bebé. —Ella se sonrojó.

—Encantado de conocerla, —dijo el conde con voz fría, volviendo a sus modales formales. — No había oído que Stockton estuviera casado.

—Sé que le escribió, pero tal vez las cartas se extraviaron. Sé bien que estaba muy preocupado por usted. Pase, milord.

Sin ceremonias, Dorian fue conducido a un gran salón en el piso superior, cubierto de plantas e iluminado por la luz del sol. Neil, sentado junto a una ventana abierta con un abrigo de piel

colgado sobre el regazo, hizo girar las ruedas de su silla Bath con una floritura. Ante el brusco movimiento, el abrigo se deshizo en tres gatos, dos saltando indignados al suelo mientras el otro se entronizaba en solitaria dicha.

—Clasissa cría gatos y flores, —explicó Neil con una amplia sonrisa. Le tendió la mano.

Dorian la cogió automáticamente, sorprendido por la fuerza del agarre de Neil, la soltó inmediatamente.

Como si percibieran su incomodidad, la pareja prácticamente le ignoró para discutir alegremente entre ellos. —Experimento con híbridos de plantas, —corrigió Clasissa, —y los gatos se reproducen por sí mismos.

—Prodigiosamente, —convino Neil. —No hay ni un ratón en veinte millas a la redonda.

—Tal vez alguna rata. Una grande peluda y roja ha sido vista en los alrededores.

—He visto a su compañera, que también está criando. Es grande como un granero.

Dorian se encontró riendo, lo último que hubiera imaginado hacer.

Tosió nerviosamente para disimular la indiscreción.

—Os dejaré solos, —dijo Clasissa, inclinándose para besar a Neil en la mejilla. —Diablo mío, intenta portarte bien.

—Ocúpate de nuestra cena, fulanilla. —Enarcó las cejas. —Y tómate tu tiempo. Esta antigua reliquia y yo tenemos muchos años que poner al día. —Antes de estar listo, Dorian se encontró a solas con un hombre al que no se atrevía a encarar. Se retiró a una silla en el extremo opuesto de la habitación y se dejó caer sobre ella como una piedra. —Hola, Neil, —dijo rígidamente.

Capítulo 15

Neil consideró a su amigo en silencio durante un largo momento. —Cobarde, —le reprendió. —Ven a echar un vistazo.

Dorian jugueteó con el tapete de ganchillo del brazo de su silla.

—Tendrás que mirarme por debajo de la cintura alguna vez. Si necesitas una excusa, ven a admirar a mi gato. —La enorme criatura de color naranja amasó vigorosamente el regazo de Neil.

—No necesito... deseo ver a tu gato, —dijo al fin.

—Llevo pantalones, ¿sabes? No es como si estuvieras cara a cara con el muñón, aunque a mí no me importaría.

—Bueno, a mí sí, —el conde apretó los dientes. —Maldita sea, Neil.

—Más tarde entonces. ¿Qué piensas de Clasissa?

—Es encantadora.

—¿Verdad que lo es? Se fijó en ti enseguida, pero tú siempre fuiste guapo. ¿Te has fijado en alguien ya?

—No. —Los dedos de Dorian descubrieron un hilo suelto. — Debería haber venido antes, Neil. Tenía intención de hacerlo. — Empezó a tirar del hilo con gran atención. —Eso no es cierto, pero tenía miedo de venir.

—Menos mal que no lo hiciste.

El conde levantó la vista, sorprendido.

—No creas que he venido a casa ya así de bien. Los primeros seis meses me acurruqué en la cama con las cortinas cerradas, compadeciéndome de mí mismo. Me alegro de que no me vieras estando de ese modo, viejo amigo.

—Ni tan siquiera puedo imaginarte así.

—¡Ay! Basta, gato. Nada de arañar las partes nobles. —Neil tumbó al gato sobre su lomo y le acarició el regordete estómago. El ronroneo se convirtió en un fuerte estruendo. —¿Quieres oír la historia?

No, pero no podía decirlo. —Si quieres contármela...

—En realidad, sí quiero. Por la misma razón que desearía que arrastres tu culo hasta aquí y vieras lo que queda de mis piernas.

—¿Cuál es esa razón? —preguntó Dorian con la mandíbula apretada.

—Ah, Dorian, quiero que vengas. —Neil le dedicó una sonrisa ladeada. —Si no te enfrentas a los fantasmas y las sombras ahora, amigo mío, nunca lo harás, maldita sea.

Dorian se quedó mirando el techo como un búho. Sólo había pretendido pasar por allí, ver lo que hay y presentar sus respetos. Apenas había conseguido estrechar la mano de Neil antes de escabullirse al otro lado de la habitación, y prefería mirar a cualquier parte menos al hombre pelirrojo, pecoso y de hombros anchos, que descansaba con una complacencia positivamente espeluznante en un enorme sillón Bath junto a la ventana. El salón rebosaba de macetas y plantas, y una agradable brisa levantaba las cortinas de gasa y la habitación estaba llena de luz. ¿Cómo podía saber Neil que se estaba ahogando entre fantasmas y sombras?

Se aclaró la garganta. —Cuéntame entonces.

Neil sonrió. —Esperaba que me lo preguntaras. Fue en Talavera. Dios, qué pelea. Ojalá pudiera recordarlo. Iba a caballo, intentando llevar un mensaje de Wellesley a Cuesta, y creo que me desvié con el humo de la artillería y el polvo. Mi caballo cayó y rodé hacia una especie de explosión. Lo que me golpeó me cortó una pierna por encima de la rodilla y me destrozó la otra. Desperté en una camilla fuera de la tienda de la enfermería, esperando mi turno con otros cincuenta bastardos destrozados. Parecía una eternidad que estuviéramos allí tumbados, escuchando lo que pasaba dentro, sabiendo que nos pasaría lo mismo. Los cirujanos cortaban miembros como si fueran ramas de árbol y los arrojaban a una pila a unos diez metros de donde yo estaba. La pila se hacía cada vez más grande, brazos y piernas amontonados como leña, y oíamos la sierra cuando golpeaba el hueso, y a los hombres gritando… —Dorian miró para ver que Neil tenía los ojos cerrados. Se preguntó si debía detenerle.

—Para cuando me llevaron dentro, yo también gritaba como un loco. El cirujano echó un vistazo rápido y dijo que había que quitarme las dos piernas. Le agarré de la camisa y no le solté. Le dije que me dejara morir, pero había estado escuchando eso toda la tarde, cada vez que el pobre diablo tenía que enfrentarse a uno de nosotros. Dos hombres me sujetaron mientras él me las cortaba. Fue rápido. No pueden hacer mucho más, salvo ser rápidos con el corte y la cauterización. Aún estaba consciente cuando me sacaron, y lo último que recuerdo es mirar aquel montón de piernas, preguntándome cuáles eran las mías.

—Dios, Neil.

—Mira al suelo, tienes al gato deseando saltarte encima, —le dijo el vizconde.

Sin pensarlo, el conde levantó al gato hasta sus rodillas. El felino dio varias vueltas y se acomodó.

—No le diré a nadie que has llorado por mí, —dijo Neil en voz baja.

Dorian fue consciente de que tenía la vista borrosa y de que las lágrimas le caían por las mejillas.

—Maldita sea. —Buscó a tientas un pañuelo y se limpió la cara. —¿Cómo lo haces? Estoy lloriqueando como una maldita regadera, mientras tú estás ahí sentado sonriendo como un tonto.

Neil se encogió de hombros. —He tenido tiempo de acostumbrarme, eso es todo. Contra todo acto de voluntad, me recuperé milagrosamente y una semana después estaba en un barco saliendo de Cádiz. Ni siquiera me mareé. Fui el cadáver más sano jamás vomitado en Portsmouth. En todos los sentidos que me importaban estaba muerto, pero nadie pareció darse cuenta. Me mimaron y cuidaron como si fuera un héroe. Los ricos lo tenemos todo, Dorian: un lugar a donde ir y gente que cuida de nosotros. La mayoría de los pobres desgraciados inválidos que regresan a casa nunca tienen tanta suerte, pero yo era un hijo de puta desagradecido. No quería ponerme mejor, no me importaba nada, sólo quería que me dejaran en paz. Y eso, amigo mío, es lo que habrías encontrado si hubieras venido corriendo a cogerme de la mano.

—Como debería haber hecho, si fuera un buen amigo.

Neil resopló. —Estúpido, yo ya tengo el récord de culpabilidad y auto recriminación. No creas

que puedes venir a rascarte con un insignificante retraso al venir a verme y un poco de reticencia por mirarme las piernas. Además, te habría echado.

—No echaste a Clasissa.

—Claro que lo hice, pero la maldita mujer no se quiso ir. Te diré una profunda verdad, —dijo, señalando al gato que roncaba tumbado sobre su lomo, con las patas en el aire. —Sólo un tonto cree que puede vencer a un gato o a una mujer.

El conde bajó la mirada hacia la bola de pelo gris que tenía sobre los muslos, recordando de pronto a su gato infernal particular. A Alice le gustarían Neil, y Clasissa, y esta habitación, y estos gatos.

—El padre de Clasissa es el vicario local, —continuó Neil, —y su hermano y yo pasábamos los días juntos hasta que me enviaron a la escuela. Ella era una mocosa y nos seguía a todas partes con la tenacidad de un chacal. Cada travesura que emprendíamos empezaba con tácticas evasivas para deshacernos de Clasissa, pero era imposible quitársela de encima. Hacía de vigía cuando soltábamos a los cerdos del terrateniente o hacíamos alguna tontería por el estilo, y nunca nos delató. Hacía años que no la veía hasta que vino a visitarme con una de sus plantas. Naturalmente, les dije a los criados que la mandaran a paseo, pero aparecía cada mañana con otra maceta de no sé qué, hasta que mi habitación parecía una maldita jungla. Entonces un día se metió dentro y me habló durante una hora. Fue lo mismo durante semanas después de eso: una planta, una hora, y fuera. Yo nunca dije una palabra, pero maldita sea si no me acostumbré a que viniera. Incluso empecé a desearlo.

—Y a contestarle.

—A contestarle con gruñidos. Quería maldecir a alguien y ahí estaba ella, que no se inmutó lo más mínimo. Quien dijo que las mujeres son el sexo débil se equivocó. Antes de que me diera cuenta, me tenía en una silla, luego abajo y sin darme cuenta ya estaba fuera, Clasissa le encanta el aire fresco, y nuestra hora se convirtió en tres, luego en cinco y muy pronto en todo el día. Me acosó de sol a sol, hasta que empecé a encontrar formas de ayudarme a mí mismo. Debería haber estado agradecido, pero sólo la molestaba, pero soñaba con ella todas las noches.

Las manos de Dorian acariciaron el pelaje gris y dos ojos amarillos le miraron fijamente. —Clasissa es tímida, —dijo Neil, — aunque no lo dirías por lo que acabo de contarte. Nunca hablaba de sí misma y yo me imaginaba que era la hija de un vicario que cumplía con su deber cristiano: atender a los enfermos y todo eso. No fue culpa suya que me enamorara de ella, y sabía a ciencia cierta que no podía encadenarse a un hombre sin piernas. Pero yo no podía soportarlo más, era muy duro estar con ella todos los días y querer tocarla de formas que no debía pensar ni podía realizar, así que hice lo único lógico que podía hacer y le dije que se fuera. Neil Barnett, mártir, santo patrón de los tontos y los imbéciles.

—¿Eso es lo que te dijo?

—Eso es lo que ella estaría pensando, pero lo que ella dijo fue, —la voz de Neil se elevó una octava, —si es eso lo que desea, lord Stockton. La cosa fue que pensé que al menos se opusiera. Incluso tenía preparado un noble discurso, pero fue demasiado astuta. Y ahora voy a contarte un

horrible secreto, Dorian, pero si dices una palabra, te retorceré el cuello con mis fortísimas manos.

Dorian apartó la mirada. —Si prefieres no…

—No debería, pero me muero de ganas de contárselo a alguien. Clasissa quería despedirse en un picnic de despedida, por los viejos tiempos, y me llevó en silla de ruedas a un lugar junto al río donde jugábamos cuando éramos niños. Primero me dio de comer pollo y de postre tarta de limón, todo regado con champán, mucho champán, y luego, allí mismo, sobre la hierba verde y fresca, la moza me sedujo.

—¡No me cuentes estas cosas!

Los dientes de Neil relucieron. —No creí que pudiera, salvo en mis sueños, pero lo hice, y con bastante eficacia, además, porque unas semanas después vinieron a visitarme Clasissa y el vicario. Un buen hombre el padre de Clasissa. Me contó todo sobre el viejo mosquete de su padre, un recuerdo de la guerra colonial, y cómo aún podía arrancarle las partes pudendas a un hombre con una precisión endiablada a unos veinte pasos de distancia. Lo siguiente que supe es que estaba de pie... bueno, sentado en la iglesia, prometiendo mis votos.

Dorian se desternilló de risa y el gato le sacudió un manotazo con una de sus grises patas. —Quién iba a pensar, —dijo cuando pudo volver a hablar, —que quedarías atrapado por la hija de un vicario de la forma más antigua del mundo.

—Nunca tuve una oportunidad, —se quejó Neil. Luego su voz se volvió muy tranquila. —Ojalá pudiera decirte que ahora soy un patrón, con todas estas influencias benévolas, pero estaría mintiendo. Todavía siento las piernas y me duelen como el demonio encima que no están. Clasissa no me deja beber para quitarme el dolor, cosa que solía hacer, ni tomar láudano, cosa que todavía me apetece. Pero ella me canta, y frota los muñones con sus manos, y soporta mis malos humores. Dios, soy un diablo con suerte. No renunciaría a mi dulce Clasissa ni siquiera para volver a estar entero.

Dorian soltó un largo suspiro. —Siempre fuiste el mejor de nosotros, Neil. —Sintió que los ojos se le empañaban de nuevo. — ¿No los echas de menos?

Por primera vez, Neil frunció el ceño. —Sabes, en realidad durante mucho tiempo los envidié, a Justin, Robert y Rodger, porque murieron limpiamente. —Se dio unos golpecitos en la frente. —Yo era un estúpido enfermo, viejo amigo. La vida lo es todo y yo quería tirarla a la basura porque no podía tenerla de la forma que yo quería, pero ellos no tienen nada de nada. Cristo, sí que los echo de menos. Y pienso honrarlos viviendo con más intensidad porque ellos no pueden. Además, aún te tengo a ti.

—Sólo porque nunca fui a la guerra.

Neil golpeó con los puños el brazo de su silla y el gato se apartó con un aullido. —¿No llamas pelea a lo que hiciste? ¿Dónde perdiste la cordura, Clayton?

—En las Tullerías, —su voz tenía un tono amargo, —bailando y cenando en Saint Cloud.

Merodeando por las callejuelas en busca de rumores.

—Negocio sucio, el espionaje, —dijo Neil pensativo, aunque no tanto como cargar un cañón. Sé que querías comprar una comisión como el resto de nosotros, y sé por qué no lo hiciste. Sólo un maldito imbécil se avergonzaría de ello.

—Fui capturado, —señaló Dorian.

—Lo fuiste, y ahora te toca a ti contármelo. Oí que estuviste en la cárcel y volviste a casa en mal estado. ¿Qué pasó?

—Maldita sea, Neil, no es nada comparado con tu historia.

El vizconde sonrió. —Eso espero. Es difícil superar un cuento como el mío, pero la tragicomedia siempre sigue al drama, y a mí me gusta una buena carcajada.

El crepúsculo se cerraba sobre la sala antes de que Dorian terminara. Habló durante más tiempo del que lo había hecho en años, contándole a Neil cosas que nunca le había contado a nadie. Fue casi como una confesión. Siempre se había sentido culpable por seducir a mujeres para sondear los secretos de sus amantes, por sobornar y mentir y explotar a personas tan entregadas a su causa como él a la suya. Su lealtad se había desgarrado en Francia, su espíritu fue destrozado hasta el punto de que la captura, el encarcelamiento y la tortura eran casi un alivio. Al menos podía volver a ser un inglés, con la conciencia tranquila y la lengua callada, en lugar de un falso amigo.

¿Cómo estás ahora? —preguntó Neil en el silencio que siguió a la descripción de Dorian de su abrupta y sorprendente liberación.

—Bien, en general, —respondió sin expresión. —Era demasiado importante para que me mataran, y como podían pedir un rescate o comerciar conmigo, no me hicieron nada que me dejara cicatrices. Mala comida, una celda fría, un poco de potro de tortura de vez en cuando... Volví a casa en bastante buena forma, salvo por algunos problemas en la espalda. Sin consecuencias duraderas.

Se oyó un ligero golpe en la puerta. —La cena está lista, caballeros, —dijo Clasissa, asomándose. —Tenemos horario de campo, Dorian, así que no más charla de hombres por un tiempo.

El conde se levantó, desalojando a un gato iracundo, e hizo una reverencia. —Su compañía será un bienvenido alivio, Lady Clasissa, pues me aburro como una ostra.

Sus labios se curvaron en una sonrisa. —No hay duda de que Neil ha estado trabajando como de costumbre. Permítame mostrarle sus habitaciones, tenemos un criado para usted que jura que una vez fue ayuda de cámara, pero no doy fe de ello. No nos cambiaremos para la cena, así que baje cuando esté listo.

Dorian permaneció en Stockton Lodge durante una semana, deleitándose con los placeres desacostumbrados de un hogar feliz. Sin embargo, Alice Cranley se adueñaba de sus

pensamientos en los momentos más extraños. Una noche, incapaz de dormir, se encontró contando ovejas, ovejas de pelo castaño con grandes ojos y hoyuelo. Estaba pensando en ella durante la cena del domingo, jugueteando con un trozo de queso, cuando Neil hizo tintinear un cuchillo contra su vaso.

¿Soñando despierto, viejo trapo?

—¿Qué? —Sobresaltado, Dorian dejó caer el queso al suelo y los gatos le pasaron junto a los tobillos en una reñida carrera por reclamarlo.

Neil mordió una galleta. —Ay, Clasissa, madre de mi hijo, nunca sospeché que fuéramos unos viejos tediosos. ¿Dónde están tus modales, Clayton?

—En Londres, —confesó, —junto con algunos asuntos pendientes. Será mejor que me reúna con ambos, mañana a primera hora antes de partir.

—No se retire tan pronto, —protestó Clasissa. Siempre se quedaba después de cenar mientras los hombres disfrutaban del oporto y los puros, insistiendo con una pequeña tos en que le encantaba el humo acre.

—Los negocios pueden esperar, —dijo rotundamente Neil.

Dorian sonrió, agradeciendo la rara oportunidad de pillar a Neil fuera de juego. —No este negocio en particular. Se llama Alice Cranley.

—Pero qué maravilla, —exclamó Clasissa. —Está enamorado.

Eso pilló al conde muy descolocado, que sonrojó acaloradamente. —No, desde luego que no. Alice es mi pupila.

—¿De dónde demonios has sacado una pupila? —Preguntó Neil.

Dorian llenó su copa de vino mientras recobraba el juicio. De qué lugar del infierno, más bien. —La señorita Cranley es una pequeña salvaje que apareció en mi puerta hace un mes. Literalmente en mi puerta, esperando bajo la lluvia a que llegara a casa porque el mayordomo no la dejaba entrar. Por mis pecados heredé el peor lote de sirvientes jamás endilgado a un hogar, junto con la hija de un hombre que coleccionaba arte para el viejo conde. No debía de estar en sus cabales cuando accedió a apadrinarla, porque la lengua de esa mujer podría picar mármol. De hecho, lo único bueno que puedo decir de ella es que mordió a Pearson, al mayordomo, quiero decir.

—Dorian nunca fue muy bueno contando historias, —explicó Neil amablemente a su esposa. —¿Podemos volver a la puerta?

—Me gusta la parte de morder al mayordomo, —objetó ella.

Dorian lo describió todo, o al menos los detalles que creía poder contar, y cuanto más hablaba, más divertido le parecía todo. No podía pensar por qué se había sentido tan frustrado, ni le

molestaba tanto la forma en que a veces se había comportado. Las palabras sapo odioso le vinieron de repente a la mente y se rio en voz alta. —La señorita Cranley, —admitió, —me considera algo así como un grano en el culo.

—Pero, ¿qué tienes pensado hacer con este inesperado legado?

—Yo despediría a ese mayordomo, —añadió Clasissa cáusticamente.

Dorian levantó una ceja. —Eso es exactamente lo que dijo Alice, pero es imposible, claro. Pearson ha estado con la familia desde que yo llevaba pantalones cortos. Por ahora, la señorita Cranley está con mi tía Alison para que la pula y le saque brillo.

—Una mujer estupenda, tu tía Alison, —dijo Neil, dando una calada a su puro. —Cuesta creer que sea pariente tuya.

—No nos parecemos en nada, ¿verdad? Bueno, Alison se ocupará del debut de la señorita Cranley, a pequeña escala. Ella no puede aspirar a mucho, pero tiene un amplio conocimiento, cosa que le viene de su padre y yo añadiré una dote. Una grande, porque el hombre que la acepte requerirá un incentivo. Ella se lo comerá vivo si no está a la altura.

—No es una dama, deduzco.

—Está apenas civilizada. No tiene habilidades, tiene el pelo como un arbusto, jura como un estibador, cría ovejas y ordeña vacas para ganarse la vida.

Neil guiñó un ojo a su mujer. —No te gusta mucho, ¿eh?

—¿Qué tiene que pueda gustarme? Es una rústica malhumorada y maleducada, en edad de ser una líder simiesca si no fuera por su fortuna. En circunstancias normales la daría por perdida, pero tía Alison necesita algo que la mantenga ocupada y puede que incluso consiga un milagro, pues hará falta al menos eso. Si fracasa, la señorita Cranley siempre puede volver al corral. De todos modos, eso es lo que ella quiere, no es capaz de entender por qué no la envío a casa con una paga y la dejo en paz.

—¿Y por qué no lo hace? —inquirió Clasissa.

—La muchacha no sabe lo que quiere. ¿Cómo va a saberlo, atrapada toda su vida en una granja de ovejas? Alice Cranley necesita un marido, y yo pienso conseguirle uno. —Dorian vació su vaso y se sirvió otro. —Señor, me pregunto qué me voy a encontrar cuando vuelva.

—Yo también, —murmuró Neil entre el humo de su puro.

—Ya nos contará qué ha pasado cuando venga para el bautizo, —dijo Clasissa con ironía. Dorian la miró interrogante.

—Quería preguntarte sobre eso, Dorian, —la voz de Neil era inusitadamente seria. —Ambos queremos que seas el padrino de nuestro hijo o hija. No digas que no porque no lo permitiré.

Dorian sintió algo cálido en el pecho. —Será un honor, — murmuró.

—Quedan dos meses, —le dijo Clasissa. —El bebé se espera para junio. Prométame que estará aquí.

—Por supuesto. Y mantendré visitas regulares para asegurarme de que mi ahijado o ahijada sea criado adecuadamente. —Gimiendo dramáticamente, Neil acarició el vientre hinchado de su esposa.

—No permitiré que una hija mía sea educada según la definición Sebrington de “adecuada”, viejo mojigato. Pero serás bienvenido en cualquier momento para ver que es feliz.

—¿Quieres una niña?

—Claro que sí. Tres por lo menos, e hijos a juego. Pero primero quiero una muchachita de cabeza rizada para saltar en mis rodillas… o lo que haya de ellas.

No había sarcasmo en eso, y Dorian comprendió lo curado que ya estaba su amigo. Cuando se marchó en carruaje a la mañana siguiente, con una cesta de picnic en el asiento de al lado y el firme apretón de manos de Neil aún caliente en su carne, se dio cuenta de que sentía envidia de este hombre sin piernas, este hombre por el que había esperado sentir lástima.

Capítulo 16



Dorian guio su carruaje por las atestadas calles del crepúsculo, bajando por Cromwell Road y pasando Hyde Park, luchando aún contra la tentación de dirigirse directamente a Grosvenor y ver qué había hecho tía Alison con Alice Cranley. Llevaba fuera casi tres semanas y su curiosidad era casi más imperiosa que su sentido de las buenas costumbres. Aun así, no sería cosa de lanzarse sobre ellas sin avisar. Su tía se merecía la oportunidad de “acicalar” a la chica para la inspección, y después de un largo día de viaje le vendría bien un baño y un afeitado.

Con cierta reticencia, se dirigió a la casa Sebrington y despachó a un lacayo para avisar a Alison de que estaría por allí a las nueve. Branson no aparecía por ninguna parte ni Renard estaba en casa, así que el conde mordisqueó pollo frío mientras se afeitaba, se daba un baño apresurado y se vestía para una tranquila visita nocturna a su pariente.

El lacayo regresó justo cuando se estaba poniendo el gabán, con un mensaje del mayordomo de Lady Alison. La baronesa y la señorita Cranley estaban cenando con el duque y la duquesa de Argyll, tras lo cual asistirían al baile de la condesa Lieven.

Se quedó mirando la nota, incapaz de creer que la había leído correctamente. ¿En qué estaría pensando tía Alison para catapultar a esa pequeña bola de fuego a la sociedad después de sólo

tres semanas? A estas alturas Alice podría estar preparada para un té privado o una velada en el teatro, pero ¿en la casa Ashburnham? Lady Lieven se la comería viva.

Dorian se volvió a vestir con unos formales pantalones por la rodilla, maldiciendo al ausente Branson mientras luchaba con varios nudos de corbatón fallidos y se metía en su ajustado y caro abrigo negro. Para cuando llegó, algo jadeante, a Dover Street, la cola de recepción se había fundido en la aglomeración que marcaba el éxito de una fiesta y hacía prácticamente imposible localizar a nadie. Subiendo a codazos hasta el salón de baile, escudriñó el perímetro en busca de la alta presencia de tía Alison y la descubrió charlando alegremente con un grupo de amigos. No había ni rastro de Alice. Se abrió paso entre la multitud, saludando con la cabeza a los conocidos, su mirada recorriendo la pista de baile.

De repente, el aire salió de sus pulmones con un fuerte soplido. El conde retrocedió contra un pilar de mármol, sintiendo como si alguien le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

No la habría conocido de no ser por su sonrisa. El resto pertenecía a una desconocida, una desconocida increíblemente encantadora que brillaba como un colibrí en un vestido amarillo junquillo, flotando con gracia de pareja en pareja mientras la intrincada danza la hacía girar por la sala. ¿Podría ser el pelo de Alice, enhebrado con cintas brillantes, una ingeniosa masa de suaves rizos donde antes había echado raíces un arbusto erizado? No podía creer lo que veían sus ojos.

Dorian se apoyó en la columna con los brazos cruzados sobre el pecho para observar y, admitió para sí mismo recuperarse del shock. ¿Cómo podía Alison dejar que se pusiera ese vestido? Estaba cortado demasiado bajo, exponiendo sus encantos a la vista de todo el mundo. Darryl Kelton sin duda estaba disfrutando de lo lindo, prácticamente salivando mientras se inclinaba sobre los cremosos e hinchados pechos de Alice.

Dos puños apretados ansiaban ennegrecer dos ojos insolentemente fisgones.

Cuando Alice se echó en brazos de otro pervertido mirón, Dorian decidió con amargura que los árabes tenían razón. Las mujeres debían ir tapadas de la cabeza a los pies, excepto en el dormitorio. Tapadas y encerradas, nunca soltadas para retozar semidesnudas en lugares públicos, tentando a machos acalorados a abalanzarse a ellas para mirarlas de cerca. El nuevo vestuario de Alice Cranley sería revisado a fondo, juró, por un hombre que sabía exactamente cómo pensaban los hombres.

Cuando terminó el baile, cinco hombres que pensaban exactamente lo que él sabía que pensaban se apiñaron a su alrededor, y la vio examinar la tarjeta que colgaba de su muñeca antes de sonreírle brillantemente al vizconde Malmsley. El joven sonreía de oreja a oreja, como si acabara de ganar los Stakes de

Newmarket[14].

—Oh, no, pedante rijoso, —murmuró el conde en voz baja, y se colocó detrás de ella. —Creo, —sentenció sin dejar lugar a réplica, —que el próximo baile es mío.

Alice se quedó inmóvil, como si percibiera un arma apuntándole a la espalda, y luego se

volvió lentamente para mirarle. Sus ojos estaban anormalmente abiertos, buscando en su rostro la respuesta a alguna pregunta propia. Le pareció que estaba asustada.

Cuando Malmsley empezó a protestar, el conde le cerró el paso con una mirada gélida y el desventurado joven salió corriendo. Lo mismo hicieron los demás, dejándole a solas con la asombrosa señorita Cranley. Distantemente consciente de la música, le tendió la mano.

—¿Tiene permiso para bailar el vals? —inquirió arqueadamente, preguntándose si ella sabría siquiera cómo hacerlo.

—Sí, milord, —murmuró ella, apoyando una mano enguantada en su hombro. —Lady Jersey me concedió el permiso hace unas semanas, en Almack's.

¿A Almack's? ¿Hace semanas? ¿Estuvo en Almack's hace semanas? Más desconcertado que nunca, el conde la arrastró entre las bailarinas que daban vueltas, sorprendido por la facilidad con la que ella igualaba sus pasos. Alice era vaporosa como el viento. Su cabeza apenas le llegaba al hombro, y su cintura era tan pequeña que no pudo resistirse a apretar los dedos para medirla. Pequeña y cálida, como su mano. A través de su guante y el de ella, imaginó que podía sentir su pulso, y Dorian recordó la noche en que las manos de ella se habían sentido tan bien en su espalda. —¿Sucede algo malo? —preguntó ella.

Sobresaltado, miró su rostro serio y ansioso y la breve magia del baile se evaporó. No había duda del miedo en sus ojos marrones y sintió frío de repente.

—En mi casa, milord, —le instó ella. —¿Va todo bien en mi casa?

—Sí, por supuesto que lo está. Sonríame, señorita Cranley, o al menos intente no parecer que espera que la golpee.

Sus labios se curvaron en un esbozo de sonrisa y se mantuvieron allí. —Ha estado fuera mucho tiempo, —dijo entre dientes. —Temía que algo hubiera ido mal.

—En absoluto, —le aseguró él. —Pasé tres días inspeccionando su granja, sorprendentemente bien ordenada, y luego aproveché para visitar a unos amigos. Éste no es el lugar para hablar de negocios, querida, pero he dejado fondos suficientes para aliviar a su personal durante las próximas semanas, y eso será suficiente hasta que se puedan hacer mejores arreglos.

Se tambaleó ligeramente. —¿Mejores arreglos?

El conde la hizo girar en una figura distraída que la dejó sin aliento. —Mañana, —dijo con firmeza, —la llamaré por la mañana.

—¿Por qué no esta noche? —suplicó ella. —Podríamos irnos ahora mismo.

—Por la mañana, —repitió él —Y puede dormir el sueño de los inocentes, porque le prometo que no habrá sermones.

Ella sonrió, visiblemente aliviada —Eso sí que es un gran un cambio.

Conteniendo la risa, él contempló su rostro respingón. —Está muy guapa esta noche, señorita Cranley. Casi no la reconozco. — Sintiendo que sus mejillas se acaloraban, levantó la mirada hacia el techo. —Ah, eso sonaba mejor en mi cabeza. —Para su gran alivio, Alice soltó una risita entrañable.

—Apenas me reconozco estos días, —admitió, con los ojos brillando de diversión. —Lástima que se perdiera las primeras excavaciones de las ruinas, especialmente cuando Monsieur Freteau me vio por primera vez el pelo y prácticamente lloró, y Lady Alison se vio obligada a doblarle el sueldo y pagarle por adelantado. Entonces se abalanzó sobre mí como un hombre podando setos en Kew Gardens.

—¿Monsieur Freteau? ¿Realmente se llama así?

—No lo creo. Entre el mon Dieus y quelle horreurs, hubo un "demonios" o dos. Pero lo hizo bastante bien, teniendo en cuenta con lo que tenía que trabajar, e incluso condescendió a instruir a mi doncella en algunos arreglos sencillos. Ella es la responsable de lo que ve esta noche, porque el gusto de Freteau es bastante más... frenético.

Dorian hizo una mueca de dolor. —Oh, mal juego de palabras, muchacha.

Con cuidado, Alice le pisó el dedo del pie. —Lo he estado guardando para usted.

—¿Me ha echado de menos, entonces? —preguntó él con ligereza.

—Como a un dolor de muelas, —replicó ella.

Riéndose, el conde la acercó un centímetro más. —Su instructor de baile ciertamente hizo maravillas, —dijo, oyendo el insulto implícito y pensando que le vendrían bien una lección o dos sobre cómo piropear a una dama.

—Tampoco eructo ya en la mesa, —le informó ella con dulzura. —Quizá nos iría mejor hablando de usted, milord, ya que se niega a hablar de lo que estoy deseando oír. ¿Me hablará de sus aventuras? Dijo que visitó a unos amigos.

—Así lo hice. Al marqués de Havisham, entre otros. —Sintió que su ágil cuerpo se tensaba. —¿Le conoce?

—Apenas. —La ira brilló en sus ojos. —Es un canalla.

—Un tipo totalmente desagradable, —convino Dorian. —Conocí a su hijo en Cambridge y pensé que debía pasarme, pero estaba demasiado pasado de brandy como para conversar.

Relajándose en su abrazo, Alice ladeó la cabeza. —¿A quién más visitó?

Estaba claramente ansiosa por cambiar de tema y él también. —Otro amigo de la universidad, Lord Stockton. —Parpadeó ante la repentina humedad de sus ojos. —Pasé una semana con Neil y su nueva esposa. Fue probablemente la mejor semana de mi vida. — Alice le miró sorprendida. —Mañana le contaré más cosas sobre él, —prometió, con muchas ganas de hablarle a alguien

sobre Neil. — Pero ahora, tristemente, nuestro vals está llegando a su fin. —La envolvió en una última floritura, disfrutando por un momento de la sensación de su cálido cuerpo apretado contra él, y la apartó bruscamente. —Ha sido un placer, —dijo formalmente, ejecutando una reverencia aún más formal.

—Así fue, —concedió Alice. —Lo disfruté mucho.

—Y no tiene por qué parecer sorprendida, querida.

—No es eso, —dijo ella pensativa, agitando la mano. —Es sólo que… nunca antes le he visto sonreír.

—Ah, eso no es en absoluto cierto —, protestó él. —Sonrío mucho.

—No con sus ojos. —Un dedo enguantado le tocó el antebrazo. —Es bastante agradable.

Sintiendo que le ardían las orejas, Dorian desvió la mirada de su solemne evaluadora hacia la manada de hienas que merodeaba por el perímetro de la pista de baile. Supuso que estaban esperando a que el chacal despejara el campo. —Veo que debo cederla a otra pareja, señorita Cranley, —dijo, —o me encontraré enfrentando pistolas al amanecer.

—Podría enfrentarse a mí al amanecer, —sugirió ella. —Las granjeras nos levantamos con los gallos, ya sabe.

—No hay gallos en casa de tía Alison, —le informó él con severidad, —y las once es la hora apropiada para una cita matutina.

—Bueno, veo que los caballeros londinenses son unos auténticos perezosos, —acusó ella. —Estaré más que disponible a las once, —añadió apresuradamente cuando él la miró con desaprobación.

—Sola, si le parece bien. Excepto la tía Alison, por supuesto.

—Por supuesto. Una hora apropiada con una carabina apropiada.

Notó, con un desconcertante sentimiento de gratitud, que su pequeña arpía no estaba del todo domesticada. —Vete, diablilla. Y pórtate bien.

Alice le hizo una reverencia impertinente y le dejó solo.

Nada más retroceder, los carroñeros saltaron hacia delante, con Ivor Malory abriéndose paso entre la manada para reclamar la mano de Alice. El conde frunció el ceño. ¿Qué se traía entre manos, haciendo ojitos a una muchacha de casi la mitad de su edad? Blackstone asintió vagamente en dirección a Dorian antes de devolver su atención, una atención audaz y posesiva, a su compañera, y el rostro de Alice resplandecía mientras se adentraban en el decorado. Por un momento pareció como si toda la luz de la sala se concentrara en ese único punto.

Dorian sacudió la cabeza para despejarla. Señor, sí que estaba cansado. De repente, no tenía

ganas de hacer las rondas obligatorias para saludar a la gente, y a la última persona que quería ver era a la tía Alison, que prácticamente de la noche a la mañana había transformado a una lechera en la bella del baile.

“Prepárate para sorprenderte”, le había advertido ella. Eso era un maldito eufemismo. Estaba estupefacto, anonadado, deslumbrado, e inexplicablemente resentido, como un niño al que le hubieran quitado su juguete especial. Una señal clara de que se moría de cansancio, pensó el conde sombríamente.

Por su propia voluntad, su mirada giró de nuevo hacia la pista de baile y sorprendió a Alice balanceándose como un narciso en brazos de Malory, con los ojos levantados con adoración hacia el rostro insípidamente sonriente del hombre. Sí, definitivamente le dolía la cabeza.

Maldita su previsión de enviar a Evangeline un mensaje para que lo esperara esta noche, pues no estaba para eso. Se dio cuenta, y el pensamiento fue bastante preocupante. Horas atrás había estado incómodamente ansioso por poner fin a semanas de celibato.

Sí, un dolor de cabeza muy fuerte.

Bueno, mañana suavizaría las plumas del Cisne con una cara disculpa, pero hasta que no se quitara de encima la cita con la señorita Cranley, no podía concentrarse en el placer. Al diablo con esa muchacha, qué maldita molestia era. Estaba esperando ansiosamente librarse de ella.

Haciendo caso omiso de las habladurías que sabía que seguirían a su llegada tardía, su único baile y su marcha inmediata, el conde se dirigió al vestíbulo en busca de su sombrero y su capa.

Capítulo 17



Dorian apenas pudo dormir, a pesar de un largo baño y su querido y firme colchón. Como había olvidado dejar instrucciones para una llamada matutina, eran más de las nueve cuando se despertó. Tanteando la mesilla de noche en busca de su reloj, llenó la habitación vacía con varias maldiciones en francés. Seguro que la señorita Cranley también le dedicaría unas cuantas palabras cuando llegara tarde a la reunión. ¿Dónde demonios estaba su ayuda de cámara? Frotándose los ojos, balanceó las piernas sobre el lateral de la cama y se sentó con la cara enterrada entre las manos.

Oyó débilmente que llamaban a la puerta. —Adelante, —gruñó, aunque Pearson ya estaba dentro, alzando una bandeja de plata sobre una mano enguantada de blanco y con cara de disgusto. Dorian le miró por encima del hombro desnudo. —¿Qué pasa, hombre? ¿Y dónde está Branson?

—No lo sé, milord. Varios caballeros han llamado. Le esperan en el salón. —Pearson dejó la

bandeja sobre la mesilla con un ruido sordo.

—Dios mío, es demasiado temprano. ¿Qué quieren todos? — Rebuscando en el montón de tarjetas grabadas, descubrió el nombre de Ivor Malory. Un escalofrío se instaló en su nuca como una toalla fría y húmeda.

—¿Les informo de que no se encuentra en casa, milord?

—Un poco tarde para eso, ¿no cree? Dígales que me retrasaré al menos una hora, quizá se vayan todos. Y, Pearson, localice a Branson inmediatamente. Luego tráigame agua de afeitar, café, un plato de fruta fresca y tostadas.

El mayordomo salió con altivez y Dorian volvió a enterrar la cabeza entre las manos. No, no podía ser cierto, pero lo era. Cuando abrió la puerta del salón una hora más tarde, ni uno solo de los hombres se había marchado y dos más se les habían unido. Erizados como gatos en celo, ocho rivales impecablemente vestidos se miraban desafiantes en un silencio sepulcral mientras Ivor Malory descansaba a sus anchas en un cómodo sillón, ajeno al desafío y enormemente divertido. Se levantó cuando entró Dorian y los demás se levantaron también, casi en posición de firmes. Dieciséis ojos ansiosos y un par de ojos negros sardónicos se fijaron en él con atención. Se sentía como en una de esas pesadillas en las que se había olvidado de llevar pantalones.

El joven vizconde Malmsley rompió el incómodo silencio. —Yo fui el primero, —soltó, decidido a mantener su lugar.

El conde suspiró. —Muy bien. ¿Cuál es su asunto, Malmsley? — Banderas escarlatas se izaron en sus mejillas.

—¿Podemos hablar en privado, milord?

Cuando siete cabezas asintieron, Dorian supo que se enfrentaba a una larga prueba. —Si así lo desea, pero primero veré a Blackstone. Usted a continuación y los demás por rango, aunque sólo sea para evitarle a los muebles una reyerta. Si alguno de ustedes prefiere no esperar, que concierte una cita con mi secretario. —Como tirados por una sola cuerda, todas las cabezas se negaron y Dorian volvió a suspirar. —Como quieran, caballeros. Ivor, acompáñeme a la biblioteca.

Riéndose suavemente, Malory se dejó caer en el mismo sillón de ala que había empequeñecido a Alice un mes antes, mientras el conde merodeaba inquieto por la habitación, manoseando jarrones y cortinas.

—¿ Et tu, Ivor? —murmuró. —Nunca lo hubiera imaginado.

—Ni yo, —convino el marqués, abriendo de un tirón su caja de rapé esmaltada. —Por lo que veo, ha adivinado mi recado.

—¿Adivinado? El olor a celo permanecerá en ese salón durante meses.

—Vamos, Dorian. Somos hombres civilizados. — Lánguidamente, Ivor inhaló una pizca de su

mezcla especial. —Doy por supuesto que mandará al diablo a Kelton, posiblemente también a Gilmore, y en su lugar no debería alentar a Rotherham. El resto de nosotros somos bien elegibles y podemos ser enviados con su bendición a probar suerte con la dama. Si necesita una declaración formal, permítame que le pida humildemente permiso para cortejar a su encantadora pupila, pues tengo grandes esperanzas de que me haga el honor de convertirse en mi esposa. No le aburriré con mis credenciales ni mi cuenta bancaria, pero mis intenciones son todas las que se podrían desear en su posición. —Sonrió. —A decir verdad, amigo, estoy prendado.

—¡Qué! —El abrecartas de palta se le cayó de las manos y golpeó a la pastora de porcelana que estaba en la mesa, arrancándole el brazo, que cayó y rodó hasta la alfombra. —¿De Alice?

—Debo confesar que ella fue una sorpresa para todos nosotros. Nunca la mencionó, Dorian.

—No supe que existía hasta hace muy poco. ¿Y desde cuándo anda buscando esposa, Malory? Siempre dijo que no volvería a casarse. No hay razón para hacerlo, con tres herederos esperando en Oxford. Eso es exactamente lo que dijo. —Maldita sea, sonaba petulante.

—También lo decía en serio, —concedió Blackstone afablemente. —Tengo cuarenta y tres años, aprecio a mis hijos, y cuando Barbara murió era mi firme intención instalarme en la soltería y jugar con los nietos sobre mis rodillas, pero ahora me encuentro deseando tener una hija o dos.

—Diablos, Ivor, no puede haber conocido a la muchacha más que unos pocos días.

—Tres semanas, —respondió Malory, con sorpresa en la voz. — La primera estuve intrigado, la segunda fascinado y en la tercera fui de cabeza, a mi edad... —Sacudió la cabeza con asombro. —A pesar de lo concurrida que está, he conseguido pasar una cantidad de tiempo considerable con la señorita Cranley.

Dorian se aclaró la garganta. —¿Ella... eh... le devuelve el aprecio?

Frunciendo el ceño, Malory se pasó una mano por su espeso pelo negro. —En cuanto a eso, no puedo decirle. Cuando estoy con ella, me siento como si fuera el único hombre sobre la faz de la tierra, Y luego, al verla con otro, porque créame, Dorian, la observo de cerca, sé que ese hombre está experimentando exactamente lo mismo. Es diabólico este asunto del amor. La semana pasada estuve a un pelo de golpear a Jeremy Rawlings, el cachorro de hiena la tenía arrinconada en la terraza, intentando besarla.

Rawlings era hombre muerto, decidió el conde al instante.

—Ella le dio una bofetada, por supuesto, —continuó Ivor riendo, —y le pisoteó el pie por si acaso, pero más tarde los vi bailando juntos como si nada de eso hubiera pasado.

Rawlings moriría lentamente, determinó Dorian. Primero la tortura, seguida de una bala en la ingle.

—Entonces, ¿qué dice? —La profunda voz de Malory era inusualmente intensa. —¿Tiene alguna objeción a que la corteje?

El conde cruzó hacia la ventana y miró fijamente al jardín. Ivor había sido un marido bueno y fiel con su primera esposa, y sería lo mismo con Alice. Tenía el suficiente carácter para mantenerla a raya y lo bastante amable para hacerla feliz. Qué golpe de suerte tan inesperado. Blackstone era exactamente lo que había esperado encontrar... la solución perfecta a su problema, debería estar eufórico. —Pero sus hijos son casi tan mayores como ella, —se oyó protestar. —Y los hijos que tenga con ella nunca heredarán.

—¿De verdad cree que eso le importará? —preguntó el marqués en voz baja.

Por supuesto que no le importará. —Si ella le quiere, Ivor, no me interpondré, —dijo Dorian sin expresión, —no tendría ningún éxito, ni aunque lo intentara, y Alice no podría hacerlo mejor. — Girándose, fijó en su amigo una mirada genuinamente desconcertada. —¿Pero me dirá algo? ¿Entre nosotros?

Ivor cruzó sus largas piernas por los tobillos y ladeó la cabeza, sorprendido. Clayton nunca hablaba personalmente de nada. —Si no traiciona la confianza de Alice... —dijo lentamente.

—En absoluto. La cuestión es que no puedo imaginar lo que ve en ella. Había nueve hombres en esa habitación, Ivor, y sólo Dios sabe cuántos posibles pretendientes no se han enterado aún de que he vuelto a la ciudad. ¿Qué es lo que os ha hecho? Quiero decir, no es ninguna belleza, aunque tiene mejor aspecto que cuando me fui. Y no tiene méritos, y no es que no sea inteligente, eso sí, es una mujer inteligente. ¡Pero las cosas de las que habla! Cerdos, vacas y ovejas.

Malory se levantó riendo. —Criaturas fascinantes, las ovejas. ¿Sabe lo que ocurre cuando una oveja tiene trillizos?

Dorian se le quedó mirando, atónito.

—Las ovejas sólo tienen dos ubres, como una mujer. —Arqueó una gruesa ceja negra. —Maldita sea si no se ha puesto del color de los chorizos, Clayton. Es asombroso este asunto de la naturaleza. Nunca sospeché lo interesado que estaría con todo esto.

—Ahórremelo, —gruñó el conde incluso mientras mentalmente alineaba dos tetas y tres bocas succionadoras. —Pero no ha respondido a mi pregunta. Alice no se parece en nada a Barbara. Hubiera dicho que no es de su gusto. —El marqués le miró a los ojos, con toda su languidez habitual desaparecida. —No espero poder darle una respuesta razonable, Dorian. Pero hay algo que siempre me llama la atención cuando estoy con ella: lo llena de vida que está. Rebosante de ella, como un manantial o una botella agitada de champán. Todo le fascina, se alegra de cosas que yo ya había olvidado o que nunca había conocido. La verdad es que estoy encantado de que Alice no le atraiga, porque en su lugar, yo la habría quitado del mercado antes de que se juntara la competencia. Por supuesto, puede que prefiera a uno de los otros o a ninguno de nosotros. Tengo alguna esperanza, pero no hay indicios de que yo le interese más que el resto. Sólo le prometo que puede confiármela con toda seguridad si acepta mi oferta.

Blackstone era diez años mayor que él, pero parecía mucho más joven en ese momento, encendido con una exuberancia que Dorian no había sentido desde hacía más tiempo del que podía recordar. Una vez más sintió los mismos celos irracionales que había experimentado con

Neil.

No porque quisiera a Alice para sí, por supuesto. Ella era una pequeña arpía de mal carácter y lengua afilada, lo bastante astuta como para ocultar ese hecho a todos los hombres de Londres excepto a él.

Eso era algo a tener en cuenta. La cordera era una novedad, una maravilla de tres semanas, pero tarde o temprano estaba destinada a mostrar su verdadero ser. Por el bien de Malory, exigiría un período de espera. Ivor tenía derecho a ver a la gata infernal con las garras fuera antes de comprometerse. —Tiene mis bendiciones, —dijo formalmente, —pero si acepta, insistiré en un compromiso largo y privado. Alice es impetuosa y es probable que se lance a la primera oferta que reciba, aunque sólo sea para escapar de una tutela que considera onerosa. Y por el bien de nuestra amistad, quiero que comprenda bien en qué se está metiendo.

—¿De cuánto tiempo hablamos? —preguntó secamente.

—Seis meses, —decretó Dorian, deseando un año, pero dudando que pudiera salirse con la suya.

—Seis meses serán. Yo también lo quiero para estar seguros, amigo mío. Más que quererla para mí, quiero que sea feliz.

Eso lo decía todo, reconoció Dorian con una leve reverencia.

—Por ahora, —continuó Ivor enérgicamente, —la dejaré en manos de las hordas merodeadoras. No me molestará que los mande a todos a paseo, pero sea amable. El amor joven es tristemente apasionado.

Con un firme apretón de manos y una sonrisa claramente forzada, Dorian acompañó al marqués hasta la puerta antes de acomodarse para pasar revista al desfile de zagales. Era peor de lo que hubiera podido imaginar. Los hombres eran uniformemente necios y, si no hubieran seguido entonando miss Cranley y sus virtudes con la deferencia del canto gregoriano, habría jurado que cortejaban a otra persona. A la una en punto hizo una pausa para almorzar, enviando un refrigerio frío al salón, pero reservándose el brandy para él. También envió a un lacayo a casa de la tía Alison, rogándole que se excusara, con cierto retraso, de su encuentro con Alice y ordenándole que estuviera lista a las cinco para dar un paseo en coche por Hyde Park.

Su respuesta fue entregada justo después de que él se deshiciera del señor Farquhar, un papanatas rico y de mejillas sonrosadas con puntas de la camisa hasta las cejas. Farquhar se alejó corriendo con una sonrisa fatua en la cara, el sexto hombre que recibía dispensa para declararse a aquella lobezna con piel de cordero. Sin duda, todos ellos acabarían acampados en su salón, pero tal vez ella ya había aceptado a uno de ellos, a Malory.

Irracionalmente disgustado con esa idea, rasgó el sobre y vio de inmediato que Alice, la arpía, se mantenía fiel a las formas en lo que a él se refería.

Milord,

¿Son las cinco la hora apropiada para una visita matutina? ¡Ay, mis modales campestres! No obstante, espero obedientemente su encuentro, como he hecho estas semanas.

Pupila involuntaria del conde de Sebrington,

la señorita Alice Agnes Cranley.

Se le escapó una risotada, aunque le picaban los dedos de ganas de estrangular a su desagradecida pupila y a cada uno de los nueve hombres que le habían dado cinco de las horas más desagradables que había pasado en su vida. Su sentimiento de injusticia creció mientras se vestía con una levita azul y unos pantalones de gamuza, y no se sintió calmado ni por el perfecto corbatón que le había arreglado un Branson ampliamente sonriente.

Para cuando Dorian Clayton hizo girar su coche de caballos hacia Grosvenor Square, su temperamento rígidamente disciplinado e invariablemente frío había llegado a un punto de ebullición continuo.

Capítulo 18



Cada vez que sonaba la aldaba, como ocurrió con frecuencia a lo largo del día, Alice se ponía tensa y luego se enfurecía. Ivor Malory llegó el primero, se dio la vuelta, alejado con la excusa de un dolor de cabeza, y los caballeros que le seguían los talones fueron despachados de forma similar. ¿Dónde estaba su maldito tutor? Había prometido estar sola cuando él llegara y quería estarlo, pues su encuentro podía determinar todo su futuro. Si al menos le hubiera dicho algo anoche... si le hubiera dado alguna pista de lo que había averiguado en su visita a Chippenham.

Toda la noche había permanecido despierta pensando en la forma en que él la había saludado en el baile de lady Lieven, analizando cada palabra y cada expresión facial, las pocas que había con el conde, intentando averiguar qué pasaba por su reservada mente. Preguntándose si lo sabía, pero segura de que no, preguntándose si lo sospechaba y temiendo que lo hiciera, y a veces segura de que estaba jugando con ella antes de blandir el hacha.

¿Habían conseguido los sirvientes ocultarlo todo? ¿Les había llegado su mensaje a tiempo? Seguramente él no habría sido tan encantador, casi diría que amistoso, si lo supiera. Alice decidió finalmente que no lo sabía. Ni siquiera Dorian Clayton, que ocultaba todo vestigio de emoción natural, suponiendo que fuera capaz de sentir algo así, habría podido mantener ese comportamiento tan suave si lo hubiera sabido. No, su secreto estaba a salvo por el momento, aunque no es que sirviera de mucho. Si él no la dejaba ir a casa, ella no se sentiría ni estaría

mejor.

Durante todas las largas horas, desde que se levantó al amanecer hasta el interminable día, pasando por el cambio del “vestido apropiado para la mañana” al “vestido apropiado para ir a Hyde-Park” y la constante batalla para dominar su recalcitrante cabello y su temperamento aún más revoltoso, Alice se inquietaba y paseaba. Era un petardo encendido con una mecha muy corta cuando por fin se anunció al conde.

—Dígale a su señoría, —instruyó imperiosamente al lacayo, — que me reuniré con él en breve. —Que me espere él, pensó, metiéndose en la boca un segundo profiterol de la bandeja del té. Después de lavarse los dientes con agua de soda, se sentó en el borde de la cama hasta que pensó que él había esperado lo suficiente, y entonces cogió la sombrilla de volantes que hacía juego con su vestido color prímula y su spencer rojizo, se ató su retícula de cuentas a la muñeca y bajó con insolente deliberación por la escalera circular.

Su tutor esperaba en el vestíbulo, golpeando rítmicamente sus guantes contra unos muslos largos y musculosos. Alice esculpió sus labios en una sonrisa majestuosa. El aire entre ellos chisporroteaba con el calor blanco de los temperamentos mantenidos a duras penas bajo control.

—Señorita Cranley, —dijo el conde con una reverencia brusca.

—Milord, —murmuró ella, haciendo una reverencia demasiado baja como para ser creíble.

—¿Debo darle la enhorabuena y desearle toda la felicidad del mundo? —preguntó él fríamente.

Confundida ante eso, Alice se encogió de hombros y le cogió del brazo. —Generalmente ya soy feliz, —dijo, —a menos que haya venido a ensombrecerme el día.

Desconcertado al ver que ella no mencionaba el enjambre de pretendientes, Dorian la condujo fuera hasta su carruaje y la ayudó a sentarse en el estrecho banco. Cuando se hubo acomodado junto a ella, incómodamente consciente de su muslo presionando contra su cálida pierna, hizo que los zainos trotaran lentamente.

—¿No ha aceptado a ninguno? —inquirió, rompiendo un tenso silencio que se prolongó durante varias manzanas.

—¿Ninguno de quién? Maldita sea, ¿de qué está hablando?

—No diga palabrotas, señorita Cranley. —Dirigió los caballos hacia un lado de la carretera y frenó a la salida de Stanhope Gate. — ¿No le ha llamado nadie esta mañana?

—Desde luego, no mi puntual tutor, —se enfadó. —Estaba vestida y lista a las diez por si venía temprano, y sí, hubo otras personas que llamaron, pero las eché porque dijo que quería verme a solas. Recibí su mensaje sobre la una, almorcé y he estado esperando desde entonces. En general, ha sido un día de espera encantador, muchas gracias. Asique dígame, ¿qué le ha retrasado? No puede haber sido nada que yo haya hecho, porque lo único que he hecho ha sido cambiarme de ropa dos veces y esperarle.

—Mis disculpas, —resopló. —Yo también me he cambiado dos veces y me he pasado el resto del día recibiendo peticiones de mano. Nueve, para ser exactos, seis de las cuales he aceptado.

Un silencio sepulcral acogió su anuncio. Miró de reojo para ver unos ojos amplios y asombrados y una boca abierta. —Sí, seis, — repitió secamente. —¿Vamos a discutir sobre los otros tres?

—¿No es eso b-bigamia? —titubeó ella.

—Dos es bigamia. Seis es algo para lo que no conozco una palabra. Esperaba que todos se abrieran camino hasta su puerta y esperaba que ya tuviera una respuesta para mí. No me diga que no ha hablado con ninguno de ellos. ¿Ni siquiera con Ivor Malory? —El conde oyó celos en su voz y eso le hizo resentirse aún más. —Al parecer, ha pasado mucho tiempo a solas con usted.

—No… sí… algo. —Alice abría y cerraba su sombrilla con cada palabra, hasta que Dorian se la quitó con irritación y la arrojó debajo del banco. —Pero hoy no, —murmuró. —Hoy nadie, le he estado esperando.

Pequeña mentirosa. No había mujer viva que no fuera plenamente consciente de que nueve hombres venían a cortejarla. Estaba jugando con él. —¿No admitió a ninguno de ellos? —exigió saber.

—No admito nada en absoluto, excepto la larga espera durante horas. —Un rubor totalmente femenino tiñó sus mejillas. —¿Lo dice en serio? —preguntó ella con una voz que chirriaba de placer. — ¿Seis hombres pidieron permiso para casarse conmigo? ¿En serio?

—Nueve, —corrigió él, —pero Gilmore es un borracho, Rotherham un viudo con una manada de mocosos y Kelton un cazador de fortunas. El resto son aceptables, si decide aceptar.

—¡Bueno, diablos!

—¡Señorita Cranley!

—No me lo puedo creer. —Ella se removió de regocijo, y Dorian lo sintió hasta la raíz del pelo. —Nueve hombres quieren casarse conmigo. ¿Quién lo hubiera pensado?

—Yo no, —dijo con dureza. —Ni yo puedo creer este despliegue de... ingenuidad. Y por lo que tengo entendido, al menos uno de sus pretendientes ya ha hecho hasta insinuaciones físicas.

—¿Ha intentado besarme quiere decir? —aclaró ella, riéndose. —Que yo sepa... nada, no importa. Pero… ¿y qué? Intentar besar no significa besar, y nadie me ha forzado con éxito a nada que yo no quisiera, así que no hace falta que engraséis vuestras armas o lo que sea que hagáis los tutores cuando defendéis el honor de una dama.

—¿Tienes algún honor que defender? —preguntó secamente, y Alice se puso completamente blanca.

—Lléveme a casa, —susurró temblorosa, con los ojos fijos al frente. —Ahora, por favor.

Dorian se acercó a ella, pero dejó caer la mano en su propio muslo cuando noto que ella se estremecía. —Lo siento, —dijo al cabo de un momento. —Ha sido un día largo y duro, señorita Cranley. No tengo ningún derecho a desquitarme con usted, y ninguno en absoluto a decir algo tan horrible.

—¿Por qué es tan antipático conmigo? —preguntó ella con voz temblorosa. —De verdad, desde que se fue, lo único que he hecho es intentar complacerle. Me he dejado acicalar y manoseado y aparejado para todas las ocasiones posibles. He bailado hasta pensar que se me caerían los dedos de los pies de tanto pisármelos. He ido a sitios a los que no se debería hacer ir a nadie, y he escuchado a cantantes que no saben sostener una melodía y a chicas que deberían estar ensartadas en sus propias arpas. Me he atragantado con un pastel rancio en Almack's y he recorrido en cuadrilla todos los salones de baile importantes de Londres. Me han rizado el pelo con planchas calientes hasta estar segura de que acabaría calva como una bola de billar. Me he reído de chistes malos y he halagado a cada mojigato… uno incluso alguna vez pensó que el rojo cereza era un buen color para un chaleco. Lárguese de mi vida, Dorian Clayton, he hecho todas las cosas que se supone que debe hacer una debutante y he odiado cada minuto. Sobre todo, porque algunas partes fueron agradables, pero aun así lo odié casi todo. Deseaba tanto complacerle y demostrarle que estaba dispuesta a intentarlo, pero ahora, sin darme una sola oportunidad de decir nada, ya ha decidido lo que soy y lo que he hecho y se ha hecho una idea de lo que he hecho, igual que ya hizo antes. No hay nada que le complazca. Nada le hace feliz. Nada es lo bastante bueno para usted, y desde luego yo tampoco. Dios, por favor, sólo por favor, lávese las manos del problema que soy para usted y déjame ir a casa, a donde pertenezco.

Con los dedos fríos como el hielo, el conde volvió a tomar las riendas. —Yo decidiré a dónde pertenece, —dijo secamente. —Y usted me confunde. No pretendo ser crítico con lo que ha logrado. Estoy, digamos, asombrado. No esperaba que asaltara la ciudad como Aníbal y sus elefantes. Usted es, señorita Cranley, la joya de Londres, y estoy muy orgulloso de usted.

No sonaba orgulloso. Sonaba enfadado y resentido, y ambos lo notaron en su voz.

Alice se sorprendió de recibir siquiera un cumplido a regañadientes de aquel hombre y se asombró más de su propia reacción vertiginosa. Cosas revoloteaban en su garganta. Cosas cálidas se enroscaron en su interior. Lo miró confundida y apartó la vista inmediatamente. Parecía infeliz, y a ella no le gustaba verle así. Quería que volviera a sonreír, como le había sonreído a ella la noche anterior.

Le tiró de la manga. —Yo también estoy sorprendida, ¿sabe? — le dijo con franqueza. — Esperaba, como mucho, ser la alhelí mejor vestida de Londres, pero todo el mundo ha sido muy amable.

—Ummm, —fue su única respuesta, y Alice se dio por vencida. Si el hombre tenía cambios de humor, cosa que no era culpa de ella, ahora debía de estar en uno de ellos. El breve placer obtenido por su cumplido se evaporó rápidamente.

Ajustando su postura hasta imitar la de él, cruzó las manos sobre el regazo y miró con indiferencia a los transeúntes mientras su mente trabajaba furiosamente. ¿Cómo se atrevía a traerla a este lugar público cuando sabía que ella quería hablar con él a solas? Había ido a Hyde

Park alguna vez en carruaje y una vez en un altísimo faetón que la hizo sentirse, por primera vez, alta, pero esta tarde de primavera era excepcionalmente encantadora y parecía como si toda la gente importante de Londres hubiera acudido a dar su ritual paseo. Los que habían optado por pasear avanzaban más lento que los demás vehículos, y casi todas las miradas se volvían en su dirección y se mantenían durante más de lo debido hasta que la presión del tráfico los hacía avanzar. Eso nunca le había ocurrido antes, al menos no hasta tal punto. Debía de ser por el conde.

Le robó una mirada por debajo de las pestañas. Desde luego, era el colmo de la elegancia con su abrigo azul oscuro, su pantalón de piel de gamuza y su camisa de puntas almidonadas. Algunos de sus nuevos amigos, sobretodo los más jóvenes, se mostraban elocuentes sobre como atar adecuadamente una corbata de lazo, y ella había soltado una risita una tarde con una copia de

neckclothitania[15], un regalo Ivor Malory cuando le había preguntado a qué venía tanto alboroto sobre el tema. El nudo del corbatón del conde era una obra maestra, y ella lo estudió detenidamente.

Su expresión era la fría y cortés que ella había llegado a detestar, aunque asentía a los conocidos y una vez incluso sonrió, aunque brevemente, a un caballero mayor, probablemente su mejor amigo, pensó con desdén. Dorian Clayton podía caminar bajo un aguacero y no mojarse. Ningún viento despeinaría su cabello perfectamente peinado, ni ningún barro se atrevería a ensuciar su reluciente calzado. Tenía espejos que reflejaban menos brillo que aquellos zapatos.

—Avíseme, señorita Cranley, —dijo con gesto adusto, —si nos cruzamos con alguien a quien desee parar a saludar. Habrá notado que llamamos un poco la atención, y haría bien en sonreír y parecer que se divierte.

—Ya he oído antes ese discurso, —replicó ella. —Anoche, cuando bailó conmigo, sin ir más lejos. Y supongo que todos le están mirando a usted, milord, así que haría bien en seguir su propio consejo.

—¿Por qué imagina que me están mirando? —preguntó él con curiosidad.

—Porque es espléndido, por supuesto. —Ella le miró con admiración no disimulada. —Todos los hombres quieren parecerse a usted y vestirse como usted y conducir un equipo de jamelgos como estos preciosos zainos. Y todas las mujeres quieren estar sentadas aquí a su lado.

Dorian sintió un calor desacostumbrado bajo el cuello. No le extrañaba que los hombres hicieran cola para declararse si ella los halagaba de esa manera. Incluso consiguió sonar sincera. —No utilice esa táctica conmigo, señorita Cranley, —la reprendió.

—No puede, siéntese, cállese, sonría, señorita Cranley. Tenga un aspecto agradable, señorita Cranley. Límpiese e intente ser civilizada, señorita Cranley.

Él se giró ligeramente hacía ella, mirándola con esa mirada altiva y aristocrática que siempre le hacía querer patearle.

—Solo practico, —le informó ella alegremente. — Asegurándome de no olvidar ni una sola orden. ¿Cuántas granjeras tienen la suerte de ser instruidas por un dechado de buenos modales?

—Mocosa, —dijo él con frialdad. La muchacha le enfurecía a la vez que le hacía reír. Aunque debía guardarlo para sí mismo, porque no estaría bien que ella pensara que ese comportamiento era remotamente divertido, pero era condenadamente difícil mantener la cara seria cuando las comisuras de su boca se torcían de esa manera pícara justo antes de clavarle la aguja.

—Sapo odioso, —respondió ella en el mismo tono de voz que él había utilizado para llamarla mocosa.

Mordiéndose el labio, hizo pasar el carruaje entre un grupo de jinetes y de repente gimió. —Oh, no, —murmuró, y Alice levantó la vista para ver un ceño fruncido en su rostro, que se desvaneció tan rápido como vino, y una efímera media sonrisa se dibujó en sus labios. —Por el amor de Dios, señorita Cranley, mantenga la boca cerrada y superemos esto de la forma menos dolorosa posible.

—¿Superar qué?

—Lady Bixford está a unos veinte metros delante de nosotros, y se lanzará bajo las ruedas antes de dejarnos pasar sin decir una palabra. ¿La conoce?

Alice echó un vistazo al frente, y no había duda de a qué mujer se refería. Una mujer bajita y de aspecto terrorífico, con el torso de una paloma sobrealimentada, apareció dispuesta a saltar en su camino, flanqueada por dos compañeras igualmente antipáticas, una criatura flaca y angulosa que parecía una araña de patas largas y la otra una mujer rechoncha de labios fruncidos y mejillas regordetas. Las tres iban vestidas con ropa carísima y sin gusto alguno, pues no es que el sentido de la moda pudiera haber ayudado a ninguna de ellas. Tenían, vio Alice enseguida, almas feas a juego con sus rostros poco atractivos y sus expresiones maliciosas y depredadoras. —No lo creo, —dijo pensativa, —aunque el apellido Bixford me suena.

—Uno de los jinetes del apocalipsis, sin duda.

Alice se giró con cara de asombro. ¿Acaba de hacer una broma?

—Esas arpías son las peores cotillas de Londres, —continuó entre dientes. —Tontas, pero aceptadas en demasiados sitios porque ningún escándalo escapa a sus oídos y a sus lenguas. Tía Alison se mantiene al margen de ellas, al igual que yo, y no te habrá presentado ante ellas. Supongo que se sienten excluidas de tu asombroso éxito y están buscando sangre.

—Bueno, está usted perfectamente a salvo, milord, —le aseguró Alice. —Ningún escándalo podría asociarse a su impecable comportamiento.

La calesa que seguían aminoró la marcha mientras sus pasajeros charlaban con amigos a caballo, y Dorian aprovechó la oportunidad para poner al corriente a la señorita Cranley de algunas verdades caseras que había creído innecesario mencionar hasta ahora. —Su acampada ante mi puerta no pasó del todo desapercibida, —le informó escuetamente. —Afortunadamente, tenía un aspecto tan poco respetable que nadie podía estar seguro de quién o qué estaba allí, y yo

me vi obligado a inventar a un mendigo abandonado alegando parentesco lejano y esperando una limosna.

—Ni un alma, milord conde, creería que usted pudiera tener parentesco con un vagabundo de cualquier tipo, por lejano que fuera, —replicó Alice con malicia.

—Dije que era el sobrino de un criado, —espetó.

El hoyuelo de Alice se hizo evidente. —De Pearson, por supuesto. Seguro que tiene parientes que se sentarían bajo la lluvia durante horas y yo también los dejaría allí durante horas, —añadió ella con mordacidad.

—Señorita Cranley, es usted incorregible, —dijo él con una sonrisa, aunque ella sospechó que la había sacado sólo para desarmar a las tres francotiradoras que les acechaban. —Y no disfruto diciendo mentiras.

—Los caballeros nunca mienten, —convino ella piadosamente. —¿Les contamos la verdadera historia? Les alegraría el día.

—No se atreva, —gimió él. —Quiero que parezca lo más agradablemente inocente posible. Yo hablaré.

—¿Y qué más? —Ella le observó controlar a los inquietos caballos con un ligero y magistral movimiento de las riendas y percibió el poder contenido en sus manos. De repente fue muy consciente de él, de sí misma sentada prácticamente en su regazo en el estrecho banco, de la pierna larga y dura presionando contra la suya. Vagos pensamientos ilícitos emplumaron los bordes de su mente. Pensamientos escandalosos.

—Por encima de todas las cosas, debemos evitar el escándalo, —dijo él.

Tomada por sorpresa, Alice rompió a toser, lo que provocó una mirada de advertencia del conde.

—Compórtese, —le reprendió.

Con un movimiento de cabeza, Alice sofocó deliberadamente las provocativas sensaciones que habían amenazado con desmontarla. El hombre es un sólido bloque de hielo, se recordó a sí misma, un iceberg. No debe permitirse fantasías imposibles, por muy seductoras que fueran. Pero el escándalo, ah, era una idea digna de consideración. De repente, Lady Bixford parecía una opción muy atractiva. No haría falta mucho para ponerla a hacer lo que mejor sabía hacer, y el conde nunca soportaría ninguna deshonra unida a su nombre. Seguramente mandaría a paseo a su pupila de mala reputación si ella... pero no podía hacerlo.

Al menos, todavía no. Por un lado, había conseguido eludir la conversación que ella llevaba esperando casi un mes, y era justo tenerla con él antes de echarlo a los lobos. Y por otro lado... maldita sea... estaba Lady Alison. ¿Cómo iba a pagar la amabilidad de Alison con un escándalo?

Una larga charla con lady Bixford forzaría al conde, y si él intentaba retenerla en Londres más

de lo debido, ella lo haría, pero tendría que ser su último recurso. No, el último recurso sería decir toda la verdad. Eso sí que sería un escándalo de proporciones monumentales.

—¿Se comportará? —le preguntaba mientras el carruaje avanzaba de nuevo. —Antes atropellaré a las tres que dejarle hablar si no puede controlarse.

Sus manos se crisparon, y si hubiera tenido las uñas lo suficientemente largas, se las habría rastrillado por la cara. El conde de Sebrington tenía una manera de tomar cualquier buena intención que ella pudiera estar tratando de preservar e insultarla justo cuando más dependía de su buena voluntad. —Bueno, hágalo bajo su propio riesgo y voluntad, —contraatacó ella. —Atropéllelas o deténgase y vea qué pasa.

Capítulo 19



Lady Bixford se plantó directamente cortando el camino y, con un gemido casi imperceptible, el conde paró obedientemente su carruaje sobre un pequeño trozo de hierba. Mientras los caballos se ponían a masticar alegremente, las tres brujas se pusieron a preparar su veneno. Lengua de víbora, pensó irreverentemente.

Alice pareció leerle la mente. —Directamente de Macbeth, ¿no le parece? —susurró ella sin mover los labios.

—Milord, no le he visto desde hace años, —siseó Lady Bixford. Se acercó al carruaje y levantó la mano en un gesto inconfundible.

El conde saludó con la mano a centímetros de su muñeca con los labios tensos. —Mi querida señora, qué encantador volver a encontrarme con usted. Les presento a mi pupila, la señorita Alice Cranley. Alice, ésta es lady Constance Bixford, su hija Gerardina y su acompañante, la señorita Eleanor Darndale.

—Dawndale, —le corrigió la mujer araña.

—Perdone mi lamentable acento, —dijo suavemente el conde. —Todos esos años en Francia, ya sabe.

—Todo un héroe, según tengo entendido, —rezongó Gerardina. Sus pestañas aleteaban como ropa sucia en un viento fuerte.

—En absoluto, —protestó. —Simplemente un transmisor de información.

Y eso, pensó Alice, era algo con lo que estas brujas podían identificarse. —¿Cómo está usted? —dijo cortésmente, pero nadie se dio cuenta. Toda la atención estaba centrada en el conde.

—Fue un poco chocante, —argumentó Lady Bixford, —que se ausentara de Londres justo cuando su pupila hacía su tardío debut. Uno podría haber pensado que estaría aquí para ayudarla a superar las dificultades, por así decirlo.

—Pero la señorita Cranley no necesitó ayuda en absoluto, como bien sabía, —respondió él con serenidad. —Naturalmente, esperaba disfrutar de su triunfo, y sólo asuntos apremiantes podrían haberme mantenido alejado.

—Ella fue ciertamente una sorpresa para todos nosotros, —dijo la araña.

—Supongo que muy pocas cosas son una sorpresa para ustedes, —observó el conde levantando una ceja. —La señorita Cranley ha formado parte de la familia durante años y era una pupila especial de mi padre, pero hasta ahora había optado por permanecer en Kent. Estuve encantado cuando aceptó venir para la temporada.

Para ser un hombre al que no le gustaba decir mentiras, pensó Alice con fastidio, era terriblemente bueno en ello.

—¿Y eso por qué, querida? —canturreó Lady Bixford.

Por un momento Alice no se dio cuenta de que la mujer se dirigía a ella. Levantó la vista de un intenso estudio de sus dedos para ver tres pares de ojos ávidos sondeando en busca de una explicación. A su izquierda, un par de ojos ligeramente ansiosos le imploraban que mantuviera la boca cerrada. Pero era tan tentador.

Ella se resistió. —¿Cómo iba a imponerme a alguien que había sido tan bueno con mi familia? —fingió. —El tío Albert, que insistió en que le llamara así, me imploraba una y otra vez para que viniera a Londres, pero yo sabía que prefería su soledad, y por supuesto también estaba preocupado por su hijo, ocupado con todo ese peligroso asunto en Francia. Ningún momento parecía el adecuado.

—Muy considerada, estoy segura, —concedió Lady Bixford dubitativa. —Debió ser una prueba para usted, sabiendo que la mayoría de las jóvenes debutan a una edad, digamos, más temprana.

Esta mujer podría dar lecciones a una serpiente, pensó Alice ácidamente, consciente del muslo del conde contra el suyo, noto que estaba tenso por la expectación. Sabía que él estaba esperando a que ella perdiera los estribos, aunque extrañamente ni siquiera estaba cerca de hacerlo. Lady Bixford y sus compañeras estaban eran ridículas, y ella estaba empezando a disfrutar del juego porque veía al conde preocupado por cómo lo jugaría.

Bajó la cabeza con recato. —En tiempos turbulentos, todos debemos hacer sacrificios, —dijo humildemente. —Era lo menos que podía hacer. Usted sabe que el tío Albert y su hijo, ahora mi querido tutor, —se secó los ojos sin lágrimas, —estaban tan ocupados en intrincados asuntos de estado que yo habría sido una carga cuando Inglaterra más los necesitaba. De hecho, estaba resignada a mi destino, decidida a vivir como una solterona hasta que milord insistió en que ya no había necesidad de tal abjuración. —Levantó la cabeza, con un aspecto en cierto modo glorioso, como una estatua del Ángel de la Victoria.

Dorian se sintió como si estuviera retozando en un prado verde junto a un lago, aunque nunca lo había hecho. ¿Abjuración? Qué mentira más buena, eso no había forma de contrarrestarlo. Su respeto por Alice, generalmente reprimido, se elevó a los cielos. También volvió a oír la vocecita que parecía haber fijado su residencia en su cabeza, recordándole que no la subestimara.

Aturdida, Lady Bixford se resistía a soltar a su presa sin un gramo de carne entre los dientes que escupir en las fiestas de la noche. Desechó a la inmaculada de ojos aguados con un gesto de la mano y centró su mirada en el conde. —Parece que todo el mundo está aquí hoy, —dijo socarronamente. —Hace sólo unos minutos, mientras paseábamos por el Serpentine, vislumbré una preciosa cisne.

El conde se puso a la defensiva, y Alice sintió su ira como el inicio de una tormenta eléctrica. Mirando hacia el lago, vio muchos patos, pero ningún cisne entre ellos.

—¿De veras? —pronunció Dorian con una voz demasiado aletargada para un hombre consciente.

—No puede perdérsela, —dijo sibilinamente Lady Bixford. — Confío en que tendremos su compañía en casa de Lady Sefton esta noche. Todos los que tienen un nombre estarán allí.

Junto con algunos que deberían ser pisados con una pesada bota, pensó Alice.

—Ay, —se lamentó el conde, —estamos invitados en otro lugar. Una pequeña reunión, y a la que preferiría no unirme, pero es tan difícil rechazar al Príncipe cuando se muestra importuno.

—Así es, —convino Lady Bixford como si lo supiera. —Hasta otra ocasión.

Con esfuerzo, el conde contuvo a los caballos hasta que las mujeres se apartaron del camino.

—Dios mío, —suspiró Alice, —qué víbora. Cuando alguien estrangule a esa bruja, confío en que la disecarán y la pondrán en un campo para espantar a los cuervos.

—Ummm.

—¡No diga que está disgustado conmigo! Pensé que había manejado el asunto bastante bien, considerándolo todo. Usted también, claro. —Ella le miró y vio que sus ojos barrían de un lado a otro, como si esperara una emboscada. —¿De qué cisnes hablaba, por cierto?

—Debió de equivocarse, —murmuró.

—Es difícil confundir un pato con un cisne, —dijo ella con escepticismo, —aunque Lady Bixford probablemente se mire en el espejo y vea a un ser humano. ¿Ha terminado ya con este paseo para que podamos ir a algún sitio a hablar?

De todas las alternativas, ninguna de ellas buena, Dorian decidió que prefería enfrentarse a Alice si tenía la suerte de que le dieran a elegir, pero no la tuvo. Una mirada hacia arriba le confirmó un Cisne en línea recta y ninguna forma de darse la vuelta. Apenas pudo ignorar el reluciente faetón blanco y a su exquisita conductora. Dorian se preguntó brevemente si su

carruaje sería lo suficiente veloz si lo dirigía hacia el Serpentine, sabiendo que era imposible. Su única esperanza era que los dos vehículos pudieran adelantarse sin incidentes. Evangeline sabía que no debía montar una escena, y Alice había demostrado ser capaz de evitar una. Quizá no pasara nada. Puede que Alice ni siquiera se diera cuenta.

¿A quién intentaba engañar? Era imposible no fijarse en Evangeline cuando desfilaba. Por otro lado, era poco probable que su ingenua pupila reconociera a alguien como ella. Con un gesto cortés de la cabeza y un levantamiento de cejas de advertencia, pasaría por delante de ella sin más. Seguramente el Cisne no encontraría ninguna amenaza en este inofensivo trozo de gorrión, a pesar de que Alice brillaba con un vestido de color prímula y estaba asombrosamente guapa para ser una chica sin encantos. Sólo deseaba haber tenido la oportunidad de explicárselo. Evangeline no podía saber lo irrelevante que era aquella chiquilla para su propia relación. ¡Que se la lleve el diablo! Después de desarmar hábilmente a lady Bixford, ¿se verían picoteados en público por una belleza celosa y de cuello largo cuyo sustento dependía, al menos por el momento, de su interés por el conde?

Decidido a parecer muy poco interesado por Alice, se colocó en su postura más señorial y se movió un palmo, sintiendo inquietantemente el renunciar al tacto de la pierna de ella contra la suya. De repente, el faetón blanco estaba directamente junto a ellos, con Evangeline sonriendo dulcemente desde la elevada percha. Maldita sea, pensó el conde.

—Madre mía, —dijo Alice en un tono de asombro. —Qué hermosa es. Exactamente lo que siempre quise ser. ¿La conoce, milord?

—No la conozco, —dijo entre dientes.

El Cisne levantó una mano enguantada en un grácil gesto. — Dorian, —dijo con una voz vibrante, —me alegro de verle.

—Señorita Evangeline, —gruñó él hoscamente. —Hoy está usted excepcionalmente encantadora.

La sonrisa de Evangeline, como la de la Mona Lisa, era indescifrable. —Por el momento debo ir a otro lugar, pero sin duda tendremos ocasión de ponernos al día en los próximos días. —Los días sonaban más como noches en su peculiar voz de dormitorio. Asintiendo agradablemente a Alice, hizo pasar hábilmente su par de caballos blancos, a juego con su vestimenta, por delante del carruaje del conde.

Dorian parecía congelado en su sitio.

—Estamos reteniendo el tráfico, —advirtió Alice, clavándole el codo en las costillas. —Qué belleza, —continuó pensativa mientras él volvía a la fila de carruajes. —Pero, ¿cómo sabía su nombre si no la conocía? Debe ser su amante, ya que no nos presentaste como es debido.

El carruaje viró bruscamente.

—Cielo santo, milord, procure mantenerse en el camino. Todo el mundo nos observa.

—No tengo una amante, —soltó sin darse cuenta y, ante la cara de asombro de ella, prosiguió diciendo. —Y aunque la tuviera, no es cosa suya. Al diablo con ella, debería haber controlado su lengua cuando estoy con una dama.

—¿y qué iba a hacer ella, pasar como si no existiera?

—¡Sí!

—¿Se da cuenta de que acaba de llamarme dama?

Las comisuras de sus labios se crisparon ligeramente. —Bajo coacción, —señaló. —Y a partir de ahora, debe olvidar la existencia de esa mujer.

Alice suspiró exageradamente. —¿Cómo voy a olvidar a la personificación absoluta de mis sueños? Debo decir que tiene un gusto excelente, milord.

Se atragantó, mientras sobrepasaban Tilbury. —Alégrese de que estemos en un lugar público, Señorita Cranley, o la tomaría sobre mis rodillas y le daría un par de azotes.

—¿Aquí? —gorjeó ella alegremente. —Lady Bixford estaría encantada de ver eso.

Mirándola fijamente, con la palma de la mano picándole de ganas, Dorian se preguntó brevemente si valdría la pena.

—Milord, —dijo ella, seria de nuevo, —aún no hemos hablado y estoy ansiosa por saber cómo van las cosas en casa.

—Le llevaré de vuelta a casa de tía Alison, —dijo él bruscamente, — allí podemos hablar. —Un silencio tenso e infeliz los envolvió como la niebla.

Descubrieron que tía Alison estaba cenando fuera con unos amigos, lo que no agradó en absoluto al conde. Había esperado utilizarla como amortiguador entre su propio fastidio y el fastidio de Alice. Su ira era tan intensa como inexplicable, pues por derecho era él quien tenía derecho a una muestra de mal genio después del miserable día que había soportado. Pero nunca se conseguía nada consintiendo emociones de ningún tipo, así que cuanto más se enfadaba Alice, más se enfriaba él. Estoicamente, preparó el té en el salón de arriba y se dejó caer rígidamente en una silla.

La cordera, claramente dispuesta a pelear, se paseó inquieta hasta que la criada se retiró. Entonces se volvió hacia el conde con ojos fulminantes. —¿Cómo se atreve a hacerme esperar todo este tiempo? —dijo echa una furia. —Dijo que volvería en una semana.

—Lamento si le he inquietado, querida, —replicó él con frialdad, —pero tengo preocupaciones que no le conciernen.

Además, por lo que he visto, se ha mantenido muy ocupada.

—He bailado a su son, si es a eso a lo que se refiere.

—Siéntese, señorita Cranley, —le dijo en voz alta. Ella pareció sorprendida, como si no se hubiera dado cuenta de que estaba de pie. Dorian observó la bandeja y seleccionó una galleta cubierta de chocolate. —Si imagina que una muestra de mal genio me impresionará, —hizo una pausa para darle un bocado a la galleta, — le ruego que recuerde nuestras discusiones anteriores.

—Preferiría que no, —murmuró ella, dejándose caer en su silla. —Me lleva más allá de toda paciencia, y tengo muy poca en el mejor de los casos. —Ella le miró con curiosidad mientras mordisqueaba la galleta. —¿Por qué, —se preguntó en voz alta, —es la única persona, sin contar a Pearson, con la que no me puedo llevar bien?

Él mismo se lo había estado preguntando. Aunque no era de los que atraen amigos a menos que se esfuerce, cosa que rara vez ocurría, sin embargo, hacía pocos enemigos. Deliberadamente, se propuso ser conciliador. —Por alguna razón, —admitió, —no sacamos lo mejor el uno del otro. Y sé que debe de ser especialmente frustrante para usted, teniendo en cuenta que yo tengo todas las cartas en mi mano.

—Aún no se han repartido todas las cartas, —advirtió ella. Cuando él le ofreció amablemente un plato de sándwiches, ella lo rechazó con la mano, resistiendo a duras penas el impulso de ver cómo le quedarían unas rodajas de pepino por la cara. —Por el amor de Dios, ¿podemos seguir con esto? ¿Qué pasó en la finca?

El conde se encogió de hombros. —Pasé tres días inspeccionando la propiedad y revisando las cuentas. Por cierto, ¿qué ha sido de los registros de la casa? No se encontraban por ninguna parte.

Fue el turno de Alice de encogerse de hombros. —Estaban allí cuando me fui. ¿Qué le ha parecido?

Acomodándose de nuevo en la silla, entrelazó las manos y la miró pensativamente. —Creo, —dijo al cabo de un momento, —que es usted una gerente devota y hábil, querida por su personal, muy apreciada por sus vecinos y, en conjunto, una hechicera.

Con los ojos muy abiertos, Alice le miró asombrada. Disfrutando de su atónita reacción, continuó con voz suave e inexpresiva. —Puede imaginarse que no era yo un huésped deseado, pero aunque tenía la clara impresión de que me ocultaban cosas, no había duda de sus, —el fantasma de una sonrisa parpadeó en su rostro, —logros.

Alice le miró con suspicacia, nunca estaba segura de cuándo estaba bromeando.

La impresión se desvaneció cuando sus ojos se volvieron severos. —De hecho, con el restablecimiento de su asignación y los fondos para compensar la falta durante el año pasado, no hay razón para que Chippenham no pueda ser dirigido siguiendo las líneas que usted ha establecido tan bien, pero con beneficios bajo la dirección de un administrador.

—¿Qué?

Ignoró la interrupción. —Los ingresos de la granja suplirán lo suficiente para sus necesidades personales, y la finca se mantendrá en fideicomiso para sus hijos, yo mismo me encargaré de que eso quede escrito en las capitulaciones matrimoniales. Mis felicitaciones, señorita Cranley. De un modo u otro sigue usted sorprendiéndome, y nunca tanto como cuando la vi anoche en el baile de Lady Lieven. Cada vez estoy más convencido de que no hay nada que usted no pueda hacer si se lo propone, incluida la distinción de atraer a un buen número de solteros elegibles de Londres a la trampa de pasar por la vicaría. Ahora sólo tiene que hacer su elección.

Una vez más, Alice se puso en pie, prácticamente cara a cara con el conde. —Elijo, —le informó con punzante claridad, —irme a mi casa.

Dorian cruzó los brazos sobre el pecho. —Ay, me temo que ésa no es una de sus opciones, —dijo con ecuanimidad. —Confieso, con toda humildad, que no esperaba que encandilara a tantos potenciales maridos, pero seguro que alguno de ellos cuenta con su aprobación. Tal vez haya incluso un pretendiente dispuesto a vivir con usted en Kent o a enviarla allí por sus propios medios. —La miró con seriedad. —Aunque sólo sea este el motivo, querida, debe querer tener hijos.

Para su horror, una lágrima solitaria se formó en el rabillo del ojo y recorrió su mejilla. —Me encantan los niños, —dijo ella en voz baja, y con evidente esfuerzo, se controló, —pero ya hay muchos niños en la finca y no deseo casarme.

—Su única otra opción, —dijo él implacablemente, —es continuar conmigo como su tutor, y no puedo ni imaginar que desee hacerlo.

Alice parecía una asesina en ciernes. —Si soy todo lo que dice y he hecho todo lo que ha admitido, ¿por qué no puede confiar en que tome mis propias decisiones?

Era una buena pregunta, una que hizo que el conde se pusiera en pie. Se acercó a la ventana, con la mirada perdida en el crepúsculo. ¿Cómo podía responder cuando él mismo ya no estaba seguro de lo que le impulsaba? Algún instinto oscuro e irracional le decía que esta joven no debía estar sola, llevando cargas que ya había demostrado que podía soportar. Ella necesitaba algo más, pero él no sabía qué era. Había pensado en un marido e hijos, y aún lo pensaba, pero ¿cómo convencerla? No había duda de que la había manejado mal desde el principio, pero él era un inepto en asuntos personales y Alice lo llevaba todo a lo personal. No se podía manipular como en una crisis política ni debatir con ella sobre bases lógicas. La controlaba, a duras penas, porque tenía la sartén por el mango y el derecho legal, pero ya no estaba tan seguro de que su visión de las cosas fuera la mejor para ella.

Con un suspiro, se dio la vuelta. Alice estaba de pie mirándole con un atisbo de desesperación en los ojos, con sus pequeñas manos aferrándose a sus faldas.

—Debemos llegar a un acuerdo, —dijo él sin rodeos. —En una cosa no transigiré. Si regresa a Kent, se contratará a un administrador para que administre la granja. Si surgiera alguna disputa entre ustedes, el asunto se me remitirá. Sin embargo, insisto en que permanezca en Londres mientras dure la temporada, y le pido que considere con mente abierta las ofertas que ha recibido y las que aún pueda atraer. Sólo unas semanas, Señorita Cranley. ¿Qué daño puede hacer?

—¿Cómo puede decir en un suspiro que soy una buena gestora y con el siguiente contratar a alguien para que me sustituya? ¿Qué sentido tiene eso?

No estaba seguro. Probablemente porque era una mujer. Una mujer brillante, tenaz y obviamente competente, pero una mujer al fin y al cabo. Ya había dicho que no se comprometería, pero quizá lo acabara haciendo. La dejaría que imaginara que iba a estar sometida a un empleado, quizá eso la incitara a elegir marido, y entonces él podría librarse de ella con la conciencia tranquila. Si persistía en esa determinación infernal de malgastar su tiempo entre ovejas y vacas…

Dorian se pasó los dedos por el pelo. Señor, qué cansado estaba de luchar contra ella. Sintió el impulso equivocado de rodear a Alice con sus brazos y asegurarle que todo iría bien.

—¿Y bien? —preguntó furiosa.

—¿Ha considerado, señorita Cranley, que lo que ha empezado tan bien puede continuar igual de bien sin usted?

—No tiene ni la menor idea de lo que he empezado, —acusó ella. —¡Ganancias e ingresos y administradores! No intentamos ganar dinero, milord, no criamos ovejas ni cebada ni ganado para vender. Acogemos a hombres heridos sin otro lugar a donde ir y los formamos para que se

ganen la vida por sí mismos, con dignidad. El único beneficio que obtengo es cuando una finca contrata a uno de esos hombres. La única recompensa que espero no se cuenta en monedas. Usted y yo no hablamos en absoluto el mismo idioma.

Sus ojos se entrecerraron. —No he visto a esos hombres, —dijo lentamente, —ni ninguna prueba de lo que usted describe. —Cuando ella empezó a protestar, él la cortó con un gesto de la mano. —No, no discuto lo que dice, señorita Cranley. Como le dije, las cosas no parecían precisamente normales cuando estuve allí, y Travis me explicó que no podía haber trabajo para pastores sin ovejas. Todo se restablecerá a su debido tiempo. —Examinó una pequeña mancha en la punta de sus pulidas Hessian. —Pero, ¿es usted absolutamente indispensable, querida? Estoy convencido de que la granja seguirá muy bien sin su ayuda. Cuando Alice no respondió, levantó la vista para verla ligeramente inclinada, con los brazos alrededor de la cintura y la vista baja.

—¿Señorita Cranley?

Ella sólo negó con la cabeza.

¿Qué había dicho que estuviera tan mal? Parecía como si le hubieran arrancado el suelo de debajo de sus pies. Todo lo que él quería decir era que ella había hecho un buen trabajo y que ahora podía perseguir sus propios intereses como cualquier otra joven atractiva. Dio un paso en su dirección y la vio estremecerse. Deteniéndose inmediatamente, bajó el brazo que había tendido hacia ella, sintiéndose repentinamente impotente. —Puede irse a casa en junio, —le dijo inexpresivamente. —Hasta entonces, señorita Cranley, intente divertirse. —Sin decir nada más, salió de la habitación.

Mirando subrepticiamente por encima del hombro mientras cerraba la puerta, Dorian apretó los dientes. Una imagen se fijó en su mente: Alice con la cabeza inclinada, las lágrimas corriéndole por la cara. Alice acurrucándose contra sí misma por el dolor. Él la había herido, le había fallado.

La imagen nubló su visión mientras conducía hacia el nido del Cisne, donde planeaba hacer las paces con Evangeline y pasar la noche. Pero en el último momento, siguió de largo sin detenerse y guio el faetón hacia Hyde Park. Durante largo rato, rodeó Rotten Row en la oscuridad.

Capítulo 20

Susan observó Vauxhall a través de unos ojos brillantes como el champán. Todo parecía brillar, desde los árboles iluminados con faroles hasta las joyas que centelleaban en las gargantas, muñecas, orejas y pañuelos de las bailarinas. Hasta el cielo despejado brillaba con las estrellas. Una brisa fresca le alborotó el pelo.

—¿Está disfrutando de este baile mágico? —Ivor Malory se acercó para tocarle la muñeca, reclamando su atención. Había recibido muy poca en toda la velada. El palco privado de la cena estaba lleno de caballeros que se acercaban a Alice, y los rezagados revoloteaban en segundo plano, preparados para saltar si se abría un hueco.

—Enormemente, —contestó ella, dejando ver sus hoyuelos. — Lo mejor es estar fuera, donde podemos respirar. Debo de ser la única persona en Londres que piensa que un "amor no correspondido" es realmente triste. Se me escapa cómo alguien con sentido del olfato puede pasárselo bien en un baile.

—Lo mismo dije yo la otra noche, —intervino el vizconde Toliver, —en mi club.

Alice le dedicó una sonrisa, que se convirtió en mueca cuando su mirada se encontró con los burlones ojos negros de Ivor. Si ella sostenía que el sol salía por el oeste, Toliver la respaldaría.

Reynard Chumley se acercó para ofrecer su plato con lonchas de jamón finas como el papel, Lawrence Pemberson le untó galantemente con mantequilla un panecillo recién hecho y Darryl Kelton le rellenó su copa de champán. Alice se sentía como una princesa en el palco real, el centro de atención, el foco de la velada. Imposible no estar mareada, después de bailar hasta que las suelas de sus zapatillas estaban hechas jirones. El jamón le dio sed y bebió más champán.

Los ojos de Malory se entrecerraron al ver su copa nuevamente rellenada por la mano siempre dispuesta de Kelton. Le sorprendió que tía Alison le permitiera entrar en el palco o que el hombre se atreviera siquiera a hacer acto de presencia, pues seguramente Clayton le habría advertido. El baronet era un conocido jugador, bebía tanto como jugaba y estaba endeudado hasta las cejas. A menos que encontrara a la hija de un rico comerciante ávida de un título, Kelton pronto estaría de camino a la prisión de Fleet. Llamando a un camarero, Ivor pidió una jarra de limonada helada y apartó discretamente la copa de champán del alcance de Alice.

—¿Cuándo son los fuegos artificiales? —le preguntó ella, tirándole de la manga. —Estoy deseando verlos.

—Están en sus ojos, —dijo Kelton con suavidad.

Alice soltó una risita. —Oh, bien dicho, Darryl. Muy poético.

—Esa fue exactamente mi observación el otro día, —le informó Toliver. —Ojos como fuegos artificiales.

Alice levantó una ceja interrogante. —¿En su club, milord?

El vizconde enrojeció. —No es apropiado hablar de damas en ese lugar, —exclamó. —No es apropiado hablar de damas en ningún lugar.

—¡Vaya, qué rima tan excelente! Eres todo un poeta, Harold.

—Eh… eso es exactamente, lo dije en un poema. —Se pavoneó. —Estoy componiendo un soneto a su belleza.

—Pero qué encantador. ¿Nos citará algunos versos?

—Sólo para sus oídos, Señorita Cranley. Aunque debo decirle que Alice no es un nombre fácil de rimar.

Su frente se arrugó. Supongo que es verdad. —¿Qué le parece? Una vez me enamoré de Lillian, pero pronto la dejé por la bella Alice. O, esta mañana me he batido en duelo con un orangután, que se atrevió a insultar a mi querida Alice.

Malory hizo un gesto de dolor.

—Me parece que igual debería probar con Cranley, a ver qué tal, —le aconsejó Alice alegremente.

—¿Limonada? —Malory le tendió un vaso lleno, que ella aceptó con un guiño. —Los fuegos artificiales comenzarán dentro de una hora, Señorita Cranley. ¿Ha visto alguna vez una exhibición?

—No, nunca. Bueno, una vez, en una feria campestre, pero llovió por la tarde así que los cohetes se humedecieron un poco. Se disparaban en el aire, hacían “plof”, echaban un poco de humo y nos llovían cenizas sobre la cabeza. Pero a veces salían chispas de colores, como luciérnagas rojas y verdes, y eran gloriosas. ¿Podremos verlos desde aquí?

—No muy bien, —afirmó Kelton. —El efecto no es el mismo por las luces.

—Nos moveremos a un lugar mejor cuando se acerque la hora, —le aseguró Malory.

Cuando la orquesta se dispersó para tomar un refrigerio, un grupo de malabaristas alegremente ataviados entró para entretener a la multitud. Alice los observó durante un rato, sorbiendo su limonada, preguntándose por qué la velada había sido tan aburrida. Debería haber sido perfecta, una templada noche primaveral arremolinada con luces y música. Hombres guapos pendientes de cada una de sus palabras. La embriagadora euforia del champán y la promesa de fuegos artificiales. Incluso se sentía atractiva en su vestido de sarcenet dorado pálido con zapatillas de seda a juego y guantes de gamuza.

Pero estaba aburrida, y sabía por qué. tía Alison había insistido en que hacía tiempo que debía pasar una velada tranquila, pero cuando Ivor Malory apareció con una sorpresa a la hora del té, la baronesa cambió rápidamente de opinión. El coronel Pottersby, un viejo amigo del regimiento de su difunto marido, estaba en casa para un breve descanso. Decidiendo que convenía una celebración, eligieron hacer una pequeña fiesta privada en Vauxhall, pero en el ajetreo de la preparación, a nadie se le ocurrió enviar un mensaje al conde. En realidad, Alice sí lo había pensado, pero luego se lo pensó mejor.

Estaba cansada de que siempre anduviera merodeando, como un perro pastor que protege a su rebaño de los lobos. Sería bueno alejarse de él, lejos de esa ceja levantada cuando ella decía algo escandaloso, lejos de esa mano implacable en su codo cuando alguien a quien él no aprobaba, y había muchísimos, le pedía un baile. Al conde no le gustaba nada de lo que ella decía o hacía, y debía dejarla en paz para que pudiera divertirse.

Así lo hizo, pero ella no lo estaba disfrutando. No mucho, al menos. Había una especie de electricidad en el aire cuando él estaba con ella que faltaba esta noche. Como la promesa de fuegos artificiales, se dijo a sí misma con una sonrisa.

—¿Querida?

Alice levantó la vista y encontró a Ivor Malory de pie, inclinado hacia ella.

—¿Le importaría mucho si le dejo unos minutos? Lord Camberfield ha enviado un mensaje pidiendo hablar conmigo, y tiene dificultades para caminar estos días. Me temo que es gota. Sería más amable si me uniera a él.

—No, por supuesto que no me importará. Tengo mucha compañía.

—Demasiada compañía. —Malory lanzó una mirada punzante a Darryl Kelton. —No se aleje, señorita Cranley. Volveré a tiempo para los fuegos artificiales. —Cuando se hubo ido, Alice reanudó su observación de los malabaristas, fingiendo una embelesada concentración mientras su mente trepidaba como los farolillos en las ramas de los árboles. Cuando Kelton le habló al oído, ella le hizo un gesto con la mano, señalando las bolas de colores brillantes que volaban por el aire como pájaros. Él le puso una copa de champán en la mano y ella bebió un largo trago. Las burbujas le hacían cosquillas en la nariz, bailando a través del pálido líquido como las bolas que danzaban en el aire. Definitivamente, las cosas eran más divertidas con champán, decidió. Quería bailar y bailar como los farolillos y las burbujas. Dispararse como fuegos artificiales y explotar en luz y color.

Los malabaristas estaban en la parte final, con saltos y volteretas y un montón de objetos que abarrotaban el aire... y entonces ella lo vio. El corazón de Alice dio varios saltos y piruetas, y algo pesado se instaló en la boca de su estómago.

El conde apareció por un sendero oscurecido, entrando justo en la luz del borde de la pista de baile circular. A través de las bolas de colores lo vio, alto y elegante con una capa negra forrada de raso blanco. Se echó una solapa por encima del hombro, liberando su brazo para la alta y exuberante belleza que se aferraba a él posesivamente, el Cisne.

Su cabello rubio plateado estaba arreglado al estilo griego, y las líneas fluidas de su vestido clásico, de satén blanco como el forro de la capa del conde, moldeaban su cuerpo perfecto. Era magnífica, y él también. Las luces iluminaron su cabello claro y lo hacían brillar, como brillaban los dos. Cuando el Cisne apoyó la cabeza en su hombro, acariciándole el brazo con un largo dedo enguantado, él se inclinó para susurrarle algo al oído.

Alice quería clavarse una estaca en el corazón. Ninguna mujer tenía que verse tan espléndida, como tampoco tenía derecho a mirar así a Dorian Clayton. Bebiendo de un trago el resto de su champán, se desplomó en su silla, intentando hacerse invisible.

—Maravillosos, ¿verdad? —preguntó Darryl Kelton, ofreciéndole otra copa llena.

Alice la cogió agradecida. —¿Q…quiénes?

—Los malabaristas, por supuesto. Parece positivamente hipnotizada por ellos, señorita Cranley. Pero debo confesar que el baile es más de mi gusto. ¿Puedo esperar que me favorezca con el próximo vals? Ha bailado con casi todos los demás esta noche. ¿He hecho algo para ofenderla?

—Usted ha sido muy agradable, —respondió Alice distraídamente. Con esfuerzo, desvió su mirada hacia Darryl Kelton. Él también era guapo, de un modo casi descarado, prácticamente tan alto como el conde, con el pelo castaño ondulado y unos ojos grises extrañamente pálidos. Su sonrisa era cálida y halagadora.

—Y usted es todo lo que es bello, —dijo seductoramente. —He estado en la ciudad estos últimos años, señorita Cranley, pero nunca he sido testigo de un triunfo así. De hecho, me siento honrado de ser un soldado de infantería en su ejército de admiradores.

—¿Me admira, Darryl? ¿De verdad? ¿Puedo preguntarle por qué? Hay tantas mujeres por las que daría lo que fuera por parecerme. —Sólo una, en realidad. De repente, ansiaba atención masculina. La cabeza le daba vueltas.

—¿Te comparo con un día de verano? —dijo él. —Eres más encantadora, y más…

—Temperamental, me temo, —interrumpió ella sombríamente. —Soy un pobre tema para la poesía, milord. Mire, la orquesta está volviendo, bailemos.

Mientras la atención de tía Alison se centraba en el coronel Pottersby, Kelton apartó a Alice de la mesa del buffet. De repente, ella ya no quería bailar. No ahí fuera, donde el conde la vería y se daría cuenta de lo pequeña y sosa que era. Además, él no aprobaba a Kelton. Se quedaría mirando mientras ella bailaba el vals, y le echaría una reprimenda sobre ello más tarde. No, ella quería alejarse de él, donde no pudiera ver esa sonrisa íntima y cómplice en sus labios, dirigida a la mujer que ella quería ser. Cuando Kelton la apartó del círculo brillante hacia un sendero iluminado con farolillos oscilantes, ella lo siguió sin protestar. Un paseo al aire libre la despejaría.

Dorian no la vio marcharse. La había divisado de inmediato, cómo no iba a ver esa bandada de memos revoloteando a su alrededor, pero cuando los bailarines se colocaron en su sitio se distrajo, y cuando volvió a mirar, ella ya no estaba. Su mirada recorrió las parejas que bailaban el vals, no estaba Alice, y Kelton también había desaparecido. Maldita sea. ¿Acaso la corderita no tenía el suficiente sentido común como para mantenerse alejada de Darryl Kelton? Había estado junto a ella en el palco, con la cabeza inclinada hacia su pecho, mirando lascivamente el exceso de carne que revelaba el escueto vestido que ella llevaba.

Un brazo cálido le rodeó la cintura. —¿Bailamos, Dorian? —le invitó con voz sensual el Cisne. —Me prometiste un vals.

Él la miró sorprendido. Santo cielo, se había olvidado de que ella estaba allí. —Sí, más tarde. Espera aquí, Evangeline, necesito hablar con tía Alison.

—¿Esperar aquí sola?

El conde pasó el dedo por el borde de un cuello demasiado apretado, antes de acariciarle la mano al Cisne y soltarla de su cintura. —Sólo un momento, cariño. Enseguida vuelvo.

Con los dientes apretados bajo una sonrisa edulcorada, el Cisne retrocedió hacia las sombras. Ésta era la primera noche en semanas que Dorian había reservado para ella, y había traído, como ofrenda de paz, la pulsera de diamantes que brillaba en su muñeca. La había tranquilizado, pues el regalo no era lo bastante espléndido como para pagar su congoja. Ahora, con un escalofrío recorriéndole su espina dorsal, Evangeline sabía instintivamente que la pulsera pronto iría acompañada de un collar y unos pendientes, incluso tal vez una tiara. Todos ellos no deseados, pero tenía que llegar el momento. Siempre llegaba.

Volviendo su atención a los bailarines, Dorian evaluó a los bailarines con ojo profesional.

—¿Dónde está Alice?

Sobresaltada, Alison levantó la vista hacia el rostro enfadado y sonrojado de Dorian, y luego hacia la silla vacía donde Alice había estado hacía sólo un minuto. —Vaya, yo...

—Bailando con Kelton, —interrumpió Toliver con desdicha. — Ahí fuera, en alguna parte, entre la multitud.

Dorian sabía que no era así.

Justo entonces Ivor Malory apareció a su lado. —¿Dónde está Alice? —exigió saber.

El conde le fulminó con la mirada. —¿Y dónde diablos estabas tú, Blackstone? Se ha ido con Kelton.

—Por supuesto que no lo ha hecho. —La voz de Alison era tranquila pero ribeteada de reproche. Ningún escándalo, decía claramente su tono. —El Señor Kelton se limitó a acompañar a Alice cuando ésta expresó su deseo de reunirse con unos amigos. Supongo que querrán interrogar a los malabaristas sobre esa maravillosa actuación y cómo mantienen todas esas cosas en el aire a la vez. Mira a tu alrededor, Dorian. Pronto se topará con ellos. Vi a cinco o seis chicas risueñas con bolas de colores en las manos, intentándolo.

Malory captó el punto de inmediato y apartó al conde antes de que pudiera hacer más daño. —Kelton ha estado dándole champán toda la noche, —dijo con urgencia. —Aunque no se me ocurre por qué se fue con él, ese hombre no le gusta.

—Porque es una arpía rebelde, —gruñó el conde. —Le dije claramente que se mantuviera alejada de él.

Eso lo explicaría, reflexionó Malory sombríamente. Para ser un político consumado, Dorian Clayton era asombrosamente obtuso en lo que concernía a su pupila. —Separémonos, —sugirió. —¿Por dónde irá?

Dorian se tranquilizó, con visible esfuerzo. —Hazme un favor, Ivor. Evangeline está ahí detrás, en alguna parte, entre los árboles.

Llévala a casa, ¿quieres? No quiero que vague por aquí sola. Eso llamará más la atención sobre este desagradable asunto, y ella también lo hará si estoy fuera mucho tiempo.

—Pero Alice…

—Sólo… hazlo, Malory. Yo me ocuparé de Alice. —El conde estudió los caminos que se alejaban del pabellón, murmuró una pequeña oración y eligió uno un poco más oscuro que los demás. Pronto desembocó en un jardín alegremente engalanado e iluminado con farolillos por el que paseaban parejas cogidas del brazo. Con un juramento, volvió sobre sus pasos y emprendió otro sendero. Éste serpenteaba alrededor de estatuas griegas y fuentes, tenue pero adecuadamente iluminado. Volvió al pabellón y a un tercer sendero, luminoso al principio pero que se oscurecía rápidamente. Desde los árboles que lo protegían, oía risas burlonas y palabras insinuantes. A veces, gemidos bajos de placer. A medida que se acercaba al río, podía percibir el olor húmedo y acre del Támesis a su izquierda, y entonces…

—¡Ahhhhh! Maldita sea, pequeña zorra. —El sonido de carne golpeando carne disparó al conde como un cohete. Irrumpió en un claro y divisó a un hombre corpulento que intentaba salir de un pequeño bote amarrado a un árbol. Kelton, luchando contra una furiosa mujer que le arañaba y pateaba, necesitaba claramente ayuda. Dorian se lanzó sobre el segundo hombre que la intentaba agarrar y le plantó un contundente derechazo en la mandíbula. El hombre se tambaleó hacia atrás, se recuperó y lanzó un puñetazo, que Dorian atrapó con el antebrazo antes de asestarle un fuerte puñetazo en el vientre flácido. Doblándose con un gemido, el hombre quedó fuera de combate.

Clayton giró justo a tiempo para ver cómo Kelton asestaba un fuerte revés en la mejilla de Alice. Después de eso, no vio más que rojo. Con un brazo de acero, empujó a la muchacha hacia atrás, y luego aporreó a Kelton con puño castigador tras otro, hasta que el hombre se tambaleó al borde del río.

—¡Al agua, bastardo! —dijo el conde, lanzándolo hacia el agua con un feroz izquierdazo en la barbilla. Darryl Kelton se hundió, se levantó, volvió a hundirse y finalmente consiguió agarrar el bote y mantener su boca balbuceante por encima del agua. —Sube a ese bote y empieza a remar, —tronó Dorian. —Rema río abajo y cruza el canal sin mirar atrás, porque si vuelvo a ver tu cara, te apuntaré con una pistola.

Volvió la vista hacia Alice, que le miraba fijamente con una expresión de asombro en el rostro. Con un juramento, la agarró del codo, tiró bruscamente de ella para ponerla en pie y la llevó lejos del claro, hacia un bosquecillo de árboles.

Durante un largo minuto todo estuvo muy tranquilo, salvo por el sonido distante de la música y sus jadeantes respiraciones. Entonces el pequeño control que el conde mantenía sobre su temperamento estalló en furia. Clavando unos dedos duros en los hombros de Alice, la sacudió hasta que le castañetearon los dientes.

—¡Idiota! —rugió. —¡Mocosa simplona, impertinente y estúpida! Debería arrojarle al río junto con Kelton. ¿En qué demonios estaba pensando?

—No estaba...

—Eso es más que evidente. ¿Qué imaginaba que pasaría cuando te metiera en ese barco? ¿Un crucero turístico por el Támesis? Iba camino de la ruina, señorita.

—Yo no…

—Al diablo con que no lo sabes. ¿No le advertí que se alejara de él? ¿No sabe que una mujer joven no puede irse sola con un hombre? Obviamente, no. Entonces, ¿qué tiene que decir a su favor?

—Si usted...

—Si pensara que serviría de algo, la arrojaría sobre mis rodillas y le daría un buen azote en el trasero. Pero eso sólo le incitaría a desafiarme aún más. Alguien debería haberle puesto un collar y una correa hace años. Por Dios, debería encerrarla y tirar la llave, por su propio bien y por el bien de todos. ¿Qué? ¿Nada que decir?

—Milord…

—No me diga milord. Implica un respeto que nunca tuvo. — Soltándola al fin, el conde dio un paso atrás y la miró fijamente. Alice tenía la cabeza agachada y él sólo podía ver el pelo rizado y los hombros temblorosos. Hombros manchados de sangre. Santo Dios. Extendió la mano hacia su clavícula y le pasó el dedo enguantado por la suave piel.

—¿Qué le ha hecho, Alice? —preguntó con voz temblorosa. — ¿Dónde le duele?

Ella levantó la cabeza. —¿Duele? Él no...

—Está sangrando, niña.

—No, yo… —Alice torció la cabeza y vio algo oscuro en su manga abullonada.

—Venga conmigo. —El conde la condujo a una pequeña pérgola iluminada por dos faroles rosas, la sentó en un banco de mármol y le acarició con la mano, buscando una herida.

Temblando, Alice sintió su tacto como la llama de una vela. No le dolía ninguna parte, excepto donde él la tocaba, y esos lugares se sentían arder, Entonces se dio cuenta de lo que había pasado.

—Es usted, milord, —dijo en voz baja. —Es usted el que está sangrando. Quédese quieto. — Con cuidado, ella le quitó los guantes rotos y sucios. Bajo ellos, sus dedos estaban hinchados y su mano derecha sangraba. Ella se la llevó a los labios y besó suavemente sus maltrechos nudillos.

El conde se quedó sin aliento.

Capítulo 21

-Por Dios Santo, que buen luchador es, —dijo ella con admiración, —nunca lo hubiera imaginado. ¿Tiene un pañuelo?

Dorian le pasó un pañuelo de lino monogramado y ella le envolvió hábilmente la mano ensangrentada en un vendaje improvisado, atando las esquinas en un pequeño nudo. —Esto debería valer. —Luego ella le alzó la cara y movió su barbilla hacia la luz. —Nunca le han dado ni un puñetazo, ¿verdad?

No podía recordar que así fuera.

—Me habría mortificado mucho que le hirieran gravemente intentando rescatarme. No es que lo necesitara, por supuesto, pero gracias de todos modos.

—¡Lo necesitaba! Demonios, eran dos.

—Sí, pero no cuando salimos afuera. El barquero fue toda una ingrata sorpresa, debo admitirlo. ¿Cree que el Señor Kelton planeó todo esto?

—¿Planeado? Le acechó como el conejito ingenuo que es. Apostaría a que tenía un plan en reserva cada vez que pensaba que había una oportunidad de alejarla sola.

Alice frunció el ceño. —¿Pero por qué? ¿Qué podría ganar llevándome en barca río abajo? Sé que me dijo que necesita dinero para pagar sus deudas, pero no tengo suficiente para cubrirlo.

—Tiene más de lo que piensa, señorita Cranley, aunque tiene razón al decir que no puede rescatar a Kelton de sus acreedores, pero yo sí puedo, y él lo sabe.

—¿Usted? ¿Pero por qué lo haría? Incluso si me comprometiera y yo aceptara casarme con él, cosa que no haría, sólo le compraría un poco de tiempo... tiempo que pasaría deseando no haber puesto nunca los ojos en mí. Le garantizo, milord, que Darryl Kelton lamentaría el día en que me llevó.

—¿Y en qué lugar le dejaría eso, señorita Cranley?

Ella suspiró. En casa, en desgracia, pero en casa, donde pertenezco. —No importa. No ocurrió, y no volveré a ser tan tonta.

Él se echó para atrás con cierto asombro. —¿Admite que fue tonta?

—Oh, Dios mío, sí. Más allá de las palabras y, ciertamente, más allá de toda explicación. Pensé que íbamos a bailar, y entonces me dijo que los fuegos artificiales estaban a punto de empezar y que me llevaría al mejor sitio para verlos, junto al río, donde estaba oscuro y se verían mejor.

—¿Y se lo creyó?

—Por supuesto. Desde luego no pensé que fuera tras mi dinero porque no estoy acostumbrada a tenerlo, y sabía que no iba tras de mi... bueno, ya sabe... y no se me pasó por la cabeza que intentara chantajearle a usted.

—¿Pero y por qué no?

—Porque nunca le dejaría salirse con la suya. Sólo un cabeza de chorlito se enfrentaría a usted y esperaría ganar, milord.

Dorian sacudió la cabeza. —No me refería a eso. Olvídese del dinero. ¿Por qué pensó que él no estaría interesado en su… es decir… ¿por qué no querría…quiero decir… ¿su virtud?

Unos brillantes ojos incrédulos le fulminaron. —¿Mi virtud? — tragó saliva. —Santo cielo, ¿Cómo puede pensar eso?

—Porque… —Dorian agitó su mano vendada señalando su escote —Bueno, por usted.

Ella soltó una risita. —De verdad, milord, su imaginación se le está desbordando. Soy una pequeña granjera de lengua afilada y mal genio, ¿recuerda? Un fenómeno de nueve días, aceptada gracias a usted y a la tía Alison, y porque soy una novedad. La semana que viene todos esos hombres estarán zumbando alrededor de alguna otra abeja reina porque está temporalmente de moda, como yo lo estoy ahora. Todos se irán. —Para pasar al olvido, incluso por usted. Pensó sombríamente.

El conde tomó una de sus manos entre las suyas. —Sabía que no debía irse con Kelton. ¿Por qué lo hizo?

Ella se mordió el labio. —No puedo explicarlo, milord. Fue una tontería. Demasiado champán. Por favor, no pregunte.

—No sé qué hacer con usted, —dijo él meditabundo. —No puedo encerrarla, no puedo dejarla suelta y no la enviaré a casa. Debe casarse, y pronto. ¿No hay entre sus pretendientes ninguno que le agrade? ¿Ivor Malory?

Las lágrimas brotaron de sus ojos y resbalaron por sus mejillas sonrojadas. —Aceptaré a alguien que le haga feliz, milord ¿Harold Toliver? ¿Lawrence Pemberson? ¿Quizá Ivor? ¿Le complacería que me casara con uno de ellos?

No era una pregunta que él pudiera responder. No ahora, cuando la mitad de él quería estrangularla por ponerse en peligro y la otra mitad quería… hacer otra cosa. Le secó la cara con una esquina de su capa.

—No, a menos que le plazca, diablilla, —dijo con ligereza. —Por ahora, la llevaré con tía Alison y os acompañaré a casa. Debe admitir que ha sido una larga noche.

—¡Oh, no! No puede irse ahora, milord. ¡No antes de los fuegos artificiales!

—Al diablo con los fuegos artificiales, —replicó con crudeza. — En pie, señorita Cranley,

pasearemos por este sendero como un tutor y una pupila adecuados, charlando intrascendentemente mientras invento alguna excusa para explicar nuestra ausencia.

Ella pataleó amotinadamente. —¡No me iré a casa antes de los fuegos artificiales! —Agarrándose a sus solapas, le miró con ojos suplicantes. —Oh, por favor, déjeme quedarme para verlos. Entonces haré lo que me diga. Cuente la mentira que quiera más tarde, pero ahora vamos a buscar un buen sitio. Debe ser casi la hora. Después podremos irnos.

—Escúchame, niña. Tía Alison está preocupada por ti. Debemos hacerle saber que estás a salvo.

—Bueno, vale, pero luego podemos ver los fuegos artificiales. —Alice leyó rendición en sus ojos. —Oh, gracias, —exclamó, adelantándose a la discusión mientras le ponía la capa sobre los hombros. —Recuerde esconder las manos, y yo esperaré mientras le explica todo a la tía Alison. No puedo salir a la luz de los faroles con sangre por todo el vestido, así que nos encontraremos en un lugar donde podamos verlos. Traiga mi capa, ¿quiere? Y un poco de champán sería perfecto.

Para su propio asombro, el conde siguió las instrucciones de Alice al pie de la letra. Cuando se reunió con ella, llevaba la reluciente capa de terciopelo dorado sobre el brazo y se esforzaba por equilibrar dos copas y una botella de champán recién abierta en sus doloridas manos. Traía servilletas de tela metidas en los bolsillos.

En silencio, condujo a Alice a una colina cubierta de hierba con vistas al Támesis, extendió su capa en el suelo y, con dificultad, sirvió dos copas de champán. Durante varios minutos permanecieron sentados mirando por encima del río hacia las luces de la ciudad, hacia las estrellas y a la fina rodaja de luna, miraban a cualquier parte menos el uno al otro.

Tímidamente, Alice había entrado en ese silencio que casi se había vuelto incómodo. —¿Está muy enfadado conmigo?

—Sí.

El silencio que siguió fue definitivamente incómodo. —¿Hay algo que pueda hacer para que me perdone? —suplicó ella. —De verdad, siento mucho que le hayan hecho daño.

—No me han hecho daño, —refunfuñó él.

—Fue increíblemente valiente, —aventuró ella tras otro periodo de inquietante silencio.

—Y usted fue excesivamente ingenua, —contraatacó él. Luego suspiró. —Ah, Alice, ¿qué voy a hacer con usted? Nunca me imaginé que tendría a Londres a sus pies y a los cazafortunas olfateando sus faldas. Me asombra.

Alice frunció el ceño. —¿Me envió esperando que fracasara? Eso fue cruel.

—Sabía que no lo haría. —Ella vio el destello de sus dientes. — Es demasiado testaruda como para fracasar en cualquier cosa que se proponga.

—Entonces, ¿está satisfecho conmigo? —tartamudeó ella.

Él se lo pensó un poco. —Este no es, quizá, el mejor momento para preguntarme eso, diablilla. Pero sí, lo ha hecho bien.

—Un débil elogio, milord.

—Intento ser sincero, lo que será un cambio significativo entre nosotros, ¿no cree? Empiezo a sospechar que me ha engañado desde el principio.

—No vamos a discutir de nuevo, ¿verdad? —evadió ella, ansiosa por cambiar de tema. —Esta noche no más. Todo es muy hermoso.

—Encantador. Hasta que me he enfrentado a un secuestrador y a un sucio barquero, he mentido a tía Alison, he estado a punto de retorcerle el pescuezo y probablemente... —No, mejor no mencionar a Evangeline. Sin duda, el Cisne, estaba pensando recetas para guisar su hígado.

—¿Probablemente? —pinchó Alice.

—Em... me excedí por una noche. No es que no tenga unas palabras que decirle, muchacha, pero pueden esperar.

—Oh cielos. Veo que habrá más fuegos artificiales mañana. Bueno, si es necesario… pero de verdad que ya lo ha dejado claro. Esa babosa de Darryl Kelton dejó claro su punto. Estaba equivocada, sin excusas, y nunca más volverá a pasar. ¿Qué puede quedar por decir?

El conde se rio entre dientes. —Me temo, señorita Cranley, que se acabará enterando. —En la penumbra, sus ojos se volvieron repentinamente serios. Inclinándose hacia delante, le sujetó la pequeña barbilla entre el pulgar y el índice. —Temía por usted, Alice. —Su piel era cálida y suave cuando él le acarició la mejilla con el nudillo.

Un toque de trompeta, lejano pero penetrante, resonó en la noche. Las voces se callaron por un momento, la música se mantuvo durante varios compases largos, hubo un sonido, como una explosión, y de repente el cielo estalló en luz.

La primera exhibición fue un anuncio, en verde y dorado, y rojo y blanco, destellando y elevándose contra la noche negra. Era un ballet de color, una danza de fuego. Alice, atrapada y arrastrada al espectáculo, levantó la cara hacia el cielo. Tenía los labios húmedos y ligeramente abiertos, con los ojos más brillantes que la luz que captaban y reflejaban. Jadeó y emitió pequeñas exclamaciones mientras el color se acumulaba sobre el cielo y se derramaba sobre los árboles. A su alrededor, sombras de cabezas alzadas, como si fueran fieles adoradores, se alzaban maravilladas.

Dorian apenas reparó en los fuegos artificiales, concentrado en la alegría que iluminaba el rostro de Alice. Lo veía todo a través de ella y con ella. Cuando ella sonreía, él también lo hacía, pero ni tan siquiera apartaba la vista de ella para ver lo que le señalaba.

—Oh, cielos, —susurró cuando una girándula irradió directamente sobre su cabeza. Su mano

se alargó, como buscando algo, y el conde la agarró. Incluso a través del grueso vendaje, sintió el calor de ella y el pulso en su muñeca. Su pulgar masajeó la palma de ella, y su calor le hizo sentir un hormigueo en la espalda. Ella no parecía consciente de que él la estaba tocando.

La segunda girándula se reflejó en destellos solitarios, de verde, azul, morado, rojos, dorado y blanco. Casi lánguidamente, los cohetes con forma de rubí tomaron forma, se enroscaron, giraron y flotaron en espiral. Luego vinieron los zafiros, las amatistas, los diamantes, y las esmeraldas. Largos solos de color, seguidos de intrincados dúos de rojo y blanco, y azul y verde, cambiando de color hasta dispersarse en una lluvia de oro.

Sólo quedaban la música, el cielo negro, la gloria de las luces y el calor atrayente del conde. Alice se hundió en él, apoyándose en el hueco de un brazo fuerte hasta que su cabeza se acurrucó contra su pecho. Acercó su brazo, a través de su hombro, alrededor de su cintura, y apretó el dorso de su mano hasta que sintió sus dedos contra sus costillas. Su barbilla se apoyó en su pelo mientras ella se acunaba en su abrazo. El momento parecía suspendido en el tiempo, desligado de duras verdades y promesas. Se permitió fingir que sus sueños eran reales y se rindió a la magia de estar enamorada. Los latidos del corazón de él palpitaban en su oído. Su propio corazón cantó con la música nocturna.

Nunca había sido tan feliz y nunca volvería a serlo, pero qué bendita era por haber conocido a Dorian y amarle. Siempre tendría esta noche para recordar. Parecía como si flotaran en el aire. Una pequeña quietud les envolvió, cuando las luces se apagaron y la música hizo una pausa que los mantuvo a ambos suspendidos en pleno vuelo, a la expectativa. Ojalá nunca tuviéramos que volver a la tierra, pensó ella en silencio.

Pero sabía que su amor era tan breve, brillante e insustancial como las luces del cielo. Esta noche era un regalo, pero mañana sin duda debía decirle la verdad, y cuando él lo supiera, todo habría terminado. No podía aferrarse más a las mentiras, ni siquiera por una preciosa oportunidad más de estar con él, de reñir y regañar, de discutir y reír. No era justo para los hombres que bailaban asistiendo a ella, esperanzados. No era justo para Dorian, que se merecía algo mejor que cualquier cosa que ella pudiera darle. No era justo para quien esperaba que ella volviera a casa.

—¿Ya se acabó? —murmuró tristemente.

Las trompetas sonaron como una negación. De nuevo vino la noche, que resplandeció con estrellas artificiales, desafiando a la oscuridad, con un deslumbrante triunfo de la luz. La gente entonaba, oohs y aahs. A lo lejos, los cañones golpeaban los tímpanos mientras disparaban al ritmo del himno de la alegría. Era un himno al final de la guerra, aún por llegar, y una promesa de victoria. Una muestra patriótica para el pueblo que sufría año tras año mientras se prolongaba la larga lucha. Una celebración de lo que podría ser, si todos se mantenían fieles y firmes.

Elevados por la emoción, Dorian y Alice se pusieron en pie con el brazo de ella rodeando la cintura de él y el de él colgado sobre el hombro de ella. Todos los hombres y mujeres oyeron sus propias músicas, acariciaron sus propias esperanzas, visiones y sueños en aquellos últimos minutos, ninguno de esos sueños particulares era más ferviente e inútil que los del conde y Alice Cranley.

Todo parecía brillante como el mediodía cuando los últimos colores rompieron la negrura. La

noche era un resplandor de blanco, rojo y oro. Y entonces se acabó. El acorde final resonó y desapareció, y las luces se apagaron, dejando sólo la oscuridad encendida de estrellas. El corazón de Alice se aceleró con el reflejo duradero de las luces perdurables en su mente. Se inclinó hacia el firme abrazo masculino durante un último momento, creando un recuerdo que perduraría cuando él ya no estuviera. Su camino estaba trazado antes de que le conociera, antes de que le amara. Como las estrellas, no tuvo más remedio que continuar sola su curso.

Suavemente, deliberadamente, se apartó y se volvió hacia él. —Gracias, milord, —dijo simplemente. —Ha sido una noche muy especial. Estoy muy contenta de que la hayamos compartido.

La realidad descendió sobre ellos como un pesado manto.

Esto está mal, pensó vagamente. Pero no debo sentirme así, mañana nada de esto importará.

—Debemos encontrar un carruaje, —dijo con voz acartonada. —No será algo fácil entre tanta la multitud.

Alice no contestó. El conde se ocuparía de todo. En lo que quedaba de noche, cuando estuviera sola, pensaría en cómo decírselo, pero por ahora no quería pensar en nada.

Capítulo 22



Durante la larga noche, Alice se sentó junto a la ventana de su dormitorio, separando las verdades que le diría al conde de las que era mejor no decir.

El amor decía que se lo contara todo, pero la razón tenía una opinión muy diferente y, después de todo, la razón había estado con ella desde el principio. La razón lo conocía por lo que era, un aristócrata hasta la médula, criado según unas reglas que no permitían excepciones. El amor llegó definitivamente tarde, fue toda una sorpresa cuando irrumpió en su corazón y siguió rápidamente su camino. Bueno, quizá no rápidamente, pues Dorian siempre sería el amor de su vida, pero no tenía intención de suspirar desesperadamente desde lejos. Había sido feliz antes de conocerle y volvería a serlo.

Pero primero tenía que pasar el día de mañana.

Apretando la frente contra el frío cristal, se preguntó por última vez, si había alguna posibilidad de que el conde la dejara marchar y no interfiriera si se lo confesaba todo. De hecho, él podría averiguarlo por sí mismo si se esforzaba, así que ¿qué sentido tenía mentir?

Pero la respuesta a eso no había cambiado desde la primera vez que ella le tomó la medida.

La mejor solución, para todos era el rápido regreso de Alice Cranley a Kent, y si las cosas iban según lo previsto, estaría en camino en pocas horas. Dorian creería lo que ella le dijera, ya le conocía lo bastante bien como para estar seguro de ello, y no haría preguntas. Ciertamente, la despreciaría y ella estaba preparada para ello, pero dudaba que siguiera con el asunto más allá de deshacerse de ella lo antes posible.

Horas de reflexión la habían llevado al punto de partida. No se atrevía a arriesgar lo que tenía en custodia, ni por la buena voluntad de Alison, ni por el respeto de Dorian, ni por el amor que aún la impulsaba a confiar en ambos.

Cuando el cielo negro se tornaba gris, oyó que la casa empezaba a agitarse y llamó a su doncella. Al diablo la prudencia, tenía que acabar con esto de una vez. Eligió un vestido azul oscuro, garabateó una nota para Alison explicándole que había ido con unos amigos a dar un paseo matutino por Hyde Park y pidió al lacayo que llamara a un carruaje de alquiler. Un poco sorprendido, la acompañó hasta la calle y la ayudó a subir.

Mentiras y más mentiras. Con el corazón en la garganta, esperó a que hubieran doblado la esquina antes de dirigir el carruaje hacia Berkeley Square.

Incapaz de dormir, el conde seguía completamente vestido, paseándose por la biblioteca mientras intentaba dar sentido a cosas que no lo tenían en absoluto. —No quiero desayunar, —ladró en respuesta a un golpe en la puerta.

Pearson entró, con cara de suficiencia. —Esa mujer está aquí, milord, sola, y desea hablar con usted. ¿La despacho?

Sintiendo que el corazón se le caía a los pies, Dorian se frotó la mandíbula con mano temblorosa. Alice aquí, sola. Dios mío. —Hazla pasar, —le espetó, —y luego váyase abajo. Si le pillo escuchando por el ojo de la cerradura, le rebanaré la oreja.

Aturdido y sin decir palabra alguna, el mayordomo hizo una rápida salida. Dorian cruzó la habitación hacia el ventanal detrás de su escritorio y miró fijamente al jardín, dándose cuenta de repente de la frecuencia con la que daba la espalda a situaciones a las que no quería enfrentarse, como ésta.

La voz de Alice, temblorosa por lo que parecía miedo, apenas llegaba al final de la larga habitación. —Sé que esto es impropio, milord, pero debo hablar con usted.

—Cierre la puerta, —dijo él.

Tras obedecer, se colocó frente al pesado escritorio de roble y se hundió en la silla. Era como si la hubiera estado esperando. No se había cambiado de ropa y su pelo, habitualmente peinado, estaba alborotado. Pero se había quitado la corbata, que yacía sobre el escritorio, y ella la tomó, percibiendo su olor.

—¿Qué quiere? —gruñó más allá de una constricción en su garganta.

—Quiero irme a casa, —dijo ella.

Poniéndose rígido, el conde levantó la mirada hacia el techo. — Demonios, ¿cuándo dejaremos de debatir esto, señorita Cranley? No puedo creer que haya venido aquí, sola, a estas horas, para discutir de nuevo lo imposible. ¿No tiene ningún sentido de las buenas costumbres?

—Ninguno, milord. —Retorció el corbatón entre las manos, contenta de tener algo a lo que agarrarse. —Anoche me di cuenta de que esta farsa no puede continuar por más tiempo. Soy un fraude, una deshonra para usted y para la tía Alison, y esto debe terminar ahora.

Cerró los ojos. —Soy consciente de que me ha engañado, — dijo en voz baja, —pero no puedo comprender por qué. Fingió ser una granjera sin estudios y, sin embargo, en cuestión de semanas conquistó Londres. ¿Cómo puede eso ser una desgracia? ¿Y qué demonios le posee para querer volver a ser una simple granjera cuando el mundo entero se extiende ante usted?

Ella aspiró profundamente. —Una hija.

En el largo silencio que siguió a sus palabras, un viento ártico pareció barrer la biblioteca. Alice imaginó que se formaban carámbanos en la lámpara de araña y que la escarcha cristalizaba sobre las cortinas y los muebles. El frío y el silencio se extendieron entre ellos, hasta que el conde se volvió, lentamente, para mirarla. Ella se puso en pie. Se miraron, los ojos azul grisáceos encontrándose con los marrones café en un momento de dolor compartido, y luego desapareció. Si es que alguna vez existió.

—Tiene una hija, —dijo él sin voz.

—Joyce.

—Ya veo. —Jugueteó con un abrecartas de su escritorio. — ¿Debo suponer que tiene también marido?

—Su padre está muerto, asesinado en la guerra. Nunca supo de su hija. Y no, no estuvimos casados.

De repente clavó el abrecartas en el escritorio, que se quedó oscilando y ambos se quedaron mirándolo. Débilmente, Alice se dejó caer en la silla, con los brazos alrededor de la cintura.

—Bueno, eso le da un nuevo giro a las cosas, ¿verdad? —El conde la miró con frialdad. —Por supuesto que debe marcharse de Londres, y cuanto antes mejor. ¿Ha informado a tía Alison de su… indiscreción?

—A…aún no, —titubeó Alice. —¿Preferiría que lo hiciera yo?

—¡Oh, no! Debo decírselo yo mismo. Y lo haré en cuanto llegue a casa… es decir, cuando hayamos terminado aquí. Lo que me sorprende más que nada es que la haya engañado. Avergonzándola ante sus amigos.

Las lágrimas inundaron los ojos de Alice, que se las secó con la mano. —Era lo último que quería hacer. Quería decírselo, pero tenía miedo. Seguía esperando que me enviara a casa antes de que fuera necesario, pero entonces todo sucedió muy rápido, y me vi arrastrada por todo ello.

Estaba tan preocupada por mí que no consideré lo que esto podría hacerles a usted y a lady Alison. Ambos parecían tan… invulnerables.

—Espero, —dijo él fríamente, —que la reputación de los Sebrington sobreviva incluso a usted, señorita Cranley. Pero por ahora, ¿nos ocupamos mejor de ultimar los detalles? Naturalmente, le proporcionaré un carruaje para su viaje. ¿Es posible que pueda partir hoy?

—Hice las maletas anoche, —le dijo ella.

—Viajará con una doncella, por supuesto. Dudo en involucrar a tía Alison y a su personal, pero usted está siendo atendida por una doncella de aquí, ¿no es así?

—Ta… Tammy.

—Ella puede acompañarle y regresar con el carruaje. Un lacayo irá por delante para reservar habitaciones, pues según recuerdo de mi propio viaje, es necesaria una parada nocturna. También me ocuparé de que haya fondos disponibles, y con eso se deberían solucionar nuestros problemas inmediatos. Para el futuro, se enviará un administrador a Chippenham lo antes posible. Será más conveniente que se centre en criar a su hija que en intentar gestionar una granja de ovejas. Informará a Greens, y se le dispensará dinero de su cuenta cuando sea necesario. Mientras tanto yo seguiré administrando su fortuna. ¿Me he dejado algo?

Alice sacudió la cabeza, incapaz de hablar.

—Entonces nos vemos liberados el uno del otro. ¿Hay algo más que desee decir? —Había cientos de cosas, pero ni una sola para la que ella pudiera encontrar palabras. Alice se levantó, con la cabeza inclinada, y se dirigió a trompicones hacia la puerta, todavía agarrada a su corbatón.

—Señorita Cranley, —dijo.

Vacilante, se dio la vuelta y se quedó mirando su camisa abierta.

—Sigo siendo su tutor, —le recordó él. —Si usted o su hija necesitaran algo más que la asistencia prestada, espero que me lo notifique.

Ella se encogió de hombros impotente. —Adiós, milord, — susurró.



Dorian se quedó mirando la puerta cerrada durante largo rato. Luego se hundió en su silla y enterró la cabeza entre los brazos. Así que la cordera era una mujerzuela después de todo, una granjera que se había levantado las faldas por un soldado y ahora pagaba el precio. Diablos, no era de extrañar que dirigiera un refugio para perros callejeros. Seguramente nunca dormía sola.

Debería haber escuchado la voz de su cabeza que le decía que ella era otra cosa de lo que parecía. Había señales, advertencias. Un hombre que había sobrevivido en París cuatro años, cenado con Bonaparte y seducido a la hermana del Coronel nunca debería haberse dejado

engañar por una ramera rústica.

Para ser justos, ella había exigido volver a casa desde el principio, y había sido él quien la había obligado a quedarse, quien la había forzado a ponerse al cuidado de tía Alison, y quien la había impuesto en sociedad. Y anoche, él mismo casi había sido seducido por ella. Por un momento, bajo un cielo resplandeciente de fuegos artificiales, se había imaginado enamorándose.

Pearson estaba en mitad de la habitación antes de que el conde supiera que estaba allí. —Le dije que no era buena, —apuntó desdeñosamente, poniendo una bandeja con café y melón en rodajas sobre el escritorio. —De buena nos hemos librado.

Con esfuerzo, Dorian se concentró en la forma cadavérica que tenía delante.

Los labios grises del mayordomo se curvaron en una sonrisa burlona. ¿Desea algo más, milord?

—Sólo una cosa. —El conde sacó su reloj. —Considérese despedido, a partir de este preciso momento. Ocho cuarenta y dos. Y eso incluye a su singularmente inútil hermana. Os quiero a los dos fuera de esta casa antes del anochecer. Tendréis el salario de un mes y cualquier referencia que me atreva a presentar.

—Milord…

—Fuera, Pearson.

—Pero…

—Fuera. —Con ojos brillantes y amenazadores, el conde de Sebrington se puso en pie. —Tiene cinco segundos para llegar a esa puerta, —advirtió.

A la de cuatro, Pearson desapareció.

Dorian se desplomó en su silla. Qué fácil había sido. Treinta años... más o menos, teniendo en cuenta la infancia, había detestado a aquel hombre, y ahora se había ido, sin más. Un movimiento de muñeca, una simple orden, y todos se fueron.

Y ahora estaba solo.

Capítulo 23



Una semana después de la partida de Alice, el príncipe Jorge se salió con la suya con el conde de Sebrington. No había forma de hacerle cambiar de opinión una vez que el gobierno encontró la manera de honrar a uno de sus espías sin reconocer oficialmente su existencia, y el príncipe

dejó claro que el espía no oficial debía presentarse. Blackstone se encargó de que así fuera.

La pomposa ceremonia, en la Cámara de los Lores, fue afortunadamente breve. Con el príncipe decidido a ser la estrella del espectáculo, Dorian sólo tuvo que permanecer a su amplia sombra e intentar parecer interesado. Alto, ancho de hombros y resplandeciente con su capa de terciopelo rojo ribeteada de armiño, soportó los discursos y los floridos elogios con rostro estoico y frases de agradecimiento entre labios apretados. La pesada medalla de oro, con un extraño grabado de un esbelto príncipe en una cara y el escudo de los Sebrington en la otra, se sentía como una bola de plomo alrededor de su cuello.

—La vamos a llamar la orden del príncipe esbelto, —susurró Blackstone durante los aplausos, provocando la primera sonrisa de Dorian en una semana.

Prinny sí que sabía dar una fiesta, y todo Londres parecía haber sido invitado a los festejos nocturnos en la casa Carlton. Para Dorian, el banquete y el baile sólo fueron un poco menos angustiantes que la ceremonia real. Prácticamente le retorcían la mano en la fila de recepción, y si le hubieran obligado a beber cada vez que un político empalagoso se levantaba para brindar por él en la cena, se habría metido debajo de la mesa antes del tercer brindis.

A medida que todo seguía su curso, se sentía más cohibido. Con cientos de ojos fijos en él, comer parecía un asunto incómodo, pero su oronda alteza no parecía tener dificultades. Entre bocado y bocado, Prinny confesó haber sido un gran admirador de la colección de arte del anterior conde. Un tanto coleccionista él mismo, añadió modestamente, y siempre a la caza de antigüedades chinas para adornar las salas orientales previstas para el nuevo pabellón de Brighton. Sebrington, hasta hace poco, no se hubiera desprendido ni de un juego de palillos chinos, y al final pareció tener prisa por vender sus mejores piezas. El precio estaba inflado, por supuesto, pero el Parlamento pronto votó fondos para cubrir la factura.

Dorian se atragantó con una seta. ¿Este humillante espectáculo público estaba destinado a ayudar a pagar la deuda de su propia familia? Verdaderamente los pecados de los padres recaen sobre los hijos, reflexionó amargamente.

El baile tenía todos los visos de la Inquisición Española. ¿Es Napoleón realmente un grosero maleducado? No siempre. ¿Están las mujeres francesas a la altura de su reputación? Siempre. ¿Es cierto que le torturaron? Sólo las mujeres preguntaban eso, intentando morbosamente sonsacarle detalles.

Lo peor de todo, una y otra vez, ¿Qué ha sido de su encantadora pupila? A eso, él respondía brevemente que la visita de la señorita Cranley siempre había pretendido ser breve. Algo en sus ojos cortó de raíz más interrogatorios sobre ese tema y dejó, sin piedad hacia tía Alison, que ella salvara la reputación de la muchacha. Por lo que a él respecta, Alice Cranley había perdido cualquier pretensión de decencia, y sólo tuvo suerte de que una oleada de admiración heroica, bien dirigida, desviara las habladurías que se arremolinaban en torno a su abrupta marcha.

Cuando por fin terminó el alboroto, se escondió en casa durante un mes, decidido a mantenerse alejado de la opinión pública. Ya era hora de poner en orden los negocios, y se encerraba con Greens catorce horas al día. Por la noche, cuando el exhausto secretario se iba a trompicones a una habitación de invitados para dormir un poco, Dorian trabajaba a solas con los

papeles personales de su padre.

La mayoría estaban relacionados con la colección de arte, que valía una fortuna considerable. Los registros eran meticulosos, aunque incomprensibles, y resolvió contratar a un experto para que evaluara los fondos. Con suerte, un profesional sería capaz de descifrar la peculiar taquigrafía que su padre había utilizado para rastrear sus adquisiciones. Sentía especial curiosidad por un delgado cuaderno de cuero que parecía registrar las pérdidas. Posiblemente era donde el viejo conde había anotado las malas inversiones, o las falsificaciones. Añadió el cuaderno a una pila de papeles que requerían la atención de Ryan Lane. Tal vez el abogado del viejo conde tuviera la clave de aquel misterioso código.

El señor Lane estaba encantado de recibir al conde, alargando lo que debería haber sido una hora de consulta en una larga tarde de aburridas reminiscencias. Dorian reprimió su impaciencia mientras revisaban los papeles, y se sintió aliviado al descubrir por fin el último punto. —Supongo que esto está relacionado con la colección de arte, —dijo, entregándole el cuaderno, —pero no consigo descifrar qué significan los símbolos.

Colocándose por enésima vez unas gruesas gafas en la nariz, Lane miró miope el libro. —Milord nunca me involucró en la colección, —dijo, —pero lo intentaré. —Con la frente arrugada, estudió las cifras. —Por supuesto, —declaró al cabo de unos instantes, —éste es el rescate.

Dorian sintió un escalofrío helado en la espina dorsal.

—Lo sé por las fechas. —Lane le tendió el cuaderno y Dorian se inclinó para examinarlo. —Hay cuatro bloques de transacciones, que representan los cuatro pagos. Mire aquí. Esta fue la primera cantidad, treinta mil libras, enviada un mes después de que nos informaran de que estaba encarcelado. Eso sí, el viejo conde manejó todo esto con unos tipos del gobierno, con estricto secretismo, pero me dijeron que los franceses cogieron el dinero y exigieron más. Su señoría estaba frenético, y cuando volvió a ocurrir lo mismo dos veces, pensé que se volvería loco. Su corazón le falló dos semanas después de enviar el último pago, y recuerdo que pensé que debía de haber recibido otra negativa, pero al fin le enviaron a casa, así que no pudo ser eso. —Atónito, Dorian cogió el libro. Incluso un cálculo aproximado mostraba que se habían pagado más de ciento veinte mil libras en un periodo de catorce meses. Incapaz por el momento de considerar lo que aquello significaba, cerró el cuaderno con manos temblorosas y se desplomó en la silla. No había visto un gasto parecido en las finanzas de los Sebrington. Su padre debía de haber conseguido el dinero vendiendo su preciada colección.

Con un control que el viejo conde habría aprobado, agradeció al señor Lane por su ayuda, salió a la calle y consiguió llamar a un carruaje de alquiler. —¿A dónde, sir? —Dijo alegremente el cochero. El último lugar al que quería ir era volver a casa. Asomándose por la ventanilla abierta, vislumbró una cúpula y dijo al azar: —St. Paul's.

Durante mucho tiempo, Dorian se acurrucó en un rincón poco iluminado de la cavernosa catedral, con la mirada fija hacia delante, sin ver nada. A lo lejos, era consciente del ir y venir de la gente, de las velas que encendían los sacristanes y, finalmente, del dulce sonido de un coro de niños entonando las vísperas. Cuando terminó el servicio, seguía sin moverse.

Estaba muy equivocado, siguió pensando. Su padre no le había abandonado. Todos esos fríos meses de desesperación, en los que sólo su ira y su resentimiento le mantenían caliente, su padre había estado sacrificando todo lo que significaba algo para él para reunir el rescate de un rey. Y los franceses cogieron el dinero y subieron el precio. Diablos, si se hubiera quebrado y hubiera delatado a sus contactos, lo habrían tenido todo. Mientras el viejo conde pagara, no había razón para dejarle marchar, pero cuando la vaca se secó, el ternero quedó libre. Aún estaría allí si su padre aún viviera.

St. Paul's estaba oscuro e inquietantemente silencioso cuando cayó de rodillas sobre el suelo de mármol. Lo siento, murmuró una y otra vez. Era todo lo que podía pensar en decir. El mármol estaba frío y duro bajo sus rodillas. ¿Cuánto hacía que no rezaba? Años, probablemente. Al igual que el viejo conde, Dios era una figura remota de autoridad, a la que obedecer, a la que dirigirse formalmente en ocasiones apropiadas, a la que nunca se hablaba directamente. Incluso ahora no podía hacer más que murmurar el Padrenuestro en los mismos tonos rígidos que utilizaba en la capilla de la familia Sebrington.

Deseó no haberse enterado nunca. Echó por tierra todo lo que había creído durante más de treinta años. Toda su vida el viejo conde había sido un modelo a copiar, nunca un padre. El amor no formaba parte del hogar de los Sebrington. Disciplina, integridad, trabajo duro, buena educación y deber, siempre deber, pero nunca amor. ¿Cómo podía emular a un hombre que nunca había conocido? ¿Cómo podía ser algo que no comprendía?

Levantándose penosamente, tropezó por los pasillos oscuros hacia la calle. La sangre le latía con fuerza en la cabeza. Había pasado su infancia haciendo lo que le decían. Toda su vida había seguido las normas, y ahora todo estaba patas arriba y no sabía qué creer. Sintió un involuntario deseo por hablar de ello con alguien y no recordaba ningún momento de su vida en el que hubiera querido hablar de sus sentimientos. Los hombres Sebrington nunca lo hacían.

Lady Blackmoor se apresuró a salir de su habitación hacia el salón cuando anunciaron al conde. No le había visto desde el banquete de Prinny, aunque él respondía fielmente a sus notas con educada seguridad de que gozaba de buena salud y atendía sus negocios. A ella le pareció ominoso que las firmara como “Sebrington”. Su forma de advertirle que mantuviera las distancias, sospechó ella. Como todos los animales heridos, se escondía para lamerse las heridas en privado.

Dorian estaba en su sitio preferido, junto a la ventana, y se volvió cuando oyó cerrarse la puerta. —Lo siento, tía, —dijo con voz ronca. —¿Iba a salir?

Ella le miró, consciente de las mejillas hundidas, los labios blancos y una mirada sombría en sus ojos. —Oh, querido, —dijo ella. Sin pensarlo, cruzó rápidamente la habitación y le rodeó con sus brazos. —Oh, querido mío, —volvió a decir.

Durante un largo rato él estuvo rígido y luego, lentamente, sus propios brazos se alzaron para abrazarla. Ella le sintió temblar mientras permanecían en un silencioso abrazo. —Ven, Dorian, —dijo ella cuando él se apartó. Cogiéndole de la mano, le condujo hasta un pequeño diván y se sentó a su lado. Él se inclinó hacia delante con los codos apoyados en las rodillas, mirando fijamente la alfombra.

—¿Por qué no me lo dijo? —preguntó al cabo de un rato. — Pensé que me había dejado allí para morir.

Alison frunció el ceño. Había supuesto que esto tenía algo que ver con Alice Cranley. Extendiendo la mano, le levantó la barbilla con sus largos dedos. —Dime qué ha pasado, Dorian. No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Intentó rescatarme. Me dijeron que no lo hizo. Dios, todo este tiempo pensé... —Enterró la cara entre las manos.

Confundida, Alison miró fijamente su cabeza inclinada. —Desde el principio, querido. Cuéntame desde el principio.

—Lo… intentaré, —dijo él. —Aunque no estoy seguro de cuál es el principio. Hoy he descubierto algo que lo cambia todo, así que empezaré por ahí y volveré atrás. Quizá pueda encontrarle algún sentido.

Hablaba con voz entrecortada y, cuando le costaba continuar, Alison le pinchaba con preguntas. Al cabo de unos minutos le sirvió una copa de brandy, junto con una para sí misma. Estaba horrorizada por lo que le contó, pero no estaba del todo sorprendida.

Era muy raro oír hablar así a un hombre Sebrington. Todos ellos se causaban mucho dolor al guardarse todo en su interior. Una palabra, una pregunta, le habría ahorrado meses de agonía, pero Dorian nunca se atrevía a hablar. Ni una sola vez había dado señales de creer que Albert le había abandonado, y ella siempre supuso que él sabía la verdad.

De repente, Alison se dio cuenta de que había acabado. Tenía los ojos cerrados y la copa vacía le colgaba de los dedos. Ella se la quitó y cruzó hasta el aparador para rellenarla. —Nunca lo imaginé, —dijo débilmente. —Todo el mundo sabía por lo que Albert había pasado para conseguir tu liberación. No se me ocurrió que pensaras de otro modo. —Cuando él no respondió, ella se acercó y le entregó el vaso. —Me parece extraño que aceptaras la palabra de hombres que intentaban arrancarte información. Seguro que sabías que Albert no se detendría ante nada para liberar a su único hijo.

La miró, con los ojos inundados de dolor. —Que Dios se apiade de mí, no lo sabía. Me dijo que no volviera, tía. Cuando me fui de Inglaterra, me dijo que no quería volver a verme.

—¿Y tú lo creíste? —Bajó los ojos. —Dorian, hablaba sumido en la rabia. Supongo que esas palabras le atormentaron hasta el final de sus días. —Ella soltó un suspiro de exasperación. —Albert nunca dijo lo que sentía, como tampoco admitió esos sentimientos ante sí mismo. Tú eras todo lo que tenía. Tenía miedo de perderte en Francia como perdió a tu madre, estaba aterrorizado hasta los huesos de que nunca volvieras.

—Me dio una orden directa, tía, y desobedecí. —Dorian tragó el brandy y dejó la copa sobre la alfombra. —Nunca lo había hecho, y pensé que me había repudiado por ello.

—Sí… bueno, los dos estabais cortados por el mismo patrón. Deberías haber adivinado que no era él mismo cuando perdió los estribos, querido, porque ¿cuándo había perdido los papeles

anteriormente? Apostaría todo a que ningún hijo ha sido más querido que tú, y apostaría a que tú también lo querías, a tu manera.

—Creo que ganaría la apuesta, —murmuró él, estrechando la mano que ella le tendía, —pero no estoy del todo seguro. Nos llevábamos bastante bien cuando yo hacía lo que él esperaba, pero al final no pude. Si algo de eso era amor, parece una cosa muy diferente de lo que he oído o leído sobre él.

—Poetas y filósofos han intentado durante siglos explicar el amor, Dorian, pero siempre falta algo cuando lo expresan con palabras. Puede que necesites descubrir la verdad por ti mismo.

—¿Cómo puedo hacerlo? El viejo conde... mi padre... está muerto, y lo único que siento es culpa por no haber confiado en él.

—Idiota. —Ella se puso de pie, de modo que se vio obligado a alzar la vista. —Albert nunca supo que dudabas de él. No te castigues por ello.

—¿Cree que no lo sabe, tía? —Dorian hizo una mueca. —He estado en St. Paul's. Sentí como si aún estuviera vivo, en alguna parte.

Ella le revolvió el pelo. —Así es, es consciente de lo que sientes ahora y acepta tus disculpas. Aunque nunca lo admitiría, por supuesto.

Eso le ganó una breve sonrisa. Ella volvió a sentarse junto a él, considerando qué hacer a continuación. Por una vez en su vida, Dorian se había abierto. Estaba dolorido y vulnerable. En gran parte era culpa suya, aunque en realidad no se le podía culpar, pero tampoco se le podía dejar que siguiera cometiendo los mismos errores. Alison decidió, sin un ápice de reparo, interferir. Sutilmente, por supuesto, porque tenía que equilibrar un poco de intromisión con las promesas que había hecho.

—Alice se dio cuenta enseguida, —dijo, notando el rubor que teñía sus mejillas. —Una vez me preguntó qué había pasado con la colección de Albert. Recordaba piezas que su padre le había vendido y se dio cuenta de que muchas de las mejores habían desaparecido de la casa Sebrington, una en particular.

—Estuve fuera seis años, —murmuró, —y nunca llevé un seguimiento de la colección. —Se movió incómodo. —¿Cuál en particular?

—Te lo mostraré, espera aquí.

Minutos después, ella regresó con una caja de plata y se la puso en la mano. —Alice me habló de esto. Dijo que era la cosa más hermosa que había visto nunca y se preguntó qué habría sido de ella. Cuando se fue, decidí buscarla y enviársela, como muestra de nuestra amistad.

Lanzando una mirada suspicaz a su tía, abrió la caja y sacó una talla de jade de unos quince centímetros de altura.

—Alice la llamaba “la bailarina”, —dijo.

Dorian giró la estatua en su mano, sosteniéndola a la luz. Era translúcida, inconmensurablemente grácil y parecía dispuesta a saltar. —¿Por qué no lo hizo? ¿Enviársela, quiero decir?

Alison se encogió de hombros. —Da la casualidad de que la cosa costó una pequeña fortuna. Nunca sospeché su valor cuando me puse a buscarla, pero Alice debe saberlo y nunca aceptaría un regalo tan caro. La compré, de todos modos, porque debe permanecer en la familia. “La bailarina” es tuya ahora, Dorian.

La dejó con cuidado sobre la mesa, como si estuviera demasiado caliente para sostenerla en las manos. —No puedo.

—No seas tonto. Tengo una considerable fortuna propia, y ninguna forma de gastarla ni heredero a quien dejársela. Se parece mucho a Alice, ¿no crees?

Se dio la vuelta. —Supongo que sí. Envíesela, tía. Ella la apreciará más que yo.

—No, querido, ella sólo la devolverá. Mejor llévate “la bailarina” a casa y piensa en Albert cada vez que la mires. —Alison cruzó al lugar favorito de su sobrino junto a la ventana, dándole tiempo para reflexionar. Pensaría en su padre cada vez que sus ojos se posaran en la pequeña estatua, pero sobre todo le recordaría a Alice.

Reprimió su alegría. Era tan divertido ser taimada y un alivio muy grande que le dieran la oportunidad. Estas últimas semanas se había preguntado qué hacer y cuándo hacerlo, porque no podía imaginarse faltando a su palabra con Alice. Era impensable, deshonroso y, había empezado a temer, que era también inevitable. Si las cosas hubieran llegado a un punto tan desesperado, le habría dicho la verdad a Dorian y habría vivido con las consecuencias, porque bajo ningún concepto podía dejar que enterrara la cabeza en la arena para siempre.

Ahora parecía salir a tomar aire. Quizá, por una vez, un hombre Sebrington encontraría su camino por sí mismo. O casi por sí mismo. Volvió a la mesa, cogió la bailarina y se la tendió.

—Tómala, Dorian. Te pertenece.

Le temblaron las manos, pero aceptó la estatua y la colocó con cuidado en la caja. El forro de terciopelo acolchado era de un marrón profundo y rico, de un marrón café. Lanzó una mirada recelosa a los cándidos ojos azules de su tía.

—¿Por qué tengo la sensación de que está tramando algo, tía?

Los labios de ella se curvaron en una sonrisa complaciente. — No tengo ni idea, —respondió ella.

Capítulo 24



Dorian estaba sentado en su escritorio, con la barbilla apoyada en las muñecas, mirando fijamente a “la bailarina”, cuando Branson trajo el correo de la tarde. —Será mejor que eche un vistazo a éste, milord. —Le tendió un delgado sobre.

Dorian abrió la nota y la ojeó rápidamente.

Venga a conocer a su ahijado.

Se parece a mí, pero ven de todos modos. Le bautizaremos el sábado si llegas a tiempo.

—Es de Neil, —explicó como si Branson no lo supiera ya. —Me voy a Stockton Lodge mañana a primera hora. ¿Quieres acompañarme?

—No me lo perdería. ¿Qué tal si viajamos con estilo por una vez?

—Como quieras. —Reanudó su contemplación de la estatua.

El sábado por la mañana, con un retorcido Justin Zachary Barnett en brazos, Dorian juró en nombre de su ahijado abjurar de Satanás y de todas sus obras. El infante de ojos azules y pelo rojo berreó con desesperación cuando el agua fría le goteó en la cabeza, lo que alegró enormemente a Neil.

—Buen par de pulmones, —observó en voz alta mientras su avergonzada esposa intentaba hacerle callar.

Algo desesperado, Dorian intentó calmar los aullidos de Justin. Nunca en su vida había tenido un bebé en brazos y le aterrorizaba la idea de dejarlo caer, a él que apenas nada le aterrorizaba. La boca de Justin se cerró en torno a su dedo índice y empezó a succionar ruidosamente. Dos ojos anchos y sin pestañear le miraban con absoluta confianza. Dios mío, quiero uno de estos, pensó de repente. Quiero muchos de éstos. Con profunda reticencia, le pasó el bebé a Clarissa para que concluyera la ceremonia y después se lo llevó de vuelta casi de inmediato. Obstinado, insistió en llevarlo él a casa.

Durante la semana siguiente, Neil se quejó de que nunca podía coger a su hijo en brazos porque Clayton no lo soltaba. Clasissa tuvo casi que hacer palanca para quitarle al niño y alimentarlo. Branson insinuó que a los padres del bebé les gustaría pasar algún tiempo a solas, pero Dorian no cedió hasta que Neil prácticamente lo echó de casa.

—Le pondremos tu nombre al próximo, —prometió, —si te marchas para que podamos empezar a hacerlo. Por lo demás, Dorian, ¡vete a hacer tus propios bebés!

Las palabras de Neil resonaban en su cabeza cada vez que llegaban a una encrucijada, y Dorian siempre elegía el camino largo, dando un rodeo que les acabaría llevando a Chippenham. Finalmente, se admitió a sí mismo que era allí a donde se dirigía, de un modo u otro, desde hacía varias semanas.

Branson guardó un silencio inusual cuando se sugirieron los desvíos, y no hizo ningún comentario cuando el conde hizo un alto temprano cerca de Eastry, en The Laughing Pig. Aquella tarde, durante una partida de ajedrez, Dorian insinuó que podía hacer una breve visita a su pupila ya que pasaba por allí.

—Debería enviar un mensaje, —observó Branson. —No es cosa de abalanzarse sin ser invitado. ¿Quiere que me adelante?

Moviendo a ciegas a su rey hacia un peligro inmediato, el conde murmuró algo sobre una sorpresa.

Branson se abalanzó con desdicha. —Jaque mate, —exclamó. —Y ya van dos veces. ¿Cuándo se concentrará en el juego para que pueda ganarle limpiamente?

—Pronto, —dijo Dorian distraído.

A la mañana siguiente estuvo dando vueltas por la posada hasta el mediodía, se entretuvo con un almuerzo sin probar y estaba a punto de convencerse a sí mismo de que no iría, cuando Branson se dejó caer en la silla frente a él. A Dorian no le gustó el brillo de sus ojos.

—Ha cambiado de opinión, ¿eh? —Branson se sirvió una loncha de carne fría. —Imaginé que lo haría.

—¡Ni hablar! —Dorian arrojó su servilleta sobre la mesa. —Voy a lavarme. Cuando hayas terminado mi almuerzo, ocúpate de que ensillen mi caballo y me lo traigan. Estaré de vuelta a tiempo para la cena, probablemente antes. Saldremos hacia Londres por la mañana. —Branson se quitó el sombrero. —Sí, milord.

Cuando el conde partió una hora más tarde, Branson se despidió con la mano y esperó a que se perdiera de vista. Entonces ordenó que prepararan el carruaje, avisó al conductor y a los lacayos para que se prepararan para la partida y subió a hacer las maletas. Una hora más tarde, el pequeño séquito partió hacia Chippenham. Sentado cómodamente en el carruaje con las botas apoyadas en el asiento opuesto, Branson silbaba una canción desafinada. Tenía la corazonada de que se quedarían un tiempo en Kent.



Las ovejas estaban tan inertes que podrían haber sido pintadas sobre la exuberante hierba verde. Al menos Alice Cranley volvía a tener ovejas, pensó Dorian mientras subía por el camino arbolado hacia Chippenham. Un gran número de ovejas, esparcidas entre pastos separados por setos de espino negro, inmóviles como piedras y todas marcadas con manchas de tinte rojo detrás

de las orejas. Misteriosamente, sólo una lucía manchas amarillas sobre su rechoncha cola.

El granero había sido reconstruido, vio inmediatamente, y la casa tenía tejas nuevas. Tomando nota mental de que también podría necesitar pintura, desmontó cerca del establo y se quedó sujetando las riendas, sin saber qué hacer a continuación. Acostumbrado a que los mozos de cuadra se apresuraran a relevarle del caballo o del carruaje, el conde de Sebrington se sintió notablemente tonto. ¿Dónde diablos estaban todos? Salvo por aquellas ovejas inertes, la granja parecía estar desierta.

Un aullido llamó su atención y se volvió para ver a una niña rubia que saltaba hacia él con un cachorro blanco y negro retorciéndose en cada brazo. —Hola, —dijo ella alegremente. —Soy Joyce. ¿Quién es usted?

Durante un largo momento fue incapaz de responder. Es la hija de Alice. La miró confundido, al no tener experiencia con niños, no podía adivinar su edad, pero no había dos mujeres que se parecieran menos que Alice Cranley, de pelo oscuro y ojos color café, y esta niña rubia. El pelo de Joyce, largo hasta la cintura y perfectamente liso, era amarillo como la paja, y sus ojos, extrañamente familiares, eran de un verde claro de hoja nueva. Riendo mientras los cachorros se retorcían en sus brazos, le miró con descarada curiosidad.

—Encantado de conocerla, —consiguió decir con una rígida reverencia. —Soy Dorian Clayton y he venido a ver a su madre.

—¿A Susi? —preguntó la niña. —Está en la casa. Qué caballo tan glorioso. ¿Es suyo? ¿Cómo se llama? ¿Puedo montarlo?

—Eh... sí, por supuesto. —¿Llamaba Susi a su madre? —Se llama Coriolano, y ahora mismo está cansado. ¿Hay alguien que pueda cuidar de él?

—¿Coriolano? Qué nombre tan largo para un caballo. Conseguiré a alguien. No se vaya. —Un minuto después estaba de vuelta, sin cachorros y acompañada de un joven cojo que prometió darle al caballo un masaje y una comida.

Agarrando la mano del conde con dedos sucios, Joyce tiró de él hacia la casa. La cabeza de ella le llegaba justo por encima de la cintura.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó él, encantado por sus enormes ojos verdes y su amplia sonrisa.

—Casi seis, —burbujeó ella. —Siempre hacemos una gran fiesta en mi cumpleaños. Puede venir si quiere, es el último día de junio. Mire, ¡ahí está Susi!

Dorian levantó la vista y la vio parada en lo alto de la amplia escalera, con un delantal grisáceo sobre una bata azul desteñido. Su pelo era una salvaje maraña de rizos. Con los brazos cruzados sobre su cintura, se quedó mirándole con algo parecido al terror en sus ojos, aunque, por el bien de Joyce, sospechaba él, ella forzó una sonrisa de bienvenida en sus labios.

La niña subió los escalones dando saltitos. —Tiene un caballo llamado Coriolano y me deja

montarlo.

—Qué bien, —dijo Alice, acariciando el largo pelo rubio de la niña. —Qué sorpresa verle, milord.

—Le pido disculpas por caer sobre usted sin previo aviso, Señorita Cranley, —murmuró torpemente. —Es que… estaba por los alrededores.

—Qué suerte la nuestra, —dijo ella sin expresión. —Pase y perdone mi espantoso aspecto, es día de colada.

—Gracias, —dijo él. —No les molestaré mucho rato.

—El tiempo suficiente para el té, al menos, —insistió cortésmente. —Joyce, por favor, dile a la señora Could que prepare una bandeja y la traiga al salón en media hora. Si se pone algo bonito, podrá acompañarnos. —Joyce había estado mirando a Dorian con asombro. —¿Es un lord de verdad? —preguntó con los ojos muy abiertos.

Alice se agachó a la altura de la niña y le sujetó los hombros con suavidad. —¿Recuerdas cuando fui a Londres? Este es el conde de Sebrington, mi tutor.

—Oh, —dijo Joyce, claramente decepcionada. —Ese lord. — Desapareció en la casa.

—Mi reputación me precede, —observó el conde en voz baja mientras Alice le conducía a un soleado salón. —¿No debería haber especificado malvado tutor?

Una pequeña sonrisa se dibujó en los labios de Alice. —Le he hablado un poco de usted y ciertamente nada poco halagador, pero Joyce espera que los señores lleven capas de armiño y espuelas de montar. Sus botas y su abrigo de montar apenas son lo que ella imaginaba. Por favor, siéntese.

Cuando vaciló, esperándola, Alice se sentó en el borde de una silla con la mirada baja y se puso a juguetear con su delantal.

Dorian se acomodó incómodo en un banco cerca de la chimenea apagada. —¿Por qué hace la colada? —preguntó. Sonó como una reprimenda. —¿No tiene sirvientes?

—Desde luego, pero es sábado y la mayor parte del personal se ha ido a Wingham para el mercado y la subasta. Volverán pronto. Además, me gusta mantenerme ocupada.

Sintiendo la necesidad de mantenerse ocupado él mismo, Dorian se despojó de sus guantes de montar y buscó algo que hacer con ellos. Cuando alargó la mano para colocarlos sobre la repisa, su brazo golpeó un atizador apoyado contra el hogar. El estrépito del hierro golpeando las losas sonó como una descarga de artillería en el salón. Se puso rojo como un tomate.

—Maldita sea, esa niña no es suya, —soltó.

Durante un largo momento, Alice estudió sus manos apretadas. Luego sus ojos marrones se

alzaron desafiantes hacia él. —Mi hija natural, no. Pero Joyce es muy mía.

Evitando su mirada, el conde descubrió una pelusa en su manga. —¿Por qué me ha mentido? —preguntó con voz apagada. — Ciertamente, me hizo pensar...

—Que había dado a luz a un hijo bastardo, —remató ella sin rodeos. —Sí, eso es lo que quería que creyera.

—¿Pero por qué? Seguramente no puede haber pensado que yo… Señor, ¿qué pensó?

—Que me la quitaría, por supuesto. Santo cielo, ¿qué otra cosa podía pensar? Desde el momento en que nos conocimos, antes de que supiera lo más mínimo sobre mí, ya había decidido qué hacer conmigo. Estaba segura de que interferiría, y lo arruinaría todo.

Cansado, Dorian se pasó los dedos por el pelo. —Pensé que era una joven sin estudios muy necesitada de un marido y unos hijos. Dios santo, nunca habría soñado con empujarle a la sociedad londinense si hubiera sabido la verdad.

—Y si se lo hubiera contado todo al principio, ¿qué habría hecho?

No tenía respuesta, no tenía ni idea.

Alice se mordió el labio. —Cuando vine a Londres, —dijo con voz temblorosa, —no tenía intención de ocultar a Joyce ni de fingir que no existía, pero antes de que me atreviera a mencionarla, ya me había convencido de que era demasiado peligroso mentarla. Estaba segura de que me la arrebataría, y habría hecho cualquier cosa... cualquier cosa para evitarlo. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas y se las frotó con rabia. —Pero ahora ya lo sabe.

En toda su vida, Dorian nunca había sentido tanto frío. No se le ocurría nada que decir, y oyó su propia voz, lacónica y prohibitiva, soltar palabras que parecían ajenas a su mente. —Si desea que olvide la existencia de la niña, me esforzaré por ignorarla. —Furioso consigo mismo, clavó los ojos en un punto justo por encima de la cabeza de ella. —Diablos, señorita Cranley, sólo he venido a ver cómo le iba. Averiguar si necesitaba algo como vacas, ovejas o un aumento en su asignación.

Alice levantó los ojos llorosos y sus miradas se encontraron por primera vez, y se sostuvieron. —¿De verdad? ¿Se irá y no nos molestará?

—Sí.

Un profundo silencio envolvió la habitación. —¿Ni siquiera pondrá un administrador? —dijo ella al cabo de un rato.

—Ni siquiera eso, —convino él.

Alice soltó un largo suspiro mientras sus pestañas se cerraban, cortando el contacto inexplicablemente íntimo. —¿Le hablo de ella entonces? —preguntó tímidamente.

Aliviado, Dorian cruzó los tobillos y se sentó más cómodamente. —Me gustaría, pero no tiene por qué hacerlo si no quiere.

—Supongo que tiene derecho a saberlo y quiero contárselo. Debería haberlo hecho al principio, antes de que usted y la tía Alison se sintieran avergonzados.

—No, —suplicó él. —Alison no le guarda rencor y me asegura que soy totalmente responsable de haberlo estropeado todo. — Sonrió débilmente. —De hecho, ella se maravilla de que me soportara tanto tiempo como lo hizo. Sé que le complacería saber de usted.

Sacando un pañuelo arrugado del bolsillo de su delantal, Alice se sonó la nariz. —He querido escribirle, —admitió, —pero pensé que quizá sería mejor no hacerlo. —Se aclaró la garganta. —Le conté la verdad sobre Joyce, justo antes de irme, y pareció entenderlo, aunque me dijo que debería decírselo a usted también. Pero no pude, y ella prometió guardar mi secreto.

Dorian ahogó un juramento, dolido y ofendido porque Alice confiara en su tía y no en él. —¿Tan monstruoso era?

—Las mujeres entienden mejor estas cosas, —dijo Alice, como si intuyera su reacción. Nerviosa, se levantó y se colocó detrás de su silla, agarrándose al respaldo con ambas manos. —Joyce es la hija de mi institutriz, Joyce Lindstrom. Mi padre la trajo de Suecia cuando murió mi madre. Era huérfana, sólo tenía quince años cuando llegó, y nunca habló de su familia. Sin embargo, estoy segura de que se crio en un hogar adecuado, porque Joyce tenía unos modales casi tan impecables como los suyos. Lo sabía todo, o eso parecía, y me educó mejor de lo que podría haberlo hecho cualquier escuela. Parecía muy injusto que se pasara toda la vida cuidando de mí sin tener una vida propia, pero entonces se enamoró. Sólo duró un verano, más o menos cuando yo había empezado a pensar en hombres jóvenes sin especular también en meterles ranas por la espalda. Fue muy romántico. Él era excesivamente guapo y siempre muy cortés. Yo solía esconderme cuando se encontraban en el jardín y les escuché hablar. Él quería casarse con ella, y le oí proponerle matrimonio una y otra vez, pero ella no accedía. Él estaba muy por encima de su rango, decía ella siempre. Nunca entendí lo que eso significaba. ¿Cómo podía alguien ser demasiado bueno para Joyce? Pero sí comprendí que sus padres no lo aprobarían. Yo tampoco les gustaba, y su padre solía echarme cuando me colaba en su finca. Sé que está mal odiar a alguien, pero siempre despreciaré al marqués por lo que le hizo a su hijo y luego a su nieta.

El conde levantó la cabeza. Havisham. —Esos ojos verdes, — susurró, sabía que los había visto antes. —Respiró larga y entrecortadamente. —Dios mío. Joyce es hija de Robert.

Alice le miró sombríamente. —Sí. Una vez me dijo que lo conocía.

—Estuvimos juntos en Trinity. —Dorian sintió que le ardían los ojos. —No puedo creerlo. Robert tiene una hija. Dios, es como… como un milagro.

—¿Está contento? Pensé que estaría horrorizado. Sigue siendo una bastarda, ya sabe. Robert se fue a la Marina antes de que Joyce supiera que estaba embarazada. Ella le escribió, por supuesto, pero tuvimos noticias de que lo habían matado en Trafalgar antes de que su mensaje pudiera haberle llegado. Su última carta para ella se retrasó por la guerra durante meses y sólo llegó cuando ella ya se había ido. En ella Robert le propuso matrimonio de nuevo y le prometió

que se casarían cuando volviera a casa, incluso mandaba a sus padres al diablo. Leí la carta y la he guardado para la pequeña Joyce, es lo único que tendrá de su padre.

Puesto en pie, Dorian recorrió la habitación en un arranque de energía. —La hija de Robert, —volvió a decir. —¡Y pensar que aún queda algo de él vivo! —De repente se dio la vuelta. —¿No se lo ha dicho a Havisham?

—Por supuesto, se lo dijimos, pero parece ser que no le importaba. Mi padre estaba fuera en una de sus expediciones cuando nació la niña, y la comadrona la puso en mis brazos mientras intentaba salvar a Joyce. Tenía mucha fiebre y no paraba de sangrar. Dios, fue horrible. Yo tenía diecisiete años y estaba muerta de miedo. El bebé lloraba y Joyce gritaba, y luego no emitió ningún sonido excepto un gorgojeo en la garganta y después murió. —Los nudillos de Alice estaban blancos mientras apretaba la silla. — Encontramos una nodriza y cuidamos de la niña hasta que mi padre volvió a casa unos meses después. Para entonces yo quería a la pequeña Joyce como a mi propia hija, pero mi padre dijo que teníamos que entregarla a su propia familia. Fue el día más duro de mi vida, exceptuando el día en que murió Joyce, cuando llevamos a la niña a conocer a sus abuelos, pero se negaron a reconocerla. Un año después, cuando sus ojos se volvieron verdes, estábamos seguros de que no podían dejar de admitir que era una Havisham, así que lo intentamos de nuevo, pero nos ordenaron salir de casa.

Al recordar su último encuentro con el marqués borracho y su embotada esposa, Dorian no tenía motivos para dudar. Levantando la cabeza, miró a los ojos atormentados de Alice. —¿Por qué no me dijo la verdad?

—Ya se lo he explicado. —Ella volvió a mirar al suelo. —Antes de venir a Londres por el subsidio, las cosas se habían puesto tan mal que Joyce intentó rescatarnos por su cuenta. Escribió una carta y la hizo entregar en secreto al marqués. Los trozos rotos me los devolvió en un sobre. Joyce es muy inteligente, milord, y muy sabia para la edad que tiene. Todo lo que le suplicó a su abuelo, le fue denegado, y yo no podía soportar que la hicieran pasar de nuevo por ese rechazo. Si usted sabía de ella, estaba seguro de que insistiría en obligarla a ponerse bajo la custodia de sus abuelos, la quisieran o no. Quizá me equivoqué, pero con Joyce en peligro no podía arriesgarme, aunque eso significara mentirle.

—¿Se imaginaba que nunca me enteraría? —preguntó frunciendo el ceño. —Soy su tutor.

—Como también lo fue su padre, y él no lo sabía. Esperaba que me enviara a casa sin hacer preguntas si me hacía lo suficientemente repelente. Cuando eso no funcionó, intenté seguirle la corriente, pensando que con el tiempo perdería interés en todo el asunto y me dejaría escapar tranquilamente. Pero de repente todos esos hombres se me declararon y me sentí como atrapada en un huracán, por lo que finalmente, tuve que decirle la verdad.

—Pero no lo hizo, —le recordó él. —¿Por qué quería que pensase que era su propia hija?

—Para que me tuviera un desprecio absoluto y permanente, — dijo ella sombríamente. —Si pensaba que había dado a luz a un hijo bastardo, esperaba plenamente no volver a verle.

—Yo... lo entiendo. —Y sí que lo entendía. Unos meses antes, probablemente él habría hecho exactamente lo que ella temía. De un modo u otro, habría obligado al marqués de Havisham a

reconocer a su nieta bastarda, o habría entregado a la niña a... ¿a quién? No a Alice Cranley, de eso estaba seguro. En aquel momento, la había considerado una granjera malhumorada, incontrolable e irresponsable.

Tan equivocado, otra vez. ¿Cuándo había sido la última vez que había tomado una decisión acertada? Se fue hacia la ventana y miró más allá de un pulcro jardín de hierbas hacia un pequeño prado cerrado. Una oveja, de algún modo diferente a las demás, estaba sola en un rincón con la cabeza inclinada.

—Señorita Cranley, —dijo con austera formalidad, —vine aquí sin intención de perturbar su vida, y eso no ha cambiado. Pero espero que en el futuro no dude en recurrir a mí si necesita algo. — Suspiró. —Por ahora, su hija adoptiva no podría estar en mejor lugar, pero debe admitir que cuando sea mayor…

—Lo sé, —interrumpió Alice con desdicha. —A veces me quedo despierta por la noche preguntándome qué será de ella. Joyce es tan espléndida, milord. Todo lo mejor de su padre y de su madre. Qué injusto que nunca vaya a tener una familia de verdad o un nombre que pueda llamar suyo.

Y qué injusto, pensó Dorian, que Alice Cranley sacrificara su propio futuro, sin arrepentirse ni pensarlo dos veces, por una niña que no era suya. ¿Cómo podría ayudarla? ¿Cómo podría ayudar a las dos?

Joyce, resplandeciente con un vestido turquesa con volantes y zapatillas blancas, irrumpió en la habitación. —¡Té! —anunció en voz alta. Le siguió la señora Could, acompañada de una criada, ambas portando sendas bandejas de plata cargadas. —Tartas de melocotón, —informó la niña al conde, sacando una de un plato y ofreciéndosela con una floritura. —Le gustarán, y puede comérselas todas excepto una para mí y otra para Susi.

Con encantador aplomo, la señorita Joyce orquestó la distribución del té y los dulces hasta que ambas bandejas estuvieron casi vacías. Era imposible resistirse o rechazarla, y Dorian se sintió aliviado cuando Alice sugirió dar un paseo. Por alguna razón, a pesar de su comportamiento rígido y sus respuestas monosilábicas a su brillante cháchara, parecía caerle bien a Joyce. Agarrándole con firmeza los dedos tensos, le condujo al exterior y al prado que había visto a través de la ventana, el de la oveja solitaria en la esquina. Alice le siguió el rastro y los tres se apoyaron cómodamente en la puerta de madera.

—Ese es nuestro carnero enfurruñado, —gorjeó Joyce.

—Efectivamente. —Ahora que lo pensaba, la oveja aislada sí parecía diferente de las demás. Así que era un carnero, desde la ventana no pudo ver lo suficiente de lo que importaba para saberlo.

—Está enamorado, —le confió la niña, —y no conseguimos que deje preñadas a las otras ovejas.

Sin palabras, Dorian miró a Alice, que tenía las mejillas sonrosadas.

—Joyce, si quieres quedarte fuera, ve a cambiarte el vestido bueno, —le indicó. Con un fuerte gemido, la niña salió correteando, y el conde captó un brillo travieso en dos ojos castaños como el café.

—Le llamamos Ramsés el reacio porque no quiere cumplir con su deber, —explicó Alice con una voz sospechosamente uniforme. — Es la primera vez que ocurre aquí, pero Travis dice que no es infrecuente. De vez en cuando un carnero se fija en una de las ovejas y rechaza a las demás. Por lo general, si la niña de sus ojos se retira del prado, el tipo sigue a lo suyo, pero a veces entra en declive. Lo hemos intentado todo, pero Ramsés se queda ahí en el rincón con la cabeza gacha. Es muy triste, apenas come... vea lo delgado que está.

Sin duda, el carnero estaba famélico. Tenía las patas abiertas, como si sufriera una incomodidad masculina, y miraba hacia la entrada, con la nariz apretada contra el espinoso seto, claramente enfurruñado por el único amor que deseaba y no podía tener.

Dorian sabía exactamente cómo se sentía.

Capítulo 25

El conde apoyó la barbilla en los brazos cruzados. —Seguramente un romance entre ovejas sea pasajero, señorita Cranley. ¿Por qué no le deja simplemente a solas con su amada hasta que supere la obsesión? —Señaló a las criaturas inmóviles y anodinas del prado adyacente. —¿Sabe cuál es?

—Desde luego. Alice rio entre dientes. —Antes de poner a Ramsés con las ovejas, Travis le mancha el vientre con un tinte amarillo que restriega sobre sus… mmm… conquistas. Su amada parece un limón maduro con patas. La cosa es que, si Ramsés se saliera con la suya, habría sólo un cordero cada temporada. En una granja de ovejas, milord, la fidelidad no es una virtud.

Dorian sintió que le subía la temperatura. También sentía una maldita curiosidad por ver qué hacía irresistible a una oveja hembra. Todas le parecían iguales, de ojos apagados y singularmente carentes de personalidad. —Er… ¿dónde está?

—Hace tiempo que la mandamos al prado de un vecino. Cuando la tentación desaparece, el caballero suele ahogar sus penas en una lujuria desenfrenada, pero no nuestro precioso Ramsés. Se está consumiendo de amor, pobrecito. Ojalá pudiéramos enviarlo con su amada a vivir felices para siempre, pero una fecundación es enormemente cara y por mil quinientas libras uno espera un auténtico Don Juan. Travis dice que, si no sale de esta melancolía poco varonil en una semana, se servirán porciones específicas de su anatomía a los cerdos para cenar.

—Estaré encantado de proporcionarle otro carnero si lo necesita, —dijo con voz apagada. —Como una… bueno, llámelo una disculpa, por mi… por todo.

—¿Una disculpa? —Dando un paso atrás, Alice le miró de pies a la cabeza. —¿Quién es usted? —preguntó sonriendo.

—En cuanto a eso, —admitió con una sonrisa ladeada, —no estoy del todo seguro. Cuando lo averigüe, quizá podamos empezar de nuevo, usted y yo.

—Vaya. —Ella ladeó la cabeza. —Me estaba acostumbrando al viejo Dorian Clayton.

—Sólo considere que el nuevo podría ser una mejora notable. —Era incómodamente consciente de que seguramente lo sería. —Tal vez acabe como granjero o incluso como pastor.

Inclinándose sobre la valla, Alice se llevó la mano a la boca. — ¡Ovejas, corran y sálvese quien pueda!

Dorian se las arregló para parecer ofendido, pero sus ojos compartían la broma. —Fíjese que no se mueven, —dijo. —En realidad, ¿alguna vez lo hacen?

—Le haré saber que esas son nuestras ovejas de carrera. — Señaló a tres ovejas que se arrastraban perezosamente hacia una mata de hierba especialmente frondosa. —Haga su apuesta, milord.

—Una guinea a la… ¿cómo demonios las distingue? a la de la izquierda.

Pareciendo sorprendida, le tocó ligeramente el antebrazo. — Milord, diga que se quedará con nosotros, al menos esta noche. Será un gran placer para Joyce, así podrá contarle historias sobre su padre.

Inconcebiblemente halagado, Dorian deseó poder aceptar. — Más bien esperaba encontrarle apuntándome con un mosquete entre los ojos y ordenándome que me fuera del lugar. —Con una reverencia fingida, ella frunció los labios.

—Pero eso no sería decoroso, milord. Y además, —añadió con un suspiro, —usted es mi tutor legal.

—No, señorita Cranley, no lo soy. Aunque no puedo hacer nada para romper los lazos legales, a efectos prácticos puede considerar que la tutela ha terminado. —Se estremeció ante la expresión de puro placer que iluminó su rostro. Maldita sea, se alegraba de haberse librado de él. —Naturalmente, seguiré custodiando su fortuna, —dijo secamente, —a menos que desee hacer otros arreglos. Greens puede ocuparse de toda la correspondencia y ordenar la entrega de fondos cuando usted lo requiera. —Sonrió un poco melancólicamente. —No hace falta que ponga cara de que acabo de liberarle de la esclavitud. —Alice le miró solemnemente. — No deseo ser su pupila, —dijo, tendiéndole la mano, —prefiero con mucho ser su amiga.

Tragando con fuerza, el conde tomó su mano y la apretó. —Es probable que venga corriendo a usted, al menos por correo, para pedirle consejo, —le advirtió.

—No me anime a hacerlo, a menos que esté dispuesto a que le molesten constantemente.

—Me gustaría que me... molestaran.

—Entonces, ¿se quedará con nosotros, quizá por unos días?

Dorian negó con la cabeza. No podía quedarse en una casa sin carabina con Alice Cranley. No importaba que lo hubiera hecho en Londres. Ahora las cosas eran diferentes, ahora la deseaba. —Imposible, —dijo secamente, metiéndose la mano acalorada en el bolsillo. —Branson me está esperando, en The Laughing Pig.

—Creo que no, —le soltó ella con una sonrisa. —Mientras hablamos, veo a Branson llegar con el carruaje.

—¡Lo que faltaba! Al darse la vuelta, vio su carruaje parar a la entrada de la casa, a los caballos y unos segundos después a los criados descargando afanosamente sus maletas y desenganchando a los caballos.

—Así que ahora no tiene excusa, —exclamó. —Y seguro que no se atreverá a decepcionar a Joyce.

Vestida con un blusón verde lima, la niña acariciaba alegremente el hocico de un paciente caballo castrado mientras el mozo intentaba llevárselo. Dorian sonrió cuando Joyce se despidió del caballo con un beso, y un momento después estaba junto a él.

—¿Vendrá a ver a los cachorros? —le suplicó. —¿Y me hablará de sus caballos? Susi dice que puedo tener un poni alguna vez. — Ella tiró de su manga. —Mi cumpleaños es el último día de junio, — añadió con énfasis.

—Avisaré a Tattersall, —dijo el conde levantando una ceja. Pequeña diablilla, no era difícil saber quién la había criado.

Los labios de Alice se curvaron al encontrarse con su mirada. — Por supuesto, Joyce, muéstrale a milord los cachorros. Y más tarde, tal vez puedan acercarse sigilosamente a Ramsés y oírle cantar.

—¿Ca… cantar? —Desconcertado, el conde miró fijamente a través del campo al melancólico animal. —¿No se referirá a esa oveja?

—Carnero, —corrigió Alice. —Pregúntele a Travis, él se lo dirá. Mientras tanto, veré que se preparen habitaciones para usted y el señor Branson. Y Joyce, quizá el conde no quiera acompañarte a un concierto esta noche. Milord es un caballero londinense, y ellos no suelen interesarse por las aspiraciones musicales del ganado.

De camino al granero, cogidos de la mano, Dorian y Joyce estuvieron de acuerdo en que “tío Dorian” sonaba mucho mejor que "Milord". Branson había desaparecido discretamente, mientras Travis se las ingeniaba para parecer ocupado lanzando paja de un montón a otro, blandiendo hábilmente la horca con su único brazo bueno.

Dorian se apoyó contra la verja de un establo, observando el trabajo de Travis mientras Joyce

sacaba uno a uno lo que parecía un gran número de cachorros, presentando a cada uno por su nombre, aunque las juguetonas bolas de pelo blanco y negro eran exactamente iguales. Los border collie eran asombrosamente prolíficos, pensó, lo que le recordó otra cosa que le había estado rondando desde que Ivor Malory sacó el tema. Mientras Joyce estaba fuera del alcance de sus oídos, le planteó la pregunta a Travis.

—¿Quiere decir, el dilema de tres corderos y dos tetas? — tradujo el escocés después de que Dorian hubiera tropezado con varias preguntas oblicuas. —Siempre hay ovejas que pierden sus corderos muy pronto. A veces nacen muertos. De todos modos, los despellejamos, atamos las pieles alrededor de los corderos extra y emparejamos el vellón con la oveja adecuada en un corral cerrado. La mayoría de las veces ella capta el olor, cree es su propia cría y lo deja mamar. Si no lo hace, la cosita muere, pero la mayoría de las damas quieren ser madres.

Como Alice con Joyce, reflexionó el conde. —Háblame de Ramsés, —dijo, preguntándose por su repentina y antinatural preocupación por las ovejas. —Está enfermo, ¿verdad? No es que esté realmente enfurruñado por un… amor perdido.

—Sí, está enfurruñado. Desde hace más de un mes. Yo digo que le cortemos sus partes y compremos un carnero con algo de carne, pero la señorita Alice cree que debemos darle una oportunidad para que lo supere. ¡Mujeres! —Escupió un trozo de tabaco.

—¿Supongo que, en realidad no... canta?

Travis lo miró, frunciendo el ceño. —¿Quién le habló de la canción malhumorada?

—La señorita Cranley me lo mencionó. No es que pensara que hablaba en serio, por supuesto. Las ovejas balan, o eso creo.

—Sí, lo hacen, —asintió Travis, clavando su horca en el heno como si diera por terminada la discusión.

—Y nada más, —persistió el conde, tanto más fascinado cuanto que el escocés se mostraba tan evasivo.

—Las ovejas inglesas no son mucho de cantar, —indicó Travis tras un momento de reflexión. —No tienen vitalidad. En las Highlands, muchos pastores hablan de la canción malhumorada, pero nunca he oído hablar de ella aquí. A decir verdad, Ramsés es el primer carnero enfurruñado con el que me topo desde que llegué a Kent, así que tal vez esté cantando a pleno pulmón por ahí.

—Ya veo, —dijo el conde pensativo. —Sólo un carnero enfurruñado canta la canción malhumorada. La Señorita Cranley sugirió que, si Joyce me llevaba más cerca, podría… oírle.

—Quizá sí. Quizá no. Sólo cantan al atardecer, si es que cantan.

Sintiéndose ridículo, el conde, no obstante, tenía una gran curiosidad. —¿Lo ha oído usted mismo?

El rostro lleno de cicatrices se torció en una sonrisa. —Tengo trabajo que hacer, milord. No tengo tiempo para arrastrarme por los pastos.

—Cierto. Bueno, probablemente sea una leyenda, de todos modos. Apostaría a que ese carnero nunca cantó una nota en su vida.

—Lo más probable, —concedió Travis con desconcertante complacencia. —Pero si es un hombre de apuestas, le apuesto cinco libras a que canta al atardecer.

—De acuerdo, —aceptó Dorian al instante, dando la bienvenida a una excusa razonable para averiguarlo por sí mismo.

Joyce saltó de alegría cuando él le pidió que la acompañara, luego se puso muy solemne. Con la ayuda de Travis, tanteó el viento y seleccionó una ruta.

—No cantará ni una nota si sabe que está ahí, —insistió el escocés. —Manténgase fuera de su vista y a favor del viento y sin hablar, ¿entiende? Hay que acercarse sigilosamente y esperar.

Joyce podría incluso saltar, ya que su cabeza no llegaba a la parte superior del seto, pero Dorian tuvo que agacharse para entrar sigilosamente y sin que le vea el carnero. En el otro extremo había una puerta, según le dijo Joyce, por la que entrarían en el siguiente pasto y girarían a la derecha hacia la esquina donde se encontraba Ramsés con el hocico en el suelo. Afinando sus cuerdas vocales, pensó el conde.

Cuando a Dorian le dolió la espalda por la tensión, se vio obligado a ponerse a cuatro patas. Arrastrándose detrás de la impaciente niña, sintió la hierba fresca contra sus manos y la humedad empapando sus pantalones de gamuza. Un pequeño grupo de ovejas pastando se apartó de su camino y no se atrevió a imaginar lo que habían dejado atrás. Observando cuidadosamente dónde colocaba las manos y las rodillas, le llevó mucho tiempo llegar a la puerta y aún más tiempo gatear en silencio a lo largo del seto hacia el enfurruñado Ramsés.

Más o menos a mitad de camino, se sentó sobre sus talones, pasándose los sucios dedos por el pelo. ¿Qué demonios estaba haciendo? Parecía mentira que hacía sólo unas semanas le habían vitoreado en la Cámara de los Lores. Si los demás allí presentes pudieran verle ahora, merodeando por la hierba blanda, intentando no aterrizar en los excrementos de las ovejas, y de camino a hacer de público de un carnero canturreando, no tendrían duda alguna de que estaba completamente loco.

—Vamos, —le reprochó Joyce con impaciencia, mirándole por encima del hombro. —Está a punto de anochecer.

Y todo por una apuesta, recordó, reanudando la marcha. Al menos cobraría cinco libras de aquel insolente escocés si Ramsés no conseguía generar un poco de música nocturna.

Por fin Joyce hizo una señal de alto, agachándose justo delante de él. —Tenemos que guardar silencio, —advirtió en un fuerte susurro.

Dorian se colocó con los brazos abrazando las rodillas, acomodándose para esperar. El cielo

azul brillante había palidecido hasta convertirse en un translúcido azul y rosa. A lo lejos, las nubes esponjosas se perfilaban con tonos salmón. El campo era realmente hermoso, pensó, frotándose las palmas húmedas contra su ropa. ¿Cuánto hacía que no se tomaba tiempo para disfrutar de una puesta de sol? En la quietud, podía oír el mugido del ganado y el suave zumbido de los insectos, pero a medida que la luz se desvanecía, el agradable zumbido se convertía en una odiosa nube de mosquitos empeñados en azotarle la cara con sus alas. Maldijo en voz baja.

Joyce se volvió para fulminarle con la mirada. —¡Shhhh!

—No va a ocurrir nada, —le susurró. —Vámonos.

Ignorando su protesta, ella reanudó su vigilia mientras él intentaba apartar a los mosquitos y aliviaba sus acalambradas piernas. Interminables minutos después estaba seguro de que el esfuerzo había sido en vano. Ese maldito carnero no era mejor cantando de lo que era para...

“Ooooooo”.

Al principio no estaba seguro de haberlo oído. El sonido parecía estar más lejos de lo que él había pensado que estaba el carnero, pero no podía ver nada por encima del seto.

“Ooooooooooo”.

Un escalofrío le subió por la espalda. La vibración era espeluznante, pero no era realmente un canto.

Más bien parecía un gemido. Bueno, ¿qué había esperado, un aria de Mozart?

“Oooooooooooo”.

Un ruido solitario e infeliz. Teniendo todo en cuenta, era, sin duda, una canción malhumorada. No merecía la pena el arrastrarse por los campos mojados, pero le pagaría a Travis sus cinco libras. Dorian se puso de rodillas y estaba tratando de tirar de la manga de Joyce cuando una soprano fuerte y clara trinó sobre el prado.

—¿Qué haré, oh, qué haré, sin mi único amor?

Poniéndose de pie de un salto, Dorian miró primero al carnero, que ya se alejaba saltando ante el repentino estallido de la canción, y luego a Alice que, en el prado adyacente, con su cabeza apenas visible por encima del seto, se convulsionaba de risa. Joyce saltaba de alegría, riendo incontroladamente.

Se oyó más ruido detrás, y se dio la vuelta para ver a Travis y Branson encaramados a la valla de madera, observándole con patente regocijo. De la nada, había aparecido una horda de curiosos, pastores, de los cuales a la mayoría de ellos les faltaba algún miembro, criadas, a la señora Could, granjeros, amas de casa y una verdadera manada de niños, todos riendo, señalándole y riendo.

¡Lo habían engañado!

Rojo hasta la punta de las orejas, el conde permanecía impotente mientras a su alrededor resonaban las risas, a su costa, de una niña, un pastor manco, una adusta ama de llaves, y de medio condado de Kent, y de su propio maldito ayuda de cámara. Incluso hasta las ovejas parecían disfrutar de su desconcierto, levantando por primera vez la cabeza ante la conmoción. La más fuerte de todas fue la risa de Alice, y él maldijo el espinoso seto que formaba una barrera infranqueable entre sus manos y la garganta de ella.

Estiró un largo dedo en su dirección. —Me las pagará por esto, —gritó, volviendo corriendo por donde había venido.

La multitud se había marchado a pastos más seguros para cuando la acorraló, y con una habilidad digna de los border collies de Travis, arreó a la descarriada Cranley al granero. Mesándose un bigote imaginario con villana anticipación, se volvió un momento para contemplar la bola anaranjada del sol desaparecer por el horizonte, contemplando placenteramente su venganza.

Capítulo 26

El crepúsculo proyectó sombras en los establos cuando Dorian se plantó en el interior del granero con los puños apretados en las caderas en posición de jarras. —¡Muéstrate, diablilla! —tronó.

—Vaya, —llegó una voz desde arriba, —un hombre enfurruñado.

El conde levantó la vista para ver a Alice sonriéndole desde el desván. —Baja aquí, demonio, —le ordenó. —No hay escapatoria, enfréntate a la música.

—¿Tú también cantas? —inquirió ella con amabilidad. —Qué bonito.

—Toco el tambor, —corrigió. —Prepárate para un tatuaje en tu impertinente trasero.

—¡Oh, oh! —Y sin decir nada más, desapareció por el altillo.

Con el rostro desencajado, Dorian trepó por la escalera y se encontró de bruces con una horca.

Los ojos de Alice brillaron con malicia. —Creía que tenía sentido del humor, —le reprendió.

—Lo tengo, —respondió entre dientes. —Cuando esté doblada sobre mis rodillas, me oirá reír très fort.

Ella pareció sobresaltada. —Santo cielo, sólo era una broma. Seguro que no puede estar enfadado.

Ignorando la horca que se apoyaba contra su abrigo, el conde avanzó inexorablemente, haciéndola retroceder hacia un gran montón de heno. —¿Enfadado? ¿Porque conspiraste con un escocés loco y una niña inocente para humillarme? ¿Qué fue, señorita Cranley? ¿Algún complot rústico para reíros del tontito londinense?

—Travis nos lo contó, admitió ella. —Muchas granjas de las Highlands son compradas por los ingleses, y los escoceses no pueden resistirse a enfrentarse a los nuevos terratenientes. Pero es una idea tan ridícula: una oveja cantora. Nadie cae nunca en ella, — todavía retrocediendo, clavándole la horca en el pecho, ella se rio alegremente, —pero usted sí.

Con un gruñido feroz, Dorian agarró la horca y se la quitó de un tirón. Luego impulsó a Alice sobre el montículo de heno y se lanzó encima de ella, plantando las piernas contra sus muslos mientras le inmovilizaba las muñecas sobre la cabeza con una mano y le agarraba la garganta con la otra. —¡Ya le tengo, diablilla! —Ella le miró con ojos muy abiertos y asombrados.

—Oh cielos, realmente está furioso, —espetó. —Lo siento, milord. No pretendía insultarle y, de verdad, pensé que le parecería gracioso. ¡Cielos, fue gracioso! Si se hubiera visto… pero nunca fue mi intención avergonzarle, aunque sí lo hice, pero no deberíamos haberlo hecho.

Durante un largo momento, el conde le dirigió una mirada asesina, pero cara a cara no pudo mantener la compostura. Sus ojos empezaron a humedecerse, y sus labios temblaron. Intentó contenerse, pero segundos después estaba riendo incontrolablemente mientras Alice lo miraba boquiabierta. —¡La venganza es dulce! —declaró cuando pudo hablar. Y entonces, incapaz de resistirse a los suaves y húmedos labios abiertos a escasos centímetros de los suyos, bajó la cabeza y la besó.

Nada, ni siquiera Ramsés cantando una sonata, podría haberle asombrado más que la respuesta inmediata de ella. Al principio ella pareció derretirse bajo él, y luego liberó los brazos para rodearle el cuello. Sintió sus dedos enredarse en su pelo mientras su cálida boca le daba la bienvenida. Sabía a jengibre y miel. —Oh, Alice, — murmuró él, apartándose para recuperar un áspero aliento... —Esto es imposible.

—Esto es maravilloso. —Ella llevó la mano de él a su pecho, gimiendo cuando sus dedos se cerraron a su alrededor. —Oh, sí, — gimió cuando el pulgar de él le acarició el pezón. —Mejor que maravilloso. Ahora béseme de nuevo—. Sus labios se juntaron, exigiendo y recibiendo la caricia íntima de su lengua.

En la penumbra, en un pesado silencio sólo roto por el ruido de los animales abajo y de sus propias respiraciones ásperas, Dorian estaba más cerca que nunca en su vida de perder el control de sí mismo. Sólo su certeza de que la pasión de Alice era tan inexperta como desenfrenada le dio fuerzas para apalancarse y apartar sus ansiosas manos. —No podemos hacer esto, —dijo con firmeza.

—¿Por qué no? —replicó ella con evidente confusión. —Nadie lo sabrá, y si sospechan, nunca lo dirán. Ciertamente, no reclamaré compromiso ni le chantajearé para que se case conmigo.

—Pero quiero casarme con usted. —La oyó jadear y deseó poder ver sus ojos en la oscuridad creciente. Sólo podía sentirla, y en ese momento eso era imposiblemente peligroso. Con

cuidadosa disciplina, se apartó. —Todos los demás hombres de Londres se le han declarado, —dijo, tocando un puñado de paja. —¿Por qué no iba a hacerlo yo? Sólo Dios sabe si me aprobaría como pretendiente si aún fuera su tutor oficial, pero ahora la elección es totalmente suya.

—¿Desea casarse conmigo? —tartamudeó ella. —¿Usted?

—Sí, señorita Cranley, —dijo él con rigidez, —con todo mi corazón. Pero hay muchas cosas que debe considerar. No puedo vivir en una granja, así que tendrá que venir a Londres. Y deseo una carrera política, lo que significa que se verá obligada a presidir un gran número de cenas y fiestas aburridas. Supongo que se las ingeniará para que sean de otro modo, con mi bendición. Además, tengo cierta influencia, así que podríamos adoptar a Joyce sin dificultad. —Se puso aún más rígido. —Ciertamente, no deseo que se case conmigo sólo para proporcionarle un padre. —Se retractó inmediatamente. —Aunque si ésa fuera razón suficiente, no dudaré en utilizarla como soborno. Podremos educarla adecuadamente y sacarla adelante como debe ser. Quizá acepte casarse conmigo, aunque sólo sea por el bien de Joyce.

La oyó moverse y distinguió su sombra alzándose junto a él. — Nunca me casaría por ese motivo, —dijo ella en voz baja. —Si hubiera querido hacerlo, habría tomado a Ivor. Él también estaba dispuesto a adoptarla.

—¿Se lo dijo a Blackstone? —Dorian sintió una punzada en el pecho. —¿Soy el único al que no pudo decírselo, Alice?

—Vino a llamarme el último día, justo cuando me iba, y yo lloraba como un bebé, así que se subió al carruaje detrás de mí y juró que no se iría hasta que supiera la verdad. ¿Qué podía hacer yo? Además, él ya sabía lo más importante. Nunca lo dijo, pero estoy segura de que se dio cuenta de que estaba enamorada de usted.

—¿Usted… me ama? —Sacudió la cabeza. —Pero si ni siquiera le gusto.

—No, —admitió ella, acariciando con los dedos su tensa mejilla. —Llevo dándole vueltas a eso desde la noche en que vimos juntos los fuegos artificiales. ¿Cómo podía desearle y quererle y no gustarme? Es todo muy confuso en mi cabeza, Dorian, pero todo muy claro en mi corazón.

Saboreó la sal de sus dedos cuando rozaron sus labios. — Cuando pienso en cómo me comporté cada vez que estuvimos juntos, es una maravilla que pueda llegar a tocarme.

—Oh, siempre he querido tocarle, —dijo ella con voz ronca, —y en los momentos más extraños, además. Estaba quejándose de mí y yo estaba pensando en lo agradable que sería desabrocharle la chaqueta, y el chaleco, y luego la camisa...

—¡Señorita Cranley! —Exclamó escondiendo la risa. —Me escandaliza.

—Es descorazonador, —continuó ella, —pensar que nunca ha pensado lo más mínimo en desabrocharme los botones.

Él sonrió. —Mis pensamientos, me temo, no dejaban tiempo para tales sutilezas.

—¡Diablillo! —Ella probó a imitar su voz, pero la arruinó con una risita. —Me escandaliza. —Sus dedos juguetearon con la chaqueta de él. —Hágalo otra vez.

—No ha dicho que se casará conmigo, —le recordó él.

—Por supuesto que no puedo, mi amor, como bien sabe. No soy una consorte adecuada para el conde de Sebrington. Algún día podría querer presentarse a primer ministro, y nunca podría hacerlo con una granjera por esposa, y sobre todo, ¿cómo explicaría criar al hijo bastardo de otro hombre?

—El conde de Sebrington, —le informó él en su tono más señorial, —no está obligado a dar explicaciones.

—Hablo muy en serio, Dorian, y sospecho que me está tomando el pelo.

—Pues sí, lo estoy, —confesó. —No me atrevía a esperar que deseara casarse conmigo, Alice, pero más bien pensé que inventaría una mejor excusa como la de primer ministro, esa no era mala. —Se cruzó de brazos. —Sabe, cuando el Times insinúe discretamente que cierto conde demente de H. disfruta de arrastrarse por los prados sobre sus manos y rodillas para recibir la serenata de un cordero enamorado, su carrera tendrá mucho estiércol.

—¡Dios santo, Dorian, no se imaginará que alguno de nosotros lo contaría!

—Supongo que no. —Su voz se volvió seria. —Tengo mucho que aprender, querida, y usted tendrá mucho que aguantar, pero nunca se arrepentirá de haberse casado conmigo, se lo prometo.

Estoy perdido sin usted, Alice. Simplemente era demasiado estúpido para darme cuenta.

—Eso, —dijo ella con acritud, —puedo reconocérselo. —Le acarició el cuello con la barbilla. —Y yo también fui un poco cabezota, ¿sabe? Me he sentido tan culpable por haberle mentido, Dorian, y tan llena de secretos, que a veces pensé que estallaría como un petardo. ¿Me perdona?

—Yo debería pedírselo. —Le levantó la barbilla con el dedo. — Quisiera pedirle mucho más que perdón, pero las palabras parecen interponerse.

—Así es. No puedo imaginar de dónde saca su pesado vocabulario, Dorian. —Ella tiró de él hacia la paja. —Si le digo lisa y llanamente que le quiero y que deseo por encima de todas las cosas casarme con usted, ¿podemos volver a lo de los botones?

Le besó la mejilla y el cuello. —Un conde, —le dijo un poco sin aliento, —no tumba a su condesa en un granero.

—Querido, no, —dijo ella con voz burlonamente remilgada, — eso no sería decoroso. ¿Qué tal más tarde esta noche, en mi dormitorio?

Se atragantó. —De ninguna manera. —Con esfuerzo, se apartó y se puso en pie sobre unas piernas temblorosas. —Por la mañana, mientras hace las maletas, buscaré a un obispo y me ocuparé de una licencia especial. Da la casualidad de que conozco a un vicario a no muchos

kilómetros de aquí, y amigos que estarán encantados de presenciar la ceremonia. —Cogiéndole las manos, tiró de ella y la estrechó entre sus brazos. —Le gustarán Neil y Clasissa, cariño, y mi ahijado Justin. Espero que algún día sea un excelente primer ministro, y Joyce le adorará, y hasta puede quedarse en Stockton Lodge mientras hacemos nuestro viaje de bodas.

—¿No tengo nada que decir en todo esto? —Pataleó ineficazmente sobre la paja. —Quizá me apetezca un baile de compromiso y una gran boda de sociedad.

Sintió que se ruborizaba. —Los viejos hábitos no mueren, cariño. Tenga paciencia conmigo. Por supuesto que podemos tener una ceremonia formal. Sólo dime lo que quieres.

—Quiero, —dijo ella sin rodeos, —que me haga el amor, pero haremos las cosas en su debido orden siempre que las hagamos inmediatamente. Tiene una lamentable tendencia a dar órdenes, Dorian, y yo tengo una tendencia igualmente molesta a desafiarlas. Es una suerte que ambos tengamos debilidad por los fuegos artificiales, ¿no cree?

Se rio. —Nunca dude de que me gustaría tirar cohetes con usted esta noche, cariño, pero tenemos una hija endiabladamente lista y ella... Dios mío, eso suena muy bien. Una hija, nuestra hija. — De repente, frunció el ceño. —¿Cree que a ella le importará?

—¿A Joyce? Oh, ella se acostumbrará a usted, mi muy correcto conde. Joyce no tiene paciencia con los estirados, pero se ganó su respeto en el prado de las ovejas. Me temo que le reclamará sin piedad por un poni ahora que sabe lo blando que es.

—¿Qué le parecerá el traslado a Londres? —preguntó inseguro. —¿Cómo se sentirá al renunciar a la granja? Odio exigírselo, después de todo lo que ha logrado aquí.

—Personalmente, no me importa si no vuelvo a ver otra oveja, —declaró ella, —y por fin, podrá contratar a ese maldito administrador que siempre ha querido. En cuanto a Joyce, desde que regresé de Londres, me ha implorado al menos cinco veces al día que la lleve allí, así que con un poni y al menos un cachorro por compañía, será feliz. Tal y como yo lo veo, sólo queda un obstáculo.

—Entonces lo eliminaré, —respiró hondo. —pero dígame, ¿cuál es?

—¡Pearson! —Ella tiró de su chaqueta con, ambas manos. —No viviré en la misma casa con ese idiota, ¡y si no lo despide, lo haré yo!

—Ah, Pearson. —Sonriendo, Dorian amasó su cintura con dedos firmes. —El día que se marchó, le insultó y le eché, y a su hermana también.

—Vaya, ¿lo hizo de verdad? —Ella le recompensó con un beso en la barbilla y luego se recostó en el círculo de sus brazos, mirándole con un brillo en los ojos. —Em... Dorian, ya que hablamos de criaturas molestas e intrusas, no tengo precisamente debilidad por los cisnes.

Le alborotó el pelo rizado. —El único cisne que conozco nada ahora en el estanque de Ivor Malory. ¿Le importa?

—Me parece maravilloso, —resopló ella. —Estoy a punto de llorar, milord conde. Diga algo pomposamente estúpido para detenerme.

—Cállese, Alice, —susurró él contra sus labios. —Intente parecer agradable, manténgase erguida, sea inocente, compórtese de forma civilizada. —Profundizó el beso. —Pero sobre todo… ámeme.

Notas

[1] En los carruajes, asiento exterior desde donde el cochero gobierna las mulas o caballos.

[2] Watier's era un club de caballeros, que incluía sala de juegos y restaurante, establecido en 1807 y disuelto en 1819. Estaba ubicado en 81 Piccadilly en la esquina de Bolton Street en el oeste de Londres.

[3] Brooks's, fundado en 1764, es uno de los clubs de caballeros más exclusivos de Londres. Se encuentra situado en el nº 60 de Saint James's Street, en Westminster.

[4] White's es el club de caballeros más antiguo de Londres, fundado en 1693, y muchos lo consideran el club privado más exclusivo de Londres.

[5] Camisa de señora.

[6] Se los consideraba conservadores y defensores de los intereses de los terratenientes.

[7] Forma despectiva de denominar a quienes pertenecían al antiguo Partido Liberal británico. El término whig proviene del gaélico escocés 'cuatrero'

[8] Apodo que se utilizaba para referirse a Jorge IV, regente y posteriormente rey de Reino Unido.

[9] Aplicación a un objeto de bronce de una amalgama de oro finamente molido. Los franceses denominan esta técnica «bronze doré», en español bronce dorado.

[10] Bonaparte.

[11] Chippenham es una localidad situada en el condado de Wiltshire, en Inglaterra.

[12] periódico británico ilustrado publicado entre 1809 y 1829 por Rudolph

Ackermann, con gran influencia en el gusto inglés en moda, arquitectura y literatura.

[13] El cerdo sonriente

[14] Famosa carrera de caballos de Gran Bretaña.

[15] Un manual de estilo que contenía instrucciones ilustradas sobre cómo anudar 14 corbatas diferentes.